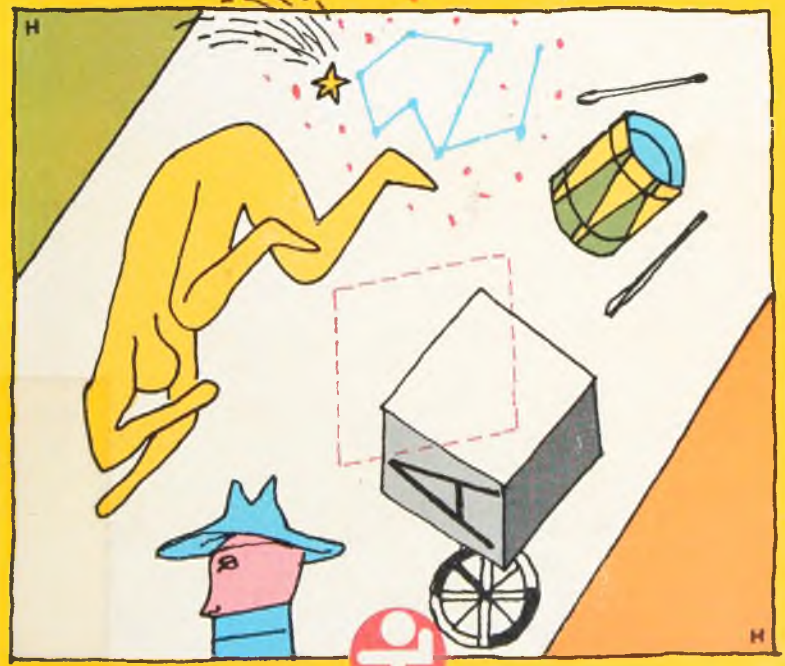
HUGO HIRIART

La destrucción de todas las cosas

NOVELA



Hugo Hiriart

La destrucción de todas las cosas

NOVELA

Ediciones Era

Primera edición: 1992
ISBN: 968-411-325-0
DR © Ediciones Era, S. A. de C. V.
Avena 102, 09810 México D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Un toque ligero, de music hall,
le conviene a cualquier forma
dramática, hasta a la tragedia.
Meyerhold

No quedará cosa con cosa.
Nezahualpilli

1

Antes que nada voy a decir dónde estoy escribiendo. Vivo en el campo. Pero no precisamente en un paraje ameno con casita de techo de dos aguas, vereda, árbol copudo y sol amarillo, sino en el polvoriento paisaje mexicano con sus hileras de magueyes, sus milpas abandonadas y los cerros pelones ocres a lo lejos. En ese lugar hay un coche. Ya no funciona, por supuesto, los viejos motores de cuatro tiempos y combustible fósil hace mucho que no se usan. Pero es relativamente grande y cómodo: se trata de una camioneta Datsun roja, modelo... No, no sé qué modelo es. La parte de atrás se hace cama doblando el asiento hacia adelante. Y tiene todos los vidrios. Las llantas están desinfladas, ¿a quién no deprime ver una llanta desinflada? Pero, en fin, en ese coche vivimos. Adentro podemos estar sentados, aunque no de frente uno al otro, y acostados. Ester, mi esposa, hizo unas cortinas para que el sol no le pegue a Saúl cuando duerme la siesta. Saúl es nuestro hijo de seis meses de nacido. No nos quejamos, a los demás les ha ido peor, mucho peor.

Escribo sobre una mesa plegadiza, ligera y todavía firme, que encontramos en las oficinas de una mina abandonada no muy lejos de aquí. Tenemos dos sillas de tijera que hacen juego con la mesa y ahí cenamos Ester y yo alumbrados con velas de parafina. Nos quedan por fortuna muchas velas. Tengo también una pistola, un revólver americano, y catorce balas pesadas. Durante la guerra de conquista fui soldado y me familiaricé con el uso de las armas, sé desarmar y limpiar la pistola, sé tirar y he tirado, aunque nunca le he disparado a un animal. Pero, como dice Ester, el campo en la noche es espantoso.

No nos quejamos. Todavía tenemos comida, no mucha, pero descubrí, no muy lejos, un huerto abandonado y una milpa con mazorcas de las de antes, a cielo abierto. El maíz, que tanto asombró a los Otros; el maíz y la lombriz de tierra: ¿quién puede morirse de hambre, dijeron, si tienen este animalito? Ellos siembran con muy poca tierra y agua, con un líquido hediondo que quién sabe qué sea, sobre gusanos pululantes (nuestra lombriz de tierra y sus gusanos chilladores), un verdadero horror, en mínimo espacio, y abajo, en el subsuelo, en minas abandonadas, por ejemplo, con la luz artificial que ellos saben hacer tan fácilmente. "El buen campesino no ve nunca la luz del sol", dicen con una especie de orgullo. "Pero, hombre, ¿y la calidad de la vida? No es nada más sembrar, sino pasarse los días allá abajo, entre los gusanos y el silbido ese." Siempre la misma respuesta, si te va bien: "Usted, cállese". Por eso ha habido tantos suicidios. Pero los Otros no parecen preocuparse. De seguro estaba previsto, todo está previsto. De cualquier manera la gente prefiere comer lo que conoce, a comer los nuevos alimentos. Eso sí que de plano no se puede, son repugnantes. Es que no es nada más comer.

—¿Qué es esto, señora? ¿Es pulpo?

—Coma, nútrase y cállese.

—Es que las calabacitas rojas...

—¿Qué cosa, qué cosa? No son calabacitas. Coma, le digo.

—Sí, ya sé, es que se mueven en el plato, digo, parece que están vivas... Digo, ¿dónde están los ojos?

—Ya es mucho melindre... Usted no se va a levantar de ahí si no se acaba el plato, ¿entendió? Estas cosas chiquitas son para comer... ¿O qué quiere? ¿Comerse una vaca? ¿No le da vergüenza comerse una vaca? ¿O un puerco? ¿No le da asco? La vaca no es para comer. Estas cosas chiquitas son para comer. Coma.

Digo que nosotros no nos quejamos. Nosotros. Ester, Saúl y yo. Estamos enteramente aislados. Pero no nos

han agarrado. Y, bueno, aislados estaríamos de todos modos, digo yo, porque ya no hay periódicos ni radio, ni cine, ni televisión. Hay otras cosas, pero ésas, las viejas, ya no (y las otras son incomprensibles, como la información por estadísticas instantáneas). Además, ¿de qué va a informarse uno? No hay Cámara de Diputados ni de Senadores, ni gobernadores, ni presidente, ni República. Podría pensarse que salimos ganando con las desapariciones, pero no, porque ahora hay otras cosas, nuevas instituciones, nuevas personas. Mandan, y son peores. Mandan, digo de veras mandan, y a nosotros solos nos queda bajar la cabeza y no inmiscuirnos en los altos asuntos del Estado (o lo que sea eso que nadie entiende). Del Poder Judicial mejor ni hablamos: ahora es delito lo que antes no era, y al revés. Como eso que pasó después del combate de la Acordada: había muchos presos, y algunos se fugaron, los Cabezones encolerizados les echaron a los presos pintura de colores que no se quita ya nunca, ni bañándote mil veces, ni haciéndote viejo, y así quedaron, según el azar, el accidente de la barraca que te tocaba: los amarillos, los morados, los verdes, etcétera. Pero con eso se hicieron luego los llamados barrios (pero que no son barrios): el de los amarillos, el de los verdes, etcétera. Y una persona tiene que vivir en el barrio que le tocó, y no puede ir a los otros barrios, y si va, luego se nota. Al principio *desmenuzaban* a los que se cambiaban de barrio. Luego no, nada más lo pasaban por agua o lo encerebraban o lo cocían, las cosas que hacen, y la gente sentía terror. "Pero entiéndame, mi mujer y mis hijos se quedaron en el barrio de los azules y yo soy rojo, por favor, se lo suplico."

—Primero cállese y luego ya veremos.

A veces, en la tarde, enciendo uno de los puros que me quedan (fumar es un gran delito para los Cabezones: "degenerado, bestia, puerco, tira eso", decía fuera de sí un funcionario de los Otros, creo que era un *augur*, que iba

por ahí pasando; estaba enojadísimo y acabó pegándole al desdichado fumador; yo vi la escena en la ciudad de Toluca cuando andaba huyendo), fumo, digo y miro a Ester darle el pecho a Saúl y pienso que, bueno, lo de menos es que ya no haya escuelas ni maestros ni alfabeto ni aritmética con números arábigos que enseñar, lo insoportable es que separen a los hijos de los padres y los eduquen ellos, a su modo, y los hagan gente extraña, incomprensible, educados para que desprecien y aborrezcan todo lo que nosotros somos y hemos sido. Lo desconocido. Ya no se habla español, sino la otra cosa.

Pero no me quiero quejar, ¿qué caso tiene? Quiero contar la historia de la conquista, la verdadera historia. Me gustaría que alguien, dentro de muchos años, nos pueda entender, quiero decir, pueda entender nuestro sufrimiento. Porque van a decir que ellos, los Otros, trajeron tantas cosas y que nosotros éramos unos salvajes. Pero no, salvajes no. No nada más teníamos peleas de box o carreras de coches ("son unos depravados, su maldad no tiene fin", de nada valió decir que nadie estaba obligado a boxear o ser corredor), leíamos a Aristóteles y el Viejo y el Nuevo Testamento, entendíamos a Kant y Newton, a Dante, Klee, Garcilaso, Debussy o Wittgenstein. De Juan Sebastián Bach dijeron que era un gran artesano, estaban asombrados ("el trabajo es minucioso"), lo mismo de Diego Velázquez. Pero hablan de estos maestros como nosotros hablamos del arte de Oceanía o del plumario del Brasil. A mí, en cambio, su pintura en movimiento no me gusta nada, yo necesito que el cuadro se quede quieto, si no, no lo disfruto, ni lo entiendo. Es otro orden: "¿cuánto dura su cuadro?", preguntan los críticos, o dicen: "el paisaje es bueno, pero muy largo y se pierde y hace inconsistente al final".

¿Qué caso tiene hablar de esto? Me estoy quejando, elevo una queja como un aullido de perro o como el depravado humo de mi puro veracruzano, de San Andrés

Tuxtla, donde destruyeron con mosca morada (dicen que son moscas mecánicas, no vivas, pero no sé), en menos de dos horas, todas las cosechas de tabaco, y cocieron para escarmiento a los pobres campesinos.

Comas, puntos, comillas, letras, una letra tras otra, frases, párrafos ¿qué caso tiene todo esto? A la mejor, pasado algún tiempo ya nadie sabe cómo se lee este escrito. Es lo más probable. Pero tengo que seguir. Quiero hablar del *Patria Linda* y de la guerra y de lo que nos sucedió. Pero directo, sin rodeos ni vueltas.

No voy a contar sólo lo que vi, voy a contar lo que vi y lo que me contaron los testigos. Lo que ni vi ni me contaron, lo imagino y escribo, como se hacía antes (hoy severamente prohibido). También tengo algunos documentos que llegaron a mis manos en diferentes circunstancias.

Escribo aprisa, no me cuido del estilo, sé que tarde o temprano nos van a capturar y tengo ansias de acabar mi historia verdadera. Qué tercos somos, algo tiene que quedar, una huella. Tal vez en tiempos mejores alguien pueda leer estas páginas y comprender un poco y tener cierta amistad y piedad hacia lo que hoy desaparece. No sé.

Empiezo, pues, ¿por dónde? Por los altos peldaños del poder mexicano al filo de la invasión, ¿por dónde si no?

2

Carlos Arrieta Velasco iba subiendo por la escalera de servicios de la Secretaría de Gobernación donde trabajaba de subsecretario encargado de Comunicación Social. Arrieta era joven, su carrera política había sido incomprensiblemente rápida y brillante. Iba pensando, como siempre, podemos suponer, en el licenciado Manuel González Puchurreta, su jefe, el secretario de Gobernación, cuyo cargo en el escalafón político sólo venía después del mismísimo de presidente de la República. Porque Arrieta, como sucedía en México, no trabajaba para la Secretaría de Gobernación, trabajaba para González Puchurreta.

Caminó hacia su oficina, era temprano en la mañana y subía por la escalera para hacer algo de ejercicio (y porque dejarse ver por los empleados le daba un cierto aire, falso pero notorio, de accesibilidad democrática). Entró en la enorme oficina, su escritorio al fondo, la mesa de juntas en primer plano; el retrato a colores en la pared del presidente de la República con la Banda sobre el pecho, y el retrato más pequeño, en otra pared, de González Puchurreta conversando con él en un banquete estaban ahí, no como rostros aleccionantes, que no lo eran de ninguna manera, sino como signos visibles de lealtad y obediencia.

Nenclares, su secretario, lo esperaba ansiosamente. También era joven, delgado, eléctrico, de habla rapidísima, eficiente.

—Le ha hablado ya dos veces el licenciado —disparó Nenclares. En la Secretaría la antonomasia de licenciado estaba reservada, por supuesto, a González Puchurreta.

—¿Sí? —preguntó inquieto Arrieta mirando el reloj.

—Sí, sí, parece que está nervioso. Habló dos veces, y personalmente, por la red.

Arrieta tomó el teléfono rojo, marcó, le contestaron, dijo dos veces "sí, señor", añadió "ahora subo" y colgó.

—Quién sabe qué pasó —le confió a Nenclares—, voy para allá.

La puerta del elevador privado se abrió y el subsecretario Arrieta subió a ver al licenciado.

—Siéntese, Arrieta —dijo el licenciado. Se había levantado de su escritorio y había ido a sentarse con él en los sillones de cuero negro, signo inequívoco de lo que iba a decirle era confidencial e importante (la última plática de sillón había sido después de los asesinatos inexplicables, poco antes de las elecciones en Chihuahua, hacía, pues, más de dos años). El subsecretario sentía, qué duda cabe, viva curiosidad y orgullo de que fuera a confiar en él, nada podía halagarlo más.

—Tengo que pedir que seas muy discreto, Arrieta, ni una palabra de esto a nadie, pero a nadie, ¿eh?

—No tenga cuidado, señor, yo estoy...

—¿Qué cosa?

—Calado, señor.

—Ah, sí, sí, pero esta vez... Bueno, hay que extremar reservas. Sí, extremar. El señor presidente está enterado y ha dado su autorización para que te diga estas cosas y te pida lo que te voy a pedir. De todas maneras, él quiere hablar personalmente contigo y vamos a ir a verlo a la una. Pero me pidió que te adelantara de qué se trata.

Arrieta se sentía en los cuernos de la luna, feliz, el propio Presidente, el gran licenciado por antonomasia nacional, pedía hablar con él. Pensó en cómo se lo iba a contar después a la Toty, su esposa, que era una mujer salvajemente ambiciosa.

—Lo que te quiero pedir es en relación con los marcianos.

—¿Con quién? ¿Perdón? —preguntó Arrieta confundido.
—¿No sabes nada?
—Nada.
—Bien. Tampoco nosotros sabemos mucho. En realidad, muy poco. Se puede decir que nada. O casi nada.
—¿Entonces?
—Son unas cosas raras que han estado pasando. Bueno, no tan raras. Mejor dicho no sabemos si han pasado o no esas cosas.
—Sí.
—¿Cómo explicarte?
—Usted dirá.
—Parece que ciertas cosas se han repetido. Claro, hay cosas que se repiten. Y sí.
—Sí, hay cosas que se repiten.
—Pero no como éstas.
—No, claro que no.
—Digo hay, no hay, se cree, puede pensarse que se trata de un cierto efecto de eco.
—Ah, el eco.
—¿El eco?
—Sí, el eco.
—No, Arrieta, eso no. Eso no, carajo.
—No, el eco no.
—O mejor dicho sí, eso sí. También eso, Arrieta.
—Claro.
—Lo que quiero decir es que pensamos. No, pensamos, no. Hay quien piensa, juzga, estima que... le parece, se imagina, tal vez a lo loco... tal vez no...
—¿Qué?
—Que se quieren comunicar con nosotros.
—¿Quiénes?
—No, comunicar no. Que están interfiriendo. Que están como entrando en nuestras cosas con estas repeticiones.
—¿Quiénes? ¿En qué cosas? ¿Cuáles repeticiones?
—No sabemos. Los marcianos. No, no, no puede ser. No

sabemos. No sabemos si es alguien o algo... algo que pasa. Lo que sabemos es que está sucediendo algo en alguna parte. Eso es: algo está pasando en alguna parte.

—¿No podría ser un poquito más específico, señor?

—No creo que pueda ir mucho más allá, Arrieta, no mucho más. Pero seré lo más directo que puedo: algunas personas, varias, no muchas, pero, como sea, demasiadas, han creído que lo que les pasa se repite.

—¿Se repite?

—Se repite exactamente igual, no muy parecido, sino igual.

—¿Cómo qué? ¿Quiénes?

—Cosas, sucesos. Le pasa a distintas personas. El asunto es confuso. Pero, claro, te preguntarás: ¿esto qué tiene que ver con la Secretaría de Gobernación?, ¿por qué no lo atienden en el sector salud?, ¿cuál es el lado político de todo esto?, y te lo voy a decir.

—Gracias, señor.

—Primero vino a verme Romo y me contó de varios casos, y no supe qué pensar, ya ves que el gobernador es un poquito, digamos fantasioso...

—La gente en Sinaloa dice que está loco.

—Eso, ya ves... y venirme a hablar de marcianos... ¿Entiendes?

—Sí —contestó Arrieta. Hablar de política simplificaba las cosas.

—Luego compareció el gobernador de Jalisco con la misma historia. Tampoco hice caso. Canseco es del grupo de Tarzán Rodríguez, y se movieron mucho en el asunto del Municipio de Ratoneras, así que por principio no hice ningún caso. Pero luego vino Teja que es hombre prudente, y me dijo que también en Nayarit estaba pasando esa cosa rara, y entonces sí empecé a preocuparme. Habló de quién sabe qué cosa en no sé que clínica en Puza, Nayarit.

—Pero esa cosa rara, ¿qué es? ¿En Puza, Nayarit, señor?

—Eso que te expliqué, Arrieta —contestó con impacien-

cia el licenciado—, no ha de ser nada, pero no queremos que se use en contra nuestra ahora que vienen las elecciones de diputados. Por eso lo que queremos pedirte es que vayas allá, averigües qué está pasando y detengas toda la información. Que no se sepa nada, Arrieta, nada. ¿Entendemos? Ahora vamos a ver al presidente y en la tarde tomas el avión para Nayarit.

La conversación con el presidente en Los Pinos fue no sólo muy breve, sino en apariencia totalmente innecesaria.

—Ya le explicó a usted el licenciado Puchurreta lo que dicen que está pasando, ¿verdad? —preguntó el presidente.

El subsecretario tuvo que contestar que sí, que le habían explicado.

—¿Todo lo que pasa?

—Sí, señor.

—¿Perfectamente bien?

—Sí, señor, con toda claridad. Gracias.

—Entonces se dará usted cuenta de la seriedad que puede tener el asunto.

—Sí, claro, señor.

—No quiero que Manolo vaya allá personalmente porque no queremos llamar la atención y que la gente empiece a alborotarse. No quiero que vaya nadie de la Federal de Seguridad porque, ya sabe, la policía hay que emplearla lo menos que sea posible, ¿verdad? Así que va usted. Y quiero indicarle, y por eso le pedí que viniera, para decirle personalmente que vea usted que no se filtre ninguna información. De esto sólo acordará usted directamente con González Puchurreta o conmigo, ¿está claro?

—Sí, señor.

—El terremoto, el huracán *Consuelo,* el petróleo en la calle, las elecciones en Morelos, nomás falta que ahora lleguen los marcianos, ¿verdad? —se quejó el presidente—, ténganos informados a la mayor brevedad y no use usted ningún conducto, ¿eh?, directamente, le suplico.

Este hombre habla como memorándum, pensaba moles-

to Arrieta al salir de Los Pinos. ¿Por qué no había preguntado más o pedido más precisiones? Así era él, sumiso, cumplidor, eficiente, y después de todo por esa manera de ser había llegado tan lejos tan rápidamente.

Tal vez ningún viaje de ningún funcionario en la larga historia de México ha estado preñado de mayores consecuencias que el que, con toda ingenuidad, estaba a punto de emprender el subsecretario de Gobernación, licenciado Carlos Arrieta Velasco. Hubiérase precisado toda la astucia de un embajador de la serenísima República ante el Turco o de un Francesco Guicciardini o, ya de plano, del mismísimo Maquiavelo en persona y no, por supuesto, de un titubeante e inexperto encargado de Comunicación Social. Pero, qué le vamos hacer: por seleccionar así a las personas, el destino fue dándonos, uno tras otro, en la nuca, sus duros golpes de conejo: ¿qué diremos? ¿Desdén por el adversario? ¿Pasmo e irresolución en los mandos en el preludio de la invasión? Las dos cosas y muchas más.

Pero se preguntará, carajo, ¿quién gobernaba México? ¿Cuál era, cómo se decía pintorescamente, el estado que guardaba la nación al iniciarse el segundo milenio de la era cristiana? No, séame permitido eludir la respuesta a esta pregunta, realmente ímproba si la formulamos así. La verdad es que nadie se daba cuenta de nada. No estábamos haciendo fintas ni boxeo de sombra, simplemente no preveíamos nada. Completa obscuridad sobre lo inminente.

El nuestro es un caso de lo que podríamos llamar *trivialidad significativa*. Esta trivialidad aparece cuando lo banal que conduce a algo que se juzga importante es *visto retrospectivamente*, es *reconstruido* después a la luz de lo importante. Aparece, por ejemplo, cuando se narra lo que hizo una persona poco antes de morir: "estaba leyendo, fue a la cocina y se hizo un té de tila, se sentía bien porque me dijo que en la tarde podíamos ir al cine. Se desplomó en

la puerta de la cocina y ya no recuperó la conciencia". Es obvio que lo que hizo el difunto es trivial, pero también es obvio que, dado que fue lo último que hizo, es significativo.

Con frecuencia la trivialidad cobra significado en cosas como los interrogatorios policiacos o los procesos judiciales, o en el camino que nos lleva a comprar un billete premiado de lotería o a que nos asalten, en situaciones así donde lo azaroso y casual se entromete y desempeña un papel imprevisto e importante. Es algo muy común, lo único insólito en los días que precedieron a la invasión de los Otros es la escala y trascendencia de los hechos que habrían de sobrevenir.

La más concisa descripción de cómo se vive en el frente de batalla o en una ciudad sitiada y bombardeada (íbamos a entenderlo después), puede ser ésta: *se vive de tal manera que toda trivialidad es significativa*. Un verdadero horror. Pero no adelantemos. Por lo pronto hay que decir que, al inicio de la invasión, los hechos se vivían como trivialidad pura y simple, cuando en realidad eran trivialidad significativa, bien y espantosamente significativa. Pero todavía no nos dábamos cuenta. Para la inimaginable mirada de Dios, toda trivialidad es significativa.

Mi trabajo, por lo tanto, tiene que empezar por la trivialidad pura y simple, todavía no significativa. Es decir, cuando de un modo u otro todavía éramos felices.

Tenía un amigo al que le decíamos Farfán, se llamaba Pedro José Sánchez Farfán. Era mayor que yo (en realidad era amigo de mi padre y más tarde, cuando crecí, se hizo también amigo mío), escritor principal, pero no únicamente, de obras de teatro y guiones de cine. Farfán nació en Puza, Nayarit, y cuando empezaron las misteriosas repeticiones y llegó Arrieta, el enviado del gobierno, él estaba ahí, en Puza, de vacaciones, bueno, de vacaciones propiamente, no, sino huyendo de un alcoholismo crónico que en la incitante Ciudad de México, donde vivía, lo

tenía sumido en el deterioro de su salud tanto física como moral. El caso es que Farfán fue no sólo testigo, sino participante en esos históricos, y tan debatidos, hechos. Porque toda esa aparente trivialidad adquirió, cuando se hizo la luz sobre la gran desgracia que caía sobre nosotros, inmensa resonancia política, y se hicieron partidos a partir de su interpretación, y los partidos se polarizaron y, en la imposibilidad de negociar, estalló la guerra civil.

Hegel se burla en su *Historia de la filosofía* de que sea justamente sobre la pedacería presocrática, de la que casi nada puede saberse, sobre la que se ponga en juego mayor erudición. Sí, sí, pero el oscuro comienzo tiene siempre su prestigio. Dime, ¿cómo empezó todo? Parece una pregunta inescamoteable y reveladora. ¿Qué hay en su respuesta? ¿Los fusilamientos en masa, la ciudad inmensa ardiendo en la noche, los combates, el orador arengando a las tropas de pie en un tanque, el universo incomprensible de los Extraños, su astucia y sus armas abstrusas y letales, el hambre pavorosa en la resistencia heroica?

No sé. El caso es que Farfán estaba ahí. Su mujer, Inés Pineda, había logrado convencerlo de regresar al solar de su infancia y adolescencia a hacer un compás de espera, reposo y tranquilidad. Y miren lo que fueron a encontrar, la invasión de Ellos, de los Cabezones, que habría de conculcar para siempre la paz de todos los mexicanos.

Pero, bueno, así es esto. Y miren, es curioso, con tanta cosa, en medio del tumulto, Farfán logró rehabilitarse cumplidamente.

—A grandes males, grandes remedios—alardearía después el abstemio.

Durante el sitio de la ciudad, cuando Farfán se enteró de que yo hacía acopio de materiales para redactar estas páginas, me entregó una caja con escritos suyos. Uno de ellos consiste en unas cuartillas a máquina donde cuenta con mucha franqueza lo de las repeticiones en Puza y, sobre todo, qué sucedió cuando llegó Arrieta y los Otros se

comunicaron con él. Los demás documentos son menos importantes, algunas memorias de guerra, como hay tantas, donde cuenta cómo perdió el uso de la mano izquierda en el combate de Turulato; una extraña *Breve historia del teatro de sombras en México,* que no sé para qué me dio, dos comedias en un acto, que tampoco sé por qué me entregó, y varios ensayitos sobre arte y política, uno de los cuales quiero refundir aquí porque traduce bien la textura, la manera, el clima, el latido de parte de nuestra vida antes, sí de antes de que todo desapareciera. Pienso que puede ser útil y, además, en mi opinión, no tiene desperdicio. Se titula:

ELEMENTOS DE ORNITOLOGÍA CRIMINAL

Los dientes eran el piano
José Lezama Lima

Seres con rabo, escuchadme, con estas palabras inició el gran orador demente A. J. Comezón el discurso que pronunció ante los perplejos pasajeros del tren que lo conducía al Puerto de Veracruz. Es sin duda una de sus piezas más logradas: lo avanzado de la hora no restó a su oratoria ni inspiración ni brío (las musas llegaron a menudo a Comezón a horas y en situaciones imprevistas). El propósito de esta breve nota es reivindicar a A. J. Comezón, artista asombroso, hoy incomprendido. Nuestro asunto es la poesía de los locos, nuestra tesis es que algunas de las llamadas "enfermedades mentales" van ineludiblemente acompañadas de alta inspiración poética. Klee logró situar en el lugar de honor que merece la pintura que hacen los niños; nosotros, modestamente, queremos hacerlo con la poesía de los dementes.

En el período de la Luna nueva, Venus riela en el cielo de Agosto de Egipto e ilumina con sus rayos los puertos comerciales El Cairo y Alejandría. En esta Ciudad de los Ca-

lifas, hay un museo de monumentos antiguos de Macedonia. Florecen ahí los plátanos, los bananos, las espigas de maíz, el trébol y la cebada, también higos y olivos. El aceite de oliva es una salsa licorosa de los árabes, que afganos, moros y musulmanes utilizan en la cría de avestruz...

Así da comienzo el poema *La edad de oro de la horticultura*. Eugen Bleuler (que trae la pieza en su tratado clásico *Demencia precoz*, 1908, primera edición) lo atribuye a "un joven esquizofrénico que parecía al principio paranoide o hebefrénico, y que tiempo después devino pronunciadamente catatónico". Léase, sin embargo, el trozo reproducido, adviértase su poder de evocación y de parodia. Bleuler cita el poema con el propósito de ilustrar "un grado moderado de trastorno asociativo esquizofrénico", y comenta: "un joven que desea, aparentemente, describir jardines orientales. Extraña idea en un simple empleado que nunca abandonó su país natal, sino que holgó durante años en una sala de hospital". Esta "extraña idea" la comparte nuestro joven con muchos, muchísimos poetas. Con Baudelaire, por ejemplo, de quien Sartre en su intento de análisis existencial dice: "lanzó invitaciones al viaje, reclamó destierros, soñó con países desconocidos, pero vacilaba seis meses antes de marcharse a Honfleur y el único viaje que hizo le pareció un largo suplicio".

En cuanto al "trastorno asociativo", moderado o agudo, ¿qué decir sino que es verdadera columna vertebral de la poesía moderna? Y es que, como decía Comezón con su vehemencia acostumbrada: "estos canallas desconocen el metabolismo de las palabras". Bleuler sostiene que el "trastorno asociativo" consiste fundamentalmente en "una falta completa del factor más importante de las asociaciones, el concepto de fin". Igual precisamente que el poeta. ¿No es el arte "finalidad sin fin"? Es decir, rota la cadena predecible y consabida de asociaciones, hace irrupción lo estético. No podemos decir del Con-

de de Villamediana, cuando ve el peine en los cabellos de la amada como un barco en el mar, que estaba loco, sino que está escribiendo un poema. Ni podemos decir de Comezón, que sí estaba loco, que es mero "trastorno asociativo" afirmar, como hace en sus *Cartas a mí mismo,* de su pluma fuente: "viva serpiente, bajel de metal cano, la someto a cadenazos, perro agreste, la odio, es toda una alhajita, es anacoluta, no tiene mansedumbre, pero en ella está escrito todo lo que puede decirse". No podemos simplificar: ciertamente hay desorden asociativo, pero hay también poesía, no muy lograda en este caso, pero poesía.

Las dos fuentes escritas para el estudio de la vida del orador demente Ángel Jacobo Comezón son *Mi vida y dos digresiones,* discurso pronunciado de memoria en la oscuridad de la sala del viejo cine Lido durante la proyección de la película *Por siempre Ámbar,* y la biografía del artista escrita por su amigo y defensor José Arnulfo Postilla. Puede, por supuesto, consultarse a quienes lo conocen y han disfrutado de su arte singular, pero las noticias en este terreno con frecuencia entran en contradicciones. Nadie ignora que Comezón domina a la perfección eso que Whistler llamó *el arte gentil de hacer enemigos.*

"Nací, como los chorizos, en Toluca el año de 19..." Poco, por no decir nada, podemos saber de su niñez, "la edad de las guerras secretas y los calambres de viento", como dice. Baste decir que la identidad de la madre está perfectamente establecida, doña Alfonsina Gómez, actriz cómica, no la del padre, negada por varios, sí la del padrastro, José Comezón, traspunte, no la del abuelo Tobías del que habla con rencor en *Mi vida.* Ignoramos si en la infancia se presentaron brotes de esquizofrenia. Dicen, sin embargo, que a los catorce años pasó seis meses sin pronunciar una sola palabra. Este asombroso mutismo es loado por Postilla: "El niño se

ejercitaba iniciándose en el hermetismo, su vocación despuntaba". No hay datos suficientes para precisar si era un ejercicio inicial en la depresión patológica o del estupor semiidiota a los que más tarde fue tan propenso.

Lo que es seguro es que la fase de incubación esquizofrénica halló a Comezón siguiendo la carrera de Derecho en la Ciudad de México. Es muy probable que el gran orador tuviese flacas inclinaciones para el estudio de la Jurisprudencia. Postilla, su compañero y amigo de aquellos años, confiesa que "el Billar, el Burdel y la Cantina fueron nuestras instituciones primordiales en el campo docente". No hay ninguna duda, sin embargo, que el paso por la Facultad de Derecho influyó fuertemente tanto en su vocación de orador, como en su estilo.

"Comezón —informa su panegirista—, gasta mucho y vive bien; por lo cual se ve obligado, después de dilapidar su herencia en la bohemia dorada de aquellos años, a iniciar una fase de transición económica consistente en el dominio de las técnicas para huir de sus acreedores." Es aquí donde debemos situar el inicio del interés de Comezón por la política: directa y crudamente en llenar el bolsillo vacío. Pocos han visto con la claridad del orador, rara en un cuerdo, no digamos en un loco, la política como una empresa de alto rendimiento financiero, con "gran pureza bursátil, sin contaminaciones ideológicas, diamantinamente recogida a la cosa económica. Porque Comezón en su idealista juventud deslindó perfectamente dinero y poder y, desdeñando las pompas y vanidades del poder político, se concentró con obsesión en los fondos, en el capital, en, como decía el orador, siempre pintoresco, el lingote".

En estas luchas, Comezón se enamora de la que será su esposa, la abnegada Rutilia M. de Comezón. Desde luego, estaba muy lejos de ser su primera experiencia

amorosa. Se dicen en este capítulo cosas grotescas, pero no pueden verificarse. Vélez lo llamó una vez desde la tribuna de la Cámara de Diputados "solaz de bujarrones... [que] gozaba en infamarse vendiéndose cual repulsiva mercancía". Por otra parte, se sabe que en el prostíbulo al que era asiduo se lo conocía bajo el sobrenombre de El Monstruo.

Comezón cortejó triunfalmente a la que llamaba su "gorda de oro" y su "ángel de miel" (y que unos años después llamaría "basura", "pozo", "Cagliostro", "arrecife" y de otros modos). Parece ser que el matrimonio fue un factor desencadenante en el proceso de insania. Lo que pudo ser aquella noche de bodas, nadie puede saberlo, pero en una carta de la novia mártir a su madre, se mencionan dieciséis discursos que, por desgracia, se han perdido. El primero, del que se conservan algunos fragmentos, es curioso. Principia con estas palabras: "Ya quisiera para un día de fiesta no haber nacido nunca".

En el arte del gran orador fue largo el camino y la marcha lenta, pero segura: lo primero fue el dominio del monólogo entre amigos, conocidos y familiares (arte menor en el que alcanzó maestría indiscutible). Al mismo tiempo se ejercitaba en las confidencias íntimas a desconocidos. Éstas eran, a veces, a públicos dignos del Picasso del llamado *Período negro*. Luego asoció el monólogo a la confidencia, tránsito revolucionario de su arte. Y de esta situación a la arenga, la lamentación o el discurso eruditos ante públicos diversos no había más que un paso. Comezón tuvo el valor y el genio para darlo.

Las grandes piezas comienzan a aparecer. *Los flanes de Flandes,* discurso gastronómico-geográfico, como su nombre lo indica, pronunciado en el sepelio de una tía abuela suya. *Tinta china en el océano,* donde despuntan sus preocupaciones de naturalista, que tendrán su coro-

na en las oraciones clásicas *Elementos de ornitología criminal, Seres con rabo, escuchadme* y *Tiempos que vienen, sed bienvenidos,* pronunciada esta última de noche en el zoológico de Chapultepec. Se dice que, en su obsesión zoológica, Comezón llegó a enamorarse, por poco tiempo, unas dos semanas, de una perra de aguas que no era suya, y pasaba horas atisbando desde la puerta de reja de la casa donde el animal vivía. Hasta que, claro, la familia de la casa supuso en el merodeador razones menos galantes y llamó a la policía. La clave de este amor "geométrico, deshuesado, aéreo y lineal, como de flotante paralelepípedo", según sus propias palabras, hay que buscarla, más que en alguna extraña inclinación, en una de las creencias más arraigadas del artista: la aceptación entusiasta de la metempsícosis o transmigración de las almas. El orador había localizado, con esa certidumbre tan propia de los locos, sin ninguna duda, en la perra de aguas el alma apasionada de algún viejo amor de otra vida. Por eso buscaba que el animal diera algún signo. Y él mismo durante unos días incurrió en el exceso de comer y beber echado de bruces sobre una escudilla de hojalata, arrastrarse bajo las mesas y andar olisqueando. "Más radical que los filósofos cínicos de la antigüedad, más puro que Diógenes, llegó a los últimos extremos de vida virtuosa y elemental reduciéndose a la condición de perro", dice su apologista Postilla.

Esta misma creencia en la metempsícosis podría ofrecer también una explicación de los destinatarios de las *Cartas a mí mismo,* uno de los grandes trabajos, verdaderamente expresionista, del orador, porque en ellas, como se sabe, Comezón se llama a sí mismo Nabucodonosor, Jaimito, Sísifo, Pedro I *el Cruel,* África, El Gran Ponciano, Amor mío, Capablanca (erróneamente, el ajedrecista cubano aún vivía cuando nació Comezón), Stradivarius, la Gorda Dolores, Ovidio Nasón y de muchos

modos más. (La afición a las listas interminables, hay que decirlo, hace a veces difícil el arte del orador, como en el discurso *La invasión de los payasos*, pronunciado ante los perplejos campesinos del ejido La Nopalera, en el que hace, no sólo una lista de catorce especies de sapos, sino otra, muy rara, con sesenta y tres nombres que le parecen adecuados para sastres y peluqueros.)

En tanto el arte del gran artista loco iba alcanzando su clímax de vigor y expresividad, la oratoria política mexicana, paralelamente, se enrarecía más y más: ya era tarea de especialistas eruditos con doctorados y posdoctorados, o de gente muy metida en el ajo, penetrar en el sentido de las palabras de una declaración, un informe o un discurso cualquiera de cualquier funcionario o político nacional. Se ha hablado de culteranismo, de barroco verbal, de churrigueresco conceptual, como sea, esta "aplaudida oscuridad" preparaba el ascenso político del más audaz de nuestros *tenebrosi* oratorios: A. J. Comezón. Su carrera política fue, como se dice, *meteórica*, pero no fugaz. Diputado, oficial mayor, subsecretario y, en el mismo sexenio, secretario. Finalmente "el pueblo de México llevó a la Primera Magistratura de la Nación a su guía, el señor licenciado A. J. Comezón". Y con el de presidente de la República la gran tradición mexicana de los políticos de habla desquiciada y sibilina llegó a su nunca soñada Edad de Oro.

Este ensayo de Pedro Sánchez Farfán, que aquí interrumpo, nunca fue publicado. A comienzos del siglo XXI había una trinidad intocable para la prensa nacional: la Virgen de Guadalupe, el Ejército Mexicano y la persona del presidente en turno. Y era obvio que el texto de Farfán no podía ser leído más que como un *ataque* (así decíamos) y a mansalva contra la persona de A. J. Comezón y, por extensión, contra la figura presidencial. Es curioso, sin embargo, que ahora, con cuánta rapidez, puede ser leído de

otras maneras. El brillo político se abraza a la situación de donde nace y muere con ella. Pocas cosas hay más efímeras y deleznables. La infamia política dura más: el enigma de lo monstruoso, la irracionalidad de las acciones malvadas ejercen una fascinación más perdurable en la mente de los hombres.

Pobre Comezón, después de todo, le tocó una época salvaje, cruel y de tumultos que puso a descubierto sus debilidades. Ahí está su perfil oprobioso resaltado en la moneda histórica. Infeliz, él que, según dicen, era tan quisquilloso, verse completa y definitivamente enlodado en la cobardía, el pasmo, la vacilación. Pero él era, para su infortunio, el presidente de la República cuando, de lo oscuro e incomprensible, llegaron los Otros, los espantosos Extraños, y fue él quien envió a Carlos Arrieta Velasco a Puza, Nayarit, a averiguar qué eran esas cosas tan raras que estaban sucediendo allá.

Y, bueno, ¿qué estaba sucediendo en Puza? Vamos a Puza con Farfán. Había regresado a su solar nativo en busca de un poco de reposo, pero lo que hallaría habrían de ser las más raras y peregrinas aventuras que hubiera podido imaginar. Pero, tal vez, también reposo, ¿no se reposa de tantas cosas en el torbellino de la aventura? Cuando menos de uno mismo, de las dudas, alarmas y depresiones que nos asaltan en la quietud solitaria. *Yo que quise hallar la paz en el corazón de la tempestad.* ¿De quién es ese verso? ¿De Lermontov?

3

Se instaló en Puza en la casa de su madre, una especie de torre, no esbelta, sino gorda, sobre el cerro de Las Pelonas, desde la que se dominaba la ciudad provinciana desparramándose en la cañada.

Digámoslo al modo antiguo: Farfán, como Stendhal o Joyce, pertenecía al reducido grupo de escritores que aborrecen el suelo de su infancia, y podría haber dicho con Rimbaud, "mi ciudad natal es superiormente idiota entre todas las ciudades de provincia..."

Su padre había muerto, "después de echarme a perder la infancia con su tiranía y malhumor", según decía Farfán.

El día de la primera *repetición* estaba Farfán tomando café después de comer ("eso sí, mi mamá es una artista de la cocina") y podemos suponer que lanzando juicios masivos y denigratorios sobre la gente de Puza, allá abajo, cuando entre las nubes del cielo inmenso vio cómo el avión se quedaba quieto en el aire, quiero decir cabalmente quieto, inmóvil y silencioso, fijo en el azul de la tarde.

– Cálmate, Pepe, cálmate – pedía la Pineda, Inés Pineda, ante la loca exaltación que le producía a su marido el descubrimiento – ¿qué es lo que está quieto?

– El avión, el avión...

– Pero si allá va – y lo que más coraje le dio al escritor fue que Inés Pineda abría los brazos como si volara y hacía un ruido de motor – brrr, brrr, brrrr...

– Mira, el loco aquí no soy precisamente yo – gritó furioso Farfán, con lo que aludía a ciertas historias de la familia Pineda, concretamente a su tío, el Manco Pineda, que intentó prenderle fuego al Palacio de Bellas Artes, y a

su mamá, ya inmersa la pobre en las confusiones de la demencia senil. Tanta comodidad en las referencias sólo se alcanza en un ring conyugal bien saturado.

Pero el desdichado tenía razón: había percibido el avión inmóvil en el aire porque había experimentado lo que en Puza se llamaba "una repetición". Pero no te creen, Farfán, no te creen nada, ¿quién te manda haber bebido tantos años como verdadero puerco?

—Tú eres el que debería ver al doctor —contraatacó Inés Pineda—, auxilio psiquiátrico, una terapia para el enfermo, te lo he pedido de todas las formas posibles.

—¿Ver a Clotario Buche? ¿Me pides eso? Prefiero el *delirium tremens*, prefiero la cirrosis, lo que sea antes de poner un pie en su clínica...

—Con el doctor Buche no te metas —respondió la vaquilla brincando con la puya.

—¿Doctor? ¿Sigue atendiendo a sus pacientes desde la cárcel de La Pulquera?

—Eso fue hace muchos años y fue una calumnia, lo sabes muy bien.

—Lo que sé... lo que sé... es... ¿Sigue con lo de la claustrofobia recreativa? —y al decir esto Farfán se rio con risa insolente—, ya te dije, estás tirando tu dinero a la basura.

De esta manera se establecía en la *litis* matrimonial el grave asunto de las repeticiones, rebajándolo inmediatamente al amplio terreno de la psicopatología. Era lo común: la gente que sentía la repetición juzgaba sin más que algo le pasaba, que estaba enferma, probablemente enloqueciendo. Y muchas veces callaban, tenían miedo o vivían su presunta enfermedad mental como algo culposo. Ya pasará, quién sabe qué sea, pero ya pasará, Dios quiera que pase. Pero no sólo no pasó, sino que era un anuncio tímido y vacilante de los grandes juegos incomprensibles que pronto inundarían el país.

Farfán no fue la excepción. La segunda experiencia de las repeticiones acabaría por llevarlo, después de algunas

peripecias, al lugar que tanto aborrecía: la clínica del doctor Clotario Buche, lugar del primer encuentro de los Otros con las autoridades del gobierno mexicano, e hizo de él testigo privilegiado de un gran acontecimiento histórico. Pero no adelantemos. Repasemos ese día memorable como pocos en la vida de Pedro José Sánchez Farfán.

A la mañana siguiente de la escena imposible del avión quieto en el aire, Farfán despertó a la hora acostumbrada y entró en su rutina matinal: echó a andar los intestinos con un café, según declaraba, luego ingresó al baño y utilizó a fondo todos sus artefactos, lavabo, excusado y regadera. Mientras se vestía y desayunaba viendo allá abajo la ciudad diminuta, peleaba salvajemente, como siempre, con su mujer, Inés Pineda, que era, como Farfán, gladiadora matinal compulsiva. Después salió a la calle huyendo de reproches y recriminaciones y se dirigió, a pie y de buen ánimo, a sentarse a escribir obras de teatro en un despacho que le prestaban en el teatro Hermenegilda Lobato, cerca de la plaza de armas de Puza. En la casa de su madre el ir y venir de las dos mujeres no lo dejaba trabajar. Farfán y la Pineda no tenían hijos.

Pero esa mañana no llegó a su trabajo. Se encontró, al parecer de casualidad, con su compañero de primaria Carlos Peniche. Farfán lo saludó con ese entusiasmo desfasado y un poco hueco que suscitan en nosotros los amigos de infancia. Esa interferencia fue el primer choque inesperado de la partícula en su divagar matutino por el mundo.

Farfán y Peniche fueron a tomar un precoz café a La Jabalina (mesitas redondas de mármol blanco, grandes espejos, excelente café exprés cortado) y para su desdicha vinieron a sentarse en la mesa del doctor Clotario Buche, amigo íntimo de su compañero de infancia. Con Buche estaba R. Dombor, el hombre más alto de Puza.

A Farfán le desagradaba la actitud de autócrata de café que asumía Clotario Buche y se sentía más cerca de Peni-

che, su compañero, no sólo en la primaria Mártires de Atolomocas, sino en la perpetua desgracia económica, que también había sido su marca de fábrica. Soñador, iluso, pésimo administrador de sí mismo, para desesperación de su mujer, Inés Pineda.

Llegó a la mesa una mujer de materialidad grosera, que contradictoriamente se llamaba Almita Retazo y era dueña del salón de belleza Medusa, el más prestigiado de Puza. Farfán empezaba a disolverse en el sopor del café, se miraba en la luna enorme, con marco dorado, que tenía enfrente y sentía el absurdo de la existencia. Pero el pobre Farfán estaba a punto de sentir la segunda repetición. La cosa fue así. Primero el diálogo muelle, acompasado, de ciudad provinciana, siguió discurriendo.

—Y ese Polo era buen deportista, ¿no es cierto? —preguntó R. Dombor.

—Cómo no, cómo no —respondió Peniche—, era pitcher en el equipo de beisbol de los Pericos, allá en Pingajo.

—Usted debe saber, doctor —decía coquetona Almita Retazo—, ¿el equipo no es de allá de donde tiene usted su manicomio?

—La clínica, Almita, la clí-ni-ca —corrigió Buche.

—Decían que hasta algunos loquitos jugaban en el equipo, ¿no es cierto, doctor? —seguía insinuándose la Retazo.

—A veces. Dos de los pa-cien-tes, Almita, los pa-cien-tes, fueron jugadores: el Cachalote Berlanga, gran catcher paranoico, y el Mimoso Peláez, short stop, obsesivo compulsivo y primer bat. Y yo era, en efecto, dueño, y durante un tiempo manager de los Pericos.

A Farfán siempre le pareció en extremo desagradable la facilidad con que el doctor Buche divulgaba secretos de sus pacientes, y más cuando sabía que Buche, por la terapia de grupo intensiva, tres horas diarias, con Inés Pineda, conocía al dedillo sus miedos e intemperancias, sus hábitos sexuales, sus excesos alcohólicos. Así que observaba

los ojos febriles y nerviosos del doctor moviéndose bajo su reluciente calva de dictador de café.

—Y ¿quién es Polo? —se decidió a preguntar Farfán. Su intervención generó una especie de tensión entre los contertulios: todos se callaron y se volvieron a mirarlo.

—Un sujeto que parece que participó en el crimen de la calle de la Pocilga —explicó rápido y molesto Clotario Buche.

—Todo indica que fue asesinato de maricas —amplió Peniche.

—Con un taladro —dijo R. Dombor accionando con sus manotas.

—Ay, qué horror, ¿tienen que entrar en detalles? —se quejaba entre mohínes la Retazo.

—Pero no se le probó nada —siguió R. Dombor —y anda en la calle como si nada...

Farfán volvía a sumirse en el sopor del café cuando sucedió lo que iba a suceder.

—Ese Polo era buen deportista, ¿no es cierto?

—Cómo no, cómo no, era pitcher en el equipo de beisbol de Pingajo.

—Usted debe saber, doctor, ¿el equipo no es de allá de donde tiene usted su manicomio?

—La clí-ni-ca, Almita la clí-ni-ca.

Tardó Farfán en darse cuenta. Al principio sólo sintió una especie de mareo, pero lentamente se fue tensando y llenando de ansiedad. No cabía duda, la conversación del café se estaba repitiendo. Pero no vagamente, como suele suceder, sino con extremada precisión, el mismo ritmo, las mismas entonaciones, con exactitud. Era como ver un pedazo de película otra vez. Farfán recordó el avión quieto en el aire y sintió angustia.

—Pero ¿qué le pasa a usted? —preguntó el doctor Buche—, ¿se siente mal?

—No es nada, no es nada —contestó Farfán —, estoy un poco mareado.

—Está pálido —insistió Buche—, cualquiera diría que acaba de ver un fantasma.

—No, no, estoy bien —respondió el desdichado escritor—, pero creo que ya me voy... Este, digo... Tengo cosas que hacer...

Después de las elaboradas ceremonias de salida, abrazo a Peniche, palmoteos en la espalda de R. Dombor con deseos de pronto restablecimiento del mareo, beso a la Retazo y de Buche despedida de mano, mano dura (el doctor tenía un costoso gimnasio en la clí-ni-ca y muchas veces daba terapia haciendo pesas), Farfán ganó la puerta de La Jabalina con una angustia tan grande e ingobernable que bordeaba el ataque de pánico.

Salió a la calle. Iba casi corriendo, un alma en pena, algunos transeúntes se volvían a verlo. Pero el discurrir de Farfán no era caótico: se dirigía en pánico semicontrolado hacia los billares El Firmamento, en el callejón de Botoneras, a un costado de las letrinas del gobernador Higinio Casota y a espaldas del rastro de la Gorgoja, lugar de pésima reputación al que de cuando en cuando hacía el escritor nerviosas visitas clandestinas.

Farfán se deslizó como bola en buchaca al viejo inmueble que había sido, en sucesivas transmigraciones, estanco de tabaco, pulquería de lujo, escuela para obreros, imprenta, prostíbulo, salón de baile y billar sin alcanzar, todavía, el Nirvana de la demolición. En el lugar semidesierto buscó con los ojos al administrador de la institución, un desecho humano, al que aborrecía, conocido como el Abulón.

—Cómo, cómo, ¿otra vez por aquí?, ¿a poco ya se te acabó? —preguntó el Abulón sarcástico y superior.

A Farfán lo ofendía que el Abulón lo tratara con esa altanería, y de tú, pero qué remedio, tuvo que apechugar y declarar cuánta polipina quería.

—¿Tanta, muchacho? —preguntó el marisco falsamente alarmado. El escritor asintió con la cabeza. La compraven-

ta, en las tinieblas del billar, podía haber sido ilustrada por las pinturas negras del Sordo Goya.

El Abulón se desplazó hacia su cuartito de atrás. El ansioso, todavía en pánico controlado, paseó la vista por el lugar. En el billar sólo había dos jugadores, pero su mesa estaba lejos. Farfán se preguntó si entenderían qué estaba pasando. Pues sí, pensó, ¿a qué otra cosa podría ir solo al billar a aquellas horas que a conseguir polopina? Así se alimentaba dentro del alma de Farfán la perfecta pareja secreto-culpa, culpa-secreto.

Regresó el Abulón de su pocilga con una bandeja en la que había una cerveza, un vaso mal lavado y una bolsa, como una diminuta cabeza de Bautista, con la polopina. Farfán pagó, tomó la cerveza y bebió de la botella (era delicioso hacer algo de tiempo, dilatar el momento de placer que se tiene asegurado), luego recogió la mercancía y se encaminó con ella hacia el abismo olfativo del mingitorio del billar.

Entró ahí el gusano y salió poco después la mariposa. Ay, el paraíso. El universo antes de la polopina no es el mismo que el universo después de la polopina. El miedo ya no estaba, se había ido: casi bruscamente las cosas perdieron gravedad y se hicieron livianas y manejables. La conversación repetida, qué tontería angustiarse así, parecía ahora una mera curiosidad intelectual, un curioso fenómeno de espejo en el tiempo. Y el desdichado sonreía optimista y comunicativo mientras palpaba en la bolsa de su saco las dosis de polopina, muchas por fortuna, que todavía le quedaban.

Iba Farfán escapando cuando una voz lo detuvo:

—Ya que andas por aquí, ¿por qué no juegas con nosotros? —Farfán reconoció a contraluz, sonriente, elegante, de pie con el taco apoyado en el suelo, a su primo Jerónimo Salazar.

Segunda colisión de la partícula en su divagar por el mundo.

—Claro que sí —se sorprendió respondiendo Farfán. La

salvación del secreto del aprovisionamiento de polopina se pagaba jugando una partida de billar.

Salazar, profesor de matemáticas en alguna parte, ajedrecista, soltero, lector omnívoro en varias lenguas, era un raro ejemplar de inteligencia apta, pero sumida, quién sabe por qué, en el ocio y la estrechez de Puza, Nayarit. Todo indicaba que la voluntad no había apoyado a esa cabeza que tanto prometía en los años de escuela. Su compañero de carambola era un amigo suyo, y contrincante obstinado en el ajedrez, que vivía de la numismática y la filatelia (es decir, otro adolescente perpetuo), un gordo conocido como el Popochón, el Popochón Rendón.

La lisa redondez del taco en la mano y la sensación de su peso le devolvió de golpe a Farfán toda su familiaridad con el billar.

—Lo que a mí me gusta del billar —dijo mientras tiraba— es que es el más diáfano modelo de causalidad: pegas y sabes bien adónde va a ir la bola y qué va a suceder cuando se encuentre a las otras. El billar es un canon de racionalidad en un mundo caótico y azaroso. Estoy por decir que la carambola es el Paraíso Perdido.

Con la polopina le entraba al escritor una gárrula e irrefrenable locuacidad.

—No, de lo que es ejemplo el billar —polemizó el primo Jerónimo— es justamente de lo opuesto, es decir, de la coincidencia, de lo azaroso y casual. El coche con el que va chocar tu coche dentro de dos horas ya está circulando por las calles: su trayectoria y la tuya van a encontrarse como dos bolas, y eso no se puede prever ni pensar; es la olla escondida de Aristóteles, la fortuna o, menos armado, la caca del pájaro que te cae cuando paseas por el parque.

—En aquella mesa —participó el Popochón señalando una de *pool*— el Guayabate Vergara y sus tres cómplices proyectaron el asalto a la caja de la universidad. Nada nos cuesta imaginarlos jugando y planeando, tú haces esto, tú lo otro... Y ya ves lo que pasó.

Farfán declaró que no sabía nada.

—Pues no sólo no robaron nada —siguió el Popochón—, sino quedaron inscritos como alumnos especiales de la Facultad de Ciencias Políticas. Y ahora el Guayabate se va a lanzar de candidato a diputado... es un tipo sumamente reaccionario y corrupto...

El gordo ligaba carambolas.

—Pero no todo es casual —propuso Farfán tímida y vagamente—, hay regularidades, hábitos, repeticiones.

—Nada se repite nunca —sentenció Salazar.

Farfán se rió:

—Hacía tiempo que no oía uno de tus pronunciamientos lunáticos —comentó.

—Filosóficos. Fíjate bien: el solo hecho de que una cosa ya se presentó y tenemos memoria de ella hace significativamente distinta la segunda aparición de la primera.

—¿Y por qué no va a repetirse, por ejemplo, una conversación entera?

Salazar iba a pegar y cuando oyó la pregunta de su primo apoyó el taco en el suelo y no tiró.

—¿Te ha pasado algo así? —interrogó.

—No —otra vez secreto y culpa, pero ¿de qué se sentía culpable?

El Popochón se inmiscuyó en el interrogatorio:

—Yo estoy viendo nervioso y alterado a tu primo... es obvio, digo, salta a la vista que algo le sucedió.

—Sí, es muy notorio —los dos amigos miraban fijamente a Farfán.

—¿Qué pasa, cabrones? —preguntó el interrogado—, ¿qué es esto?

—Dinos la verdad —exigió Salazar—, ¿tuviste la experiencia de una conversación que se repetía?

Farfán se sentía como el niño que rompió el florero. Quién sabe qué mezclas de orgullo, temor y culpa latían dentro de él. Estaba paralizado.

—Creo que sí, que experimentaste una, tal vez varias re-

peticiones, y creo que el asunto merece ser discutido ante unas cervezas en La Locomotora —dictaminó Salazar dejando el taco sobre la mesa.

Y allá fueron los tres, a La Locomotora, cantina tenida en Puza, Nayarit, como lo más grande del mundo. Ahí oyó el atribulado y extremoso escritor la revelación de la presencia confusa de los Otros en tierras mexicanas y su inexplicable manejo, operación, o lo que sea, del tiempo vivido. Todo eso nos es ahora muy familiar, pero hay que pensar en lo que sintieron y entendieron los primeros que lo experimentaron.

Comprendo que me he demorado injustificadamente en Farfán y en estos episodios muy poco importantes en comparación con lo que después sucedió. La razón es que me deleita decir cosas acerca de cómo era la existencia diaria antes de que llegaran los Extraños, hablar de esas instituciones gratas e inofensivas, que ya no existen, como el café, el billar o la cantina. De nada vale que me diga que qué caso tiene. Estamos muy solos Ester, mi hijo y yo, y cuando uno está solo hace cosas raras. El otro día, por ejemplo, estuve pensando obsesivamente toda la mañana en por qué los gordos cuando bailan bien son más espectaculares y elegantes que los flacos. La verdad, es preferible ponerse a escribir estos episodios, aunque a veces me demore injustificadamente en esto o en aquello.

En La Locomotora Farfán pidió un tequila doble y una cerveza clara y con ese *basso obstinato* y entonador empezó a contar lo que le había sucedido. Salazar y el Gordo oían con atención comentando entre ellos o comparando con otros casos: "sí, eso le pasó a Rosita Panzudo", o "peor le fue al coronel Moscón que se cayó dos veces al río de aguas negras".

—Lo del avión —dictaminó finalmente Salazar— de seguro fue repetición. La conversación de Clotario Buche parece más bien apócrifa, algo planeado para desconcertarte...

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntaba furioso Farfán.

—Cálmate, mira... Entre las novedades que Buche ha introducido en Puza figura la terapia de grupo. No se sabe por qué, tal vez por el clima subtropical o por la total impreparación de Buche en la materia, ya sabes que la audacia del sujeto no tiene límites...

—No, no sabía... Y mi mujer está en terapia, tres horas diarias, con ese puerco...

—¿Inés? Pues escucha: por la irresponsabilidad de Buche, el grupo de terapia fue haciéndose gradualmente más laxo e informal y tengo entendido que los pacientes empezaron a dedicarse ya francamente al más mundano y enfermo intercambio social con reforzamiento y aplauso de sus respectivos padecimientos. Pierre Popoudopolus, el chef del Bonaparte, fue invitado a las sesiones, y no sólo no se le cobra, sino se le paga por asistir a las terapias que son ya, a veces, cenas de alta cocina con abundantes libaciones. El caso es que el grupo enorme degeneró hasta transformarse en una sociedad secreta con ceremonias de iniciación y toda la cosa. La masonería de Buche ha extendido sus tentáculos y ya controla parcialmente la política local y se ha metido en negocios muy redituables. Todo indica que el grupo está bordeando la asociación delictuosa, pero no se ha podido probar nada conclusivamente.

Con la furia, Farfán empezó a abusar del tequila bebiéndolo en dosis voluntariosas, cosa pésima porque la polopina, como se sabe, tiene cierto efecto multiplicador de la ingestión alcohólica.

—¿Tienes que beber de esa manera repugnante? —le reprochaba su primo—, desacreditas el placer, maestro.

—No importa, no importa, ¿qué es eso de las repeticiones?

Salazar confesó que no sabía ni siquiera si era algo. La gente, explicó, siente que ciertas escenas suceden dos veces, una inmediatamente después de la otra.

—Es difícil de advertir porque las escenas se traslapan:

hay efecto de corrimiento, como somnolencia, es decir, uno no cree que se esté repitiendo nada. La repetición tiene el sabor de la primera vez. Pero es una segunda vez. Es una especie de eco. Se puede captar porque queda algo de la primera vez, un saborcillo, un recuerdo apenas insinuado, casi un déjà vu de la primera y original versión... Y uno dice "se está repitiendo, sucedió dos veces". Por eso parecía, pareció un instante, que el avión no avanzaba. Siempre son escenas cortas, a veces muy cortas, a veces un poco más largas.

—¿Te ha sucedido a ti? —preguntó Farfán.

—Sí, a mí también —respondió Salazar.

—La primera vez fue en un burdel, ¿verdad? —reveló el Popochón.

—Sí, sí, pero no tiene caso abundar en detalles —se cubrió el incierto Salazar en uno de sus clásicos repliegues—, la experiencia siempre es la misma.

—Pero ¿qué es?, parece cosa de locos —juzgó Farfán—, ¿qué es?

—No sé, pero no puedo dejar de sentir —aventuró el primo— que es como si alguien estuviera sintonizando algo. Tenemos que esperar.

—¿Esperar a qué? —preguntó el escritor sombríamente.

—No pongas esa cara, Pepe, de una invasión de marcianos no pasa. Digo, supongo que estamos al comienzo de algo, pero no estamos en condiciones de hacer ninguna hipótesis, no tenemos espacio para razonar.

—Parece cosa de locos.

—Es la segunda vez que lo dices —recriminó Salazar—, con los tequilas ya vas pareciendo tú mismo repetición de extraterrestres.

—¿Y cómo sé que no estás inventando tú eso de Buche y de las repeticiones? —decía Farfán con impertinencia alcohólica.

—Qué pesadito se pone tu primo cuando bebe —diagnosticó el Popochón.

—Tú cállate.

—Bueno, creo que nosotros ya nos vamos —anunció Salazar—, o ¿tú te quedas?

—¿Yo?, ni loco —estimó el Gordo.

—Y yo que vine a Puza huyendo de las complicaciones de la Ciudad de México.

—Ya ves, mano.

Farfán estaba indignado y tramaba vengarse del doctor Buche y sus terapias. Se le ocurrían cosas, pero las desechaba, unas por imprácticas y sobreelaboradas, otras por francamente sangrientas. Siguió bebiendo hasta que oscureció, hablando de esto y aquello con desconocidos en la pesada tarde cantinera. Remató la noche, ya en estado de avanzado frenesí incoherente, en la casa mala de la Ratona, muy celebrada en Puza. De lo que ahí sucedió tuvo una oportuna y misericordiosa laguna mental (aunque sabe que perdió un calcetín y varios botones de la camisa). Regresó, o mejor dicho, alguien lo regresó, en un taxi, sin dinero ni polopina en la bolsa y sin reloj en la muñeca, ya de madrugada. Inés Pineda, su mujer, estaba muy seria, viendo por la ventana. Qué duda cabe de que estaba enojada, porque no le decía una sola palabra. Farfán se quedó dormido. Despertó en la mañana todavía parcialmente intoxicado. Inés seguía viendo por la ventana. Farfán le hablaba y ella no contestaba. El escritor quiso huir escurriéndose hacia la calle, pero pudo más dentro de sí la furia que le producían el silencio y la inmovilidad espartanos, y francamente cabrones, de la Pineda, así que resolvió dar la cara y presentar combate. Hablaba y ella no contestaba, gritaba y lo mismo. Furioso la tomó por los brazos (no hubiera sido la primera vez que sus discrepancias alcanzaran el mutuo maltrato de obra), pero la soltó dando un grito: Inés estaba dura, fría. La sacudió lleno de ansiedad y culpa: la cabeza se volvió hacia un lado y pudo ver sus ojos inexpresivos. Creyó que estaba muerta. Pero aquello no era el cadáver de Inés, sino una reproducción

en cera de su mujer. Un trabajo barato y muy mediocre. En ese momento Farfán perdió el dominio de sí mismo y golpeó repetidamente la figura; primero con las manos, después a patadas. La cabeza se desprendió suavemente, sin un ruido, y se fue con giros torpes, como de huevo, hasta quedar debajo de la cama, mirando siniestramente desde ahí con sus ojos catatónicos y horripilantes. El escritor no pudo más y salió furioso hacia la clínica del doctor Clotario Buche. Un taxi, en el que iba gritando, lo llevó hasta allá, y allá se vio el grotesco espectáculo de un loco agitado, vestido en pijama, que pateaba dando gritos la puerta de entrada del manicomio. Por supuesto que abrieron y por supuesto que condujeron al peligroso demente hasta la sala de furiosos donde vociferaba incoherencias acerca de una cabeza redonda, un avión y unos beisbolistas enredándolo todo en un delirio paranoico agudo, una conspiración en contra suya de corte enteramente clásico. Allí quedó recluido. Y recluido en una de las crudas más espantosas de que ese infeliz paciente tenga memoria. Es cierto que, como dice Chumacero, hombre crudo es animal sagrado: al peligroso demente se le administró un sedante y, ya en somnolencia, una buena dosis de complejo B por vía intramuscular. También es cierto que ahí se quedó encerrado.

4

Tengo que darme prisa. Ayer vimos algo. No una persona, desde que estamos aquí no hemos visto a nadie. Por fortuna, ya que las delaciones son forma universal de conducta en estos días. No, en la noche vimos a lo lejos, muy lejos la verdad, unas luces. Pero eso fue suficiente para sobresaltarnos. Ester se angustió tanto que a la mañana siguiente quería que huyéramos. Pero no. Tuve que recordarle que no hay adonde ir. Los Otros ya deben andar por todas partes y movernos sin saber adónde vamos es más peligroso que quedarnos aquí. No nos queda más que esperar.

Pienso que Ester y yo somos como Adán y Eva, expulsados del Paraíso que tanto criticábamos y que ahora tanto añoramos. Pero un Adán y una Eva grotescos, sin futuro, sin la foto de familia que, como último deseo, según el texto de Arreola, quería tomarse la pareja, ya prodigiosamente envejecida, en el Valle de Josafat.

Hay noticias que no tenemos manera de asimilar. Las entendemos de algún modo, pero no alcanzamos a ver ni a vislumbrar sus alcances. Son demasiado desarticulantes, desorientadoras y minan nuestra capacidad de organizar. Digo esto porque hay que entender la actitud que asumieron Farfán, Salazar y los demás habitantes de Puza, Nayarit, y no apresurarnos a execrarlos, culpándolos por lo que no hicieron ni podían hacer. No, más bien pensemos que en ese momento sólo un loco delirante podía haber previsto lo que luego se hizo claro para todos. En el fondo los de Puza estimaban, creo, que la cosa no tenía importancia, que eran nada más casualidades y que más o menos pronto acabarían las molestias tan chiquitas, tan sutiles y tan raras.

—Le digo que no pasa nada, señora —dicen que argumentaba el jurista Escrófula cuando ya empezaba a levitar cabeza abajo y con los brazos y las piernas extendidas como hélice—, ¿qué quiere usted que suceda?

Los libros convencionales de historia que andan por ahí, y no han sido aún confiscados, contienen también muchas inexactitudes. Es difícil, imposible, diría, no cometer explicaciones *ex post facto*, cuando, la verdad, casi no podemos acordarnos, o nos acordamos con una nostalgia fantasiosa, de cómo era todo esto antes de que Ellos llegaran. Pero hay que intentarlo.

Lo primero es graduar la entrada de los hechos y limitarnos a la situación real que se iba viviendo. No adelantar, no contaminar el presente histórico con el futuro que ya conocemos, anular imaginativamente lo que sabemos que iba a suceder. Y desde ahí, apreciar los hechos como fueron vividos, en su pavorosa incertidumbre.

Lo segundo es penetrar en la psicología, en la habilidad intelectual y la conducta moral de los protagonistas, de "los políticos y militares puestos por el destino ante elecciones a cuya grandeza, la verdad, la mayoría no supo corresponder", como dice púdicamente Héctor Krauze Florescano en la historia que escribió ya muy viejo, allá en las cuevas de Pucaraca, por la provincia de Joroba, después de la dispersión de 2012.

Y lo tercero es no perder de vista que los verdaderos protagonistas de esta historia son los hombres y mujeres anónimos, la gente común y corriente "cuya conducta en esa hora horrible no puede dejar de asombrarnos".

Como sea, es claro que el primer encuentro con los Otros fue en Puza, Nayarit, y que, por lo tanto, el primer personaje tiene que ser nuestro ya conocido primer enviado del gobierno, es decir, el diligente licenciado Carlos Arrieta. A Arrieta lo traté mucho durante el sitio de la ciudad porque era amigo de la familia de mi mujer, especialmente de don Salomón, mi suegro, del que había sido

condiscípulo en la preparatoria, y me dio documentos y me contó varias veces la historia que ahora escribo aquí en el viejo alfabeto prohibido, en el idioma proscrito y de la manera rudimentaria y artesanal, dicen ellos, es decir, al modo de nuestras antiguas narraciones, nuestras historias y novelas que antes, antes, se hacían tanto que hasta aburrían.

Arrieta llegó a Tepic, Nayarit, la tarde del 15 de noviembre, por supuesto, de 2010. El secretario particular del gobernador lo esperaba en el aeropuerto y lo condujo al hotel Tortugas donde se alojó. El gobernador Alberto Teja no había sido notificado oportunamente de la llegada del subsecretario, a tanto llega la discreción en esos casos, y no estaba en Tepic, su llegada estaba prevista para la tarde del día siguiente, pero Arrieta no quería esperar, tenía urgencia de averiguar los hechos y redactar cuanto antes un informe rápido y brillante para el presidente y Puchurreta.

Todo él era ambición y deseo de hacer bien las cosas, una flecha de habilidad y eficacia, como se idealizaba a sí mismo. Así que resolvió trasladarse de inmediato hasta el lugar donde, según le habían dicho, podía recabar alguna información preliminar, es decir, la clínica del doctor Clotario Buche, en Puza, a dos horas en coche. Un auto con chofer fue puesto a su disposición y el cumplido funcionario viajó hasta allá.

Es natural que Arrieta haya omitido de su informe (una copia del cual obra en mi poder) todo lo que pudiera deslucirlo. Después de todo un informe político no es una crónica de viajes. Así que en el informe del subsecretario no figura que en la clínica de Buche por prontas providencias y pese a su rabiosa protesta fue privado ilegalmente de su libertad y sometido a un examen médico.

—Abra la boca —le decía un joven y enérgico practicante.

—No abro nada. Quiero hablar con Clotario Buche. Esto es un atraco.

—No nos haga más pesadas las cosas ni empeore su ya difícil situación. No se le olvide adónde vino por su propio pie.

—No se me olvida nada, llame a Buche inmediatamente, pendejo.

—Si se agita llamo a los enfermeros.

El origen de la comprometida situación puede rastrearse en el carácter secreto de su investigación. El funcionario había resuelto no revelar de entrada su identidad, y dio nombre y profesión falsos (Pedro Guerra, fotógrafo) y dio en hablar en el manicomio en términos tan vagos, elusivos y poco afortunados que parecían los delirios de un loco. Cuando quiso revelar su identidad ya era demasiado tarde.

—Fíjese en lo que está haciendo, animal —vociferó—, soy Carlos Arrieta, subsecretario de Gobernación.

—Sí, claro, claro. Haga de cuenta de que yo soy Manuel González Puchurreta, secretario de Gobernación. ¿Qué le parece, amiguito?

Arrieta sentía una furia asfixiante, pero hacía grandes esfuerzos por guardar el gobierno de sí mismo; sabía que todo estallido o exabrupto corría en contra suya.

—Déjame hablar por teléfono, carajo.

—Mañana, mañana. Qué insistencia. Mañana que venga el doctor Buche.

—¿Mañana? ¿Está usted loco? —el practicante sonrió—, yo no voy a pasar la noche aquí. Eso sí que no.

Pero sí la pasó, y con resultados de eficiencia y puntería maravillosas. Por eso el informe que redactó empieza diciendo con orgullo: "Llegué a Tepic, de ahí inmediatamente me trasladé en automóvil hasta Puza y sin pérdida de tiempo me hice recluir como paciente en la clínica del doctor Clotario Buche". Y la descripción de los hechos era, qué duda cabe, impecable.

Contundentemente auxiliado por dos poderosos sedantes, Arrieta se había quedado finalmente dormido. No fue

sencillo convencer al hombre que vociferaba amenazando con cerrar al día siguiente el establecimiento y levantar toda clase de actas por toda clase de delitos, pero se había logrado sin tener que recurrir, por fortuna, a la coacción física. Y ahora dormía profundamente. En algún momento, hacia la madrugada, el diligente funcionario sintió que algo muy delicado tocaba su rostro. Muy delicado, sedoso, los dedos de un ángel, tal vez, o una telaraña. Arrieta movía mecánicamente la mano para quitar de su cara aquellas mínimas patas de insecto, pero nada, ahí seguían. Entonces, abrió los ojos y lo que vio fue una mujer que lo miraba fijamente. La mujer, para despertarlo, le pasaba por la cara los cabellos con movimientos de cabeza que podemos calificar de galantes y prometedores.

Nuestras reacciones pueden ser insólitas: Arrieta, que era un hombre más bien tímido, casi un retenido sexual, atrajo hacia él a la mujer y la besó.

Quiero que se entienda que el primer contacto con los Otros fue tan asombrosamente simple y directo que parece una especie de cuento. Estuvieron involucrados en los hechos Arrieta, Farfán y una mujer de nombre Xóchitl Peláez González, que más tarde se haría famosa bajo su apodo de la Jitomata. Digamos de una vez que la Jitomata era una señora de mal vivir y estaba recluida en la clínica de Clotario Buche, como otras veces, con la intención de sacarla del alcoholismo crónico agudo que padecía desde hacía años. Sé que han inventado otras cosas, pero ésta es la verdad. Yo la conocí: tendría unos treinta y cinco años, y era de no mal parecer, algo gruesa, fuerte, pero muy guapa, y dotada además de gran vitalidad y perspicacia. Ya sé que muchos la aborrecen, y no sin cierta razón, pero era una mujer notable. Quiero hacer constar, por último, que Clotario Buche no tuvo ninguna participación en los hechos, como él con toda falsedad ha insistido en propalar, y que su presencia ahí debe ser calificada de lateral, indirecta, muy menor, confusa y enteramente accidental. Ahora sigamos.

Arricta no sólo besó a la mujer, ella se reía, dispuesta, sino empezó a proceder eróticamente mediante intencionados palpamientos y otros besos no menos intencionados. La cosa iba a más y llegó.

—¿Qué es esto? —dijo una voz autoritaria en la penumbra del cuarto—, ¿qué está pasando aquí?

—Nada —mintió apuradamente Arrieta.

En la timorata e infantil respuesta del lúbrico funcionario coinciden todos los autores. No en la parte erótica o pornográfica que la suscitó.

Arrieta nada dice, por supuesto, de estas desenvolturas en su informe al presidente, y niega verbalmente que haya estado apareándose con la Jitomata (porque era ella), pero Farfán (que es quien entraba) lo asegura sin ningún género de dudas.

—¿Qué está usted haciendo con esta mujer?

La mujer empezó a reírse, quedo, sin escándalo.

—Nada, nada, de veras.

—Yo vi algo inequívoco —declaró Farfán—, ¿es usted el enviado del gobierno?

Qué rápido corren en cualquier parte las noticias.

—Sí —confesó Arrieta.

—Pues ella es la enviada de Ellos. Veo que las conversaciones han adelantado, y puede hablarse, incluso, de una fraternización.

Arrieta estaba mirando con horror a la mujer.

—¿Está usted diciendo que tuve trato sexual con una extraterrestre? —preguntó el incontinente.

El funcionario negaría después haber formulado esta pregunta.

—No, no —respondió Farfán—, ¿quién ha hablado de extraterrestres?, es la Jitomata, natural de Tepuzca, Nayarit, y recluida aquí por alcoholismo.

—¿Entonces? ¿Qué clase de enviada? ¿Y por qué se ríe así?

—Porque está borracha.

—Ya me parecía —dijo con tristeza el romántico burócrata.

—Se emborrachó en el bar. Las innovaciones terapeúticas del puerco de Buche incluyen una cantina y tal vez un prostíbulo dentro de la clínica. La habitación de usted está en el llamado Centro de Paranoia Recreativa. Pero eso no importa. Lo importante ahora es saber si van a comunicarse.

—¿Quiénes?

—Ellos.

—¿Ellos?

—Sí, Ellos. Hablan a través de la Jitomata.

En ese momento Arrieta recordó agudamente que estaba en un manicomio. Miró a Farfán sospechosamente y preguntó:

—¿Usted quién es?, ¿está recluido en la clínica, supongo?

—Me llamo Pedro Sánchez Farfán, y soy escritor. Alcohólico, no loco.

—Ah, sí Farfán —el encargado de Comunicación Social de la Secretaría de Gobernación no podía menos que reconocerlo, vagamente es cierto, pero identificarlo como una figura relativamente popular en el microcosmos del teatro y los suplementos culturales.

—Sería mejor que se vistiera —recomendó Farfán y obedeció apresuradamente Arrieta.

—Todo esto es muy extraño. Parece cosa de locos —juzgó el funcionario mientras se vestía.

En realidad estaba pensando en cómo redactar el informe sin que Puchurreta y el presidente pensaran que él era un ingenuo, un incapaz, probablemente un loco, o peor todavía, alguien que se atrevía a intentar burlarse de ellos. El fantasma de un cese airado y fulminante revoloteaba sobre el manicomio de Puza, Nayarit.

En ese momento la Jitomata se sentó muy seria, sin traza alguna de ebriedad y comenzó a hablar con voz monótona y ronca.

—Buenos días —articuló lentamente— son las cero cuatro quince.

—Así empieza siempre —comentó en voz baja Farfán—, como reloj digital.

—¿Está ahí Carlos Arrieta Velasco? —siguió articulando la Jitomata.

—Afirmativo —contestó Farfán.

—¿Qué estaba sucediendo hace un momento que no podíamos establecer comunicación?

—Nada —se apresuró a contestar Arrieta.

—Falta —articuló la mujer—, era apareamiento carnal conforme a natura del representante con el monitor. Regla uno, compromiso de veracidad entre ambas partes. ¿Suscribe?

—Afirmativo —volvió a contestar Farfán.

—No usted. Carlos Arrieta Velasco.

—Afirmativo —respondió el funcionario.

—Procede establecer agenda. ¿Cuáles puntos propone?

—¿Qué? —preguntó Arrieta.

—Falta. Respuesta de coeficiente intelectual debajo de umbral de comunicación. ¿Procede establecer nivel más bajo de intercambio?

—No, no, no. Arrieta estaba distraído —contestó Farfán y luego se volvió al funcionario y le pidió—: por favor póngase listo porque si no le empiezan a hablar como a un niño de diez años.

—Dele falta 23.

—¿Ya llevo 23 faltas? —le preguntó en voz baja Arrieta a Farfán.

—No, son 45 faltas veniales y cuatro mayores —voceó la Jitomata.

—Eso no importa —repeló Farfán—, concéntrese en lo que se está hablando. ¿Qué les quiere decir?

—Aprobado que Farfán opere como tutor del inferior intelectual —concedió la voz de la Jitomata.

—Quiero hacerles algunas preguntas —propuso Arrieta.

—Aprobado. Agenda: representante, algunas preguntas. Nosotros, mensaje al presidente de la República. ¿Suscribe?

—Afirmativo —aprobó Arrieta.

—Procede interrogatorio. Pregunte.

—¿De dónde vienen? —preguntó Arrieta.

—La palabra *dónde* tal como la emplean ustedes no alcanza a recibir inteligiblemente respuesta. Para ustedes no hay ese *dónde*. Se necesitará aproximadamente un año, año dos meses de instrucción, a razón de dos horas diarias, en el caso medio para estar en condiciones de entender. En el caso del representante la instrucción se calcula en un plazo mayor.

—¿Vienen de otro planeta?

—Falta. La respuesta negativa está implicada en la respuesta anterior.

—¿Cómo son?

—Falta. Especifique pregunta.

—¿Qué apariencia tienen?

—Respuesta: no se aplica. Exposición: va variando y tendría que especificar *cuándo*, pero no está en condiciones de marcar las coordenadas, y aunque lo hiciera, eso no respondería enteramente su pregunta. Explicación: el representante tiene como canon de apariencia sustancias. Nosotros no somos sustancia, somos acontecimientos.

—¿Acontecimientos?

—Aclaración lexicográfica: eso que usted llama sucesos, algo que se va desarrollando en el tiempo.

—¿Podría poner un ejemplo o dos?

—Ejemplo uno: una pieza de música. Ejemplo dos: un incendio. Corrección: el representante llama *ser* a algo captable por la vista y sería mejor para entender que pensara en algo captable por el oído, y por lo tanto, sucesivo.

—Entonces, ¿no se puede ver?

—Falta. Se puede, pero la visión no capta la naturaleza de la cosa.

—¿Las repeticiones fueron producidas por ustedes?

—Sí. Falta. *Producida* no es la palabra adecuada.

—Entonces ¿cuál es la palabra?

—No existe en su idioma.

—¿Para qué hicieron, o como sea, las repeticiones?

—Ensayábamos la comunicación con ustedes.

Entonces Arrieta formuló una pregunta cuya seca y directa respuesta le heló el corazón de miedo y zozobra.

—¿A qué vienen?

Y la respuesta fue:

—A quedarnos aquí.

Es explicable que Arrieta sintiera angustia y ganas casi incontrolables de huir y esconderse. Pero estaba paralizado, no hablaba, no decía nada.

—¿Más preguntas? —articuló la Jitomata.

—¿Cuál es el mensaje que quieren enviarle al presidente? —fue lo único que el pobre funcionario, que quería salir cuanto antes de aquella situación, alcanzó a discurrir.

—Representante da por terminada su parte. Empieza la nuestra. El mensaje es éste: "Avanzamos hacia la capital. Llegaremos en un mes. Solicitamos ser ampliamente recibidos".

—¿Qué?

—Falta. La parte de preguntas ya se dio por terminada. Sigue mensaje: "Venimos en paz. Y entregamos un regalo al presidente como signo de amistad". El regalo se lo haremos llegar a Carlos Arrieta Velasco antes de su salida de Puza, Nayarit. Termina Comunicación. Son las cero cinco diez.

El doctor Clotario Buche llegó a la clínica que, por ser suya, llevaba su nombre, a las cero siete treinta y cinco (además de ser obsesivamente cumplido, el doctor era insomne), y llamó poderosamente su atención un automóvil estacionado a las puertas con el escudo oficial del Estado impreso en las dos puertas delanteras. Buche se asomó tímidamente al interior y vio que alguien, presumiblemente el chofer, dormía en la parte de atrás.

—Tuvimos que internarlo, doctor —alegaba el joven y enérgico practicante—, es un fotógrafo, paranoico clavado. Tenía el delirio de ser agente secreto de Gobernación...

—¿Y qué más dijo, animal? —gritó Buche—, estoy rodeado de bestias...

—Que era el subsecretario Arrieta.

—El subsecretario de Gobernación, ya, hasta aquí llegué —murmuró el doctor con la mirada perdida—, ¿y protestó por su internamiento?

—Hizo un gran escándalo. Amenazó con cerrar la clínica y meterlo a usted a la cárcel.

—¿A mí?

—En su delirio pedía a gritos un teléfono para llamar a la Policía Federal de Seguridad...

—La Federal de Seguridad —repitió aterrado Buche—, ay, Dios mío... Tú eres el que va a delirar, pendejo, rata de estercolero de manicomio...

—Yo sólo cumplí con las instrucciones que usted me dio —declaró muy ofendido el practicante.

—¿Cuáles instrucciones, cabrón? ¿Cuáles? —se defendía el doctor.

Mariquita, la enfermera a quien le decían María la Redonda, entró a la oficina e interrumpió las acusaciones.

—Doctor —informó—, un enfermito insiste en hablar con usted. Es el nuevo, el que llegó anoche.

—Sí, sí... —el doctor caminó hacia la puerta con aire de tragedia, ahí se detuvo y volvió hacia el practicante—, luego hablamos tú y yo, ¿eh?

—Ya tomó su desayuno: huevos estrellados con tocino, café con leche y pan —seguía diciendo gorda y maternal la enfermera—, se ve que tenía apetito. Y es muy platicador, ojalá y se quede un tiempo con nosotros, ¿verdad?

—Él que a la mejor se va soy yo, Mariquita —declamaba melodramático Buche—, esa gente glacial y controlada es la peor. Me va a picar como a cebolla.

—Ay doctor, ya sabe que soy una ignorante y nunca entiendo nada de lo que me dice.

Llegaron al comedor. El doctor vio con disgusto que en una mesa del fondo Arrieta y Farfán platicaban, tomaban café y fumaban, y pensó (vanidoso desbocado, narcista y *self centered*, como él mismo se filiaría, ya en inglés, ya en español, si pudiera verse), que Farfán habría puesto al subsecretario al tanto de las actividades de su sociedad secreta: desde el primer momento no había dudado en pensar que a eso obedecía la presencia del subsecretario de Gobernación en Puza. La queja que elevaba era algo así como "finalmente me descubrieron y estoy perdido, mis investigaciones, mi carrera, mis organizaciones, cortadas en flor..."

—Buche... —dijo el subsecretario poniéndose de pie.

—Discúlpeme, por favor, señor licenciado Arrieta —interrumpió el doctor dispuesto a rodar por el camino de la abyección—, ya cesé al practicante, tal vez sea necesario consignarlo...

—No, no cese ni consigne a nadie. Todo está en orden y no tengo ninguna queja. En realidad, tengo una deuda de agradecimiento: la experiencia fue en extremo interesante, se lo aseguro.

—¿Qué? —articuló confundido el doctor.

—Pero necesito hablar con usted.

Salieron a la terraza desde donde se gozaba la vista del grande y hermoso huerto de la clínica, tan envidiado por todos en Puza.

—Usted dirá.

—Es preciso que sea usted muy reservado en lo que toca a mi visita. Nadie debe saberlo, y le exijo que usted mismo no intente comprender nada, se lo exijo, ¿está claro? Todo salió perfectamente bien. Usted limítese a no indagar nada.

—Sí, claro, como usted ordene.

—Regreso ahora mismo a Tepic y salen conmigo Farfán y esa mujer a quien le dicen la Jitomata.

—La Jitomata está aquí por alcoholismo y es libre de salir, pero Farfán es un enfermo agudo que puede agitarse y no creo que...

—¿Cómo dice? —interrumpió el subsecretario mirando iracundo a Buche.

—No, nada, nada... sí, claro, como usted juzgue conveniente, señor licenciado... Iba yo a decir, claro, salvo su mejor opinión.

La vida tiene que seguir: Todos entendemos ahora esa ley de la existencia, tan obvia y tan fuerte. Por profunda que sea la ruptura, se establecen pronto continuidades, se incorporan nuevas rutinas y las cosas siguen. En el gran tejido del tiempo toda herida se restaña, no importa lo que se deje atrás ni lo que se pierda. Así pues, aunque Arrieta estaba muy temeroso y angustiado por las revelaciones, confusas pero ominosas, que acababa de recibir, su preocupación principal era cómo redactar el informe al presidente para que resultara mínimamente verosímil. Y el problema no era de ninguna manera sencillo: ¿cómo explicar la importancia enorme, las infinitas consecuencias que podían tener las palabras pronunciadas por una prostituta borracha en un manicomio de Puza, Nayarit? No, la desproporción entre el mensaje y el medio (para decirlo en los viejos términos) era enorme, insalvable. Nadie le iba a creer nada, sin duda iban a burlarse de él, se iba a reír o a enfurecer, o tal vez las dos cosas, y lo cesarían fulminante y vergonzosamente. "¿Qué le pasa, Arrieta?, ¿cómo se atreve usted a venir aquí con ese cuento?" O también imaginaba la escena del presidente oyéndolo atentamente y diciéndole suave, falso, gentil: "Sí, claro Arrieta, esa mujer, la Jitomata, me envía un mensaje, claro, claro..." y a sus espaldas hace señas y toca timbres, entra gente y el Primer Magistrado dice: "Llévense de aquí al señor licenciado, que repose un tiempo en su casa, se ve que ha trabajado mucho y forzó la máquina; llévenselo, por favor..."

Entonces recordó que contaba con una gran ayuda. Se dio un golpecito con la mano abierta en la frente, sonrió y dijo en voz alta: "el regalo, tengo el regalo". ¿Tengo?, ¿dónde estaba el regalo?

Arrieta se apresuraba a salir de la clínica. La Jitomata se hacía esperar mientras preparaba su equipaje. Además se quejaba constantemente.

—Una cerveza, mi vida —le pedía—, me tomo una cervecita y ya nos vamos adonde quieras. No sabes la cruda que traigo... Ándale, no seas tan malito... luego hacemos lo que quieras...

Había despertado en la cama de Arrieta y suponía, razonablemente, que el político se la llevaba de ahí por razones galantes. Y por eso se mostraba tan mimosa. Aparentemente no recordaba absolutamente nada ni de lo dicho al actuar, como decían Ellos, de monitor, ni de lo hecho con Arrieta.

—Vámonos.

—Sí, mi rey, ya nos vamos, espérate tantito que esto está hecho un desastre —y se afanaba canturreando al meter las cosas en la maleta (ella dijo *petaca*).

El licenciado se despidió de Farfán en la puerta del coche después de haber acordado verse cuanto antes, mañana sin falta, en la ciudad de México. Farfán tenía cosas que arreglar, ver a su mujer y otros asuntos, pero al día siguiente tomaría el avión para México.

—Cano, ¿no le entregaron a usted nada para mí?—preguntó Arrieta al chofer.

—Nada, señor.

"Qué raro", pensó el licenciado, "dijeron que iban a darme el regalo antes de salir de Puza."

—Una cerveza —exclamó jubilosa la Jitomata—, gracias mi vida, eres un amor.

En el asiento delantero del coche había, en efecto, una lata de cerveza.

—¿Qué es esto, Cano? —preguntó el licenciado.

—Señor, le juro que no la había visto, yo no la puse ahí, de veras —la Jitomata metió medio cuerpo por la ventana y sacó triunfante la lata de cerveza.

—No toques eso —ordenó Arrieta.

—Pero, mi amor, cómo puedes tener esa crueldad conmigo, mira, está bien fría...

—Dámela —y el licenciado le arrebató el bote a la mujer—, súbete al auto. Vámonos, Cano.

—Eres un monstruo...

Subieron y el coche echó a andar.

—¿Qué tanto le ves?, no es más que una cerveza fría —alegaba la Jitomata al ver que el licenciado seguía examinando con extremo cuidado el bote por arriba, por abajo, dándole vueltas entre los dedos—, ya estoy entendiendo por qué te trajeron a la clínica de Buche, mi rey...

Desde la ventana de su despacho Clotario Buche veía con aprensión cómo se alejaba el coche y pensaba que ya era tiempo de tomarse unas vacaciones en algún lugar turístico del Extremo Oriente.

—Cano, ¿no sucedió nada raro antes de que apareciera en el asiento el bote de cerveza? Dígame la verdad. Cano, no quiero tener dificultades con usted, ¿eh?

—Yo creo que mejor aquí me bajo —pidió la Jitomata.

—No, no —explicó Arrieta—, vamos a ir a la Ciudad de México.

—Yo jalo, mi amor, pero tú te portas muy rarito... Digo, hay que fijarse dónde conoce uno a la gente... Yo creo que mejor aquí me quedo...

—Cano, deténgase en esa miscelánea y cómprele unas cervezas a la señorita.

—Sí, señor.

—Eres un verdadero amor, mi gordo.

—¿De cuáles?

—De las que sean, Cano, da lo mismo.

—No. Negra Modelo, paquete de seis, si me hace el favor, y de una vez una anforita de tequila, ¿no mi vida?

—Nada más las cervezas —ordenó el licenciado.

Cano compró las cervezas y el coche volvió a partir.

—¿Qué pasó, Cano? ¿No le sucedió nada raro? —volvió a preguntar el licenciado.

—¿Otra vez? Ya deja eso, vida... ¿Para qué traes el bote ahí? La vas a calentar. Mejor ábrela, tómatela y no averigües tanto.

—¿Entonces? —preguntaba Arrieta.

—Un perico, señor —respondió al fin Cano.

—¿Qué?

—Sí, ¿qué con el perico? —curioseó Jitomata.

—Iba volando y... usted no lo va a creer, pero se detuvo en el aire.

—Ahí tienes —exclamó el subsecretario.

—Sí, cómo no —comentó la Jitomata—, Canito y su periquito volador...

Cano miró amenazadora, furiosamente a la mujer por el espejo.

El licenciado le preguntó a la Jitomata:

—¿Qué estás diciendo?

—Nada, nada...

—Sí, algo decías.

—Bueno, gordo, que sí, que es muy raro porque en Puza no hay pericos... O sí hay, pero en jaulas, en las casas... Como el que tiene doña Imelda Pinililla que es muy grosero... Digo yo...

—Le estaba diciendo, licenciado, que el perico iba volando y se detuvo... un momento, pero se detuvo en el aire —la voz de Cano denunciaba rabia apenas contenida.

—Claro, hombre, claro... el perico, pum, se quedó quieto, y pum, apareció la cerveza... no me hagan caso de nada, tírenme de a loca y ya... —comentaba la mujerona.

El viaje a Tepic siguió sin incidentes. La Jitomata había dormido buena parte del camino con la cabeza en las piernas del licenciado. En el hotel se detuvieron el tiempo necesario para que Arrieta recogiera su maleta y hablara

por teléfono con el gobernador, para lamentarse de no poder verlo ya que un asunto urgente lo reclamaba en México y tenía que salir a tomar el avión en ese momento, y le agradecía la ayuda del automóvil y el chofer. Le habló también a Nenclares, su secretario particular y salió hacia el aeropuerto.

Cuando Arrieta estaba guardando el bote de cerveza en su portafolio, la Jitomata le dijo:

– ¿Sabes? Sí ha de ser mágica. Todavía está igual de fría. Y tengo que decirte que cuando te bajaste en el hotel la quise abrir y le di a la cosa esa, pero no pude, por más que hice, no pude, está como sellada. ¿Qué raro, no? Es la primera vez que me pasa.

Las noticias de los hechos de Arrieta en Nayarit llegaron antes que él a la Ciudad de México. El agente de la Federal de Seguridad, Federico Chávez, adscrito al quinto grupo a cargo del comandante Filiberto García, había sido comisionado para seguir como sombra a Arrieta e informar de todos sus pasos a González Puchurreta que, desde luego, conocía y usaba a fondo la vulgar equivalencia entre información y poder. El informe del agente decía, entre otras cosas, que el subsecretario había pasado sin detenerse por Tepic y se había dirigido a Puza donde había pasado una noche de licencia y regocijo en un conocido lupanar, que operaba bajo la cubierta de una clínica de enfermedades mentales, de donde había salido a la mañana siguiente acompañado por una de las pupilas de sobrenombre la Jitomata. Habían regresado los dos a Tepic bebiendo cervezas en el camino y habían abordado juntos el avión con destino a la Ciudad de México. Puchurreta se enojó de tal manera cuando leyó el informe que pateó dos veces el escritorio y una el cesto de papeles.

5

Hablaba el otro día con Ester y le decía que tal vez si México no hubiera sido un país tan injusto, Ellos no habrían logrado conquistarnos. Me miró con escepticismo y mencionó lo de siempre, la tecnología, el inmenso progreso tecnológico que traían los Extraños.

—Pero es que fue una especie de guerra civil —insistí—, muchos mexicanos estuvieron con Ellos porque el país era no sólo pobre, sino injusto. No habría pasado lo mismo si México hubiera sido pobre, hasta más pobre, pero más justo.

—La gente nunca está contenta —contestaba Ester—, no sabíamos vivir de otra manera ¿Qué podíamos hacer? Me imagino qué hubiera contestado Aristóteles si alguien milagrosamente le pudiera haber preguntado ¿cómo es posible que tengan ustedes esclavos? ¿Qué habría dicho si hubiera podido comprender la pregunta? Habría contestado una sola cosa, la misma que nosotros, habría dicho: así vivimos, no sabemos organizarnos de otra manera.

—Qué reaccionarita te has ido haciendo aquí en nuestro retiro —le dije sonriendo, con asombro, cariñosamente. Ester es judía, de familia con tradición socialista, su padre don Salomón había sido en su juventud, antes de hacerse sionista, del Bund, y la madre era más radical, sus padres, los abuelos de Ester, habían sido comunistas allá en Budapest. Cuando la conocí acariciaba la idea de irse a vivir a un Kibbutz en Israel.

Claro que esta diferencia entre cristianos y judíos, que tantas dificultades nos costó a Ester y a mí, que soy *goi, burdakí*, para no decir nada de la historia de Occidente, era imperceptible para los Otros.

—Es igual, es igual —le gritaba impaciente un magistrado de los otros a un rabino que traían atado con hilo invisible—, y dale con la misma sutileza. ¿Qué, no se cansa? Unos capítulos más, unos capítulos menos del libro ese... Que si no sé qué, que si no sé quién... Es lo mismo, es lo mismo... Pero hombre, se está usted poniendo morado... Si son unos detallitos. ¿Qué más le da una cosa que otra, carajo?

Y a la hora de quemar y demoler los templos, por supuesto, les daba lo mismo, con todos tenían la misma furia incomprensible.

—Esto ¿qué es?, esto ¿qué es? —preguntaba un capitán de dinamiteros de habla nerviosa y rapidísima señalando un monumento cívico—, ¿iglesia o qué?, parece iglesia, parece no sé qué... Es horrible, ¿no?

Alguien le dijo que era el Monumento a la Revolución.

—Un monumento a una guerra civil, a una guerra —se indignaba el capitán—, y con los jefes rivales enterrados uno en cada pata del esperpento, pero ¿cuándo se ha visto una estupidez así? No puede ser, no puede ser... —y murmuraba comentando en su idioma áspero con los otros dinamiteros.

Claro, lo volaron.

Pero tengo que seguir con mi narración. Tengo que seguir.

En el aeropuerto Benito Juárez de la Ciudad de México, Nenclares, secretario particular del subsecretario de Gobernación Carlos Arrieta, vio con asombro que su jefe salía del avión del brazo de una mujer parcialmente borracha.

El hecho llamó poderosamente su atención no sólo por índole acusada e inequívoca de la estridente dama en cuestión (nadie que se expansionara diciendo "Vamos a hacer una escala técnica en el bar, mi gordo, a mí me encantaban los bares de aeropuerto"), podía corresponder a los altos ideales eróticos del subsecretario, sino principalmente por la exquisita delicadeza, bordeando con la

paranoia, el velo impenetrable de misterio que Arrieta hacía caer sobre sus desenvolturas extramaritales. Y él, para quien un affaire alcanzaba la complejidad técnica de una novela de espionaje y contraespionaje, se exhibía ahora en el ir y venir de un aeropuerto con esa entidad conspicua cuya risa abundante e inmotivada se alcanzaba a oír perfectamente a más de veinte metros de distancia.

—Dale el brazo al señor —ordenó Arrieta a la Jitomata.

—Presenta el mozo, tú, ¿de dónde lo sacaste?

—Es Nenclares, mi secretario.

—Mucho gusto, señorita.

—La señorita es Xóchitl Peláez.

—Mucho gusto. Oye, ¿entonces qué con la escala? —preguntó la mujer molesta por la grosera transferencia de acompañante.

—No, no, no —contestó el licenciado—, hay que salir de aquí cuanto antes.

—Acércate que no muerdo —dijo la Jitomata al secretario de Arrieta—, ¿por qué tenemos que ir tan aprisa? Esperénse, carajo, vamos corriendo o qué...

Ya en el automóvil, Arrieta le dijo a Nenclares:

—No puedo explicarle ahora nada, pero Xóchitl es extremadamente importante para nosotros y no quiero que se separe ni un momento de ella, ¿entiende? Llévela a su casa.

—¿A mi casa, señor?, y pus, bueno, ¿qué va a decir Marcelina?

—¿Marcelina? —preguntó riéndose la Jitomata—, ¿se llama Marcelina?

—Es mi esposa.

—Entonces llévela a un hotel, pero se queda allí con ella hasta nueva orden. Yo le hablo.

—Sí, señor —dijo sombríamente el secretario.

—No mucho tiempo, no mucho, es cosa de dos o tres días. Tal vez menos. Yo le hablo. Es poco probable que sea más. En todo caso, de una semana o dos no creo que pueda pasar.

—¿Una semana? Sí señor.

—No se separe de ella, no la pierda de vista.

—¿Apoco soy tan horrible? —preguntó la Jitomata al ver la cara que hacía Nenclares—, quiero ir a un hotel que tenga tele a colores y servicio en el cuarto de bar... Hace un día tequilero, ¿verdad?, como para no salir de la cama... Sí, me encanta la idea...

Y el día estaba en efecto muy gris con nubes bajas y lluvias ocasionales.

Arrieta bajó a Nenclares y a la Jitomata en un hotel del centro de la ciudad y se dirigió inmediatamente a la Secretaría de Gobernación. En su oficina mecanografió personalmente su informe. Había sido periodista; escribía muy rápido a máquina y no tenía esa total incapacidad de escribir, esa ceguera y guerra sin cuartel con las palabras, frecuente condición *sine qua non* del triunfo político en México. Después llamó por la red a Puchurreta, quien le dijo que subiera, que lo recibiría inmediatamente.

—¿Cómo le fue en Puza, licenciado? —preguntó Puchurreta.

La conducta aprendida se hace a veces una especie de instinto: sólo los largos años de refrenarse a sí mismo en las más diversas turbulencias políticas lograban que el secretario de Gobernación no manifestara la ira violenta hacia Arrieta que había ido acumulando desde la lectura del informe policiaco de sus actividades en Nayarit.

—Creo que, en cierta medida, podría decirse que muy bien, que el viaje fue un éxito...

—¿Un éxito?, ¿Y qué trae usted en la mano?

—Un regalo, señor...

—¡Una cerveza de bote! —Puchurreta no pudo más y se puso de pie gritando—: Tiene usted el descaro de venir a mi oficina a regalarme una cerveza... ¿Dónde cree usted que está, Arrieta?

—No, no, perdón, es que no es para usted, es para el señor presidente...

—¿Qué cosa? Oiga, pendejo, ¿qué le pasa? Si usted va a creer que voy a permitir...

—Permítame explicarme, señor...

—... que se burle usted de esta manera no sólo de mí...

—... señor...

—... sino de la alta investidura del señor presidente...

—... déjeme explicarle...

—... está usted completamente equivocado...

Arrieta avanzó hacia el secretario y puso en su mano la cerveza.

—¿Qué? —preguntó Puchurreta cogiendo la cerveza.

—Mire, todavía está fría —alcanzó a articular Arrieta.

—Cómo que fría, cómo que fría... cabrón, loco, queda usted cesado...

Pero en ese momento el bote de cerveza empezó a hacer un ruido extraño, como de mecanismo, y su peso aumentó muy considerablemente, tanto que Puchurreta se vio obligado a dejarlo encima de su mesa.

—¿Qué es esto, Arrieta? ¿Qué tiene adentro?

—No sé, señor, pero es un regalo que le envían los extraterrestres, o lo que sea, al señor presidente.

—¿Logró usted entrevistarse con ellos?

—Sí, señor, en el manicomio de Puza, Nayarit, y ellos enviaron este regalo.

—No vaya a ser una bomba —decía asustado Puchurreta mientras que se cubría discretamente tras su enorme sillón y tras Arrieta.

—¿Una bomba? No, no, señor, ¿por qué una bomba?

—¿Cómo por qué Arrieta? Para desarticular al país... Tenemos un presidencialismo fuerte, no se le olvide...

Como no sabe qué hacer, pensó Arrieta, empieza a dictar un artículo editorial.

—Yo creo que nuestro deber es abrir esta cosa antes de llevársela al presidente —juzgó con voz heroica Manuel González Puchurreta, tomó el teléfono y dijo—: Basurto, haga el favor de venir. No toque eso, Arrieta, retírese.

Arrieta obedeció y fue a situarse con su jefe en un rincón de la oficina. Entró Basurto, el secretario de Puchurreta, un joven calvo de lentes de carey, elegante con su blazer azul tinta de pulpo.

—Basurto...

—Dígame, señor...

—Haga usted el favor de abrir el bote de cerveza que está sobre mi escritorio —Basurto avanzó hacia el escritorio.

—¿Esta, señor? —preguntó alzándola y volviéndose hacia Puchurreta.

—Quédese allá. No hay más que una, Basurto.

Basurto se esforzaba por abrir el bote; su rostro se congestionó por el esfuerzo, se veía que tiraba de la argolla con todas sus fuerzas.

—Quédese allá, no se acerque.

—No puedo señor, parece que está trabada. Qué raro. Pero podemos encargar otras. Y una botanita.

—No, Basurto, no.

—O traer un abrelatas, aunque yo creo que no debería tomar ésta, la lata debe estar mala, no vaya a darle botulismo, es fulminante, acuérdese que de eso murió Pichardo, y eso que era riquísimo.

—No, Basurto, no traiga nada. Gracias, retírese y no hable tanto.

Basurto se retiró confundido y expectante.

—Perdón, licenciado —dijo tímidamente Arrieta—, pero yo creo que el bote se va a abrir sólo en presencia del presidente.

—¿Y cómo sabe el bote quién es el presidente, Arrieta? —preguntó sarcástico Puchurreta.

—No sé, señor, todo esto es muy raro, pero es, de veras está sucediendo.

—A ver, cuénteme todo. Despacio, por favor. Y dígame la verdad, que no sé por qué siento que en esta cosa me estoy jugando el puesto. ¿Se da usted cuenta de la trascendencia que tiene el asunto si de veras es cierto?

—Es que es cierto, señor. Ya llegaron.

—A ver, a ver, cuente, cuente...

Y Arrieta contó despacio y claramente lo sucedido en Puza, Nayarit, omitiendo, como ya dijimos, ciertos detalles, ciertas debilidades e incontinencias de su parte, tal vez disculpables dadas las circunstancias pero que, de todas maneras, lo desacreditaban.

—¿Dónde dice usted que está esa mujer, la Jitomata? —preguntó Puchurreta al final del relato.

—En el Gran Hotel Aramís, Venustiano Carranza esquina con Albañal Norte, cuarto 316.

—¿Sola en el hotel?

—No, con Nenclares, mi secretario particular.

—¿Dónde dice?

Arrieta repitió la dirección. Puchurreta, que se veía muy preocupado, levantó el teléfono y dijo a su secretario:

—Que venga Filiberto García —y colgó sin esperar respuesta. Luego se levantó y empezó a caminar nerviosamente por la oficina.

—No, sí. Necesitamos ver de inmediato al presidente e informarlo de todo. Pero necesito también tiempo para pensar. Pero ¿pensar en qué? ¿Cómo podemos actuar? Quién sabe... No, no, sí... Hablarle de inmediato...

Tomó el teléfono, pidió una cita.

—Nos espera a las cinco y media —le informó a Arrieta.

Basurto entró y dijo que Filiberto García no estaba en el edificio, había salido a una diligencia, pero ya lo andaban buscando.

—Que me llame por teléfono o lo que sea, necesito con urgencia hablar con él.

Basurto salió.

—¿Llevamos a la Jitomata al acuerdo presidencial? —preguntó el secretario al subsecretario.

—No, no —se apresuró a contestar Arrieta —... este... no creo que sea prudente ni necesario. Ella no sabe nada, no es más que una especie de monitor.

—Entonces vamos a comer —invitó Puchurreta —, aquí en mi comedor. A mí cuando me entra angustia, me da más hambre. Vuélvame a contar toda la entrevista. Cómo no la grabó. Arrieta, es el colmo, de veras...

Por más que hacemos, por brillante que sea nuestro desempeño, no podemos quedar bien, filosofó para sí con amargura el subsecretario cuando pasaba al comedor.

El comandante Filiberto García miró cómo se balanceaba el ahorcado en las ramas más altas del árbol. Un árbol gigantesco en una casona de San Ángel, y abajo el hormiguero habitual de los teatros del crimen. Dos intentos se habían hecho por descolgar el cuerpo. Después del primero se había decidido llamar al Heroico Cuerpo de Bomberos (el árbol estaba seco, las ramas cedían con facilidad) y después del segundo, a la Benemérita Cruz Roja, para atender a dos bomberos lesionados. El ahorcado seguía ahí como un extraño fruto expresionista.

—A la mejor se ahorcó por accidente —juzgó un policía joven.

—No seas tan pendejo, carajo —comentó Filiberto García, que había alcanzado a oírlo aunque no hablaba con él.

—Señor, señor —se acercó a decirle al comandante una viejecilla angustiada y quejosa—, quieren cortar las ramas desde abajo y hacer que se desplome el cuerpo... Dígales que no, señor, ¿o qué, ya no hay respeto para los difuntos? Ay, pobre de Max...

—¿Pus pa qué se fue a colgar tan arriba? —decía enojado un policía gordo.

—Cállate —le ordenó Filiberto García al Gordo—, o se me hace que vas a ser tú el que se suba a descolgarlo.

El gordo desapareció como por prestidigitación del campo visual del comandante.

—¿Usted lo conocía? —preguntó García a la viejecilla señalando al ahorcado.

—Cómo no lo iba a conocer, éramos íntimos, uña y carne.

—¿Dónde podemos hablar?

—Acá, venga a mi cocina.

—Puede haber sido asesinato —aventuró el mismo policía joven. García, que iba pasando, se detuvo.

—¿Asesinato? ¿Allá arriba? ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Toms Sainch Bocu...

—¿Cómo?

—Tomás Sánchez Baca, señor.

—Preséntate arrestado.

García caminaba con la viejecilla hacia la cocina.

—¿Oye, qué hace aquí el comandante? —preguntó el agente del Ministerio Público—, ¿no es él de la Federal de Seguridad?

—Sí.

—¿Entonces? ¿Es un suicidio político o qué?

—Mira, mejor no averigües. Aquí está y ya. Levanta tu acta y vámonos rapidito...

En la cocina la viejecilla decía:

—Aquí trabajo, éstos son mis dominios, pero yo nunca como las porquerías que dispone la señora y que tengo que guisar, yo nada más puro atole, haba, tortillas quemadas y miren...

Filiberto García vio la cabeza trespeleca, la boca desdentada y la cara de escorbuto de la anciana.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó.

—¿Quién?

—El ahorcado.

—Max.

—Max ¿qué?

—Ah, no sé.

—¿No sabe su apellido? ¿No dijo que eran íntimos?

—Sí, señor, íntimos amigos, pero a tanta noticia no llego. ¿Sabe? Max era muy reservado con sus cosas. Nunca salía de aquí, ni nadie lo venía a ver... él era el jardinero. Muy diligente y un sabio. Se puede decir que todo lo sabía. Digo se puede decir, como no hablaba español...

—¿No? ¿Y cómo se comunicaban ustedes, a señas?

—No, bueno, un poco sí hablaba, pero muy poco.

—¿Y supongo que no le dijo dónde había nacido o de dónde venía?

—Ah, no, señor, eso sí que me lo dijo y muy bien. ¿O usted qué cree, puro secreto conmigo? No, señor, nada de eso...

—¿Dónde había nacido?

—En Europa, señor, en Eu-ro-pa.

—¿En qué parte?

—¿En qué parte de qué?

—¿En qué parte de Europa?

—Ah, no, a esos detallitos no entramos.

—¿Y qué más?

—Noto en usted, señor, un tono de impaciencia que no me gusta nada, ¿eh? —declaró la viejecilla—: mire usted, Max era un verdadero mago de la jardinería... Yo no sé dónde aprendió tantas cosas... Una vez yo lo vi hacer crecer un arbolito, un peral, señor, en una noche, de veras... Y uno podía ver a simple vista cómo crecía, un milagro señor, yo lo vi con estos ojos que nunca han usado anteojos...

—¿Max vivía aquí?

—Sí, señor, en el cuartito de atrás del jardín.

—Voy a ir a ver.

—Pero no están el señor ni la señora... Tampoco está el joven Papú, menos mal, él y sus amigos son unos desvergonzados y unos delincuentes... Usted que es policía debería saber lo que le hicieron a la pobre de Jovita... Y encima después sus papás la corrieron... El mundo es pura injusticia, señor...

García salió al jardín. Caminó despacio hasta el fondo viendo para acá y para allá; no sabía mucho de jardinería, por no decir que nada, pero aquellas flores y la imaginativa y precisa manera como las variedades de césped estaban dispuestas, los senderos, los lugares sombreados húmedos con piedra bola, recinto, musgo, los claros extendidos como amiba, los árboles y macizos de flores lo

asombraron: "mucho trabajo, el cabrón este sabía muy bien lo que estaba haciendo", juzgó el comandante.

Algo llamativo se escondía detrás de aquel Max monje recluso en un jardín, no precisamente claustral, sino voluptuoso cuyo origen se diluía en la vaguedad de toda Europa. Así que el comandante hizo a un lado la cúpula empresarial (aborrecía esa manera de hablar) donde plafonaba el riquísimo dueño de aquella enorme casa y más enorme jardín. Y entró al cuartito de Max. Era en extremo elemental, pero muy limpio y muy ordenado: una cama, casi un moisés, un armario con poca ropa, zapatos lustrados y bien acomodados, una mesa con tres libros. Hasta el pinche jabón es neutro, pensó al salir del bañito. El comandante abrió los libros: estaban en idioma desconocido, pero uno de ellos no era libro, sino una libreta con anotaciones manuscritas, también en idioma desconocido. Esta libreta incluía lo que podían ser dos direcciones y un teléfono. Envolvió los libros en una toalla e iba a salir con ellos cuando vio una cosa sobre la mesita. No la había visto antes porque la ocultaba la lámpara. La tomó y levantó hasta los ojos: no cabía duda, era un yoyo de plástico en perfecto estado, rojo, con su hilo. Filiberto García imaginó al jardinero asceta en la penumbra bailando su yoyo y pensó qué cabrón. Por si las dudas guardó el yoyo en la bolsa de su saco y salió de ahí con él y con los tres libros.

Iba caminando despacio por el jardín de regreso cuando vio que venía agitado a su encuentro el Turco Magallanes, un agente de su grupo.

– Comandante, lo anda buscando el señor secretario – le dijo.

García siguió caminando al mismo paso: una de sus costumbres más desesperantes era hacer sentir su autoridad con el silencio, no contestar, no decir nada, ser un constante e intranquilo enigma, una esfinge.

– Van tres veces que habla al radio, dice que es urgente.

—No estoy sordo —comentó vagamente mientras se paseaba despacio debajo del árbol, del que ya habían logrado bajar el cuerpo—. Era ágil, un mono, el cabrón y todavía estaba fuerte, si no ¿cómo se iba a subir hasta allá arriba? Y ¿para qué? Un último esfuerzo; mientras subía, todavía estaba vivo, si hubiera sido más alto el árbol, más alto hubiera llegado... No, no, eso es una pendejada... Por algo, pero no lo sé... O a la mejor por nada, porque sí, subió, subió, y luego, se colgó desde allá, como yoyo, justamente.

Existía la idea de que no había otro camino para hacer al país más rico y más justo que hacer más, mucho más ricos a unos cuantos individuos, unas cuantas familias. Es decir, para alcanzar la justicia económica había que empezar aumentando brutalmente la injusticia. Era una idea grotesca que apostaba hacia un espejismo de justicia que se iba retirando al avanzar y nunca acababa de cobrar realidad, pero que tenía la virtud de ser probablemente práctica en teoría, o, mejor, práctica en ausencia de otras teorías más humanas y eficientes.

Fiel a esa doctrina triste y paradójica, México concentraba el poder económico en unas cuantas manos ávidas y audaces. Don Patricio de la Loza era uno de esos sujetos inevitables. Un empresario riquísimo, de vieja familia conservadora. Por eso había ido a su casa a investigar Filiberto García. Todo lo de De la Loza le interesaba porque todo, es decir, cualquier dato, podía ser pertinente al delicado equilibrio del poder económico y el poder político. Así que andaba venteando.

Pero cuando oyó a la vieja cocinera hablar del jardín y cuando puso sus ojos en las yerbas, su instinto de investigador cambió instantáneamente de canal y olfateó la presencia de los Cabezones. Desde luego, él ya sabía muchas cosas y estaba preocupado.

—La velocidad de reacción de Filiberto García es admirable —reconoció Carapanzo 35, el instructor de los Otros

con quien tiempo después tuve muchas conversaciones amistosas –, no sé cómo, pero inmediatamente se dio cuenta de que Max era un náufrago, uno de los nuestros que andaba perdido.

El cuaderno manuscrito de Max que García se llevó del cuartito de atrás del jardín, adquirió enorme valor para los Cabezones, quién sabe por qué, y lo querían a toda costa. Y ese cuaderno, como se verá más adelante, fue el que me permitió entrar en esta historia y desempeñar en ella mi modesto papel.

–Es que Max, llamémoslo así, se aficionó a la vida de ustedes... No sé bien, pero creo que podría entenderlo... Y, claro, no podía soportar lo que sabía muy bien que iba a venir –me decía Carapanzo moviendo su gran cabeza regordeta –, es curioso, muy curioso, pero así es...

Sigamos con nuestro cuento.

Reunión del gabinete económico en la casa presidencial de Los Pinos. La masa encefálica financiera alumbraba en pleno sobre la desolación de un país en ruinas. ¿Qué hacer? A grandes males, grandes remedios, se habla mucho, los doctores discrepan en el diagnóstico, pronóstico y tratamiento del enfermo. Hoy se discute una propuesta desesperada (audacia, audacia y más audacia): volver a legitimizar la esclavitud a todo lo largo y ancho del territorio nacional. El señor licenciado A. J. Comezón, presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, escucha las opiniones de los letrados y numerados. La mayoría está a favor porque ha creído leer un asentimiento del presidente a la propuesta y no quieren salirse de la jugada. Otros, pasados de moda, con la mente fosilizada, prehistóricos, premodernizadores, alegan razones ideológicas en contra de la medida. No sé quién en un momento de injustificable exaltación se degradó hasta las razones humanitarias. La discusión se encona, la lengua se afila, el tono se hace alto e hir-

suto y el ánimo turbulento, el tiempo pasa y nadie cede: la coyuntura hace necesarios los más grandes sacrificios, el país seguirá adelante, alguien recuerda a Hidalgo en Guadalajara y juzga "sólo discutirlo es una vergüenza". El tiempo sigue pasando, ya son varias horas de contienda tumultuosa y no se llega a nada. Entonces un funcionario pequeño, callado, con aspecto de japonés y fama de inteligente, pide la palabra y dice:

—Tal vez toda esta discusión sea en cierto modo innecesaria. Quiero preguntar ¿de dónde vamos a sacar los esclavos? No hay de donde, por lo tanto, no tiene sentido discutir si es política o moralmente bueno o malo, o si se resuelve algo o no se resuelve nada con los esclavos. De eso no hay, punto.

El globo se desinfla. Claro, ¿de dónde?, ¿cómo no pensamos en eso antes? La discusión desfallece y nadie hace ningún caso de los recalcitrantes que, ya a la desesperada, piensan en declararle la guerra a algún país. ¿Una guerra cuando no tenemos ni para clips? ¿Y la protesta internacional, la ONU y esas cosas? ¿Y si perdemos? No, no, no, nada, nada. Hasta la otra propuesta, que no tardó en llegar, bajo la forma de reinstaurar los sacrificios humanos en la pirámide del Sol de San Juan Teotihuacan, para: a] atacar de frente el incremento demográfico, b] ayudar a resolver los problemas de seguridad pública volviendo a las tradiciones de ejecución a plaza abierta, c] abrir un polo de atracción turística con un gran espectáculo de luz y sonido, teatro, música, bailes, y los policías y el reo vestidos en trajes típicos en lo alto de la pirámide, y aunque el punto d] no lo alcanzaron a preparar los encargados de agricultura, y salubridad, estudiar la posibilidad de contribuir a mejorar la dieta proteínica del mexicano con la ingestión de las víctimas bajo la forma del pozole. Hay que decir que ese notable proyecto, aunque su discusión duró meses, tampoco pasó.

Pero aquella tarde, terminada la reunión del gabinete

económico, el presidente Comezón caminó apresuradamente a su despacho para acordar con Puchurreta.

Estaba muy inquieto, quién sabe por qué de todos los asuntos que aquejaban al sufrido país, el de los marcianos, como él le decía, era el que más lo preocupaba. Estaba alterado, y vaga, pero persistentemente temeroso y fatalista.

—Queso —mandó el presidente Comezón a su secretario Eusebio Queso, joven emprendedor con inciertos estudios de ciencia política en Harvard y La Sorbona—, que entren Puchurreta y Arrieta, y no pase llamadas ni papelitos, ni nada, ¿entiende?

Entraron ceremoniosos los funcionarios. Saludos. Pausa. La ocasión estaba revestida de cierta solemnidad. Los tres tomaron asiento.

—Bueno, ¿qué? —preguntó Comezón alzando las cejas.

—Se comunicaron, señor.

—A ver, ¿cómo estuvo? —la voz del presidente se hallaba a la altura, timbre y color de los hechos y no traslucía ninguna de las emociones que lo atormentaban. Puchurreta contó lo sucedido al subsecretario en Puza, Nayarit (ni qué decir que con la omisión o censura erótica oportunamente señalada), pero le pidió a Arrieta que repitiera la conversación sostenida. La retentiva del secretario era notable, pero no quería confiar, así que no la repitió de memoria, sino la leyó del informe que había escrito.

—Cómo no grabó la conversación, Arrieta, es el colmo, de veras —se indignó el presidente—. A ver, ¿dónde está el regalo?

—Aquí señor —respondió Puchurreta sacando de su portafolio el bote de cerveza.

—¿Eso?, no quiero ni pensar en qué va a suceder si esto es una burla, Puchurreta.

—No, no, señor, quién sabe qué hay adentro. En mi despacho hizo ruidos, pesó y no la pudimos abrir.

—¿Qué es eso de que pesó? Cómo no va a pesar...

—Digo que aumentó bruscamente de peso...

—¿Y por qué la querían abrir? ¿No era para mí el regalo?

—Pensamos que podía ser peligroso, señor. Y queríamos estar seguros...

—Está bien, está bien. Bueno...

—¿Qué, señor?

—Pues ábrala, Puchurreta —mandó Comezón accionando con las manos como si tirara de la argolla.

—Sí, señor —acató sombríamente el secretario.

—¿Qué pasa, Puchurreta? Abra usted eso.

—Mejor retírese un poco señor, no vaya a ser que... usted sabe...

—Sí, sí, está bien —aceptó Comezón levantándose, y añadió con generosidad—: Arrieta, venga usted para acá, alléjese usted también.

El subsecretario fue a situarse en un rincón con el presidente y desde ahí veían a Puchurreta de pie, heroico, con la cerveza en las manos.

—¿Qué pasa, Puchurreta, está usted rezando o qué?

El secretario cerró los ojos y abrió el bote con entera facilidad.

—¿Qué hay adentro? —preguntó el presidente.

—No sé, señor —contestó Puchurreta, pero veía con angustia que del bote asomaba un poco de espuma blanquecina.

—¿Qué es esto? ¿No es cerveza? —preguntó Comezón acercándose. Nervioso e irritado pidió por el teléfono un vaso, mientras Puchurreta veía con odio al subsecretario que, a su vez, veía con la boca abierta el bote. Entró Queso y, al parecer, asumió como la cosa más natural que los tres altos funcionarios se congregaran de pie en una extraña ceremonia alrededor de la cerveza de bote. Dejó el platito con el vaso sobre el escritorio y salió ágil y calladamente.

—Sírvala —mandó el presidente. Puchurreta sirvió la cer-

veza amarilla y espumosa –, no parece haber ninguna duda: es cerveza, es un bote común y corriente de cerveza ¿o no?, ¿qué le parece a usted?

–Parece ser, señor.

–¿Y esto es lo que, cómo usted dice, pesó, e hizo ruidos y no se podía abrir? –preguntó sarcástico el presidente.

–Arrieta pruebe usted la cerveza –ordenó furioso Puchurreta– y díganos a qué sabe.

Contrito, alzó el subsecretario el vaso con el meñique ligera y ridículamente levantado (peculiaridad prensil, tal vez genética, tal vez aprendida, exactamente igual a la que tenía su padre, el doctor Arrieta, urólogo) y miró con candor al presidente y al subsecretario como quien brinda diciendo "Va por ustedes".

Fue entonces cuando el bote volvió a hacer ruidos (los tres funcionarios recularon un paso) y fue apareciendo lo que se conoció después como *la anémona* (los tres funcionarios recularon dos pasos agolpándose), una especie de yerba marina con incontables filamentos, o una traslúcida, compleja y abigarrada medusa con toda la variedad de diseños y hermosísimos colores de los peces del mar tropical concentrados en una forma irregular, inquieta, mudadiza, pero llena de armonía. Trac, Trac, trac, pic, pic, los ruidos del mecanismo aumentaron dentro de la anémona y pinc, escupió algo, una cosa plana de colores, que cayó sobre la mesa. Luego se quedó callada, pero no quieta.

Inesperadamente valiente y decidido, Arrieta se adelantó a recoger el objeto plano que había arrojado aquella cosa (después de todo era él quien tenía mayor familiaridad con los nuevos y nunca vistos fenómenos), lo recogió, lo miró, y quedó quieto, hipnotizado como un conejo.

–¿Qué es? ¿qué es? –preguntaban a sus espaldas los funcionarios.

–Es que, señor, es...

–¿Qué cosa?

—Una fotografía.

Sí, era una fotografía en la que aparecían mirando asombrados, hacia digamos, la cámara, el presidente, secretario y subsecretario. Por el vaso de cerveza en la mano de Arrieta podría decirse que la foto había sido tomada en una fiesta o un coctel, pero por las caras de alarma, no, más bien se diría que eran tres asustados mirones de un accidente desgraciado y horrible.

—¿Cómo que una foto? ¿Qué quiere usted decir? —preguntaba muy ansioso el licenciado Comezón.

—Una fotografía, señor. Mire.

—No, espérese —presidente y secretario se mantenían aún a distancia prudente—, bueno, está bien. A ver, déjeme ver.

—Mejor no toque esa cosa, señor —pidió adulador y temeroso Puchurreta.

—Es una foto —explicó Arrieta.

—Sí, es una foto, déjeme verla...

El presidente miraba la foto y luego la anémona, la anémona y luego la foto.

—¿Entonces? —preguntó con voz de bando presidencial— ¿qué clase de regalo es éste?, ¿un gadget?, ¿una polaroid?

—Espérese, señor —pidió Arrieta—, mire.

La foto empezó a deslavarse, a borrarse haciendo un ruidito y cuando un instante después volvió a precisarse estaban ahí, en la misma posición, los tres mismos funcionarios pero con las facciones que tenían cuando eran unos diez años más jóvenes. Otro ruidito y veinte años más jóvenes. Y así fue, hacia atrás hasta mostrar tres niños asombrados. Luego hizo un ruido un poco más largo, se borró un poco más de tiempo y volvió a precisarse la foto original.

—Carajo —articuló Puchurreta.

—Yo creí que la cosa esa estaba viva —confesó el presidente Comezón.

—Es que quién sabe —aventuró Arrieta.

—Sí, sí, es cierto, quién sabe qué otras cosas hace —reaccionó con energía Puchurreta. Y era una reacción sana y proporcional, el fino instinto político volvía al que, no en balde, tenía el cargo de secretario de Gobernación. Por eso, miró la anémona y dijo con buen sentido—: No conviene que hablemos delante de esa cosa. Después de todo, lo que por lo pronto sabemos es que es una cámara, y tal vez una cámara de televisión, y tal vez ellos en este momento nos están viendo y oyendo.

E instantáneamente los tres funcionarios irguieron la espalda, suavizaron las facciones eliminando signos exteriores de temor y alarma, y asumieron la actitud adusta y circunspecta de las personas que saben incómodamente que son filmadas o fotografiadas y tienen cabal y doble conciencia de sus gestos y movimientos.

El presidente Comezón, muy en papel, encendió un cigarro y dijo con voz tranquila:

—Vamos a guardar la cosa esa.

—¿Dónde?

—En la caja fuerte. Pero desgraciadamente soy muy torpe de manos y no sé la combinación. Tiene que entrar, Queso.

—Mientras menos gente sepa esto, mejor, señor presidente —indicó Puchurreta.

—Sí, es verdad —dijo el presidente y luego en un arranque autoritario y extravagante, de esos que eran tan suyos, se volvió hacia la anémona y le dijo—: ya guárdate, métete en el bote.

Y la anémona desapareció dentro del bote.

—Queso, venga usted a abrir la caja —mandó por teléfono el presidente. Los tres testigos se sentaron. Entró el funcionario, abrió la caja en un ambiente de tensión y silencio, y en cuanto salió, los tres políticos se pusieron de pie y avanzaron hacia el bote.

—Usted no, señor presidente —volvió a decir adulador y temeroso Puchurreta.

Arrieta tomó el bote con aprensión y cierto asco aversi-

vo (como cuando se toma el cadáver de una araña envuelto en una servilleta de papel), lo guardó en la caja, cerró y le dio vuelta al disco de la combinación (la caja era, muy probablemente, de los años treinta). El bote seguía frío.

El presidente formuló entonces la pregunta obligada, la que desesperante se iba a repetir una y otra vez:

—Señores, ¿qué vamos a hacer?

Discutieron un poco y llegaron a varios acuerdos preliminares. El primero, hacer un cerco de silencio, que no se sepa nada, controlar minuciosamente la información. El segundo, que de una vez contradecía al primero, hacer que algunos científicos mexicanos, uno o dos físicos, por ejemplo, examinaran el bote y la anémona. El tercero, recluir e interrogar a la mujer esa, ¿cómo le dicen?, la Jitomata. Y el cuarto, por supuesto, pensar en qué hacer, o, como ahí se dijo: "diseñar una estrategia".

—¿Cómo dice usted que dijeron? —le preguntó el presidente a Arrieta.

—Avanzaremos hacia la Ciudad de México y llegaremos ahí en un mes.

—¿Dijeron *avanzaremos*?

—Eso dijeron.

—Suena como amenaza, como cosa militar.

—¿Por qué un mes? —se pregunta Puchurreta—, ¿tendrán problemas de locomoción?

Y es lástima que no oyeran los tres funcionarios que de la cerveza, en el vaso que seguía sobre el escritorio, salía una voz metálica que decía muy quedo: "Falta. La hipótesis no explica el plazo de un mes".

6

El maestro escenógrafo miró atentamente la escalera ensangrentada del templo. Arriba, la luz ambarina hería no sólo el vértice, sino parte sustancial del friso de jaguares. Alzó un poco los hombros, pensando, y ladeó la cabeza como siempre que miraba con atención.

—Hay que mover todo el templo a la derecha —ordenó imperioso. Un metro. Hasta aquí.

Y dio una patada en el lugar que acababa de indicar. No estaba enojado, pero tenía que mostrar signos exteriores de autoridad. El ojo pensante del maestro escenógrafo no se cerraba nunca en las largas semanas del trabajo.

—¿Qué paza? —preguntó acercándose Mongo, el director de la obra, cuando vio brotar y empezar a atarearse el hormiguero de tramoyistas.

El maestro escenógrafo explicó que era necesario mover todo el templo a la derecha.

—¿Estáz loco? —gritó el Gordo Mongo silbando fuerte de zetas (los treinta años en México no habían corregido su fonética centroeuropea, en la que no figuraba la ese)— Ezo noz va a retrazar doz horaz... Eztoy por correr la obra...

—Desarmen todo.

—Ez que no, Lima, me vaz a arruinar.

—La pirámide chica, acá por favor. Ponte a ensayar mientras con los actores.

—Tú no te metaz con loz letradoz.

—Los sacrificados chillan y se revuelven como puercos en el matadero... El sumo sacerdote parece una mezcla extraña de cartero, acomodador de cine y mujik. La Llorona hace como ballet acuático....

Exageraba mucho, sin duda. El Gordo Mongo era un artista. Siempre probando a llevar a los actores y el texto hasta su límite de resistencia. Pero así se trataban ellos dos.

En ese momento salió a escena entre los tramoyistas Mimí, dama joven, seguida de un muchacho negro alto y sonriente cuidadosamente vestido de traje gris Oxford.

—¿Qué haces aquí? —preguntó azorado e indignado Lima, el escenógrafo.

Mimí era la última adquisición en erótica extramarital del incansable y famoso escenógrafo.

—Pasé a verte —contestó Mimí—, quiero presentarte a mi amigo Adimado Aduayóm, es de Togo, en África.

—Ahora no, Mimí, tengo muchísimo trabajo.

—Lo conocí, *but of course*, en el Colegio —Mimí era, quién sabe por qué, investigadora en Relaciones Internacionales de El Colegio de México—, ¿verdad que es divino?

—Mimí, por favor.

—Mr. Aduayóm, él es Heriberto Lima, el que hace todo esto —y su manita giró en redondo en un ademán omnicomprensivo.

—Ah, mecho güesto —articuló sonriente y trabajoso Mr. Aduayóm —, yo quierro practicar mo espoñol.

—Es historiador —explicó Mimí —, está becado para hacer algo sobre el tráfico de esclavos en la Nueva España. Muy interesante. ¿Ya,te dije que es de Togo?

—Mimí, vete con este hombre a la cafetería. Al rato voy para allá.

—Lo primiro co supe decir en espoñol fue caboza, tronco y extremedades. Logo mariche, pulque corado.

Lima vio con alarma que el Gordo se estaba acercando.

Si llegaba a sorprenderlo en ese devaneo con Mimí la agonía no tendría fin: gran escándalo con manoteos, incidente inolvidable (aquella vez que...), generalización (tú siempre llevas al teatro a...), pérdida de autoridad, vejaciones.

—Le decía a Mimí, señor Aduayóm, que por favor me esperen un momento allá abajo, en la cafetería.

—Sé.

—¿Qué paza? —Mongo llegó hasta ellos como perro perdiguero— ¿quiénez son éstoz? ¿Por qué eztán interrumpiendo?

—Ven acá —respondió Lima llevándose del brazo al Gordo.

—¿Qué? ¿Quién ez? —preguntaba el director. Lima le hacía discretas señas de que hablaran quedo levantando el índice hasta los labios.

—Ella es Mimí de Relaciones Internacionales de El Colegio de México; él es el señor Aguayón, de Togo, en África.

—¿Aguayón? ¿Y qué hazen aquí? ¿Por qué tanto zecreto?

—Él es el comisionado para teatro de las Naciones Unidas.

—No zabía que hubiera un comizionado para teatro —decía el Gordo en voz muy baja y espiando desde lejos a Mr. Aduayóm.

—Sí, sí, y me dicen que tienen muchísimo presupuesto... Parece que andan organizando una gira mundial de algunos grupos.

—¿Gira mundial?

—Han pensado en ti, Mongo.

—Qué maravilla. ¿Qué?... ¿Zuzpendemoz el enzayo? Creo que hay que atender bien a eze hombre. ¿No?

—No, no. No te tires tan bajo, Gordo, ni te pongas tan ansioso, déjame hablar con él un momento en la cafetería y hago y una cita para otro día.

—¿El perro ez de elloz?

En ese momento un perro de raza indefinible cruzaba el escenario.

—Yo creo... —contestó Lima maldiciendo internamente a Mimí.

—Bueno, no importa. Mañana zi quieres lo vemoz. Ve,

no loz hagaz ezperar —sentenció Mongo, y luego se volvió hacia su asistente—: Lalo, ¿Qué ze zabe de Farfán?

—Nada, señor, no lo hemos encontrado.

Farfán era el autor de la obra. Había salido a su pueblo natal, Puza, Nayarit, a lo que se suponía unas cortas vacaciones; ya debería haber regresado de la solariega provincia mexicana, pero nada, no llegaba.

Mimí iba saliendo del escenario.

—¿Ese perro es acteur? —preguntaba Mr. Aduayóm viendo al animal que levantaba la pata orinando sobre una esquina del templo mayor.

Y por el otro lado iba entrando María, la esposa de Lima, seguida de Esteban, uno de sus hijos y una muchacha que lo acompañaba.

—¡María! —exclamó sorprendido el escenógrafo.

—No pongas esa cara: Mongo nos invitó a ver correr la obra.

—Sí, sí, no importa. Es que hay mucho que hacer —contestó Lima con la frente bodevilescamente perlada de sudor frío.

—Voy a ir a la cafetería —dijo María.

—¿A la cafetería? No, no, espérate aquí.

—¿Por qué?, quiero un café.

—Es que ya va a empezar —se contradijo Lima impúdicamente y se volvió a los tramoyistas diciéndoles—: dejen eso, mañana movemos el templo.

—¿Qué paza? —se acercó Mongo—. ¿Por qué eztán volviendo a acomodar?

—Pensé que mejor dejo todo como estaba para que puedas ensayar y mañana en la mañana muevo.

El Gordo veía con suspicacia la gentileza de su amigo mientras saludaba a María de doble beso.

—Voy a la cafetería.

—No, espérate —pidió ansiosamente el marido.

—Parece que África está de moda —comentó Mongo, que había recobrado su buen humor con la posibilidad de

no tener que esperar dos horas antes de comenzar el ensayo –, ¿sabes dónde queda Togo?

–¿Qué de Togo? –preguntó María.

El escenógrafo palideció:

–Nada, nada –dijo apresuradamente.

–¿Qué de Togo?, carajo –terqueó María.

–¿Ya acabaron? –preguntó Lima a los tramoyistas. No, desgraciadamente faltaba un poco todavía.

–¿De Togo? –preguntó Mongo –. Ah, sí, un tipo de Togo que...

Lima le hacía señas desesperadas al Gordo de que no dijera nada.

–... que, ezte, que...

–¿Qué cosa?

–...que vino a ver un pedazo de enzayo...

–¿Y llegó así desde Togo y dijo: vengo a ver un pedazo de ensayo? –inquirió María.

–No, claro que no –siguió explicando –, lo trajo ezta mujer... ¿cómo se llama? Tiene nombre de comedia muzical...

–¿Cuál mujer?

–Fifí, no; Mimí...

–¡Mimí! ¿Y esa puerca qué anda haciendo aquí?

Lima tomó del brazo a su mujer, la hizo a un lado y le dijo quedo:

–Vino a buscar a Mongo. Son amigos.

–¿Y por qué? No hace sentido: Mimí es mononeuronal.

–Bueno, son amigos –insistió el escenógrafo.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué grado de amistad? Y no digas que no sabes que a ti te cuenta el Gordo hasta del vuelo de la mosca. ¿Qué grado?

–En vías de hacerse íntima, creo, si no es que ya se pasó de las palabras a los hechos. Te suplico que no vayas a decir nada: la cosa puede ser delicada.

–Supongo que la pobre Ulrica no sabe nada.

–Nada, y tú calladita.

En ese momento salieron a escena Farfán y su primo Jerónimo Salazar.

—Farfán, cabrón —gruñó exaltado el Gordo—, ¿dónde te habíaz metido? Te buzcamos como locoz para arreglar loz parlamentoz de la zexta ezcena del primer acto que zon una verdadera bazura... —y aquí Mongo suavizó el tono de voz—, ¿eztabas en Puza, de donde nunca debizte haber zalido, o qué? Noz dijeron que te habían metido finalmente al manicomio. ¿Ez zierto? ¿Por qué te dejaron zalir?, qué irrezponzables, carajo...

Farfán cortó la esperada catarata de reclamaciones presentando a su primo de esta manera:

—Quiero que conozcas a Jerónimo Salazar, de Perú, pero trabaja en la UNESCO, con sede en París, es el comisionado para teatro y viene a ver tu trabajo porque quieren organizar una gira mundial...

—¿Otro? Eztamos pazando de la nada a la fama univerzal, carajo...

Salazar saludó muy sonriente.

Esteban, hijo del escenógrafo y su esposa María, entre tanto, se apartó caminando con la muchacha por el enorme escenario; parecía que iban paseando flojamente, pero él, en realidad, buscaba un lugar apartado para hablar con ella.

Cuando lo encontró, se detuvo, y dijo:

—¿Quieres ser mi novia?

Claro que lo hacía jugando. Ponía la pregunta de una manera tal que ella no pudiera lastimarlo si contestaba que no. La misma palabra *novia* hacía mucho que no se usaba. Porque ¿qué tal si ella decía que sí, que sí quería? Pero, no estaba en los modos de ella el hacerle fáciles las cosas (y, en parte, por eso, ella le gustaba tanto), así que la muchacha respondió:

—Por supuesto que no.

Y sin embargo Esteban creía que sí quería. Pero estaba lejos de sentirse seguro. Y no quería arriesgarse y dar el

flanco. Que era, aparentemente, lo que ella estaba exigiendo. ¿Mero orgullo? ¿O un deseo de controlar la relación desde el inicio? ¿O nada de esto? ¿Pura imaginería de Esteban?

—¿De veras? —pregunta Esteban muy serio. La clave estaba en la solemnidad que asumió Esteban: sin pompas, radical, decisivo. Todo o nada. Era quizá arriesgar demasiado, pero bueno, tampoco se podía dejar él maltratar como a una especie de limosnero o de mosca importuna. Que se viera de una vez si la muchacha estaba dispuesta a dejarlo ir.

—¿Por qué lo preguntas? —contraatacó con astucia la muchacha: el movimiento de su peón interrogatorio regresaba las cosas a la posición anterior en el tablero amoroso. La seriedad perdía toda su eficacia. Y no era cosa de dar la espalda y echarse a correr diciendo algo tan humillante y timorato como "no por nada". Y menos ahora que ella lo miraba segura, atenta, directa.

—Quiero saber si me quieres —alegó el joven.

—¿Por qué?, ¿por mera curiosidad?

—No.

—¿Entonces?

—¿Qué? —casi gimió Esteban.

—¿Por qué quieres saber?

—Por que te quiero, porque yo te quiero a ti.

—Por ahí hubieras empezado. Creí que no ibas a hablar nunca. Ven.

Se besaron y el perro empezó a ladrar.

—¿Quieres ser mi novia?

—Por supuesto que no.

—¿De veras?

—¿Por qué lo preguntas?

—Quiero saber si me quieres —preguntó el joven.

—¿Por qué?, ¿por mera curiosidad?

—No.

—¿Entonces?

—¿Qué?

—¿Por qué quieres saber?

—Por que te quiero, porque yo te quiero a ti.

—Por ahí hubieras empezado. Creí que no ibas a hablar nunca. Ven.

Se besaron y el perro empezó a ladrar.

—Espérate, espérate —dijo quedo Salazar a su primo.

—¿Qué? —preguntó Farfán.

—Una repetición. ¿No la sentiste?

—No.

—Sí, acaba de suceder. Desde que ella —Salazar señaló a María— le dijo al Gordo " te has hecho un cínico " hasta que él contestó "no veo nada malo en querer viajar un poco ", todo se repitió.

—No me di cuenta.

—Carajo, es como si la realidad estuviera dentro de una videocasetera. Y va para atrás, la regresan y la vuelven a pasar.

—No, no la sentí.

—Pues acaba de suceder. Ya llegaron, Pepe, ya llegaron hasta acá.

—Zaquen a eze animal del ezcenario. Vamoz a empezar el enzayo y va a correr toda la obra.

—¿De adelante para atrás como las otras veces?

—No, no, no y no, de donde empieza a donde acaba —aclaró el Gordo, luego se volvió a Lima que discutía con su mujer, y le dijo muy quedo—: mejor que no venga el de Togo, ezta corrida de zeguro va a zer un dezaztre.

Los que no eran actores empezaron a bajar del escenario y a ocupar las butacas; los actores empezaron a subir.

Mimí volvió a salir a escena con Mr. Aduayóm.

—¿Qué pasó? Estoy allá esperando...

—Ya va a empezar el enzayo —dijo con desesperación Mongo—, ¿pero no pueden mejor venir otro día?

—Bueno, yo regreso... —contestó Mimí— pero Mr. Aduayóm no; se va mañana a Veracruz a ver a Aguirre Beltrán.

—¿A Aguirre Beltrán? —el nombre no le sonaba conocido al Gordo como hombre de teatro.

—Sí, es el que más sabe de negros en México.

—¿De negroz? —preguntó confundido el director—, no, bueno, entonzez quédenze... Ziéntenze donde quieran...

—Si ésta se queda yo me voy —le dijo María a Lima al oído.

Dos desconocidos se acercaron caminando lentamente por entre las hileras de butacas.

—¿Quién son Pedro Sánchez Farfán y Jerónimo Salazar? —preguntó el Turco Magallanes.

Los mencionados se identificaron.

—¿Por qué? ¿Quiénez zon uztedez? ¿No ven que va a correr la obra? —vociferó el Gordo.

—Pues que corra a donde quiera —contestó el Turco—, pero ellos dos vienen con nosotros. Somos de la Dirección Federal de Seguridad.

—¿La Federal de Zeguridad? —preguntó espantado Mongo—, le advierto que el señor es ciudadano de Perú y trabaja en la UNESCO.

—Será de Puza, Perú, y no me importa donde trabaje.

—No, de aquí no zalen. Eztamoz en la Univerzidad.

—No la hagas de tos, Gordo, porque te vienes con nosotros tú también.

Mongo era valiente y no se dejó amedrentar. Tramoyistas y actores empezaron a rodear amenazantes a los dos policías.

—No, no, esperénse —dijo Farfán—, está bien, no es nada... Es que tenemos una cita con el licenciado Arrieta, en la Secretaría de Gobernación.

—Qué manera de venir a dar un recado —protestaba furiosa María.

—Carajo, qué modo de tratar a la gente...

—Zí, zí, no vayan —exhortaba el Gordo—, para que aprendan eztoz cabronez algo de trato humano.

Y con esa frase tan literaria, se ganó el Gordo la obli-

gación de acompañar a Farfán, a Salazar y a los dos policías.

—Eztá bien, eztá bien —declamaba heróico Mongo—, voy con uztedez, ze zuspende el enzayo, avizen a mi caza, y al rector y a los abogadoz de la Univerzidad que voy detenido... Manden una carta a todoz los periódicoz...

—Cálmese, carajo, cálmese —decía el Turco—, usted no está detenido ni nada...

—... un telegrama a Amiztía Internazional, y a la Azoziación mundial de directorez y al Pen Club Internazional...

—Nada más nos va a acompañar y al rato regresa...

Salieron los cinco caminando despacio.

—¿Qué hizieron cabrones? ¿Ahora qué noz va a pazar?

—Nada, Gordo, nada, no te preocupes, ya verás que al rato te mandan en una patrulla a tu casa. Ya verás...

Dos horas después Filiberto García le estaba diciendo al Turco Magallanes:

—¿Tenías que hacer la pendejada? ¿No te podías esperar a que acabara el pinche ensayo?

Y el Turco no contestaba nada, pero recordaba que el comandante le había dicho:

—Te vas hecho la perica y traes a esos dos cabrones de donde estén. Muévete. Rápido, carajo.

Y ahora apechugaba silencioso con la injusticia.

Filiberto García salió de la casa de don Patricio de la Loza con los tres libros envueltos en la toalla. El que más le interesaba era, por supuesto, el cuaderno manuscrito: lo abría, de camino a la Secretaría de Gobernación, y veía la letra menuda sin entender nada, ni siquiera en qué idioma podía estar escrito.

—Pinche ciudad —juzgó en el cuarto embotellamiento sucesivo— ¿te tenías que venir por aquí?

El Turco Magallanes, que venía manejando, conocía bien a su comandante y no contestó nada, sólo subió el coche a la acera, con gran alarma y brincos de los peatones, y avan-

zó a buena velocidad hasta alcanzar la esquina, bajar al arroyo y dar vuelta.

—Que pase a ver de inmediato al licenciado Puchurreta —le informó el Bizco Mota, su secretario.

García entró sin apresurarse ni contestar a su oficina (la conocida treta de no dar signos exteriores de haber oído era en él una segunda naturaleza), dejó los libros en un cajón de su escritorio (la toalla había quedado en el coche), y salió despacio con rumbo al despacho del secretario.

El comandante se dio cuenta de que el asunto que le trataría no era rutinario porque el licenciado Puchurreta le ofreció un café (que él, por su puesto, rechazó: no intimar, no dar ni recibir, no solicitar ni aceptar nada, era parte de su código).

—Le pedí que viniera porque necesito tratarle un asunto muy delicado —Puchurreta le había dado varias vueltas al problema de cómo tratar la cosa con García porque necesitaba que interviniera, pero al mismo tiempo no quería que supiera lo que estaba pasando—, se trata de la posibilidad de una especie de complot.

—¿Otro complot?

—Bueno, no estamos seguros. Pero necesitamos retirar de la circulación, aislar, incomunicar podríamos decir a algunas personas por algún tiempo. Ésta es la lista.

Y ahí apareció por primera vez la lista que, debidamente engrosada, llegaría a ser famosa. García miró la lista.

—¿Y qué? ¿Los agarramos, los llevamos a los separos y los sometemos a interrogatorio?

—No, no —exclamó horrorizado Puchurreta—, por favor, ¿no le digo que esto es delicado? No es propiamente una aprehensión ni hay que llevarlos a los separos ni mucho menos interrogarlos. Es una orden y una súplica: estas personas no son delincuentes y hay que tratarlos con la debida corrección y proporcionarles todo lo que pidan.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó molesto el co-

mandante (en su imaginación aparecían él y su grupo como edecanes de un congreso o guías de turistas o meseros o alguna otra cosa repugnante).

—Los conducen a... a ver, déjeme ver —miró entre sus papeles—, al Gran Hotel Aramís, Venustiano Carranza esquina con Albañal Norte y que se queden ahí hasta nueva orden. Pero deje una guardia. Dígale a Basurto que le dé el dinero que sea necesario y, por favor, me tiene informado, ¿eh?

Filiberto García salió del despacho. Sus mecanismos eran claramente operantes: no había nadie en toda la secretaría que pusiera tan nervioso a Puchurreta como él.

La imaginación teatral de Mongo prescribía para las escenas "capturado por la policía de la Dirección Federal de Seguridad" unos cuartuchos lóbregos con focos pelones para los interrogatorios, y una mazmorra con paja en el suelo, tipo Prisionero de Zenda, para languidecer el resto del tiempo, por eso se sorprendió cuando fueron conducidos a un hotel de cinco estrellas y les preguntaron si estaba bien para la cena sopa de cebolla, filete a la pimienta y una buena botella de Château Margaux subidos del restaurante Le Patán.

—Retiro lo que dije del trato humano —se retractó el Gordo—, ya quiziera yo ver que otraz polizías del mundo tratan azí a fazinerozoz y delincuentes como tú, Farfán.

Luego en los puros, el café fuerte y el cognac, Salazar propuso que trajeran a la suite a la Jitomata, porque de seguro ahí la tenían también.

—¿La Jitomata? ¿Va a zer una orgía o qué? —decía feliz el Gordo.

Pero en vez de la Jitomata entró Filiberto García.

Se saludaron presentándose; la mano del comandante era, previsiblemente, metálica e impersonal.

—¿Tienen alguna queja? —preguntó García sentándose.

—Ninguna —se apresuró a responder Mongo—, zalvo la total ignoranzia azerca de lo que eztá ocurriendo. Debe

haber una buena razón para todo ezto, zupongo yo, pero permanece zumida en el misterio.

—Déjela ahí sumida, mejor —contestó el comandante sonriendo, muy poco con la boca, más con los ojos—; si no lo ofende que le dé un consejo, no averigüe nada. Es mejor, y así va a estar más tranquilo.

Hubo una pausa. El comandante encendió un cigarro (*Delicados* sin filtro) y luego citó, involuntariamente, por supuesto, a un personaje de Somerset Maugham:

—Pocas veces doy consejos, y cuando me los dan a mí, nunca los sigo, así que haga lo que quiera.

—No, no, me parece muy zenzata su apreziazión —se veía que el comandante impresionaba al Gordo—, vea uzted, yo me dedico al teatro, zoy director, y no me meto en política, así que...

—¿Qué le hace suponer que está aquí por razones políticas? —interrumpió secamente García.

—Bueno, ezte, yo... Quiero dezir que uztedez zon de la Federal de Zeguridad, ¿no? Es dezir, la polizía política.

—¿La policía política? ¿Qué quiere usted decir?

—No, bueno, nada...

—No, sí —medió sonriente Farfán—, los encargos de velar por la seguridad del Estado y sus instituciones, ¿o no?

—Pues sí, claro —asintió García—, pero toda policía es política, si no ¿qué va a ser?

—Ez mejor no zaber, sigo su conzejo y no me meto en ezto, zalud —dijo Mongo alzando su copa y dio un traguito a su Courvoisier.

—¿Salazar se llama usted? —preguntó el comandante—, ¿y es de Nayarit?

—Sí.

—¿Y no conoce a Rutilio Salazar? Es ingeniero, ingeniero militar.

—Cómo no, es mi tío Rutilio, hermano mayor de mi padre.

—¿Y cómo está?

—Bien en lo que cabe, tiene diabetes y artritis deformante, pero de la cabeza, muy bien.

—Sí, era, o digo, es, siempre fue muy listo...

García dudaba al parecer entre hacer o no una confidencia.

—Lo conocí en el alzamiento de Escobar —reveló por fin— y tengo una deuda de gratitud con él. Me salvó la vida en una ocasión, allá por el Peñón de Golondrinas. Era muy resuelto. Hace años que no lo veo...

—Sí, mi tío estuvo en la revolución, y llegó, creo, a teniente coronel —Salazar hablaba mirando a todos, no específicamente al comandante—, pero luego pidió su retiro. Dijo que ya estaba harto. Tiene una fábrica de corcholatas, en Perales, y ahí la va pasando. De la revolución habla poco. Siempre fue muy reservado. Es un mal de familia, creo.

Entró el Turco Magallanes e informó con socarronería:

—Nenclares me pidió que no lo molestáramos por un rato. Parece que está muy atareado con el encargo del licenciado Arrieta.

—Quería pedirles algo a ustedes que son intelectuales —dijo García.

—Diga.

—Quiero ver si pueden decirme en qué idioma está escrito este cuaderno, y si es posible, qué dice ahí —y el comandante pasó a Farfán el cuaderno que requisara del cuartito de Max. Farfán lo vio cuidadosamente, se declaró incompetente para contestar y pasó el libro a su primo. Salazar leyó y dijo después de un rato.

—Todo lo que se puede decir es que está escrito en húngaro. Más no sé, porque no sé húngaro.

—¿Húngaro? —preguntó Mongo—, a ver, déjeme ver... Ez un idioma difízil, de tribu aziática, tiene el mizmo origen que el turco y el tártaro... Dezgraciadamente no lo pozéo.

—¿Qué? ¿A quién?

—Digo que no lo sé, no sé leerlo.

—¿Y quién, que sea, digamos, discreto, nos puede ayudar a saber qué dice? —preguntó García—, digo, porque no es cosa de ir a preguntar a la embajada... Ustedes deben conocer a alguien...

Los tres letrados hacían cara de pensar. Farfán bajaba las comisuras de los labios, considerando, y luego negaba moviendo la cabeza como diciendo "ése no".

—Tal vez —dijo Salazar—, tal vez, esa muchacha que estaba en el teatro...

—¿Cuál? —preguntaron Mongo y Farfán muy intrigados—, ¿era actriz?

—No, la novia del joven ese, no sé cómo se llama, hijo del escenógrafo, creo...

—Esteban. Sí ¿qué cosa?

—Esteban. Su novia es húngara de origen, según me dijo, y hablaba el húngaro, se lo enseñó su abuelo que apenas habla español. Puede ser, ¿no?...

—Pues sí, puede ser... —conjeturó Farfán—, digo, no es imposible. ¿A qué horas hablaste tanto con ella, eh?

—Y ese Esteban ¿es de confianza? —preguntó García a Farfán.

—Cómo no. Estudia filosofía. Lo conozco desde niño.

—Ninguna de las dos cosas asegura nada —juzgó el comandante— pero, en fin, a ver, llámelo y pregunte.

Fue así como entramos Ester y yo en estos episodios históricos, directamente a la famosa lista del Gran Hotel Aramís. Es hora que me presente: quien esto escribe, en la mesita plegadiza junto al coche abandonado, soy yo, Esteban Lima, hijo de Lima el escenógrafo, habido en María Linares, su esposa, según constaba en las actas del Registro Civil, hoy destruidas en masa y sustituidas por las fichas de metal con holograma de familia, perfil psicológico y coordinadas milimétricas de posición social, empleo y lugar de residencia. Y la muchacha de origen húngaro mencionada en el interrogatorio es Ester, mi compañera de entonces y de ahora, madre de nuestro hijo Saúl.

7

Desde donde estoy sentado veo la camioneta roja por detrás con su placa, hoy grotesca. Ester llevó a Saúl a bañar al río. Vivimos en una rusticidad elemental, como de Viejo Testamento. Qué ganas de contaminar, un poco aunque sea, y romper esta agobiante comunión con la naturaleza. Siempre detesté las beaterías ecologistas, a mí me gustaba el pavimento de las ciudades inmensas llenas de problemas, saturadas, complejas, abigarradas, trágicas a su manera.

Ayer estuve pensando una y otra vez en por qué si un gordo baila bien es más elegante y expresivo que un flaco que baile igual de bien. Mi respuesta es que la elegancia del gordo nace de la resolución visual de la contradicción aparente entre peso y agilidad: tendemos a pensar al gordo como sedentario e inepto, por eso su gracia y ligereza nos deleitan más. El gordo no parece, digamos, hecho para bailar, por eso nos asombra. Esto vuelve a demostrar que en toda forma de elegancia hay una contradicción resuelta sin esfuerzo aparente. Si captamos el esfuerzo, disminuye la elegancia (la elegancia tiene una economía estricta).

Sigo pensando, a veces, en eso. Llamamos elegancia a una brusca y afortunada conciliación de elementos contradictorios. El color de una corbata que no esperaríamos que combinara con el color de un traje, por ejemplo. Por eso, en toda elegancia hay inventiva.

Ustedes dirán que es una ociosidad, o una locura mansa, que me entretenga pensando en esas cosas en la situación en la que estoy. Pero no, al contrario, ¿qué otra cosa puedo hacer que pensar en lo que sea? Bueno, recordar.

Por eso escribo en este cuaderno. Cuando llegaron los Otros estaba yo terminando mi tesis de licenciatura en filosofía. Su tema era justamente el concepto de elegancia, la elegancia en la estética y en la vida moral (porque, claro, quería ver si podía tender un puente conceptual entre estos dos órdenes). Tuve que interrumpirla, si algo persiguieron los Extraños con encarnizamiento fue el trabajo en las universidades.

Pero no dejé de pensar, y como se hacía antes, no como dicen ellos que hay que pensar. Es una rebeldía. No me había dado cuenta de que era tan obstinado hasta que llegaron los Otros. El pensamiento de Ellos está muy ligado al tiempo, al antes y después, a la situación precisa, al, como dicen una y otra vez, momento.

—Cómo era el *momento*, descríbelo, por favor —me decía mi amigo Carapanzo 35 (todos los nombres de los Otros parecen direcciones). El *momento*, el *momento*, siempre el *¿cuándo?* y el *¿Qué pasó antes y qué pasó después?* Si digo *pienso, luego existo* y me dicen *¿cuándo?*, me suena a como anticlímax improcedente.

—Ustedes tienen muy pobre idea del *fluir*, de la sabiduría del fluir —censuraba Carapanzo—, hablan y piensan como si todo estuviera quieto.

De todas maneras así sigo pensando, como antes. Y creo que en un gordo que baila hay una contradicción resuelta entre gravedad y ligereza. ¿Cuándo? No me importa cuándo.

Otras resoluciones de la contradicción entre peso y ligereza pueden no ser elegantes. Por ejemplo, lo que hicieron los Otros cuando llegaron. Todavía funcionaba la televisión y había periódicos. Los Extraños habían entrado en la Ciudad de México sin combatir. El presidente Comezón recibió a Oó como a cualquier jefe de estado extranjero: las tropas formadas para el paso de revista, pequeña plataforma de micrófonos para los discursos, periodistas, cámaras, alfombras rojas. Todo normal y consa-

bido, sólo que durante la ceremonia Oó y los suyos permanecieron a unos treinta centímetros del suelo, flotando, levitando o lo que sea. Así se desplazaban, así pronunció Oó su discurso, así escuchaban muy serios sus capitanes. Qué cosa era verlos ahí, con sus trajes barrocos y sus rostros y barbas pintados de colores fuertes, flotando muy serios.

Las cámaras de televisión tomaban una y otra vez los treinta centímetros inexplicables.

—No se puede decir —comentaba con entusiasmo absurdo el locutor— que nuestros visitantes hayan tocado aún suelo mexicano.

Porque, claro, el iluso creía, como tanta gente, que nuestro país se iba a ver beneficiado con no sé cuántas cosas de la visita. Tratados de comercio, nuevas tecnologías, pronta solución a las invencibles adversidades de nuestro pobre país. Eso se creía.

La gigantesca bandera de los Otros no era de tela ni de nada, pero ondeaba con el viento, tenía profundidad, figuraba distintos paisajes, ya de día, ya de noche, y escenas al parecer de la vida histórica de los visitantes. Todos la vimos con la boca abierta. Ella, la bandera, entonó su himno nacional moviéndose al ritmo de la música incomprensible y de las palabras, también incomprensibles, del coro monumental.

Qué cosa.

Pero pronto se hizo claro que esas amabilidades diplomáticas eran una pésima estrategia política. Porque el mandatario extranjero no se fue de regreso a su país, sino prolongaba y prolongaba la visita. Su presencia era indeciblemente demandante y estorbosa. Y no se iba. Se instalaron en el hotel Hacienda de Cebollón, amplio y lujoso, con grandes jardines, y el dueño Poncho Canseco se frotaba las manos pensando que hacía el negocio de su vida, todo el hotel ocupado y a precio abusivo, de oro verdaderamente, y tenía una perpetua sonrisita de satisfacción,

sonrisa avariciosa y soberbia que conservó en los labios hasta que una bala de cañón le voló la cabeza unos meses después.

Digo, ahí instaló el ilustre huésped, como decían idiotamente los periódicos, sus oficinas y ahí recibía y despachaba y dictaba cada tercer día sus famosas entrevistas de prensa en las que hablaba de todo y se entrometía poco a poco y cada vez más en la política local. De todo opinaba y, hay que decirlo, mucha gente estaba de acuerdo con él, y muchos lo visitaban. Las oficinas del hotel estaban llenas de la mañana a la noche, banqueros, industriales, políticos resentidos, intelectuales postergados, militares, líderes sindicales, campesinos descontentos, el desfile era interminable y cada uno era minuciosamente atendido y más sutilmente interrogado, podemos pensar.

Estos hechos se vivían, desde luego, como una humillación. Había que hacer algo, el gobierno no podía dejarse tratar así. Pero el presidente Comezón no estaba en condiciones: había desarrollado hacia los visitantes un terror que lo tenía sumido en una lentitud y una melancolía próximas al estupor catatónico. Antes que nada, Comezón quería hacer las cosas, como decimos en México, *por las buenas*. Su cortesía hacia los otros era exquisita, sus palabras comedidas, y esta delicadeza versallesca chocaba de frente con la grosería impaciente que cada vez más iban mostrando los Cabezones. Uno no sabía si Comezón daba más lástima que cólera o al revés, pero ver a ese hombrecillo sonriendo patéticamente junto al brusco, hosco y astuto Oó con sus barbas amarillas y su mirada tensa de ave de caza, era un espectáculo verdaderamente demoledor.

Pero ¿en qué íbamos? Bueno, qué importa. *¿Cuándo? Describa usted la situación.* No, no me interesa, no estoy haciendo una historia. Eso sí, necesito situarme en el año que llegaron los Otros. Conservo, por fortuna, una libreta roja que guarda, menos que un diario, una especie de agenda con lo que entonces hacía y me va a ser de utili-

dad en la reconstrucción, porque quiero que este trozo suene un poco a diario, aunque no lo sea.

El escrito del náufrago

Me llamó Farfán para pedirme que fuera a verlo con Ester porque quería que le tradujera unas cosas del húngaro. No sé por qué todo sonaba raro y como misterioso. Hasta el lugar de la cita: se ha de haber peleado con su mujer, Inés Pineda, porque está viviendo en un hotel del centro, uno bastante caro, por cierto, ¿de dónde sacará dinero, él, que siempre se está quejando de pobre?

Soltaron al Gordo después del incidente del lunes (también muy raro). El martes, me contó mi padre, insistió en que hubiera ensayo y lo dirigió, cosa nunca vista, por teléfono desde la cárcel. Fue caótico. El pobre Lalo hacía lo que podía en calidad trasmisor:

—Que te muevas dos pasos para allá —comunicaba a gritos.

—Dile que si doy dos pasos me caigo al foso de la orquesta —le decía Laura Almela muy regocijada con el experimento.

—¿Qué cara eztá haziendo? —dice Lalo que le preguntaba ansiosamente por el teléfono— ¿qué cara eztá haziendo el cabrón?

—Normal, normal, cara normal.

—¿Qué ez una cara normal, carajo? Y no ha de zer zierto. Zeguro eztá 'pazado. Dile que no le creo nada... Dile, dile.

—Que no te cree nada —transmitía obediente el pobre de Lalo.

Los actores estaban contentísimos: todo mundo coincide en que fue el mejor ensayo de todos, y piden que se siga trabajando así, a distancia.

Pero hoy regresó el Gordo al teatro.

—No me pregunten nada —dice haciéndose el miste-

rioso—, no puedo revelar nada. No puedo, ez inútil. Pero fue una experienzia fazinante, ezo zí lez puedo dezir.

El viejo centro de la ciudad, al que hacía mucho que no regresaba, se veía tan viejo y destartalado como cualquier centro viejo de cualquier ciudad.

Farfán no estaba en el restaurante del hotel cuando llegamos. Pensé que a la mejor nos hacía una de las suyas y no aparecía. El lugar, enorme, estaba vacío. Sólo se veía al fondo un mesero riéndose (¿de qué?, quién sabe, pero estaba riéndose).

Ester me preguntó:

—¿En qué se irá el mesero de regreso a su casa y cuánto tardará su viaje?

—No sé, ¿por qué lo preguntas?

—Es lo primero que me pregunto cuando veo a un mesero: a qué hora sale y cómo se va a su casa. Ya luego trato de imaginarme cómo es su casa y con quiénes puede vivir.

—Ha de ser un trabajo agotador, ¿no?

—A mí me gusta. También en la noche cuando veo a alguien caminando en la calle solitaria, me digo: ha de ser mesero y acaba de salir de su trabajo. Yo no sé por qué los novelistas no hablan de estas cosas.

—¿De cuáles?

—Pues de eso, de cómo vive la gente. En vez de producir tanta basura intelectual...

—No, pues de eso hablan, si no ¿de qué? y además... Es que puede ser aburridísima, digo la vida de la gente, muy tediosa, un tedio insoportable...

Llegó Farfán, saludó y me sorprendió pidiendo un café. Creo que es la primera vez en mi vida que lo veía beber algo con gradación alcohólica en cero.

—¿Qué pasó? —le pregunté—, ¿estás viviendo aquí en este hotel?

—Sí, sí, aquí vivo por ahora, resultado de una transitoria, y espero, breve, desavenencia conyugal de esas

que hay tantas —respondió contento, fresco, como recién bañado.

—Y ahora que veo que ya no bebes —observé extrañado.

—¿Qué te hace suponer que puede ser más fácil vivir con una mujer estando sobrio que estando borracho? Digo, es un error muy divulgado...

—Claro —afirmé, y Ester me miraba fija, suspicazmente. El mesero trajo, todavía sonriente, el comentado café con leche del nuevo abstemio.

—Bueno, aquí está —dijo Farfán sacando un papel doblado—, es la fotocopia de una parte del escrito en húngaro. Su autor es un tal Max.

Ester leyó en voz baja y empezó a sonreír.

—¿Qué dice? —preguntamos Farfán y yo.

—Espérense tantito —contestó ya riéndose.

—¿Son notas científicas?

—No precisamente... ¿De dónde lo sacaste?

—¿Por qué? ¿Qué dice?

—Parece más bien pornografía...

—¿De veras? —preguntó sorprendido Farfán.

—Bueno, pornografía no, sino algo como unas memorias galantes. Y está bien escrito, creo yo. Podríamos decir, para emplear un término ya técnico —explicó mirándome cómplice—, con *elegancia.*

—Gracias —contesté. Farfán quedó excluido de nuestro lenguaje privado.

—¿Lo puedes leer? —pidió Farfán. Ester asintió.

—Empieza diciendo: *Puse mi mano en su rodilla, duomo, blanca carpa del circo acrobático de los huesos. Ella dijo: no, no haga usted eso señor inspector general. Sus cabellos de miel me estaban volviendo loco. Señor inspector, quite usted esa mano de ahí y haré de cuenta que no vi ni sentí nada.*

Si no tiene piedad hacia un pobre enamorado, al menos acate con entereza las reglas e instrucciones prescritas para el

caso. ¿Cómo? respondió ella, ¿dónde quedó entonces la elaborada fraseología filosófica que antes ostentara Su Excelencia? ¿Dónde?, me pregunto yo; retire usted esa mano de ahí.

Así discurría ella, más dura que la piedra a mis ruegos, pero mi mano seguía, ay, en el prodigio de su rodilla. El Bobongo seguía tocando, allá en alguna parte. Y mi mano, como si no fuera mía, sobre su piel: un cangrejo en las dunas blanquísimas de arena, y mi deseo alzándose oscuro, dando tumbos, bramando como el Mar del Norte, y mi yo, perdido para mí, náufrago del corazón, navegando a la deriva...

No, señor, no, y no, compréndame bien señor inspector, y antes de que la nutrida concurrencia pueda percatarse de nuestra inexplicable deserción del campo de aburrimiento, compréndame le digo, no es porque sea usted lo que en inglés se dice un midget, pequeñito, sin ser técnicamente enano; no, no es por eso. La mano avanzó autocrática hasta la tibia gloria del muslo, blando paraíso, y estuve a punto de llorar de placer...

—¿Qué? —dijimos Farfán y yo.

—Nada, aquí se interrumpe —contestó Ester, a la que, debo decirlo, había puesto un poco ruborosa la lectura—, no sé si decir afortunadamente... Qué bochorno...

—Cómo —protesté—, si está muy bien. ¿Te fijas en el tono? —le comenté a Farfán—, qué manera de tocar la bola, pum, delicadamente...

—¿Delicada? —se escandalizó Ester.

—Oye ¿quién escribió esto?, ¿eh? ¿Dónde lo conseguiste? ¿Lo vas a publicar? —pregunté entusiasmado.

—No, no es para publicarse. Es una especie de prueba en un juicio. Un abogado amigo mío me pidió que viera qué dice —explicó vagamente Farfán.

No le creí nada. La mente de Farfán no se acerca siquiera a la zona de la veracidad. En una memorable conversación de madrugada en la casa de mis padres, Farfán perfectamente borracho me confesó que todas

sus desgracias provenían de una *incapacidad congénita* de decir la verdad (explicaba el asunto parodiando la medicina) por carecer de la enzima que le permitía digerirla, de donde venía una compulsión (él empleó la palabra *craving*) hacia la mentira gratuita (gratuita, repetía, sin ninguna razón, porque sí); todo eso venía de un *metabolismo de evasión,* de constante evasión, que era, a su vez, *secuela* de enfermedades contraídas en la más tierna infancia. Farfán dominaba el arte gentil de articular bien estando borracho.

—Es un texto centroeuropeo —dictaminé.

—Pues sí, mano, ¿qué va ser?, húngaro para mayor referencia —se burló Farfán.

Así es como se gana uno la fama de tarado, pensé.

—No, no —alegué en voz alta—, es que es ambiguo, malicioso y fresco, sabe a vals... Probablemente es alegórico.

—Lo beneficia mucho que es un fragmento —contestó rápido y nervioso Farfán— y no sabemos ni de dónde viene ni adónde va ni quién lo hizo.

—¿No sabes quién lo escribió? —pregunté asombrado.

—¿No te digo que es una cosa de abogados? El mérito literario es lo de menos...

—Bueno —dije—, no para mí.

Llegó Salazar, el primo de Farfán, hubo intentos de presentación y rápido recordatorio de que ya nos habíamos conocido en el teatro. Se sentó y pidió una cerveza. Yo hubiera querido preguntarles a los primos varias cosas: por qué había ido por ellos la policía al teatro, de dónde había salido el texto húngaro, y a Salazar qué lo llevaba a vestirse tan atildadamente (iba de traje, chaleco y corbata), para ilustrar una parte de mi tesis en la que se discute la dimensión del vestido en diferentes personas, es decir, cuáles son las raíces psicológicas del cuidado y la elegancia, y de su contrario, la negligencia, la ceguera ante las ropas. Nada me

cuesta aceptar que no suelto nunca los problemas de mi tesis, no importa, para desesperación de Ester, dónde esté o qué esté haciendo. Pero, claro, no sabía por dónde empezar a preguntar y, como de costumbre, no me decidía.

—¿Ya saben lo que se anda diciendo? —preguntó Salazar.

Contestamos los tres que no.

—Pues que el bombardeo de San Luis Potosí no fue accidental, sino que es un alzamiento, un pronunciamiento, parece que militar. Dicen que ha habido ya varios combates, indecisos todos.

—Es absurdo —juzgué.

—Absurdo o no, parece que está pasando.

—Es que no hay condiciones —volví a juzgar—, ¿quién?, ¿para qué?, ¿por qué?, ¿qué pueden querer? Debería haber una proclama, un plan, algo...

—Sí, parece cosa de locos.

Esta frase de Ester, quién sabe por qué hizo reír súbita y francamente a los dos primos. Ella se puso roja y preguntó:

—¿Se puede saber qué dije? ¿De qué se ríen?

Pero ellos no aclararon nada.

Quedamos en que tal vez nos veríamos después para seguir traduciendo el manuscrito húngaro. Tal vez. Todo esto es, la verdad, raro y misterioso. Ester y yo regresamos muy platicadores del centro viejo al sur, donde vivo; Ester vive en Polanco, pero queríamos, como siempre, estar un rato más juntos.

La anémona

El secretario de Gobernación Manuel González Puchurreta se comunicó por teléfono con el físico Marcos Mazari Menser, de El Colegio Nacional, y requirió su presencia a las cinco y media de la tarde en la residencia presidencial de Los Pinos.

—¿Para qué te querrán, Mani? —preguntaba ansiosa Judith, su mujer, a la hora de la comida. Mazari, que era hombre modesto y virtuoso, supuso que tal vez para una consulta sobre algo relacionado con la energía nuclear (las protestas acerca de su uso seguían causando problemas políticos).

—Pero ¿por qué con tanta prisa y misterio? No te dijeron nada, ¿verdad?

A lo que contestó el físico que el gobierno seguramente tenía tantos y tan grandes problemas que resolver que muchas veces no había tiempo para anticipaciones, cortesías o cosas muy organizadas. Patriótico, y tal vez ingenuo, modo de referirse al caos burocrático que siempre amenazaba al país.

En Los Pinos, Mazari examinó cuidadosamente la anémona fotógrafa (era físico experimental y por lo tanto, hábil en cosas de mecánica). Sin dificultad aparente la extrajo de la lata de cerveza, separó algunas partes, la hizo tomar fotografías, y estuvo observándola.

Al principio Puchurreta seguía con atención el trabajo de desmonte, pero podemos suponer que pronto se aburrió porque decidió consagrarse a una de sus actividades predilectas, a saber, hablar por teléfono mientras hojeaba los periódicos del mediodía (ya había hojeado los de la mañana).

"Creo que hablo más horas al día por teléfono que una telefonista profesional", se quejó un día el alto funcionario en una partida de dominó con sus íntimos.

—No sé bien cómo puede estar hecha —informó Mazari cuando terminó el examen calificado por él mismo de preliminar— ni siquiera conozco algunos de los materiales. Es tecnología realmente muy avanzada.

—¿Puede decirnos para qué sirve?

—En parte. Bueno, desde luego es un trasmisor, una especie de juego de cámaras microscópicas de algo así como televisión. Tiene unas microcomputadoras muy

interesantes, ¿cómo pudieron hacer una cosa así, caray? Mire usted, por ejemplo, la foto, no es una foto fija, sino una especie de imagen de video, pero sobre estas láminas tan delgadas que parecen papel (parecen, pero no son, aquí dentro en la hoja debe haber microcircuitos), es decir, aquí hay —explicó Mazari alzando la hoja traslúcida que parecía papel común y corriente—, digamos para explicar, una televisión, una videocasetera, de baterías, por supuesto, y varias computadoras de suerte que la imagen que vemos, y que parece foto, pero no es, es analizada por las computadoras, y luego, basadas en ese análisis, ellas hacen un simulacro de cómo debió ser la imagen hace diez años y luego lo ponen aquí, y nosotros lo vemos. El principio es sencillo, pero la manera de hacerlo es realmente asombrosa. Nunca supuse que hubiera avanzado tan aprisa, qué bárbaros. El juguete ¿es americano? No, no puede ser, ¿verdad?

—¿Juguete? —preguntó sorprendido Puchurreta.

—Bueno, discúlpeme, no sé cómo decirle a esto...

—No, no, está bien... ¿No está usted muy asombrado, verdad?

—No, sí, cómo no voy a estar. No pensé que tan rápido pudiera hacerse una cosa así.

—¿Tan rápido? ¿Qué quiere usted decir?

—Sí. Imagínese que vivimos en 1900 y alguien le regala a usted una de esas televisiones chiquitas portátiles. ¿Qué hubiera usted pensado?

—No, pues sí, me desmayo.

—Y ahora valen como cien dólares y no llaman la atención a nadie.

—Pues sí.

—Así es esta cosa. Pero claro, probablemente no tanto, pero no sé.

—No tanto ¿qué?

—Probablemente no hay tanta distancia entre esto y nuestra tecnología como había entre la tecnología de

1900 y la televisión. Aunque claro, no soy historiador. Pero esto está en la línea que llevamos, sólo que mucho más adelante.

—¿Qué tanto?

—Sí, mucho, muchísimo más adelante —Mazari veía la anémona—, tanto que, la verdad, pienso que es imposible que lo hayan hecho los americanos, los japoneses, los rusos. Nadie que yo conozca.

—Pero qué tanto.

—Calcule de 1900 para acá: el radio, el automóvil, los rayos X, la anestesia, la bomba de hidrógeno, los aviones a reacción, el submarino atómico, los misiles, digamos que todo eso, que quién sabe qué sea en este caso, es lo que nos lleva de ventaja... Pero son conjeturas, es lo que se puede conjeturar...

—Doctor Mazari, le voy a pedir que sea usted extremadamente discreto en este asunto. Y me va a disculpar que sea muy reservado con usted.

—Sí, sí, por supuesto, la verdad, lo prefiero —dijo el científico, serio, pálido—, aunque si ya les hicieron llegar esto, no tardarán en enviar otras cosas, ¿no? Además quién sabe qué otras cosas haga esta cosa que claro, si quiere la sigo estudiando. Tal vez sea mejor hacer un equipo. Pero, como ustedes quieran... —y miró la anémona y sabía que atrás de la anémona, en alguna parte, lo estaban viendo y oyendo a él. Alguien en alguna parte.

En la noche, Judith le preguntó a Mazari, su marido:

—¿Para qué te querían?, ¿te sientes bien? A ver... ¿No tendrás fiebre?

—Para lo de siempre —contestó él —, no, estoy bien.

—Lo de la energía nuclear.

—Sí, eso.

—Qué bárbaros... de cualquier cosa hacen alboroto... Te ves malito, Mani, has de estar enfermo...

Mazari no respondió. Levantó el libro hasta la altura

de los ojos, pero no leía, tenía tanta angustia que no podía leer.

Pausa: a muvi estar...

Jerónimo Salazar y Filiberto García se habían hecho no sólo colaboradores, sino amigos, desde la noche que se conocieron en el Gran Hotel Aramís. Para empezar, esa misma noche en el bar del hotel, Salazar le reveló al comandante todo lo que sabía de las repeticiones en Puza, Nayarit, y de las entrevistas sostenidas con los Otros. Lo hizo sin duda porque no veía ningún sentido en manipular la información, ocultándola aun de los que trabajaban en el asunto.

El comandante se mostraba sorprendentemente crédulo de las extrañas revelaciones:

—Sí —observó lacónicamente—, pero tiene que haber una manera de que den el flanco esos cabrones.

Nenclares hacía, muy contento al parecer, guardia de veinticuatro horas junto (no precisemos qué tanto o de qué manera) a la Jitomata, cabalmente instruido de lo que tenía que hacer el caso de que ella entrara en trance. Sólo en una ocasión, en la madrugada, había hablado la mujer, pero las de la médium no fueron las exactas palabras del más allá tecnológico, sino balbuceos, incoherencias de mujer dormida dichas en algo como lengua inglesa (la Jitomata se había aficionado mucho a la televisión por cable y Nenclares le daba un rato en la mañana y otro en la tarde clases elementales de inglés).

—Ai guant tu go tu jóligud and llegar a ser a muvi estar, mai darling.

Gentilmente Nenclares había enviado a Marcelina a la recatada Puebla de Zaragoza y de los Ángeles para que ella viera a sus papás y los niños a sus abuelos.

—Yu ar an angel, mai fati, de veras.

Bravo, encore, encore

Se estrenó la obra de Farfán dirigida por Mongo, con escenografía de mi padre, música de Joaquín Gutiérrez Heras y vestuario de Carlos Roces. No fue un gran éxito, la verdad, no pegó en el corazón del público, pero eso no importa, o al menos no me importa a mí, creo fue un gran trabajo sobre un gran asunto. Nunca como en esa obra se vio la minuciosa delicadeza y la enorme inteligencia creadora del incansable Gordo (una maravilla de ritmo, contención y profundidad). En cuanto a mi padre, tengo que decir simplemente que éste es, a mi parecer, el mejor de sus trabajos: no sólo impecablemente esencial (cómo un Mondrian, digamos) e imaginativo, sino había algo más, una especie de voluptuosidad visual rara, fascinante.

Terminada la representación Farfán me dijo muy serio que la obra se había representado dos veces. No entendí por qué decía eso. Pensé que estaba borracho, pero no, sigue perfectamente sobrio (e iba acompañado, otra vez, por su mujer, Inés Pineda). Le pregunté en el coctel y me informó de su restablecimiento conyugal:

—Después de la gran batalla del comedor, al amor del hogar, indecisa, y con grandes *casualities* de vajilla por ambas partes, se firmó hace dos días la costosa paz del restaurante Mikado, después de tres largas horas de negociaciones y con té verde como único combustible. A ver cuánto dura porque hay todavía reclamaciones territoriales pendientes por ambas partes.

Y después me dijo lo de las dos funciones. Y no pude preguntarle nada porque la masa coctelera en sus movimientos de amiba nos separó.

Pero después Ester, poco antes de bajarse del coche en su casa, me dijo:

—Qué cosa tan rara...

—¿Qué?

—Sentí como que daban la obra dos veces.

—¿Cómo?

—Sí, me pareció, no sé cómo, que veía dos veces seguidas la obra.

—Qué curioso.

—¿Qué?

—Farfán me dijo lo mismo.

—¿Sí?, ¿de veras? Es un alivio...

—¿Por qué?

—Creía que me estaba volviendo loca...

Bajó del coche y yo regresé pensativo a mi casa. Se me olvidaba registrar que mi madre produjo un escándalo en el teatro: se encontró con Mimí en el coctel y le dijo tales cosas (y ya me imagino cómo) que Mimí perdió todo control, se quitó un zapato y la persiguió por el lugar. Intervinieron varios contertulios y ahí paró la cosa (dicen que José Luis Cruz recibió un taconazo en la mano).

—Párenlaz, zométanlaz, a ellaz, a ellaz —gritaba sobre el estruendo el director de escena.

Por fortuna ya junté el dinero necesario para irme a vivir a un departamento con Ester. Falta que ella se decida. Sus padres no quieren, entre otras cosas, al parecer, porque no soy judío, porque soy *goi*. Pero, en fin, vamos a ver.

(Y, bueno, si ella no quiere o no puede, me voy yo solo y ya. Estoy harto de pleitos ajenos; quiero tener los míos propios.)

No, no entendíamos nada: si este escrito logra resucitar sin artificios un poco del caos de nuestra existencia durante la invasión, creo que habré cumplido mi propósito. Es fácil contar una historia si se ilumina, por decirlo así, de adelante hacia atrás: el futuro que ya conocemos, el desenlace, tiñe y acomoda sutilmente el pasado que lo suscita. Ya sabemos a dónde vamos. Pero la esencia misma de

vivir algo es justamente este no saber a dónde vamos. La diferencia es obvia: piensa en qué haces cuando actúas y qué haces cuando recuerdas. El gran Orwell en su diario de 1940, durante la segunda guerra, piensa mucho en qué hacer si Hitler logra ocupar Inglaterra y el gobierno tiene que trasladarse a Canadá. Ese solo pensamiento tiene más frescura e intensidad que veinte sesudas historias de esa guerra. Ahora, no dejar que el desenlace futuro entinte el pasado que narramos quiere decir, entre otras cosas, no usar en el relato más información que la que entonces, en el momento de vivir los hechos, estaba a nuestra disposición. Y la verdad es que sabíamos muy poco. Durante toda la guerra de conquista supimos muy poco. La información era grotescamente insuficiente y esto, tan exiguo, tan a cuentagotas, estaba siempre manipulado, visiblemente deformado. Se dirá que así son todas las guerras. Sí, por eso es tan dificultoso revivirlas.

Tómese, por ejemplo, el debate sobre, como se dijo, *armar al pueblo*. Unos partidos estaban a favor, la izquierda, pero no toda, y otros en contra, toda la gama de la derecha. Nunca fue más enconada la lucha política, aun dentro de nuestro campo, el de los leales, que durante la guerra. No sé cuánta energía y eficacia perdimos en la inútil filigrana, en el bizantinismo inane de esas rivalidades politiqueras, que ocultaban, como siempre, egoísmos, resentimientos, ambiciones de poder y anhelos desbocadamente vanidosos de figurar (qué fuertes son estos impulsos, estas pompas y vanaglorias, hasta enfrente de la muerte misma, invencibles aun delante de la degollina, el incendio y el exterminio).

¿Se arma o no se arma al pueblo? Esta pregunta quedó, después de que los políticos hablaron y hablaron hasta ponerse morados, sin respuesta. Todo fue, como dicen los abogados, vías de hecho, y fue muy simple: frente al hotel Hacienda de Cebollón, donde se alojaban Oó y los suyos, manifestaba protestando todos los días más y más gente.

Se decía que González Puchurreta alentaba, y hasta financiaba bajo cuerda, aquellas demostraciones con el fin de tener un pretexto claro para solicitar enérgicamente la salida de los Otros del país. Todavía se calculaba ilusamente que tal vez las cosas podrían hacerse "por las buenas". Los habitantes de la ciudad no teníamos aún conciencia clara de la situación, pero una rabia soterrada se hacía cada vez más grande dentro de nosotros. Entonces, una noche que Oó había salido de la ciudad a una de sus frecuentes "giras de trabajo" (porque el puerco hacía giras y más giras recorriendo el país como una especie de candidato presidencial), se produjo eso que se llamó la matanza del Palacio de Bellas Artes, incidente oscuro, muy exagerado después, y tal vez fraguado por el propio González Puchurreta (porque ¿qué hacían Filiberto García, el Turco Magallanes y otros comandantes y agentes de la Policía Federal de Seguridad oyendo muy serios *La traviata* de Verdi?), en el que algunos capitanes de los Otros, que se dijeron víctimas de un atentado de palco, con revólver, de corte enteramente clásico, dejaron cocidos, en un instante, a la mitad de los espectadores de luneta y desmenuzaron a los de tres palcos de segundo piso y a todos los pobres espectadores de la gayola, en el tercer piso (lo que quiere decir que dispararon sus armas extraordinarias y nunca vistas ni oídas, qué estruendo, cómo opacó a la orquesta y a los cantantes en sus arias, completamente al azar), no dispararon a los músicos ni a los cantantes, como se ha dicho, y eso que un barítono furioso los increpó duramente desde el escenario. En las escaleras y el foyer del teatro hubo también muertos y heridos. Se dice que, en la confusión de la pelea, entre el pánico del público, el comandante García en persona abatió a dos Cabezones. Como sea, la traducción política del incidente fue que los Otros habían deliberadamente fraguado y ejecutado una traidora matanza en Bellas Artes. La noticia de la masacre cundió rápidamente y la turba furiosa llegó hasta el hotel

Hacienda de Cebollón, lo asaltó y le prendió fuego. Se ha discutido mucho la participación del gobierno en estos hechos. Para mí es obvia: en la toma del hotel se usaron cañones, ametralladoras, tanquetas y tanques de guerra, ¿de dónde iba a sacar eso la gente? Y entonces ¿dónde queda la pregunta de armar o no al pueblo? ¿Cómo contar cómo fueron las discusiones sin que lo que sabemos que sucedió, de suyo también complicado y debatible, entinte la narración de las discusiones iluminando de adelante en el tiempo hacia atrás?

Nadie entendía nada. Rápidamente regresó Oó de su gira de trabajo, por poco logramos capturarlo y acabar con él, pero se escapó. Perdimos nuestra mejor ocasión, un momento verdaderamente de oro para nosotros. No nos dimos cuenta con claridad. Bueno, ni modo, qué le vamos a hacer, mano. Y la guerra quedó declarada, se marcó la luz en el campo de batalla, los dos bandos se alzaron sin remedio uno frente al otro y aquí comienza la tragedia.

Nadie hablaba lenguaje demótico, al alcance del pueblo. La noche misma de nuestra precoz victoria, derrotados los Cabezones, expulsados de la Ciudad de México (vaya usted a saber qué planes tendrían Ellos para apoderarse del gobierno, pero los que hayan sido, se los echó a perder la matanza de Bellas Artes; no cabe duda de que, a veces, González Puchurreta y los otros políticos mexicanos sabían bordar fino), esa noche, digo, el presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, licenciado Ángel Jacobo Comezón pronunció en el Congreso y ante las cámaras de televisión un largo y memorable discurso. Fue una obra maestra, de un lirismo desenfrenado, barroco por la complejidad conceptual y moderno por la audacia de las imágenes, el prosaísmo y las ennumeraciones caóticas a las que era tan afecto el gran orador. Uno de los trabajos más herméticos y vigorosos del artista, nadie entendió una sola palabra, o, lo que es lo mismo, to-

dos entendimos cosas diferentes: unos que habíamos ganado aquel combate, algunos que habíamos perdido, que los Otros venían de la Luna, que nosotros estábamos ahí, que los conejos nacen de huevo, que había que organizarse para la guerra, que no, que habría restricciones y economía de guerra, que habría un mes de vacaciones y fiestas y se triplicaban los sueldos de todo el mundo, que no, que nuestra agricultura era un desastre, que sí, que sí era, que se nacionalizaba todo, que se expropiaba todo, que no se nacionalizaba ni expropiaba nada, antes bien, que se privatizaba todo, que no, que no todo, que llamaba al pueblo para defender la República aun a costa de los más grandes sacrificios, que sí, que sí lo llamaba... Y nosotros ahí, sentados, oyendo y oyendo. Pobre país.

Esa teoría de que los pueblos hacen la guerra por *demasía vital* tiene algo de cierto: la gente parecía feliz, cantaba en las calles *La Valentina*, se abrazaba; los cafés, restaurantes y cantinas estaba llenos; los coches desfilaban por el Paseo de la Reforma y por Insurgentes tocando rítmicamente el claxon y desde las ventanas se agitaban banderas, grandes, chicas, banderas por todas partes, verde, blanco y colorado, manifestaciones inmensas, coros y más coros cantando el Himno Nacional. El acero aprestad, mexicanos...

La verdad es que estábamos aterrados, pero qué le vamos a hacer, la Ciudad de México siempre fue así, expansiva, argüendera, voluble...

8

Cuando tenemos que levantarnos temprano y nos vence el sueño, qué placer dormir un poco más, adelantar el despertador unos minutos (cinco, diez) y abandonarnos, sumirnos en el sueño, qué gusto tan grande. Dormir puede ser un tibio paraíso; y esa suspensión de las urgencias de la vigilia adquiere una especie de valor positivo, con su carga de placer específico, de cosa envolvente y sensual en la que se cae, porque el sueño es algo en que se cae, se cae... ¿Y en dónde? Caemos silenciosamente, lúbricamente, con más suavidad que la hoja de un árbol, en el ámbito colorido, el extraño, extrañísimo espacio, la geometría delirante que genera nuestra propia mente. Nos dejamos ir al fondo de nosotros, a ese palacio interior. Así dice San Agustín: llegamos a los vastos palacios de la memoria. Esta arquitectura interior puede figurar también el miedo, el miedo de las pesadillas. Lo extraño y amedrentador, el muro enorme tan enorme que da angustia y miedo mirarlo, que nos reduce y nulifica, lo desproporcionado, el espacio como monstruo.

Era eso, pero no estábamos soñando: en grande procesión los sobrevivientes de las matanzas, después de la toma de la Ciudad de México, caminaron hacia las cárceles, unas construcciones nuevas, altas, altísimas, y muy extrañas. A quienes habíamos visto las construcciones no se nos ocurrió, no pensamos, vaya, no nos pasó ni por aquí, que pudieran ser cárceles, pero sí eran, eso eran, prisiones. Muchos se volvieron locos en esa arquitectura, allá adentro de ese horror.

Yo presencié un día una fuga, no de una de esas cárceles nuevas, de ésas nadie se escapó nunca, sino de la prisión

improvisada de la Chayotera, cerca de Toluca. Eran tiempos de confusión y sufrimiento. El jurista, polígrafo y senador Ramusio Codo, que estaba detenido ahí conmigo, y con otros cuatrocientos, se refirió luego a los hechos diciendo: "Fue una temeraria evasión parangonable a la de Giacomo Casanova de Los Plomos venecianos". Y pienso sinceramente que la de Chaire, así se llamaba el maestro evasor mexicano, aunque fue en condiciones más fáciles, también fue más astuta que la del galante maestro italiano.

¿A quién no alegra la historia de una persona que se fuga de una prisión injusta? Sucedió así. Estábamos en un llano grande y sin árboles. Nos tenían en círculo, alrededor de un viejo casco de hacienda, esperando el traslado a alguna parte. Los guardias, que no eran muchos, caminaban dando de vuelta al círculo. Chaire observó que los guardias de su arco de circunferencia caminaban unos cincuenta pasos de espaldas el uno al otro, alejándose, luego daban vuelta y volvían a juntarse caminando de frente. El terreno, como digo, era extendido y liso y nadie podía correr tan aprisa como para atravesar el descampado mientras los guardias iban de espaldas el uno al otro. La orden era tirar a matar y las armas de esas que desmenuzan a la gente, son espantosas y, tal parece, no se necesita ni apuntar. Chaire midió a ojo el terreno y cuando los guardias empezaron a caminar de espaldas, echó a correr. Y corrió, corrió tan aprisa como podía, alejándose. Cuando calculó que los guardias iban a dar vuelta, giró sobre sí mismo y caminó con energía y resolución hacia el círculo de prisioneros.

—Alto, alto, ¿qué quieres? —gritó un guardia.

Chaire hizo alto y contestó:

—Ando preguntando por mi hermano Beto, ¿no saben si está ahí?, se llama Austreberto Godínez.

—Aquí no hay nadie. Vete de aquí.

Y eso hizo Chaire, se fue a su casa.

Yo le llamo a acciones como esa *técnica de la inversión*

de significados y suele ser muy útil. La esposa del coronel Ojeda, por ejemplo, la usó cuando fue sorprendida por su marido en un hotel de paso. Ella había ido al hotel, como otras veces, con su amante, un abogado de apellido Montes, por obvios apetitos eróticos. Iba saliendo cuando su marido el coronel Ojeda, militar violentísimo, entraba en compañía de la subteniente Estelita Cabrera, que era muy guapa y muy resuelta (la maniobra distractiva de un oportuno, largo y artístico *strip tease* de la subteniente permitió sorprender al enemigo y tomar por asalto el Palacio de Minería durante los combates de la Ciudad de México). Así que el coronel Ojeda y su esposa se toparon en la puerta del hotel de paso y ella, con impecable rapidez, caminó enérgica y resuelta, y gritó:

—Así te quería agarrar, grandísimo cabrón, ¿ésta es tu junta de oficiales? Te presento a mi abogado, el licenciado Montes...

Ojeda no supo qué hacer ni qué decir y apechugó con el divorcio que no quería dar.

Invierte el significado y empuja fuerte en sentido contrario. La esposa le reprocha al marido su infidelidad conyugal (cuántas veces presencié esta escena), el marido sabe que es cierto todo lo que ella dice, pero de todos modos se siente ofendido.

—Cómo puedes decir eso de mí, tienes una imaginación repugnante, de veras —y se alza orgulloso, mientras más cierto es lo que dice la mujer, más inmaculado se va sintiendo él. Claro que en algún repliegue escondido brilla lo cierto, pero la mente es polifónica, una orquesta entera toca adentro de nosotros. Y elegimos una melodía a costa de otras. Tenemos que representar un papel: ¿qué *tengo* que hacer ahora?, ¿qué *tengo* que sentir? Estas preguntas se presentan muy sutilmente a la conciencia, son finas, casi imperceptibles. ¿Qué se hace y se siente en estos casos? Y por esta fisura entre los hechos, su interpretación y el histrionismo lamentable, pe-

ro sutil, que a veces tenemos que hacer, penetra, acrobática, la inversión de significados. Los Otros se presentaron ante nosotros nada menos que como nuestros salvadores. La destrucción de todas las cosas se presentaba como su salvación. Puede hacerse, Ellos lo hacían, lo creían la verdad. Porque el significado puede variar y, como en un sueño, la escena deleitosa se convierte, sin cambiar nada, en una escena de horror, y el sueño grato se transfigura en pesadilla.

Los Extraños eran diferentes. A través de ellos descubrimos que todo, hasta las cosas que teníamos por más *naturales* o *universales*, no lo eran y podían ser diferentes. Cualquier cosa podía ser muy diferente. Ese descubrimiento, tan dramático, podría haber sido liberador y refrescante en otras circunstancias, no en las nuestras. Que muchas cosas que nos parecen naturales no tienen otra base que el acuerdo social e histórico, el así somos o así nos organizamos, ya lo habían dicho algunos filósofos, pero ¿quién iba a creerles?

Ellos se ríen, por ejemplo, de nuestro papel moneda extendiendo los billetes a la altura de los ojos y comentando en su lengua repugnante. Se ríen de los relojes en la muñeca, del futbol, de los tríos que cantan boleros, de los paraguas y la aspiradora, el cepillo de dientes. Ni qué decir de los periódicos o los motores de automóvil y avión o los calcetines...

Un día fui con Carapanzo 35 a una reunión, una especie de fiesta, de los Extraños. Había ahí muy pocos mexicanos. Nunca había ido a una fiesta de Ellos. La gente conversaba de pie, en pequeños grupos, algunos tenían algo como tazas en las manos y bebían de cuando en cuando. Empecé a moverme entre los grupos como se hace, por ejemplo, en un coctel. Carapanzo se acercó y me llevó aparte.

– No se puede andar caminando por ahí – me dijo –, no te avergüences, tú no sabías.

—¿No se puede?, ¿por qué? —pregunté viendo a los apacibles grupos que conversaban—, ¿porque soy mexicano?

—No, no —rió Carapanzo—, porque están bailando. Es un baile complicado, la *topota*.

—¿Bailando?, no oigo ninguna música...

—No, sí, escucha bien.

Escuché una especie de zumbido, muy débil, zigzagueante, sin ritmo aparente.

—El ideal de nuestra danza —explicó Carapanzo— es la casi completa inmovilidad. Sólo la contención extrema puede darle al bailarín el máximo de expresividad. Hay grandes artistas entre nosotros que bailan cómodamente sentados en una silla.

Entonces entendí que nuestros bailes les parecían un frenesí de salvajes, una especie de San Vito, y por eso muchas veces se reían al vernos bailar.

Los augures y otros funcionarios de la Gran Moral se encolerizaban y prohibían estas danzas por indecentes y escandalosas, todas, hasta *El lago de los cisnes*. Sólo aprobaban, a regañadientes, el danzón, pero sin que las parejas se tocaran. "Es que no se puede bailar sin tocar", se quejaba un maestro de danzón. "Usted cállese, TSBO VV", expresión esta última que se traduce, según me dicen, por algo como *puerco pornográfico*.

Es curioso cómo unas zonas de nuestra existencia impregnan otras muy alejadas. Ahora que escribía sobre la danza juzgada como indecente, empecé a sentir una especie de incomodidad. La incomodidad, de algún modo hay que llamarla, tiene su origen en que el primer hombre con el que Ester tuvo amores, el hombre al que le entregó su virginidad, era un bailarín. Se llamaba Mario, Marito, le digo, para detractar suavemente, sin ofender. Marito era, o es, no sé, homosexual, o bisexual, más probablemente. Ester estaba enamorada de él (hay que aceptar que el muchacho era alto, guapo, musculoso y con un cierto aire de

misterio y sufrimiento recóndito que, supongo, sabía cultivar con morosa habilidad). Yo lo vi bailar una vez con música de Scarlatti y de Bartók y, la verdad, lo hacía bien a secas, sin genio. Cumplía. Ester quería rescatarlo no sé bien de qué, salvarlo. Ella no habla así, desde luego, pero ésa era la idea. Lo que pienso es que lo quería simplemente, lo quería para ella porque estaba enamorada de él, pero tenemos que darnos razones, rebuscadas o no: lo que queremos, como el poder político, tiene que legitimarse.

Ester diseñaba vestuario para teatro y danza, y ahí la conocimos Marito y yo, en el ambiente de los escenarios. Pero ella estudiaba física en la universidad. Quiero señalar que no parecía haber ninguna contradicción: Ester habla con la misma solvencia, la misma delicada y deliciosa precisión de bordados y de partículas, de la relatividad y de los sombreros victorianos. Y sus manos finas hasta el delirio, casi traslúcidas, se mueven igual con el hilo y la aguja y en la computadora o en el pizarrón lleno de fórmulas.

No sé qué estrella propicia a los amantes reinaba entonces, que apenas nos vimos y hablamos cuando quedamos rendidos el uno al otro, escribe Lope de Vega, y gustaba de repetir sonriendo para sí mi viejo padre (con el corazón y la cabeza poblados de sus *Filis* y *Amarilis*).

En materia amorosa, pienso, todo me ha sido concedido, pero todo imperfectamente. Primero, las cosas no coincidieron nunca con lo que anticipaba o imaginaba, eran ligera o acentuadamente de otra manera (pensaba, por ejemplo, que la primera vez que Ester y yo hiciéramos el amor sería sobre mi cama, pero fue en el suelo). Luego, siempre hay elementos inesperados que empañan, opacan o desvían la perfección alcanzable: quería que nos conociéramos oyendo un cuarteto con piano de Brahms, pero se fue la luz y, peor que eso, tenía yo un estúpido y persistente dolor de estómago, un cólico extraño de esos justamente que nunca tengo. Y no sé, las cosas se hacen,

pero son imperfectas y parecen una especie de lección budista acerca del sueño del mundo y la extrema fragilidad del placer. De todos modos ni me di ni me doy por vencido y, a veces, cuando veo a Ester siento todavía que *la naturaleza destiló todas las flores, todas las yerbas aromáticas, todos los rubíes, corales, perlas, jacintos y diamantes para confeccionarla.*

Ester hablaba y leía el húngaro, ya dije que sus padres eran judíos húngaros. Max, el jardinero ahorcado descubierto por Filiberto García, había escrito su cuaderno en húngaro. Carapanzo me explicó que Max era un náufrago. Náufrago de qué o de dónde o cómo había náufragado, son cosas que no sabíamos. Si no estábamos en condiciones de entender cómo se viajaba, tampoco podíamos comprender cómo se naufragaba.

—No, naves no son —me explicaba Carapanzo—, un avión es como una bicicleta, una caravana en el desierto es como un barco en el mar, el mar que une y separa, pero nuestros viajes no son así y esas metáforas no sirven. Piensa mejor en una transformación, como si dijéramos que tú has viajado dentro de ti mismo de los veinte a los veinticinco años que tienes. Tú viajaste.

—Por más vueltas que le doy no alcanzo a entender cómo puedes ir de un lugar a otro nada más transformándote.

—Sí, claro, ésa es la dificultad, Esteban, ése es tu límite conceptual. Por eso no puedes entender de dónde venimos ni cómo llegamos.

Filiberto García fue quien hizo contacto con Carapanzo mediante los teléfonos que figuraban en el cuaderno de Max. Pero esa historia ya no la quiero contar. No me da tiempo. Ayer vimos con los binoculares a un hombre caminando en el monte. Me dio un vuelco el corazón. Le dije a Ester que no se moviera, si nosotros lo podíamos ver a él, él nos podía ver a nosotros. Aunque no traía binoculares ni uniforme ni nada e iba, con su camisa gris, muy quitado de la pena, caminando, no paseando ni ex-

plorando, sino como quien va de un lugar a otro, a mediana velocidad.

Digo así, como incidentalmente, lo del hombre que vimos caminando no porque no me importe, claro que me importa (yo sentí como un plazo ineludible que finalmente se cumple), ni porque Ester y yo no hayamos discutido qué hacer. Nuestras discusiones fueron, sin exagerar, infinitas (cómo razona esa mujer, parece máquina, pum, pum, una idea tras otra; y yo con una sola: cuando lleguen, llegan y ya, a ver qué hacemos, pero mientras podemos disfrutar nuestra rústica libertad, sin hacernos ideas, sin pensar en eso). Lo que no quiero es que esas discusiones entren en este comentario, escrito justamente para no andar pensando en eso. Mientras podamos mantenernos serenos y alegres, vamos ganando. Eso me digo y comento: después de todo, así es siempre, ¿quién anda pensando todo el día en que, a fin de cuentas, se va a morir?

No me interesa el proceso de la conquista, no quiero explicar nada. ¿Qué me interesa entonces? Lo que vivió la gente. Eso quiero recordar.

Una vez doña Fany, la mamá de Ester, vio que Angélica, la vieja nana de Ester, estaba bailando sentada en el borde de la cama, moviendo los brazos y las piernas.

—¿Qué pasa, Angélica? —preguntó. La nana dejó de bailar. Doña Fany siguió haciendo sus cosas.

Al rato volvió a verla bailar y se acercó. "¿Qué pasa?" Y no, no estaba bailando sino en las convulsiones de la *totofadia*, una de las epidemias que trajeron los Otros para vencernos. Angélica murió esa misma tarde bailando frenéticamente. Y otros iban muriendo, muchos, muchísimos. Casi todos, pero no de la misma enfermedad. Había muchas, gran diversidad de males incomprensibles. Como esa que reducía o aumentaba casi bruscamente el tamaño de la gente. Te duermes y amaneces del tamaño de un guante de electricista. Los médicos no entendían que una cosa así pudiera suceder. Claro, el límite conceptual.

—Imposible, imposible —le decía un médico a un paciente de unos treinta centímetros de alto que estaba de pie sobre la mesa del consultorio.

—¿Imposible?, ¿que no me está viendo? —respondía furioso el hombrecillo de grandes bigotes—, haga algo, haga algo...

Hacer algo, pero ¿qué? La enfermedad no tenía efectos ni molestias laterales. Todo estaba perfecto, menos el tamaño. Por eso el batallón de enanos Francisco Zarco se distinguió tanto en la defensa de la Ciudad Universitaria durante el sitio de la ciudad. Combatían con verdadera furia, con minucioso rencor, gran audacia y completo desprecio de la propia vida. Qué cosa verlos chiquitos, vestidos con pijamas de niños, que era lo único que habían podido encontrar. Las ropas eran un problema con esa enfermedad. Y veías en la calle gigantes vestidos con sábanas usadas a la manera de túnicas romanas. Los sastres y almacenes de ropa hacían su agosto (la gente, cosa insólita, quiere siempre lucrar y sacar ventaja, siempre, aun en medio del desastre), como aquellos almacenes *Gulliver* que hacían ropa a la medida en hora y media con gran surtido y variedad de modelos, algunos carísimos. Y ése sí que era negocio porque la gente aumentaba o reducía de tamaño caóticamente, a veces en un mismo día. Una hermanita llevaba en la mochila a su hermanito reducido y de regreso el hermanito gigante llevaba a la hermanita reducida en el brazo, como una muñeca.

—Ay, ay, me está dando, me está dando —gemía el paciente cuando empezaba a sentir la transformación que no se sabía a dónde iba a dar.

Los hospitales estaban llenísimos, grandes muchedumbres de infelices enfermos avanzaban penosamente, como una migración, pero en fila ordenada. Muchos morían haciendo cola. El gobierno tuvo que distraer soldados del frente para ordenar aquella muchedumbre: al principio, los enfermos, desesperados y furiosos, habían

asaltado el hospital Adolfo López Mateos y le habían prendido fuego.

—Prefiero morirme en mi casa que haciendo cola —cinco, diez días de cola, pero la decisión no era tan fácil cuando había dolor, como en la enfermedad esa que le decían mal de bofes. La Secretaría de Salud reservó un hospital para enfermedades dolorosas, pero muchos se colaban fingiendo con mímica y gemidos que su mal era doloroso, cuando no lo era. Porque la gente tenía mucho miedo y quería ser atendida. Por otra parte, los sedantes comenzaban a escasear y se especulaba con ellos.

—A mí estas plagas no me dejan impecune —dicen que decía el diputado Sánchez Paja, Juan, no su hermano Miguel que se distinguió en la defensa de El Infiernillo. Y lo que lo dejaron fue ciego y sordo como tapia (le dio la *pupufa* y en los delirios de la fiebre todavía cometía peculados imaginarios).

Y había ese mal horrible, la *ametralladora* le decían, en la que los enfermos hablaban y hablaban sin parar, hablar, hablar de esto, de aquello, de lo que sea, hablar a gran velocidad, un frenesí verbal, hablar y hablar hasta caer muerto.

Al principio se intentó contener las epidemias aislando las casas de los enfermos y quemando cuerpos, camas, sábanas y otras cosas en la calle, luego aislando los barrios. Se necesitaba pasaporte de salubridad para ir de una parte a otra de la ciudad. Sobre todo para entrar a los barrios de los ricos que fue donde más tardó en llegar la enfermedad.

En esos tiempos todo mundo se sentía muy bien, qué salud.

—¿Cómo te sientes? —se preguntaban con mirada sospechosa todos, hasta amigos y consanguíneos en primer grado. Y uno tenía que apresurarse a declarar, si quería que siguiera la conversación, "muy bien, me siento muy bien", pero tranquilo, sin exagerar porque toda exageración

("nunca me he sentido mejor, de maravilla") lo hacía a uno recelar y dar pasos atrás evitando el contagio. Algunos hasta se echaban a correr, otros platicaban con los conocidos de lejos, a gritos, sin acercarse, como quien juega a la roña.

—Veo que estás hablando mucho, a ver quédate callado un ratito —decía la gente desde lejos por temor a la enfermedad de Cuchón o ametralladora.

Qué preguntas se oían.

—¿Está dormido o está muerto? ¿No has crecido, verdad? ¿Vive? ¿Ya le cambió el color de la lengua? ¿Cuándo empezó a bailar? ¿Cómo que creció chueco?, ¿nada más las orejas? ¿Cómo que volando? ¿Con mirada como de pájaro? ¿Qué tan inflado dices? ¿Tres dedos verde esmeralda? ¿Cuándo respingó? ¿Cabellos de cerdo? ¿Qué quieres decir? ¿De qué tamaño quedó? ¿Duerme con los ojos abiertos y bufando? Niño, no señales. ¿Por qué tiene esa cabezota? ¿Un olor muy raro? ¿Dices que al respirar echa humo de colores? Y ese señor, ¿está dormido o está muerto?

En esas condiciones se hacía la heroica defensa de la Ciudad de México.

El presidente Comezón entró en melancolía y se abandonó a pactar con el enemigo.

—No hay nada que podamos hacer... Muy grande es su poder. Yo tenía razón, de veras, para qué los ofendimos, para qué...

Pero las fuerzas leales al gobierno estaban lejos de haber sido derrotadas y por todas partes se reagrupaban para iniciar la que sería la desesperada y final defensa de la Ciudad de México.

El descontento contra Comezón crecía. En una reunión con el gabinete de guerra, en la cuarta ocasión en que el presidente se excusó, levantando el índice de la mano derecha como quien pide permiso para salir al baño, el general Epigmenio Picudo no resistió más y, una vez que

salió el primer mandatario, pegó en la mesa con la mano abierta y dijo:

—Yo no sé cómo sé hace esto, pero tenemos que destituirlo.

—Sí, ya basta —apoyó Atole, de Hacienda—, no está mental ni físicamente preparado para llevar una guerra. ¿Cuántas veces ha llorado hoy?

—Interrumpiendo, tres.

—No, cuatro, contando cuando le explicaron lo de los dieciséis tanques en Bazofias, Coahuila.

—Ah, sí... Es repugnante ver la caja de kleenex encima de la mesa. ¿Dónde estamos, carajo?

—Manolo, tú hazte cargo —pidió alguien señalando a González Puchurreta.

—Pero, ¿cómo?

Regresó el presidente Comezón. No venía arrastrando el temor y la depresión, sino traía una sonrisa extraña, ya francamente demencial, en su boca de orador.

—Tengo un plan, un gran plan que puede salvarnos a todos —musitó casi en éxtasis.

La noticia fue acogida con poco entusiasmo: algunos volvieron la cabeza al techo o a la ventana, otros se pusieron distraídamente a garabatear, y el general Epigmenio Picudo, con mal contenida impaciencia, pidió:

—Diga, señor, diga —con voz de rapidito, rapidito, y no fue a más porque, después de todo, el presidente seguía siendo el Primer Jefe de las Fuerzas Armadas y él era un soldado bien disciplinado.

—Tenemos que encontrar el Mropro —reveló Comezón.

—¿Qué?

—El Mopo.

—No, el Mropro.

—No se puede ni pronunciar.

—¿Qué es eso?

—El Mropro es un animal —reveló el presidente.

—¿Oí bien? ¿Un animal?

—Sí, un animal.

—¿Y qué animal es ése?

—¿No será una distracción imperdonable dedicarnos a una minucia zoológica ahora que estamos en guerra? —preguntaba Rutilo Lodo, secretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos.

—No, no, no —alegaba Comezón—, el Mropro es animal muy manso que otorga a quien lo descubre en despoblado, grandes beneficios: con una sola de las plumas de sus alas, arrancada en hora propicia, se puede volar por los aires; su saliva roja y fragante sana todas las enfermedades; la ingestión de sus escamas maceradas en jugo de limas, da longevidad, y el que bebe molidos sus cuernos con infusión de hojas de sicomoro, vuelve a la infancia, y el pelo, el pelo verde y sedoso quemado en la noche entrega la sabiduría a quien lo aspira, pero ante todo, la sangre, la sangre, sí, la sangre amarilla untada en los codos hace a los soldados invencibles en la batalla y podremos triunfar y proseguir el alto destino de México.

Un ceremonioso aplauso de los presentes puestos de pie coronó el remate oratorio: Comezón, el artista incomparable de las palabras dislocadas, había vuelto a aparecer, y magníficamente inspirado, enérgico, enteramente caótico.

—Pero ¿cómo es, señor presidente? ¿Dónde está?

—El problema —explicó Comezón— es que nadie sabe cómo es el Mropro. Se discute mucho el tamaño, unos dicen que es enorme, otros que pequeñísimo; hay quien sostiene que está en todas partes, y no faltan algunos escépticos que aseguran que no existe...

El anticlímax cayó fulminante sobre el efímero entusiasmo y los políticos ya iban dejándose caer otra vez, como fardos, en los sillones de la mesa de consejo, cuando Manuel González Puchurreta tomó la palabra y dijo:

—Ésta es, creo, una grande y salvadora idea, señor presidente, me parece que recojo la opinión de todos los aquí

presentes si pido que se organice inmediatamente una expedición dirigida a localizar y capturar al animal ese, el Mpro...

—No, el Mropro —corrigió el presidente.

—Eso, ese animal, y pienso que tan alta y decisiva misión sólo puede estar confiada a un hombre.

—¿Quién? —preguntaron ansiosamente los funcionarios.

—Pensemos que no puede fracasar en la empresa, sería fatal para nosotros... —ponderó Puchurreta—, es decir para nuestro país.

—¿Quién?, ¿quién?

—Usted, señor presidente, usted debe encabezar esa expedición.

La ovación fue atronadora, y los funcionarios se pusieron otra vez de pie aplaudiendo, gritando *bravo, viva México*.

—Señor presidente —decía emocionado el general Picudo—, permítame un abrazo. Mucha suerte, señor.

Comezón sonreía modesto y un poco confundido al recibir las extrañas felicitaciones de sus colaboradores.

—Resta decidir quiénes acompañarán al señor presidente y cuándo se inicia la expedición —decía Puchurreta.

—Hoy mismo —pedía Atole—, que salga hoy mismo, el asunto tiene primacía, hay que saber jerarquizar, establecer prioridades.

—Sí, cuanto antes mejor —decían aquellos expertazos en halagar y adular, quedar bien y dar por el lado sensible y adecuado.

—Mañana en la tarde salen: la Secretaría de la Defensa pone el avión —ofreció Picudo.

—Entonces creo que tengo que ir a hacer mi petaca —explicó el presidente volviendo un poco a su curioso modo de niño desamparado.

—Sí, sí, vaya usted, vaya, nosotros nos encargamos de hacer la lista de los ilustres...

—¿De ilustres?, ¿qué ilustres? —preguntó Comezón.

—Sí, sí —contestó Puchurreta—, la lista de ilustres que habrán de acompañarlo en su expedición.

—Ah.

Y así fue como nació la *lista* que habría de hacerse famosa. Las tramas del destino suelen ser ingeniosas; ya de suyo la existencia misma del avión expedicionario y los singulares pasajeros es una rareza, pero eso sumado a la sorpresiva inclusión de mi nombre en la lista de ilustres o notables, es lo que me permite escribir ahora esta melancólica y verdadera historia.

El viaje tuvo otros efectos inesperados. Uno de ellos fue desconcertar de tal manera al enemigo que nos permitió estar a punto de ganar la guerra. La salida del presidente en el avión fue tan repentina y absurda, por no decir nada de la ruta seguida, que desde el punto de vista estratégico puede ser calificado de un movimiento brillante, genial, de *estupidez creativa*. La idiotez deliberada o creativa es una estrategia que opera, por ejemplo, cuando el delantero de un equipo de futbol avanza con decisión y brillantez no hacia el campo contrario, sino hacia su propia meta. ¿Qué sucede en un caso así? Quién sabe, pero lo que es seguro es que todos los planes y previsiones del equipo contrario dejan automáticamente de funcionar, y los jugadores, desorganizados (nadie pudo anticipar una cosa tan absurda), se ven obligados a actuar sin concierto, a la libre. Y ése es el momento de un contragolpe perfectamente planeado. Pero no adelantemos tanto. Volvamos al gabinete reunido a puerta cerrada.

El presidente salió, más que a hacer su maleta, como alegó, empujado por la depresión y el deseo de huir y esconderse que en mala hora se había apoderado de su ánimo.

—De la lista me encargo yo —acordó Puchurreta—, pero ¿y el avión?

—Tenemos muy pocos aviones —confesó Atole—, y son indispensables.

Todos se volvieron al general Picudo, que había ofrecido el aparato.

—Sí, sí —dijo el general—, había yo pensado en un avión viejo que tenemos en los hangares de la Defensa, no aquí en la ciudad, sino en los llanos de Apan, aquí cerca, en Hidalgo... Sólo que el avión tiene una falla, una deficiencia...

—¿Cuál?

—No puede volar. En tierra alcanza buena velocidad, pero no creo que pueda alcanzar a despegar. Y en todo caso no sería de ninguna manera aconsejable que lo intentara.

Una breve pausa meditabunda hizo silencio entre los funcionarios.

—No importa, no importa —juzgó Puchurreta—, puede desplazarse en tierra como un transporte de lujo.

—¿De lujo? —preguntó alguien.

—Sí hombre, tiene asientos cómodos, bar, baños, cine...

—No, cine no creo que tenga —corrigió Picudo—, es, o era de hélice, de tiempos de la segunda guerra mundial.

—Bueno, no importa, para buscar al animal ese, seguro está bien, y no necesita cine.

—Sí claro. Buenas azafatas...

—Las mejores.

—Y varios mecánicos bien calificados.

—¿Y de piloto?

—Puede ir Quiñones —eligió el general—, al fin que ya lo habíamos dado de baja por alcohólico. Rigoberto Quiñones es, o era, buen piloto.

—Pues ya está.

—Sí, perfecto.

—Que ni mandado a hacer.

El licenciado Manuel González Puchurreta se movió hacia la silla vacía del Presidente y tocó un timbre.

—Queso —dijo cuando entró el secretario—, haga el favor de comunicarme con Basurto, mi secretario.

—Sí, señor.

—Bueno, hay varias cosas que arreglar —explicó a los funcionarios—, lo mejor es que levantemos ahora la reunión y nos volvamos a ver aquí a las seis de la tarde. ¿De acuerdo?

Y los funcionarios fueron saliendo, comentando, contentos, puede decirse, como aliviados de la carga de un peso insoportable.

—¿Cómo dice usted que se llama el avión? —preguntó González Puchurreta.

—No dije —contestó el general Picudo—, pero es el *Patria Linda*, así se llama.

No sé por qué la base de la gran lista de los que deberían acompañar al presidente Comezón fue la pequeña lista de los que estábamos detenidos en el Gran Hotel Aramís. Tal vez querían que estuviéramos lejos (la manía de desinformar, de que no se sepa, no se cura en un día), pero no sé. El caso es que una mañana muy temprano, en secreto, sin decirnos adónde íbamos, la Jitomata y Nenclares, Farfán, Ester y yo fuimos subidos a unos automóviles que nos llevaron al estado de Hidalgo a abordar el avión. Jerónimo Salazar no porque ya se había dado de alta en el ejército y andaba peleando en el Bajío.

—¿A dónde vamos, Pichuli? —le preguntaba la Jitomata a Nenclares—, está bien que nos dé un poco el aire, ya tengo cutis color de operadora de Teléfonos de México. Pero, digo, pero, ¿creés que haya bar adonde vamos?

Ester y yo hacíamos ya vida marital en el hotel. Fue, digamos, nuestra luna de miel. La familia de mi mujer (que eso era y es) hizo, por supuesto, un gran escándalo por la doble falta: unirse a un *goi* (la familia es judía no religiosa, pero celosa en estas cuestiones) y no hacer, ya dado el caso, ceremonia de bodas con banquete y bailes.

—Pero hija —se quejaba en el restaurante del hotel Aramís doña Fany, su mamá—, ¿qué clase de viaje de bodas es éste? ¿El espantoso centro de la ciudad es lo más lejos

que pudieron llegar? ¿Contemplar la puesta del sol en Albañal Norte esquina con Cloaca?

El padre, don Salomón, que es muy buena persona, me miraba preocupado:

—¿Tienen recursos? ¿En qué trabajas? Creo, si no entiendo mal, que no tienen donde vivir, digo ¿no han puesto casa, verdad?

Y era verdad: no tuvimos casa hasta tiempo después, cuando nos quedamos a vivir en el coche, la camioneta de que hablé, nuestra primera, y seguramente última casa.

Tengo que seguir. Fuimos los primeros en llegar: ahí estaba, en medio del llano, el *Patria Linda*, muy lavado, reluciente, pero viejo. Unos soldados lo cuidaban.

—¿Qué? ¿Vamos a jugar a *Aventuras en Birmania*, o qué? —preguntó Farfán al verlo.

—No, señor —informó alguien—, está por llegar el presidente de la República con su comitiva.

Todos nos extrañamos. El llano, unas vacas a lo lejos, el aire levantando tierra entre los magueyes y la próxima llegada del presidente A. J. Comezón, era como una adivinanza o un rompecabezas. La única que se entusiasmó fue la Jitomata.

—¿El presidente? Hasta que se me hizo conocerlo. Ucha, me siento importante... Voy de sorpresa en sorpresa... Deja nomás que le cuente a la Gorda todo lo que me ha pasado.

Le decía eso a Ester, de la que se había hecho amiga desde la tarde que fuimos a comprar el piano (eso a ver si me da tiempo y hallo lugar para contarlo). Y yo, atrás, sentado en una piedra, platicando vagamente con Farfán y Nenclares, veía tan derecha y tan linda a mi mujer, con su maletita en la mano, que sentía una especie de piedad, como si todo de pronto se hiciera patético y conmovedor, y me decía: Ester no merece esto, no, no lo merece.

Primero llegaron soldados en jeeps, precisos, comunicándose entre ellos, tensos y reconcentrados, luego vimos

a lo lejos el terregal que levantaban los camiones de pasajeros. Eran dos, muy grandes. El presidente Comezón fue el primero en aparecer: bajó del autobús como agradeciendo aplausos. "Es un reflejo pavloviano que le queda de las giras de campaña, primero, de inauguraciones, después", pensé. Se le veía muy disminuido, chiquito, parecía maquillado.

—Carajo, Comezón ya dio el viejazo —me comentó Farfán al oído.

Sí, el maquillaje no hacía más que resaltar el deterioro, los estragos que la aflicción había puesto ahí. Quizá su madre habría podido decir que su hijo era "muy sensible". Pero esa peculiaridad, rarísima en un político, no era muy útil en las presentes circunstancias.

Ahora el piloto, Rigoberto Quiñones, un hombre muy alto y de cuello ancho como el de un perro de las praderas, le estaba siendo presentado al señor presidente. Los invitados (de alguna manera hay que llamarlos) empezaban a bajar con sus maletas. Todos miraban el avión con la misma sorpresa, inmóviles, abiertas las bocotas, luego preguntas y comentarios alarmados.

—¿A dónde vamos a ir? ¿Vamos a viajar en esto?, ay Dios...

Pero no hubo ninguna queja. La lección de obediencia estaba bien aprendida. Son siglos de autoritarismo y sumisión, pensé con rápida vulgaridad.

Empezaba a encontrar caras conocidas. El rector de la universidad, por ejemplo, haciendo grupo con varios investigadores en distintas disciplinas, el presidente de la Suprema Corte de Justicia, José María Borunda, que quién sabe por qué, viajaba acompañado de su esposa.

—Éstos —observó Farfán señalando al de la Suprema Corte— y Cárcamo, el de medio ambiente, son los únicos políticos de alto rango que veo por aquí.

—Pues sí —declaró Ester—, alguien tiene que ocuparse de la guerra, ¿no creen?

Le eché una mirada de reprobación. En aquellos días todavía no estaba bien expresarse de la guerra con esa ligereza y ese desenfado. "Yo también tengo bien aprendida mi lección", juzgué inmediatamente.

A muchos no los conocía. Farfán reveló que eran dirigentes de organizaciones obreras, patronales, campesinas, algunos diputados y senadores, el del Colegio de Ingenieros, el del de arquitectos, varios médicos, un locutor de televisión (al que sí había identificado), un cantante de rock (también conocido), un pintor famoso, gente del Estado Mayor, el secretario del presidente, Eusebio Queso (al que no conocía) y mucha gente más, todos políticos o figurones de segunda fila, según Farfán, cuadros altos de zonas intermedias. ¿Por qué hicieron así la lista? ¿Con qué criterios? ¿De acuerdo a qué se elige? El misterio de siempre.

Fuimos presentados al primer mandatario (operación en la que la Jitomata hizo una elaborada reverencia con genuflexión), que nos miró con extrañeza, como diciendo ¿y éstos de dónde salieron? Del interior del avión emergió muy sonriente el secretario de Turismo, Máximo Podiú. Era un político hábil, rico, adulador incansable. Al inicio de la invasión había intentado encumbrarse proponiendo un complejo plan para que la Secretaría de Turismo se encargara de la visita de los Otros. Paseo por lugares típicos, alojamiento, recreación y deportes, pláticas informales en el Centro de Convenciones de Acapulco, recorrido de lugares arqueológicos, todo, hasta un singular concurso de belleza. "Yo me encargo, yo me encargo."

—Pero ¿no te das cuenta de que esto no es un paseo inofensivo? —había gritado Xavier Atole, de Hacienda—, vienen a quedarse aquí, carajo, y tú con tus playas y tus hoteles. No, no vienen a los hoteles, vienen a construir *sus* casas, que Dios sabrá cómo son.

—Por eso, por eso, ¿no te digo? —repetía Podiú con una inconsecuencia típicamente mexicana—, podemos abrirles espacios para invertir...

—¿Para invertir? Vienen a despachar en Palacio Nacional, pendejo.

—Señores, señores, recuerden en dónde están.

—Por eso, por eso.

Nos encaminamos hacia el avión.

—Por aquí, señor presidente —dijo Podiú tomando del brazo a Comezón.

—No se agolpen, rapidito, pero sin agolparse —organizaba alguien del Estado Mayor Presidencial. Era difícil creer que aun en las presentes circunstancias continuara el hábito ansioso de ganar lugar a codazos y empujones.

La Jitomata, Ester, Farfán, Nenclares y yo fuimos los últimos en entrar. Se veía que el avión había sido limpiado a conciencia y retapizado.

—Espero que les hayan dado también su manita de gato a los motores —observó Farfán.

—Qué raro, tú —oí que decían detrás de nosotros.

—¿Qué?

—No hubo discursos.

—No, ni tampoco tocaron el Himno Nacional.

—Es que vamos como en secreto.

—Viajamos de incógnitos. ¿Así se dice?

—¿Qué?

—De incógnitos, con s.

—No sé.

Farfán juzgó que los que hablaban debían de ser periodistas.

Algo se discutía al frente, donde iba sentado el presidente. El tiempo pasaba.

La Jitomata estaba muy contenta.

—Es la primera vez que vuelo en avión —decía—, bueno, que vuelo en lo que sea. ¿Qué se siente, eh?

—Ya verás, ya verás —le decía Nenclares—, abróchate el cinturón.

—Como en los juegos de la feria, pero más elegante, ¿verdad?

—Sí, mi amor.

—¿Qué criterio de elegancia maneja Xóchitl cuando dice esto? —me preguntó cariñosamente Ester (que nunca llamó Jitomata a la Jitomata).

Finalmente la discusión del frente se acabó. Máximo Podiú bajó del avión, después de interminable despedida, las puertas se cerraron y se echaron a andar ruidosamente los motores.

—Qué emoción —dijo la Jitomata.

El aparato empezó a girar lentamente.

—Estamos tomando pista —comentaron atrás los periodistas.

Lentamente, el avión empezó a moverse, luego poco a poco más y más rápido.

—Oye, esto va muy despacio —juzgó alarmado un periodista.

—¿Qué?

—Se está tragando la pista, no vamos a poder elevarnos.

—No, mano, así son estos aviones.

—¿Qué? ¿Se caen al despegar? Te digo que no vamos a poder... Ya se acabó la pista...

—¿Qué?

—... y no nos caímos...

—Pero es que no nos elevamos.

—No, pus, no.

—Se tragó la pista y seguimos avanzando...

Sí, el avión discurría penosamente por el llano. El susto había sido enorme. Pero nada había sucedido, digo, sólo ese inesperado avanzar en tierra. Y claro, lo de siempre: nadie nos había prevenido. Y empezaron las conjeturas y los rumores.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no se detiene esta cosa?

—Andamos buscando la pista...

—No, hombre, por aquí no hay otras pistas, yo conozco bien la zona pulquera.

—Tal vez una secreta, una pista militar.

—Pero ¿a dónde vamos? Deberían decir, ¿no crees?

El avión se detuvo. ¿Qué pasa?, ¿qué está pasando? El capitán Quiñones le preguntaba algo a un campesino, a gritos desde la cabina. El campesino, respetuoso, con el sombrero en la mano respondía señalando con el brazo extendido.

—Oye ¿que esto no trae brújula? Le está preguntando a ese cuate... Es el colmo... No sólo no volamos, sino no sabemos por dónde ir a donde vamos...

La gente se levantaba, algunos se agolpaban contra las ventanas. ¿Qué pasa?, ¿qué está pasando? El rumor y la inquietud crecían. Entonces, lentamente, A. J. Comezón fue poniéndose de pie. Tenía brillante la mirada y sus labios se movían como masticando un alimento imaginario.

—Oye, ese tic no se lo conocía —murmuró uno de los periodistas. El presidente tenía muchas y muy extrañas manías faciales y manuales (a veces se apretaba horriblemente la cara con una mano cuando hablaba por teléfono).

Pero todos los tics desaparecieron de la cara de Comezón cuando empezó a hablar. Lento, quedo, misterioso en el arranque (puse mucha atención, era la primera vez que oía directamente al legendario orador) y progresivamente más rápido, fuerte y claro (la oración consistió en un solo gran crescendo, como el *Bolero* de Ravel). Fue un discurso impresionante, enteramente libre y sugerente, como manda la poesía moderna, un desenfreno verbal absolutamente caótico, como preceptuaba la estética particular del orador, una obra maestra de la generalidad elusiva que acostumbra la política mexicana. No puedo reproducirlo aquí, entre otras cosas, porque ni yo ni nadie que ahí estuviera entendió una sola sentencia o cláusula de aquella emocionante y tumultuosa tempestad de palabras, pero sí puedo decir que todos aplaudimos entusiasmados.

—Aplaudo el arte del presidente —diría después Ramusio Codo, jurista culto y senador de la República— no el concepto en el que, por desgracia, no alcancé a penetrar.

Pues sí, estábamos en las mismas: nadie entendía qué estábamos haciendo en aquel avión ni adónde nos dirigíamos y con qué propósito viajábamos. Las largas, larguísimas, interminables horas de viaje misterioso, y por tierra, pero en avión, se fueron llenando de hipótesis y conjeturas. Farfán, sin duda ya cansado, y por lo tanto transgresor, propuso una explicación audaz.

—Estamos buscando el animal ese —dijo—, el bopo.

—No —dijo Ester que en todo se fijaba y tenía gusto por la precisión—, el Mropro... parecen las siglas de algo, ¿verdad?

—Ese animal —siguió Farfán—, estamos buscando ese animal. De veras.

—No, no puede ser —intervine—, eso del animal parece más bien una especie de parábola... Digo, una figura retórica...

—Claro que no puede ser —corroboró Nenclares que, político joven, inquieto y acometedor como era, ya se había dado sus vueltas saludando a quien podía en el avión—, dice Nacho Vélez, biólogo de la universidad y experto en alta productividad del desierto, es aquél, el que parece oso hormiguero, que el animal ese, el gopo, no existe ni puede existir.

—No estoy diciendo que exista el animal —terqueó Farfán—, digo que de todas maneras ésta es una expedición para encontrarlo.

—Tienes mente de dramaturgo —juzgué.

—Ya verás, ya verás.

Entonces la pobre Ester no pudo más y se echó a llorar. Yo la abracé y la besé (¿qué otra cosa podía hacer?)

—Estoy muy asustada —me dijo quedo—, quiero irme con mi papá y mi mamá...

No, no era la adversidad la que hacía llorar a Ester, había resistido muy bien que pasáramos la luna de miel bajo lo que podríamos llamar *arresto domiciliario* en el hotel Aramís, sino el pesado ambiente de incertidumbre, rumor

y locura. Su reacción me pareció sana: llevábamos demasiado tiempo sin entender nada, enigmáticamente traídos y llevados de aquí para allá y de allá para acá, y Ester, a diferencia de los demás, era incapaz de acostumbrarse a vivir en aquel desquiciamiento. Uno puede acostumbrarse a lo que sea, puede ser, pero hay que resistir, el honor está en no ceder, en no asumir lo dislocado como natural e inevitable. Por eso le dije al oído y entre besos:

—Nos vamos a escapar, Ester, te lo prometo, vamos a salir de aquí, vas a ver...

Sí, pero ¿cómo? No, no, me dije, no pienses en cómo, sino en cuándo. Alguna ocasión o coyuntura tenía que presentarse. Porque, curiosamente, nadie en el avión parecía ir obligado o preso como una especie de galeote aeronáutico. Antes bien, todos viajaban no sólo muy contentos, sino verdaderamente halagados con la oportunidad de figurar. Así que no había ninguna vigilancia: no estaba previsto que alguien quisiera escapar, huir, evadirse del alto honor de una gira presidencial. La gente comía, bebía y sobre todo hablaba muy a gusto, hablar y hablar, todos plática y plática. ¿Hasta dónde puede reducirse o atrofiarse el intercambio verbal humano sin que nadie se dé cuenta de lo que está sucediendo? Porque, claro, para no decir nada, como hacía el Maestro Comezón, lo que hay que hacer es hablar y hablar. Afuera del avión, la guerra, el sufrimiento indecible de la gente; adentro la conversación gentil, la lluvia tupida de cifras, la generalidad desbocada, cálculos y más cálculos acerca del mropro huidizo y metamorfoseante.

El *Patria Linda,* no se me puede olvidar. Lo recuerdo avanzando penosamente con su cargamento de políticos y funcionarios razonadores. Visto desde fuera constituía un espectáculo extraño que tenía no sé qué de dibujo hecho por un niño: el avión inclinándose para acá y para allá, ruidoso, vacilante en el paisaje de magueyes, nopales, pirúes, bajo el alto cielo inmenso con sus nubes bajas, blan-

cas, mansas. Así lo vimos el senador Ramusio Codo, Ester y yo cuando nos evadimos: nosotros tres fuimos los primeros en desertar del honor expedicionario y presidencial. Mucho rato estuvimos mirando en silencio cómo se alejaba. Y allá iba el avioncito, arrastrándose; una imagen de mi país en la vida moderna y su tecnología y precisión incomprensibles. Ay, ay, el avioncito subiendo y bajando, extraviado, torpe y voluntarioso. Qué espectáculo.

Me contó Farfán, que escapó después, que dentro del avión las discusiones eran interminables. Un grupo proponía que cercenaran las alas, tan estorbosas; el grupo rival recordaba entonces que si cortaban las alas se caerían los motores y el aparato quedaría inmóvil. Los revolucionarios exigían que se buscara terreno propicio y se intentara despegar y volar, volar.

—De una vez, de una vez —vociferaban—, ya estuvo suave de tanta cosa.

—Es que no, nos vamos a estrellar, que ni lo intente —decía la mayoría siempre inconforme y retobona, pero asustadiza—, mejor así, pero sin alas; mejor así, pero con alas. Esto parece licuadora. Pero mejor así que estrellarnos, ¿no crees, tú? Qué horror. Estoy molida, se me van a desprender los riñones y no se puede ni respirar, pero bueno, ¿no habrá por ahí una cervecita? Yo lo que vengo diciendo es que hay que ir por la carretera, así en el asfalto ¿te imaginas? No, no, no se puede ¿Qué? ¿Vamos a subir a ese cerro?, ay Dios... ¿No habrá por ahí otra cervecita?

Pero el extraño viaje no podía durar eternamente. Los Otros andaban cada vez más cerca y, pese a estar totalmente desconcertados, acabaron por capturar el *Patria Linda*. El presidente Comezón fue reducido a prisión y más tarde, en Texcoco, poco antes del sitio final de la Ciudad de México, lo asesinaron por orden directa de Oó: "Comezón fue muerto a puñaladas, que le mataron los Extraños a él y a los demás funcionarios que tenían

consigo la noche que huyeron", escribe Héctor Krauze Florescano en su curioso estilo arcaizante.

Dicen que Casimiro Real, el joven político salido quién sabe cómo de las filas del partido en el poder y el que dirigió la defensa final y desesperada de la ciudad, único héroe a la altura del momento trágico, dijo por televisión: "¿Qué es lo que dice este cobarde de Comezón, mujer de los Invasores, que tal se puede llamar, pues con ánimo maricón se entregó a Ellos de puro miedo? No lo queremos obedecer porque ya no es nuestro presidente ni nada y donde lo encontremos lo vamos a ejecutar". Mucho debieron de dolerle a Comezón estas palabras de su sobrino. Que el presidente era su tío carnal está probado. Una vez, en una entrevista de prensa alguien observó:

—Usted tiene nombre corrido.

Casimiro Real se rio y contestó que su nombre completo era Casimiro Real Comezón. Y sí, su madre, doña Chole, que murió de totofodia durante el sitio, era hermana del padre de Comezón, que había sido traspunte de teatro y murió mucho antes de la llegada de los Otros.

Pero Real tenía razón, su tío, un artista delicado de las palabras incoherentes, sometido además a tratamiento con ataráxicos y antidepresivos, no estaba ni mental ni físicamente apto para enfrentar los enormes acontecimientos que le tocaron en desgracia. Los otros quisieron hacer creer que Comezón había sido muerto, y qué curioso, de una pedrada, por las tropas mexicanas durante la primera sublevación, pero no es verdad, el gran orador loco, último de los mandatarios mexicanos de habla hermética, desarticulada e incoherente, fue, como digo, asesinado a sangre fría por los Extraños cuando sintieron que ya no les servía de nada.

La de la Jitomata es otra historia. Ella desde el principio fue traductora o monitor de los Otros, y cuando capturaron el *Patria Linda* se fue a vivir con Oó a sus cuarteles, primero, y después a su palacio de metal ligero

(que cambiaba de forma, color y distribución según las necesidades o el gusto arbitrario del decorador). E. hizo con Oó vida marital y tuvo con él uno o varios hijos, no sé. Seguramente todavía vive. El instinto de sobrevivencia de la Jitomata era muy fuerte, y no sólo sobrevivir, sino sobrevivir dichosa. Supongo que eso es una virtud. No sé qué pensaba ella del sufrimiento de tanta gente, no sé si se daba cuenta o cómo se las arreglaba para no ver ni sentir nada. Es un misterio para mí. En todas las fotografías en que aparece con los Extraños, que son muchísimas, se la ve muy contenta. El hijo que sé que tiene, se llama Olobobo 23, es uno de los primeros *impuros*, como les dicen, o *perplejos*, como también los llaman. Ahora debe haber más, y después más y más. Tengo la esperanza de que la situación de los impuros sea o se vaya haciendo lentamente insostenible y, cuando les hayan aprendido a los Extraños todos sus trucos, puedan hacer algo. Me acuerdo de una cosa que leí hace mucho, tanto que parece muchísimo (cuando hay cambios profundos y bruscos el pasado parece que se aleja), la decía quién sabe quién, un anciano en una entrevista: si hay algo de lo que estoy seguro, después de haber vivido tantos años, es que la gente más tarde o más temprano se revela contra la uniformidad y los intentos de solución global de cualquier clase. Yo creo que sí. Al primero lo queman vivo, pero surgen otros rebeldes y *troublemakers*, siguen y siguen surgiendo, nacen más, y no se someten, se sublevan, tiene que ser, confío que así sea y, ahora, desde aquí en el tiempo, digo bravo, bravo, adelante y agito con ellos su todavía inimaginable bandera, es cosa de tiempo pero tiene que suceder, tiene que suceder... Qué lástima no estar ahí para verlo.

Cada día que pasa nos sentimos peor aquí en nuestro coche casa. Veo a Ester deprimida y sin ánimos. Claro que hace un esfuerzo por ocultarlo, su cortesía interior y su solidaridad son exquisitas, pero yo que la conozco me

doy cuenta de cuánto está sufriendo. Desde que vimos caminando al autista ese (así le digo, no sólo para tranquilizar un poco a Ester, sino porque èso parecía, una especie de loco dromomaniático), estamos muy inquietos. El otro día se asomó en nuestra hasta ahora armoniosa, increíblemente armoniosa, vida marital ese fantasma que tantos estragos hace entre las parejas, me refiero a la conducta de entender lo que hace el otro más que como una acción aislada, como un signo negativo de carácter, y se oyó de nuestros labios el consabido y horroroso *tú siempre, es que tú...* Y no sé qué hacer, de veras, no sé qué hacer. Por lo pronto, sigo con mi cuento, sé muy bien que si suspendo mi escrito, ya no voy a tener fuerza para seguir y acabarlo. Y estoy resuelto a terminarlo, por mí no va a quedar.

Escapamos del *Patria Linda,* Ester, el senador Ramusio Codo y yo. Nos habíamos hecho amigos de él en el avión. Lo primero que me llamó la atención del famoso jurista fue la vehemencia y furia de sus juicios.

—Qué cargamento llevamos, ¿verdad? —me decía—, es como viajar adentro de un basurero, ¿no crees? Míralos —y hacía un amplio ademán que comprendía a los pasajeros—, la rodilla lista para la genuflexión, la lengua adulona, los ojos ávidos, qué asco... Dan ganas de pedir como Isaías: *Señor, Señor, no los perdones...* Son estos adinerados, estos políticos, los que con su injusticia y dureza de corazón, para no decir nada de la torpeza monumental, hicieron posible la invasión y la guerra... Mi-se-ra-bles, aaay, aaay...

Y se quejaba levantando la cabeza como un perro que aúlla, lanzando el aaay, aaay ronco y grave con que comentaba la bestialidad moral y la estulticia infinita del mundo. Era maravilloso, tenía setenta años de furia reconcentrada.

Empecé a hablar con él porque le oí un comentario filosófico; un diputado joven del partido en el poder había

dicho que él no haría quién sabe qué "por principios", y Codo lo agarró.

—¿De modo que usted actúa por principios? —preguntó Codo.

—Sí, maestro —respondió cortés y orgulloso el diputado.

—Pues sí que es un caso raro ¿Podría usted enunciar sus principios? —el diputado, claro, no podía y Ramusio Codo seguía insistiendo—: estoy esperando a que los formule con claridad —el otro tartamudeaba: este, digo, pus, pus—, fue usted el que dijo que tenía *principios* para actuar y ahora resulta que no sabe cuáles son, ¿no le parece un caso raro?

El diputado salió huyendo y el senador me habló con esa confianza inmediata y esa intimidad que tanto sorprendían.

—Este pobre pendejo, ¿a quién quiere sorprender con sus frases? Miserable. Fue mi alumno en la Facultad de Derecho, nunca aprendió nada por lo que se ve. Quiso estudiar filosofía, le dije "dele mis saludos al señor Kant cuando llegue a la *Deducción Trascendental de las Categorías"*, pero estoy seguro que el infeliz no dio el recado. En cambio, qué incuria mental y qué insolencia, aay, un verdadero puerco intelectual, cebado con desperdicios, grasiento, hocicón... Miserable...

—Ése es mi asiento, señor —le soltó con poco comedimiento un locutor de televisión que regresaba de andar por ahí, platicando.

—¿Sí? —preguntó el senador—, ¿su propiedad personal? ¿Alega usted, por ejemplo, que podría desatornillarlo y llevárselo a su casa?

—No, no, claro que no —tarde se daba cuenta el locutor del error que había cometido, obviamente Codo lo impresionaba—, discúlpeme, digo que ahí iba yo sentado.

—Su *lugar,* pero no ha habido asignación formal de lugares, ¿o sí?, y creo que nos vamos sentando aquí o allá un poco al azar del día, ¿no cree usted? La soberanía de

la nave reside en el señor presidente y no se ha pronunciado sobre este particular.

El locutor se alejó dando disculpas.

—Me lo quité de encima —comentó alegremente—, ¿te imaginas un viaje largo con un locutor de vecino?... Son el fondo de la olla.

Todo era confusión en el *Patria Linda*, pero confusión hecha rutina. La segunda vez que uno hace algo, cualquier cosa, por insólita que sea, ya tiene elementos de rutina: 1] podemos dividir la acción en etapas (falta esto), 2] podemos comparar (la otra vez fue mejor) y 3] tendemos a repetir exactamente lo que ya hicimos, por ejemplo, sentarnos en los mismos lugares. La rutina es nuestro abrigo en el tiempo, nuestra casa.

Para comer, por ejemplo, el avión tenía que hacer alto: el desplazamiento por tierra entre tumbos y sacudidas hacía imposible el servicio.

—Parece que vamos adentro de una maraca —se quejaba la esposa de José María Borunda, presidente de la Suprema Corte de Justicia.

—Cállate, Ido, ¿quieres? —ordenaba el marido.

—Déjala que se desahogue, Chema —le decía al oído su compadre Ramusio Codo—, mírala, parece al borde de un ataque...

—Es que lo que no soporto —declaraba la mujer— es no tener noticias de mis nietos... ¿Cómo estará Jorgito?

—Ya cállate, Idolina: tú fuiste la que insististe en venir y quiero que veas hasta dónde te llevan tus celos absurdos.

En esas condiciones, una persona como Ramusio Codo, siempre dispuesto a hablar, muy experimentado, inteligente, con su humor y placidez de cantina (había asistido todos los días a una cantina en el centro viejo de la Ciudad de México por más de cincuenta años), era un gran alivio. Pronto nos hicimos Ester y yo muy amigos de él. Nos contaba cosas de la vida mexicana de antes y su curiosidad intelectual era ilimitada: Ester le hablaba de física de Einstein y

de Bohr, y yo le hablaba de Wittgenstein, al que no había leído, y él preguntaba y preguntaba con tino y avidez.

Una noche los tres escapamos, es decir, simplemente nos fuimos sin despedir, a la inglesa, como dijo Codo, sin agradecer siquiera la invitación a la gira presidencial. Farfán nos contó después, durante el sitio de la Ciudad de México, que habían tardado en darse cuenta y una vez advertida nuestra ausencia, nadie le había concedido la menor importancia. Después de la nuestra, las deserciones se fueron precipitando en cascada.

Como era de esperarse, Ester, Codo y yo nos perdimos al regreso. No porque no supiéramos dónde estábamos o dónde quedaba la Ciudad de México, sino porque con frecuencia nos decían que no fuéramos para acá o para allá porque "ahí ya llegó la guerra". Así le decía la gente sencilla a eso que estaba sucediendo y que no alcanzaban a entender.

—Uh, no señor, ese pueblo ya lo quemaron y mataron mucha gente y los demás los traen enredilados y enchiquerados.

Había muchos refugiados de la devastación, grandes masas de hombres, mujeres y niños que avanzaban lentamente, como antes, en las peregrinaciones a los santuarios. Nosotros evitábamos las masas de refugiados, no sólo porque eran una presa perfecta para el *enchiqueramiento* y el *redil* de que tanto hablaba la gente, sino porque donde iban pasando no había qué comer, unas tortillas con frijoles y chile, si acaso.

Curiosamente, al ver aquellos movimientos yo me decía "así deben de ser las guerras", como si no estuviera viendo una, como si la guerra no fuera justamente esas masas discurriendo sin saber a dónde se dirigían, huyendo quién sabe a dónde. Nadie entendía absolutamente nada, la muchedumbre se desplazaba silenciosa y asustada, agolpados unos contra otros, mirando para todas partes, como una manada más manada que nunca.

Nosotros tres nos acostumbramos a dormir en descampado, sobre el suelo, abrigados con unos sarapes que compramos por ahí, en una ranchería cerca del Peñón de Barriga, y que, cuando caminábamos, traíamos atados a la espalda con unas reatas. Nuestro aspecto lentamente fue cambiando, nos adaptábamos haciéndonos miméticos al paisaje y ya no había manera de distinguirnos de los otros refugiados, campesinos en mayoría, que andaban por ahí. Los tres usábamos sombreros corrientes de paja y Ramusio Codo traía un palo nudoso que usaba como bastón. Pero nuestro ánimo era bueno. El senador, la verdad, se veía feliz con esa vida simple, variada y emocionante.

—¿Usted no es casado? —preguntó una noche Ester mientras bebíamos mezcal en un caserío ya con muy pocos habitantes.

—Estuve casado —contestó el senador—, pero mi mujer salió puta refata.

—¿*Refata*, qué es eso? —pregunté.

—*Refata* es la puta que simula ser mujer honrada, una especie no muy común en los tiempos en que eso quería decir algo. El término técnico lo leí en *La lozana andaluza,* una novela picante a la que mi maestro Guillaume Apollinaire le escribió un prólogo delicioso en su colección *Les Maîtres de l'Amour*... —Codo pronunciaba el francés con una especie de sensualidad, no en balde de joven en París había sido poeta surrealista—, pero mi vida erótica no terminó cuando repudié a la adúltera, que me dolió hasta el alma, nunca he sido un retenido sexual, pero no me he vuelto a casar... Cultivo desde hace años lo que podríamos llamar *amistad erótica* con algunas damas... La amistad erótica es la forma exquisita y superior de relación amorosa, pienso yo, la pasión posesiva es la caricatura del amor verdadero... Tal vez, no sé, a lo mejor me quedé respirando por la herida, no sé...

Avanzábamos despacio hacia la Ciudad de México. En un momento de obnubilación y con grandes dificultades

habíamos logrado comprar un burro, un animal adverso, profundamente estúpido al que llegué a odiar. No sé cuántos días de viaje nos retrasó esa bestia de obstinación repugnante. Pero tal vez los retrasos fueron afortunados. Lo primero que entiende uno de una guerra es que está en manos de la casualidad, del azar. Los minutos son destino: todo es pasar por un lugar una hora antes o una hora después, llegar o no llegar a un pueblo, pero ¿cómo decides?, no se sabe nada y es imposible calcular, se avanza a ciegas pendiendo de la suerte como de un hilo muy delgado. En algún momento nos topamos con un grupo informe y hostil, de esos que abundaban, semibandoleros, gente de pillaje, y nos salvamos entregándoles el burro idiota. Los infelices miraban insistentemente a mi Ester, y yo sufrí como desahuciado cuando deliberaban en voz baja volviendo de cuando en cuando las cabezas para mirarnos. Pero se conformaron con el animal. Yo creo que se lo comieron. Quién iba a decir que el burro nos iba a salvar la vida. Pero así empezaba a saber lo que es una guerra, un discreto adelanto de lo que iba a ver más tarde en escala e intensidad monumentales y espeluznantes.

Después de ese incidente entramos sanos y salvos a Toluca. Y no hicimos más que entrar y arrepentirnos de haber entrado. La ciudad estaba ya ocupada por los Otros y sus parciales. Por eso nos decían tanto "no vayan allá". Era fácil entrar, muy difícil salir. Pudimos entender entonces porque andaba tanta gente huyendo por los campos, errando sin saber a dónde ir. Nosotros nos habíamos ido a meter muy contentos y por nuestro propio pie entre los dientes del jaguar. De las cuatro sensaciones de la guerra tal como la recuerdo, hambre, cansancio, frío y miedo, el miedo es la más insoportable. ¿Quién no está dispuesto a arrostrar las otras tres con tal de mitigarlo? Y miedo era la sensación omnipresente en Toluca.

Deambulamos un poco por las calles hostiles y afeadas (la gente silenciosa caminando como quien se dirige hacia

donde va sin ver hacia los lados) y entramos en la primera fonda que encontramos. Estábamos hambrientos y Ramusio Codo tenía verdadera obsesión por comer una sopa de fideos bien caliente. La fonda estaba también silenciosa, todos comían con la cabeza humillada sobre el plato sin verse ni hablar unos con otros, todos menos un hombre singular que inmediatamente llamó nuestra atención: estaba pelado al rape, tenía la cara pintada de blanco payaso y gruesos lentes muy oscuros. En su aspecto había algo patibulario. Hablaba sin parar. Todos lo oíamos en la pequeña fonda y desde donde yo comía mi arroz con huevo estrellado podía observarlo. La imagen está presente en mi memoria: el hombre perorando, atrás una mujer anciana con un rebozo que echaba tortillas y las iba poniendo sobre el comal caliente con ese movimiento de la mano abierta tan suave y gracioso, más atrás las ollas con los guisados y las cocineras atareadas con las órdenes. Ninguna de estas mujeres prestaba la menor atención al que hablaba, como si no existieran ni él ni lo que él iba diciendo.

—Hurgo en los tiraderos y entre los desechos y a veces encuentro cosas interesantes, como tú, Microbio —el hombre al que se dirigía estaba situado de espaldas a mí y sólo podía apreciar de él la estatura poco ambiciosa y el pelo fuerte, negro y sublevado—, hazme caso que estoy haciendo tu elogio. No hay que poner esa cara, Microbio, sí, si ya sé que tienen la mano muy pesada, ya lo sé... Díganmelo a mí: nadie puede decir que este blanco de yeso me quede muy bien. Ahora me dicen el Iglú, el Iglú por aquí, el Iglú por allá, Iglú, hazme un favor... antes me decían simplemente el Pelón, Pelón esto, Pelón aquello... Pero no, esos tiempos ya pasaron. Una historia conmovedora, Microbio, para no decir nada de Angelina, ¿te acuerdas?, y ya no está... Ay, desgraciadamente es también una historia muy común en estos días, ¿no es cierto? Otra cervecita, por favor... No me gusta nada que me dejes hablando

solo; no, no me gusta... ¿Te acuerdas del Molcajete? Fue carnicero hasta antes de que prohibieran la matanza de reses y la compraventa de carne. Era grandote, ¿te acuerdas?, y muy nervioso, no se podía estar quieto, pero eso sí, buen amigo, buen amigo...

Primero pensé que el hombre podría estar loco, pero no, más bien parecía tener la locuacidad que da la intoxicación con polopina, y eso les dije en voz baja a Ester y a Codo.

—¿Polopina? —preguntó Codo—, no, no, más bien parece una especie de agente provocador.

—Cómo estarán las cosas —murmuró Ester—, un loco o un provocador, si nada más está hablando. ¿Dónde nos venimos a meter...?

El Iglú seguía parloteando:

—No hay que ser tan sacones, carajo, bola de sacones... Yo he delatado y entregado varios, ¿verdad, Microbio?, a ti te consta. Como todo mundo, y dos o tres peces gordos, un profesor de astronomía que decía que era cartero y un oficial mayor quién sabe dónde en la capital, sí en-la-capital... Qué sacones, de veras...

El hablador había logrado ponernos nerviosos. Nos apresuramos a terminar de comer, pagamos y salimos a la calle. Ahí vimos por primera vez a uno de los Extraños. No lo puedo olvidar. Era un hombre gigantesco de rostro azul grisáceo con pequeños anteojos cuadrados y ensortijadas barbas de un verde papagayo intenso. Vestía un traje abigarrado y versallesco adornado con brocados, vidrios, encajes, hasta plumas y pequeños espejos y andaba tocado con un complicado gorro rojo. No sabíamos qué era, todavía no nos familiarizábamos con los distintos roles, tipos o posiciones en las jerarquías de la complicadísima y muy rara organización de los Otros, pero tenían ese autoritarismo insolente, esa impaciencia apenas contenida y esa brutalidad que casi todos Ellos ostentaban en su trato con nosotros. El Cabezón iba solo, caminaba a

grandes pasos, con sus zapatos de tacón cuadrado muy alto, por el mercado e iba dando empujones a un desdichado que suplicaba a gritos:

—No, no, por favor, le juro a usted que no lo vuelvo a hacer...

—No jures, puerco —gritó el Otro con el rostro descompuesto por la furia, las venas del cuello saltadas, la voz ronca—, no jures...

Y alzó hacia él su bastón rojo de puño redondo de plata recamada (al menos eso parecía esa cosa). La gente miraba sin decir una palabra.

—Por favor —el desdichado se arrodilló, juntó las manos y las levantó hacia el Extraño.

El bastón disparó, si eso puede decirse de emitir unos ruiditos rítmicos y cristalinos, como de caja de música. El que suplicaba empezó a teñirse de un color amarillo plátano, todo él, la ropa, la piel, los cabellos, no muy intenso y como mate, sin brillantez, y ante nuestros ojos asombrados se hizo totalmente plano y enmarcado, como una gigantesca tarjeta postal con matasellos en la esquina superior derecha y toda la cosa. La tarjeta empezó lentamente a girar, primero dando vueltas y luego sobre su propio eje; después se cuadriculó con precisión, primero cuadrícula grande, luego cuadrícula chica y finalmente milimétrica.

—¿Qué me hace?, ay Dios —gemía el pobre hombre.

La cuadrícula milimétrica se hizo más y más pequeña, la postal parecía atomizarse. Finalmente desapareció de la vista por completo.

Pero aunque el infeliz, la viviente tarjeta postal, ya no estaba ahí ni podía verse por ningún lado, su voz se seguía oyendo.

—¿Dónde estoy, dónde estoy? ¿Dónde está mi cuerpo?

—Cállate ya —ordenó el Extraño. El desaparecido dejó de hablar.

Nadie dijo nada, la gente había mirado la escena en total inmovilidad y silencio, las vendedoras detrás de sus

puestos de mercado con frutas y verduras, los compradores con sus canastas, todos quietos y callados, mirando. El Otro empezó a retirarse con pasos largos y enérgicos. Era la primera vez que Ester, Codo y yo veíamos eso que se llamaba un *desmenuzamiento*.

Entonces cometí el error del que tanto íbamos a hablar. Me volví a una vendedora, una mujer ya mayor con un rebozo gris sobre los hombros, y le pregunté:

—Pero ¿qué hizo?, este pobre ¿qué hizo?

La mujer me miró con verdadero horror.

—¿Quién habló? —vociferó deteniéndose el Extraño.

Todos se volvieron a mirarme. En las caras de la gente había alarma, expectación y lástima. El Otro se dio vuelta y regresó.

—¿Quién habló? —preguntó el Extraño avanzando a grandes zancadas imperiosas.

—Yo, señor —contesté dando un paso adelante.

—No me digas *señor*, yo no soy señor *tuyo* —dijo pronunciando *tuyo* con asco, como quien habla de una larva repugnante.

—No.

—¿No sabes que no se debe preguntar nada? ¿No sabes que está prohibido? —el Extraño me miraba impaciente e irritado.

—No sabía.

—A ver tu mano derecha —ordenó, y le mostré mi mano con la palma hacia arriba, como quien saluda—, así no, así no, animal, al revés.

No entendía qué me estaba pidiendo, pero giré mi mano y la mostré con la palma hacia abajo.

—Acabas de llegar, ¿eh? ¿No te han dicho que tienes que presentarte en la Presidencia Municipal?

—Nadie me dijo nada.

—No hables tanto. No quiero *tus* explicaciones. Responde con monosílabos.

—Sí —contesté. El Extraño parecía dudar un poco, y di-

go *parecía* porque no sé. Me miraba fijamente a través de sus lentes cuadrados y se acariciaba nervioso las barbas con la mano izquierda. Traía las uñas pintadas de verde y morado, un dedo verde, el otro morado, y las barbas salpicadas de lentejuelas o algo así.

—Tú tienes algo anómalo... Eres anómalo —me dijo—, ¿de dónde vienes?

—Sur.

El hombre pareció enloquecer.

—¿Te estás burlando de mí, puerco? Ese monosílabo es lo último que vas a decir. Saca la lengua, insolente, vas a entender quién manda aquí —y la uña verde del dedo índice de su mano admonitoria creció, haciendo ruiditos cristalinos, unos diez centímetros—, saca la lengua...

—El acusado contestó como le dijiste, con monosílabo, no lo puedes castigar por hacer lo que le ordenaste —vociferó adelantándose con firmeza Ramusio Codo.

—Yo puedo hacer lo que quiera —gritó el Otro—, cállate ya, ¿no sabes que está terminantemente prohibido que me hables si no te interrogo?

—No sabemos nada, acabamos de llegar y toda la nueva legislación es desconocida para nosotros —siguió vociferando Codo.

—¿Te atreves a hablarme así, vaca?

—Haz lo que quieras, soy Ramusio Codo, senador de la República, y traemos información importante para ustedes... ¿Es así como quieren atraer aliados? Yo no te tengo miedo a ti...

Para entonces, mucha gente se agolpaba alrededor de nosotros. "Si llegamos a la gramática universal del alegato, nos podemos salvar", pensé. Atrás, escondidos entre la multitud, empezaban a gritar cosas hostiles a los Otros. Algunos soldados mexicanos, pero que estaban con los Extraños, especie repulsiva para mí, pero que sólo conocía de oídas y tampoco había visto, comenzaron a llegar. Pude observar que estos soldados no eran

tan serviles con los Otros como la aterrorizada población civil.

Un cabo se acercó. Era joven, un poco bizco y no había manera de distinguirlo de cualquier otro soldado, leal o refractario al gobierno legítimo.

Un Augur, aprendí a reconocer después, era un cargo muy menor en la jerarquía de los Extraños. Se había hecho un gran escándalo. Ramusio Codo y yo fuimos detenidos, conducidos a interrogatorio y después a la prisión de la Chayotera, cerca de Toluca, que ya mencioné antes, pero yo salvé mi lengua.

—¿Usted cree que el Augur me la habría cortado? —le pregunté después a un preso al que le decían el Marqués y había sido rector de no sé qué universidad. Y él me contestó con un sencillo trisílabo:

—Júralo.

Ahí en el mercado, con nuestra captura, me sucedió la primera cosa verdaderamente angustiosa que me pasó en la guerra: me separé de Ester. Cuando el Augur y el cabo nos conducían detenidos a la Presidencia Municipal, volví la cabeza y vi la cara ansiosa de Ester entre la multitud. Pobrecita, sentí que me moría. No iba a volver a verla hasta cuatro meses después en la Ciudad de México, pero en todo este tiempo me di cuenta de que con Ester puedo soportar casi cualquier cosa, y sin Ester no soy más que un fantasma lamentable, un espectro de mí mismo a medias vivo.

Pero la separación a la larga fue afortunada. En la guerra, como dije antes, estamos en manos del azar. No hay regularidad, un minuto de retraso o de adelanto significa un destino diferente. Si nos hubiéramos detenido un momento en la fonda del hablador, no habríamos tenido el incidente del mercado y quién sabe cuál habría sido nuestro destino. Otro modo de decir esto es decir que en la guerra las causas chiquitas pueden tener efectos muy grandes, por lo tanto hay una constante magnificación de

lo trivial y los incidentes banales agrandados dejan percibir con claridad la trama de la existencia. En el azar de la guerra, tanto para los civiles como para los combatientes, todo acto es una especie de acto de Dios. Un regalo o una condena igualmente ciegos e incomprensibles.

Ramusio Codo decía que era posible comprender:

—En líneas generales está claro. Estos cabrones nos llevan ventaja en todo. Su visión es más amplia y precisa. ¿No ves cómo se ríen de nuestras grandes ideas como si fueran supersticiones grotescas? Su capacidad de organización, su tecnología abrumadora... Las causas profundas siempre son de alguna manera generales...

—Yo lo que quiero es entender los acontecimientos... digo, lo particular como particular... —alegaba.

—Pides demasiado. Cuanto aparece el accidente, se evapora la explicación. El material para construir la explicación son intenciones generales, condiciones generales y esas cosas... No hay de otra sopa... —concluía Ramusio Codo.

Lo que quiero decir es que Ester, Ramusio Codo y yo pudimos regresar a la Ciudad de México porque Ester, ya sola, se encontró en Toluca a Carapanzo 35, por eso, y se lo encontró, podemos decir que de casualidad. A Carapanzo y a su hija Margarita (en realidad se llamaba Opog 14, con acento en la primera o) los habíamos tratado mucho Ester y yo al inicio de la invasión. ¿Cómo había sido nuestro encuentro con él? A través del comandante Filiberto García y del manuscrito en húngaro de Max. Voy a contar. ¿Por dónde entro a la historia? La Jitomata y Filiberto García hablando en el Gran Hotel Aramís. Por ahí.

—Lo veo a usted, mi comandante, y no sé qué me pasa —confesaba la Jitomata.

—¿Sí?

—Me dan ganas como de levantarme, hacer firmes, cuadrarme —y llevó su manita estirada y abierta hasta la frente—; que ni qué: me impone.

Conversaban solos en el cuarto (Nenclares había ido a hacer una corta visita de dos días a su familia en Puebla), Filiberto García sentado en el sillón, fumando; ella, en la cama acostada.

—¿Usted sabe por qué está aquí? —preguntó el comandante.

—La verdad, no tengo la menor idea.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Por qué está aquí?

—Bueno, hombre, no tengo de qué quejarme. Digo, está bien, pero me gustaría salir a dar una vueltecita. Hace días que no veo la calle, y quisiera, bueno, echarle un ojo a la capital.

—Sí, vamos a salir —prometió el comandante—, pero antes quiero platicar con usted, hacerle unas preguntas.

—Usted dirá, mi comandante. Aunque no sé en qué lo podría ayudar, pero a ver...

—Parece ser que usted a veces habla dormida.

—¿Dormida? Ya bastante hablo despierta... La gente se queja a veces, cómo hablas, Jito, me dicen... Pero no, no sabía... ¿Y?

—Lo que dice dormida es interesante.

—¿Sí? Vaya, qué halago, ¿y por qué? o digo, ¿quién le fue con el chisme?

—Porque parece como si alguien le dijera qué tiene que decir, le dictara. Como si la usara a usted para hablar.

—Clotario Buche.

—¿Qué?

—Que ha de ser entonces cosa del doctor Buche.

—¿Quién es ése?

El comandante sabía bien, por boca de Jerónimo Salazar, quién era el inofensivo Buche, pero era paciente, y básicamente desconfiado, y quería oír qué cosas tenía que decir la Jitomata.

—El doctor Buche que tiene una clínica en Puza, ¿sabe?,

y me hizo aprenderme cosas de memoria para decírselas a Farfán, fingiendo que estaba dormida. Pero...

—¿Qué?

—La primera vez, me quedé de veras dormida; la segunda, es que tengo una memoria pésima, y se me olvidó lo que tenía que decir...

—¿Qué era?

—No me acuerdo... Pero era algo de una nube que hablaba, creo... Ya no me acuerdo... Tonterías...

—Sí, no es eso.

—¿Entonces?

—Quiero saber si se acuerda de algo de lo que dijo cuando entró al cuarto de Arrieta.

—Uh, no, creo que me equivoqué de cuarto, no me acuerdo de nada. Había tomado mucho. Creo que nunca bebí tanto como cuando estaba en la clínica de Buche... qué horror...

—Haga un esfuerzo —pidió García.

La Jitomata se quedó un momento callada, pensando.

—Sí, de algo se acuerda uno. Pero poco, es la laguna mental de la que hablan en Alcohólicos Anónimos: algo queda, pero no sabemos bien qué.

—A ver, un esfuerzo.

—No sé por qué, pero pienso en el Tejocote.

—¿Quién es ése?

Aquí sí el comandante no sabía nada. Primera vez que oía el nombre.

—No, pus, el Tejocote, ¿cómo se llama?, es un guía de turistas. No sé por qué me acuerdo de esto cuando pienso en la laguna mental... Yo creo que no es nada, son tonterías...

—No, no, a ver, cuente.

—No pus, el Tejocote quería unas muchachas para unos turistas... Quiero decirle que no hay muchos en Puza... Hay gringos pensionados que viven allá, pocos, pero turistas, lo que se llama turistas, no porque no hay nada que

ver, bueno, las ruinas de la Pocilga, pero están muy abandonadas, no han escarbado y hay culebras de las que les dicen cabeza de cerdo y alacranes prietos, así que ir allí es una aventura... ¿De qué estábamos hablando?

—Del Tejocote.

—Ah, sí; bueno, pues fuimos mi comadre la Bomba, así le dicen porque es gorda, y yo. Y fue muy raro, digo porque nada más querían platicar, digo, ahí estábamos mi comadre y yo plática y plática, pero nada... Y yo me decía, y bueno, ¿me van a pagar por esto o qué? Y bueno, era gente rara, digo, han de ser muy ricos, y no de aquí, porque eran muy raros...

—¿Y qué tenían?

—Que a veces los veía y a veces no. Pero no me acuerdo bien. Y mi comadre la Bomba hizo un desfiguro.

—¿Qué hizo?

—Vomitó sobre la alfombra. Fue un horror, pero también había estado dale y dale, y ella no sabe tomar, mejor dicho sí sabe, pero no toma porque quedó mal de una enfermedad que le dio y si toma se pone de muerte... Ya se la sentenciaron... El caso es que se la llevó de ahí el Tejocote y yo me quedé sola... Digo, con ellos. Yo también bebí mucho, ¿para qué le voy a decir que no? Y por eso no me acuerdo bien.

—¿De qué?

—De lo que pasó.

—¿Y qué pasó?

—Pues nada. ¿No le parece raro? No pasó nada. Pero me pagaron muy bien. Y el Tejocote me dijo: igual te pagamos, pero no digas nada, porque es gente principal. Y bueno ¿a quién le iba a decir yo, y qué?

—Pero ¿qué pasó?

—Nada, ¿no le digo?

—¿Cómo, nada?

—Nada; puro platicar; luego me quedé ahí dormida. Y nunca he dormido así la mona, qué bárbara, veinte horas

sin parar, yo creo, o más porque cuando desperté eran las ocho de la noche del día siguiente... Y tenía una cruda, como nunca, criminal, de verdadero castigo divino, y un dolorón aquí como de enano cabezón... espantoso...

—¿Y?

—No pus luego me fui de ahí y me la curé, cervecitas, tequila y ostiones en su concha con mucho chile, así me gusta a mí curarme la cruda cuando tengo dinero, y tenía, ¿no le digo que me pagaron un dineral?

—Y ¿cómo está eso de que a veces veía y a veces no a esas personas que estaban ahí? ¿Cuántos eran?

—No, pues no sé. No le digo: como que estaban y como que no estaban. Ha de haber sido la borrachera, porque parecían como de fiesta de disfraces.

—¿Por qué?

—Por los colores. Uno de ellos traía una peluca azul, ¿qué le parece?

—¿Peluca? ¿Y si no era peluca?

—Yo no he visto a nadie con el pelo azul fuerte, ni en foto, ¿o usted sí?

—No. ¿Y el Tejocote?

—Sé que se vino acá a la capital. Eso dicen. Pero no sé dónde puede andar. No ha de ser tan difícil porque es, como le cuento, guía de turistas.

—A ver, háblame de él.

—¿De quién? ¿Del Tejocote?

—Sí.

—No, pues, casi no lo conozco. Él no es de Puza. Y no es güigüi ni nada de eso, sino que a veces, no muchas, lleva, o llevaba, porque le digo que se vino para acá, a su rebaño a divertirse a casa de la Ratona o pedía muchachas por teléfono. *Rum Servis,* como le dicen...

—Y ¿cómo se llama el Tejocote?

—Gustavo.

—Gustavo ¿qué?

—No me acuerdo. Gustavo Pi... empieza con pi, Gustavo

Pirez —la Jitomata se río—, no, Pirez no es cierto, Pilo, no, Pipí tampoco; Pito. No, mejor le paro, no me acuerdo. Gustavo Pi algo... Pero, puede ayudar a reconocerlo, bueno, a lo mejor...

—¿Qué?

—Que es tartamudo. Ta-ta-tá, como telégrafo.

—¿Y por qué liga al Tejocote con lo que le dijo a Arrieta?

—No, bueno, ligar, ligar, no... ¿A poco parece que estoy ligando? —se volvió a reír—, no, no me haga caso... Lo que pasa es que la laguna mental esa, la que le decía, me empezó a la mejor la noche esa en que la Bomba y yo fuimos a platicar... Pero no sé, porque la chupadera también causa eso, sí, pero digo yo que no igual... No, no es igual... Veinte horas de mona, digo, es mucho, ¿no?

Y la Jitomata seguía hablando. Para entender la paciencia del comandante es preciso asumir sin conceder la premisa de que de algún modo le gustaba oírla discurrir. Digo, es una inferencia porque, como asentaría la Jitomata, de Filiberto García nunca se puede saber nada.

—Bueno, vístase —dijo el comandante levantándose—, la espero allá abajo, en el restaurante. Vamos a salir a dar una vuelta.

García se fue y la mujer se vistió contenta, canturreando a media voz.

Abajo en el restaurante, García encontró al Turco Magallanes acabando de cenar unas enchiladas verdes.

—Qué bien te atiendes —dijo molesto por el brío minucioso, la escrupulosa asepsia con que limpiaba la salsa del plato con un pedazo de bolillo—; déjame el coche, voy a salir con la mujer esta. Tú vete a localizar a un guía de turistas al que le dicen el Tejocote. Se llama Gustavo Pi algo y es tartamudo. Nada más quiero saber dónde anda, lo vamos a seguir, ponle una sombra, un buzo, y no quiero que se dé cuenta. ¿Está claro?

—Sí, mi comandante.

—Nos vemos mañana temprano.

—Vamos a ir a una visita —le anunció el comandante a la Jitomata, mientras salían del estacionamiento.

Eran como las siete de la noche y no había mucho tránsito. García avanzó por Bolívar, caminó varias cuadras y dio vuelta a la derecha en Fray Servando Teresa de Mier hasta salir a la avenida Chapultepec, luego cortó por Morelia para dar vuelta en Álvaro Obregón, salir a Insurgentes y bajar por ahí hasta Luz Saviñón, en la Colonia del Valle. García estaba trabajando. Antes había hablado por teléfono. Le había contestado una voz femenina:

—¿Bueno?, Familia Sánchez Poza, ¿sí?

García pensó que no sabía por qué le repugnaba tanto esa manera de contestar, diciendo familia y los dos apellidos, pero se limitó a decir:

—¿Bueno?

—¿Habla usted por lo del piano? —preguntó la voz.

—¿El piano? —preguntó a su vez García.

—El piano vertical que vendemos.

—Sí, eso. ¿Cuándo puedo verlo?

—¿Le parece hoy a las siete y media que regresa mi papá del trabajo?

—Está bien, ¿cuál es la dirección?

La dirección correspondía a la que Max, el jardinero del yoyo, como lo identificaba el comandante, había anotado en su cuaderno manuscrito. ¿Qué relación podía haber entre el ermitaño húngaro y la familia Sánchez Pozo? Eso es lo que tenía que averiguar. De ser posible, cautelosamente, lento y tenso como siempre.

—Esta ciudad está cuerísima —juzgó la Jitomata viendo por la ventana.

—¿Está qué?

—A todo dar, hombre. Yo no sé por qué todo mundo habla tan mal de ella, carajo —la mujer iba lentamente ganando confianza con el comandante.

—No es lo mismo pasear un rato en el coche que tener que ganarse aquí la vida, haciendo lo que sea —se sorpren-

dió aleccionando García, gran conocedor de toda la ciudad (incluyendo los laberintos de barriadas de tugurios).

—Sí, claro, pero a los que se quejan tanto habría que sentenciarlos a un año de aburrimientos forzados en Puza, por ejemplo, a ver si siguen con tanta crítica.

—Yo no nací aquí, pero me gusta. No viviría en ninguna otra parte.

—Como que están hechos el uno para la otra... No, no me hagas caso...¿Dónde naciste? —era inevitable que tarde o temprano la mujer pasara al tuteo.

—Por ahí.

—Ah, pues eso lo explica todo.

—¿Qué?

—Nada, hombre, que ha de ser muy bonito...

Por seguir no sé qué regla, o hábito, García localizó el número de la casa desde el coche y luego fue a estacionarlo a unas dos cuadras y regresó con la mujer a pie. Era una casa común y corriente de la vieja clase media mexicana (vieja, la nueva clase media vivía con mucho menos solidez y desahogo). Tocaron y abrió la puerta una adolescente: la niña pugnaba en hacerse mujer, todavía indecisa, todavía no era, pero se adivinaba que llegaría a ser muy guapa.

—Qué puntualidad —dijo la muchacha—, mi papá acaba de llegar. Pasen, pasen, ahorita baja.

Amplio espacio en lo que podía llamarse el hall de distribución, con suelo de mosaico de gusto modesto y dudoso, notoriamente presidido por la escalera (quién sabe por qué la arquitectura en los años cuarentas concedía más importancia a transitar por la escalera que a comer o dormir). Dos arcos californianos daban acceso a la sala de alfombra desentonante y sillones en los que la comodidad había sido sacrificada en el altar de la audacia de diseño, protegidos, eso sí, con grueso plástico transparente. A un lado, junto a la ventana que miraba al jardincito, el piano vertical, al otro nuevos arcos californianos que daban paso

a un comedor impropiamente pequeño y seguramente oscuro, y ahí la puerta batiente, con ventana de claraboya, hacia la cocina. Acodado en el piano un joven caballero oía con embeleso cómo era minuciosamente destazada una elemental sonatina de Clementi por una señorita en extremo hermosa y atractiva.

La dama y el caballero éramos Ester y yo. Farfán, el misterioso e incierto Farfán, me había pedido que fuera con Ester (él sabía que Ester toca un poco el piano) a probar y a averiguar el precio del instrumento. Acepté no sólo debido a que Farfán sabe abusar de que me cae bien y es mayor que yo, sino, como hacía casi todo, porque sí. En aquel tiempo no conocía ni a Filiberto García ni a la Jitomata y estaba, por lo tanto, muy lejos de pensar, de sospechar siquiera mínimamente que el hombre robusto que veía entrar a la salita burguesa le había pedido a Farfán que Ester y yo estuviéramos presentes a esa hora en ese lugar.

—Aquí está —dijo la adolescente.

—¿Quién? —preguntó el hombre robusto.

—El piano.

—Ah, sí.

Los tres se acercaron al piano. La señorita remató la sonatina con dos notas falsas y una correcta.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó la señorita Sánchez Poza.

—No dije. Me llamo García —y con un ademán—, es Xóchitl.

La nueva pareja y nosotros nos saludamos con inclinaciones de cabeza, menos Ester, cuya democrática cordialidad la llevó a pronunciar un "qué tal" asintiendo con la cabeza.

—¿Puedo tocar un poquito? —sorprendió a García preguntando la Jitomata.

—Por favor —dijo Ester levantándose del banco.

La mujer se sentó y tocó unas escalas y unos arpegios con poquísima habilidad, la verdad.

—Es para hacer dedos —comentó—, hace años, pero años, que no toco ni el timbre.

—Pero ahí tiene —contestó la adolescente muy sociable y desenvuelta—, si su marido le compra el piano va a poder practicar.

—¿Verdad que sí, mi vida? —dijo la pianista riéndose y mirando a García. Luego empezó a luchar con un valsecillo mexicano del siglo XIX.

—No sé qué pasa con mi papá... Papá —gritó la adolescente—, papá, ya llegaron los del piano. Son cuatro.

—Sí, hija, ahí voy —contestaron desde arriba.

—Toca usted bien —juzgó versallesca Ester.

—No, qué va... Me enseñaron unas monjitas allá en Tacámbaro. Muy musicales. El padre Medina tocaba el carrillón y hacía composiciones. También cantábamos.

—¿El carrillón? ¿Y qué es eso?

Mientras las mujeres hablaban iba bajando la escalera un hombre del que el comandante García juzgó que era muy raro que se apellidara Sánchez, y menos Sánchez Poza: sonrosado, grandes bigotes y cabello muy rubio, ya entrecano, ojos azules; un gordo vestido de pana que en la boca cordial traía una vieja pipa de cerezo. A ese hombre lo iba a conocer después como Carapanzo 35.

—¿Sánchez Poza? —se apresuró a preguntar García extendiendo la mano abierta.

—No, no, ellos son los dueños de la casa, pero no están. ¿Quería hablar con ellos? ¿O viene por lo del piano?

—¿Los dueños de la casa y del piano? —insistió el comandante.

—Sí, es que es una pensión, y mi hija y yo nos alojamos temporalmente aquí. Pero podemos informarle del piano y de las otras cosas que se rematan. Ellos desgraciadamente no están en la ciudad.

En ese momento se oyeron ruidos y dos personas elegantes, de saco y corbata, salieron inopinadamente al pequeño comedor por la puerta batiente de la cocina.

—Ay, disculpe don Zamudio que la cocina esté tan desarreglada —dijo la muchacha acercándose al comedor.

—Nada de eso, Margarita —contestó el que llamaban Zamudio—, está tan limpia que uno podría comer en el suelo.

—Gracias —respondió la muchacha en aquel ejercicio de cortesías mexicanas.

—Podría, si uno fuera perro u hormiga negra —susurró al oído el comandante al sonriente y rubicundo padre de la elogiada por sus virtudes domésticas.

Algo pasaba. García volvió la cabeza: Xóchitl había dejado de tocar y estaba de rodillas, casi acostada cerca del piano. Ester estaba también de rodillas en el suelo.

—¿Pasa algo, señora? —preguntó Carapanzo.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó irritado García.

—Se me cayó un lente de contacto.

—Uy, qué barbaridad.

—Sí, con lo que cuestan...

Los hombres discutían en el comedor algo que no podía oírse. Luego regresaron a la cocina.

—Aquí están —declaró triunfante la Jitomata alzando el dedo índice.

Los hombres volvieron a salir al pequeño comedor, sólo que ahora no eran dos, sino tres. Tres, lo que se dice, caballeros: casimir funerario cortado a la medida, lavanda, corbatas de seda, peluquería ortodoxa, entre cuarenta y setenta años, tres justamente de esos que nunca entran a una cocina.

—¿Puedo pasar al baño? —preguntó la Jitomata situada de espaldas a los señores.

—Claro, es la puerta junto a la escalera.

La Jitomata avanzó con el índice del lente de contacto en alto, y al pasar le dijo fuerte a García:

—Amor, no seas malo y préstame tu pañuelo —y luego quedo mientras el comandante le daba una especie de gigantesco paliacate—, ésos estaban en Puza el día del Tejo-

cote —y siguió su viaje de espaldas al comedor y con el erguido índice admonitorio.

Los señores, por su parte, no prestaban ninguna atención a la sala: volvieron a entrar a la cocina y volvieron a salir, pero esta vez eran cinco y parecían llenar a toda su capacidad el comedor.

A mí me intrigaba qué estarían haciendo ahí. Parecía la junta de accionistas de un banco o de una empresa enorme, o el entierro de un político de peso o algo así, sin la menor relación con una casita pseudocolonial californiana de la Colonia del Valle.

Cuando un sexto personaje (severo traje gris boca de lobo, discreta corbata azul porcelana con motas blancas) pasó por la puerta batiente al comedor, García, que estaba junto a mí, dijo quedo (supongo que a mí):

—¿De qué tamaño es la cabrona cocina? Ya va siendo más grande que la sala.

—De veras...

—Nosotros nos vamos, Margarita —dijo don Zamudio—, gracias por todo. Mañana vengo, y si no, seguro pasado mañana me doy una vuelta. Hasta luego.

Y los señores, los financieros, empezaron a salir desfilando hacia la calle. Primero los seis del comedor, despacio, comentando entre ellos, y después otros, más caballeros que salían de la cocina, dos más que transitaron por el comedor y pasaron al hall, rumbo a la calle, luego tres, cinco, diez en pequeños grupos, y más: el comandante llegó a contar treinta y dos señores elegantes, acomodados, burguesazos, clase alta, plutócratas que pasaban en correcta procesión por el pequeño, oscuro y elemental comedor de la casita y salían a la calle.

—¿Qué es esto? —preguntó el comandante cuando terminó la *business parade*.

—¿Qué es qué? —preguntó a su vez el gordo de la pipa.

—¿Cómo cabe tanta gente en la cocina?

—Sí, en serio —dijo Ester, siempre comunicativa—, es que seguían y seguían saliendo. ¿Cuántos eran? Yo creo que más de quince.

El hombre rubio miró de frente y con seriedad a García y le dijo:

—Y yo creo que uno de los defectos de esta casa es que tiene muy chiquita la cocina, sí señor.

El comandante García dejó pasar la paquidérmica ironía de la frase.

—Puede verla si quiere —machacó.

Regresó la Jitomata:

—¿Qué es esto? —preguntó—, ¿un templo de masones o qué?

—¿Qué otros defectos tiene la casa, según usted? —preguntó García.

No entendía, después del incomprensible desfile, el gordo y García, el Sombrero loco y la Liebre de Marzo, estaban emprendiendo una amena conversación de arquitectura y decoración de interiores. Debajo de la urbanidad, sin embargo, había tensión. Y me preguntaba si Farfán sabía que algo así iba a suceder y, en tal caso, qué razones había tenido para pedirnos a Ester y a mí que estuviéramos presentes. Es la última vez que le hago un favor al cabrón, eso sí, me decía furioso. Pero pronto las palabras del gordo me fueron quitando la irritación, transformándola primero en interés y luego en perplejidad.

—Toda la casa está mal pensada —juzgó el gordo—: ¿cómo es posible, por ejemplo, que el lugar más espacioso y mejor decorado sea el destinado a recibir visitas?

—La sala —identificó la Jitomata.

—Exacto. Pasan en ella menos de cinco por ciento del tiempo. Es un despilfarro, un dispendio inadmisible, ostentación y ganas de ocultar y presumir, ¿no es cierto? La ventana de la cocina es muy chica y mira al patio de servicio, en cambio esta sala...

—No querrá usted que las visitas entren directamente a la cocina, ¿verdad? —interrumpió la Jitomata.

—¿Y por qué no? —preguntó sonriente el gordo—, ¿hay algo que ofenda la vista, algo que ocultar?

Se produjo una pausa. Parecía como si las palabras del gordo nos hubieran tomado por sorpresa. No sé por qué, pero a mí no me gustaba que nos dejara mudos, así que hablé.

—Es que usted piensa que la distribución de la casa debe ser meramente racional —dije—, pero no es, eso no cuenta, lo que cuenta es la costumbre, los usos sociales. Los usos sociales no son sujetos de deliberación, se dan simplemente, y uno va viviendo a través de ellos.

Está mal que lo diga, pero el gordo se entusiasmó con mi explicación:

—A ver, a ver, dígame más, explíqueme —pidió.

—Bueno, mire, nosotros, por ejemplo, nos saludamos tomando con nuestra mano derecha la mano derecha del otro —empecé a decir.

—Sí, y los hombres a veces se abrazan. Las mujeres besan indistintamente a machos y hembras —me interrumpió puntualizando.

—También. Pero lo que digo es que eso no es deliberado, no figura entre las cosas que se planean. Es simplemente un uso social, como el tamaño y la localización de la cocina. Una reforma general de los saludos no tiene ningún caso, eso si pudiera hacerse...

—¿Y por qué no? ¿Qué, el modo de saludar no es perfectible?

—No ciertamente por decretos promulgados desde arriba. El uso social tiene su propia capacidad de regulación; es lento, gradual, pero se modifica por sí solo, sin coacciones, coerciones o guías exteriores. Las cosas van cambiando, se van acomodando, hay movimiento.

—¿Estamos diciendo que el animalito es irracional, verdad?

—No, claro que no. Estamos diciendo que la racionalidad de diagrama y modelado brusco no se aplica a la manada de animalitos.

Ahora le tocó al gordo quedarse pensativo.

—Considere usted el más brillante de los usos sociales: el lenguaje hablado... —iba diciendo.

—Pero ¿usted de dónde es? —interrumpió la Jitomata—, ¿a poco donde usted vive no hay salas y la gente no se saluda?

—Puede decirse que no, ¿verdad hija?

—En cierta medida; quiero decir, es que es distinto —apoyó vagamente la muchacha.

—¿Y dónde es eso? —inquirió curiosa la Jitomata—, el lugar promete: ¿qué más no hay, eh? ¿Y por qué hablan tan bien español?

—Bueno, eso no importa, ahora no importa, ¿verdad? —esta última pregunta retórica la hizo volviéndose al comandante García.

—No, no importa —respondió el comandante—, pero quisiera preguntarle algo.

—Usted dirá.

A esas alturas, no sólo la conversación, sino todo lo que pasaba, era ya completamente enredado y absurdo para Ester y para mí.

—Max —monosilabeó Filiberto García.

—Ah, Max. Sí, sí, claro. Antes que nada quiero felicitarlo por su olfato y velocidad. No es fácil, no, está lo casual, pero ligarlo así, no, no es fácil.

García no dio el menor signo de envanecerse y dejó pasar el encomio en calidad de digresión. El gordo reflexionó un momento y nosotros oímos con la boca abierta cuando respondió:

—Digamos que Max era un náufrago. Perdió contacto, aprendió lenguas. Se desesperó. No llegamos a tiempo. Probablemente escribió cosas que nos interesaría que no se perdieran. Son un, ¿cómo se dice?, testimonio. Estaríamos dispuestos a negociar sobre bases generosas.

—Necesito consultar —contestó García.

—Sí, claro, está bien. ¿Le parece que nos veamos a cenar el próximo viernes? Les esperamos aquí. A ustedes también, por supuesto —acabó de decir volviéndose a Ester y a mí.

—Muchas gracias —acepté confundido, aventurero y sin volverme a hacer a mi vez consulta de mirada con Ester (que probablemente estaría en contra de asistir a una invitación hecha así como así).

El modesto y heterogéneo grupo de las dos parejas, visitas casuales, supuestamente desconocidas entre sí, pasó ahora de la sala inadmisible al todavía más inadmisible hall con destino a la salida. La breve despedida consistió principalmente en el uso social de apretón de manos derechas y promesa verbal, sin consecuencias legales, de encontrarnos a cenar el viernes siguiente.

—Quiero saber si cenan en mesa o comen en la estufa directamente de las ollas —les había preguntado la Jitomata en la puerta de salida.

El gordo y su hija se rieron.

—Cabrones —exclamó Filiberto García ya en la calle y un poco alejados de la casa.

—Oye, no preguntamos cómo se llaman el gordo y su hija ni cuánto cuesta el piano... —observó la Jitomata.

—No, pero, para el caso, ellos tampoco habían puesto en el periódico anuncio de que lo vendían —respondió lewiscarrollianamente el comandante.

—A mí me gustaba —declaró la Jitomata.

—¿Quién?

—El piano.

—Espérense un momento —pidió García, cuando empezábamos a despedirnos—, necesito hablar con ustedes. Tengo que decirles que no sólo los conozco, sino que yo le pedí a Farfán que los invitara a venir hoy aquí. Me llamo Filiberto García y soy comandante de la Policía Federal de Seguridad.

La identificación nos volvió a la realidad. Ester se repegó a mí y yo volvía a maldecir internamente al irresponsable, caótico y mal amigo Pedro José Sánchez Farfán. Ya estábamos enredados y cayó como piedra la predecible y espeluznante frase:

—Quiero pedirles que me acompañen...

Nosotros hicimos un pálido y temeroso principio de defensa, de dislocadas excusas y pretextos.

—No, no —explicó el comandante—, es cosa de un momento, es aquí cerca, en el Gran Hotel Aramís, allí están esperándonos Farfán y su primo. Ustedes ya estuvieron ahí el otro día...

No nos quedaba sino aceptar aquello que era una mezcla indiscernible de invitación y orden perentoria.

Fuimos al hotel y desde esa noche todo cambió para nosotros y ya nada volvió a ser como antes era.

Así dio inicio nuestra amistad con Panzo y su hija. Los vimos muchas veces, hasta que después del alzamiento que resultó de la Matanza de Bellas Artes, tuvieron que salir huyendo. Ahora sigo con mi cuento.

Tengo una imagen de la cárcel improvisada de la Chayotera: es un hombre acostado de espaldas a nosotros, la cara contra la pared, cantando viejas canciones con voz ronca y tan queda que es casi inaudible.

Muchacha fatal,
Cada ceja
Es un arco triunfal...

Recuerdo la música y la letra (mi mamá cantaba a veces, mientras se peinaba, la misma canción). El cantor es Chaire. Yo creo que estaba enamorado, digo *creo* porque Chaire era cordial, pero muy reservado, silencioso. La cárcel es especialmente dura para un joven enamorado. Chaire cantaba mientras Ramusio Codo y yo les dábamos clases de historia y filosofía a un grupo no muy grande de

presos. De alguna manera hay que irla pasando en la cárcel. Poco después, como ya referí antes, brillante, audaz y enamorado, Chaire logró fugarse de la Chayotera.

Desde hace un tiempo yo también canto casi todas las noches.

Un día cualquiera durante la cena en la mesita de tijera (nos esforzamos por cumplir formalmente nuestras regularidades, la costumbre tranquiliza) pude observar que Ester estaba muy angustiada, miraba para acá y para allá, se movía (todo muy discreto, como es ella, pero yo que la conozco bien me daba cuenta), al fin no pudo más y se metió llorando a nuestro coche casa. Fui tras ella. Entré al coche cama. Ella seguía llorando. La abracé. No siempre se puede hacer el amor, Ester no quería nada que fuera erótico, no podía, como tantas veces, traducir la angustia en pasión y yo no sabía ya ni qué decirle ni qué hacer. La abracé con desesperación, le acaricié la cabeza. La sentía indefensa y asustada, casi una niña. Como no sabía qué hacer, desesperado, empecé a cantar, quedito, rítmicamente.

Bajaron al toro bravo
que nunca lo habían bajado,
pero ora sí ya bajó
Revuelto con el ganado...

Le canté corridos mexicanos, uno tras otro; corridos de esos que me cantaba a mí mi papá cuando era niño. Canté suavemente, como se arrulla, y Ester poco a poco se fue tranquilizando; su respiración se fue haciendo más rítmica y profunda, y al fin se quedó dormida. Pero yo seguí cantando, quedito, y en algún momento empecé a llorar yo también, pero no por eso dejé de cantar, seguí cantando y llorando, así, cantando y llorando, durante un rato.

Estaba Eligio dormido

su mamá andaba llorando,
levántate, hijo querido,
que Gabriel se anda peleando...
Luego se levantó Eligio
y echó mano a su machete:
déjalos venir, hermano,
pa jugarles su florete...

Yo creo que fue en esa sesión de canto lloroso cuando tomé la determinación de hacer algo, no sabía qué, pero algo.

Pasaron varios días y seguía sin saber qué hacer. En este espacio de tiempo no pude ni escribir. Una mañana la crisis se resolvió. Ester me dijo cariñosamente que quería hablar conmigo, tomó mis manos con las suyas, me miró a los ojos y dijo con sencillez, sin dramatizar:

—Ya no me quiero esconder. Quiero irme de aquí.

—¿A dónde? —pregunté.

—Antes de que nos agarren, o de lo que sea, quiero ver otra vez el mar. A mí siempre me ha gustado mucho el mar.

Acepté entusiasmado. Decidimos hacer de inmediato los preparativos y echarnos a viajar cuanto antes. Mañana en la mañana partimos. Hoy es el último día que escribo sobre la mesa plegadiza a cuatro metros del coche rojo. Al autista dromamaniático no lo hemos vuelto a ver. En cambio, cosa insólita, hace dos días me encontré un periódico tirado. No estaba muy lejos de donde vivimos, pero no lo había visto. Tal vez porque estaba en un lugar al que iba poco (tenía algo de basurero). Para mí fue un gran acontecimiento. Es fácil imaginar lo mucho que se sufre cuando se tiene poco que leer. A veces sueño que entro a una librería, como antes, y paseo los ojos por los lomos de los libros y muevo la mano velozmente hacia un volumen inesperado e infinitamente atractivo. Pero no quiero hablar de eso, no quiero quejarme. Corrí hacia el periódico. Ay, era uno llamado

Asia Business. De todas las publicaciones posibles, incontables, llegaba a mis manos esa cosa. *Asia Business, the most authoritative business weekly in Asia, is a giant link between the world's traders and the lucrative Asian market*. Qué pésima suerte. ¿Cómo habrá llegado esa cosa hasta el remoto lugar del campo mexicano donde vivíamos? No sé, la globalización de antes globalmente inflada y repulsiva. De todas maneras leí el tabloide de principio a fin y miré detenidamente todos y cada uno de los anuncios (pocos artículos, mucha publicidad, *lucrative business, indeed)*. Ester también lo leyó de cabo a rabo quizá por el saborcillo a cosa conocida de los viejos mecanismos: *we supply all sorts of grinding wheels*, máquinas y más máquinas, *circular knitting machines*, máquinas para hacer máquinas o partes de máquinas, *excellent special screws, the peak of performance* y mientras pasaba melancólicamente las páginas del tabloide oriental pensaba que de esa espantosa aburrición había dependido la minuciosa trama de nuestra existencia social, económica, política...

Y nosotros tan atolondrados e imprecisos. Qué miseria. Para nosotros los de acá, los del sur sonambúlico apenas la complejidad de esa máquina misteriosa, cuya descripción me sé muy bien porque quise alguna vez, antes, antes, escribir un poema con ella: *Relox. Se llama comúnmente una ingeniosa máquina que se compone de distintas piezas y ruedas y una cuerda, en tal disposición y arte que, movida con la fuerza del muelle o pesas, hace que se muevan todas las demás ruedas. Hácense de varios tamaños, hasta haberlos reducidos, que es maravilla diminuta, a poderlos traher en la faltriguera*. Así como sonreímos nosotros de esta admiración orgullosa, sonríen ellos de nosotros. La máquina es un límite, no pudimos antes, no pudimos después, no podemos ahora, desordenados, caóticos, retobones bebedores de toloache, la Conquista no es más que la brusca radicalización en la extrema claridad de lo que siempre, siempre, nos ha sucedido. Amén.

Mañana nos vamos al mar (qué curiosa suena la frase, suena falsamente apacible, como en un poema de Eliot). ¿En qué íbamos? A consecuencia del incidente en el mercado nos aprendieron a Ramusio Codo y a mí. Ester se quedó sola en Toluca. Quiero resaltar cuánta valentía mostró al no entregarse con nosotros a los Extraños. Se quedaba sola, casi sin dinero, en una ciudad revuelta y sumamente peligrosa. Pero Ester era adulta e independiente. Así que no perdió la cabeza. Se instaló en una pensión muy modesta, inventó un cuento acerca de por qué estaba en Toluca y empezó a indagar discretamente acerca de nuestro paradero.

Un efecto lateral de la guerra tal como es vivida por combatientes y civiles es que nuestras relaciones sociales se reorganizan. Perdemos de vista a amigos y familiares y entramos en contacto con personas inesperadas, al azar, siempre al azar, como si se recogieran las cartas de barajas de nuestro juego de relaciones a medio jugar, se barajaran de nuevo y se volvieran a dar. Ese conocido al que en tiempos de paz apenas si volveríamos la cara para ver, es puesto por el azar de la guerra enfrente de nosotros y se vuelve importante, vital. Porque qué cosa es encontrarnos en la fila de prisioneros, en el refugio, en la trinchera, en la calle a la hora de un corredero (¿qué pasa, qué pasa?) un rostro conocido, el de quien sea, el que repartía el periódico en la mañana o la cajera del banco o el primo de un amigo con el que coincidimos quién sabe cuándo en una cena, quien sea. La conmoción de la guerra hace desaparecer las diferencias sociales, intelectuales, de interés diverso y repristina de un modo curioso e intenso el trato humano.

Ester se encontró en Toluca a dos conocidas (fue una suerte, podía haber deambulado sin encontrar a nadie). Una era Mayita, costurera de unos cincuenta años que había ido a ver a su mamá y había quedado aislada de su esposo y de sus hijos que permanecían en la Ciudad de

México. La otra fue Luisa quién sabe qué, periodista de un diario de la Ciudad de México, a la que conoció porque ella durante un tiempo había cubierto la sección de espectáculos (era famosa por la total incoherencia de sus notas de teatro y danza). Todo indicaba que Luisa X, a diferencia de la sufrida y pasiva, pero leal Mayita, era ya activa y entusiasta colaboradora de los Extraños. Las dos mujeres le ofrecieron sus casas (muy oportunamente porque ya casi no tenía fondos). Ester eligió la oferta de la peligrosa periodista, y no de la suave y cálida Mayita, porque se daba cuenta de que quien no arriesga, no se entera de nada.

Luisa Gasca, Guizar, no, Luisa Gil, no, luego me acuerdo... Esta Luisa, en efecto, no tardó nada en delatar ante los Otros a Ester. El capítulo de las delaciones es uno de los más tristes y repulsivos de la historia de la Conquista. Si quieres sojuzgar a una comunidad, la corrompes primero, y cuando se está deshaciendo, te apoderas de los despojos. Claro que te quedas con una flor marchita. Pero la flor lozana de una comunidad bien cohesionada sólo puedes tenerla por la vía del exterminio, o sea, que te quedas también con los despojos. No hay remedio. Esto le explicó Carapanzo a Ester cuando se vieron en Toluca. Porque la autoridad ante la que Luisa X delató a Ester, después de haber prometido que no lo haría, fue justamente Carapanzo. Y cuál no sería su sorpresa cuando vio que Ester saludaba de beso a Carapanzo y a su hija Margarita y que hablaba y bromeaba con ellos como con dos viejos amigos. Y claro, Luisa pensó que Ester ya era también traidora, y se franqueó con ella de la manera más repulsiva, pero ¿qué iba a pensar si no?

Éstos son detalles. Una historia puede, en función de número, de la cantidad de detalles, referirse de diferentes modos. La misma cosa puedes contarla en tres renglones y en veinte páginas. Y es la misma. Los Extraños le daban mucha importancia a esta posibilidad y, según me explica-

ron, subdividían las narraciones en géneros de acuerdo a la cantidad de detalles que iba a permitirse el escritor. El encuentro de Ester con Carapanzo y su hija, y lo que de ahí resultó, podría contarlo en treinta o más páginas, construyendo escenas con diálogos y decorados, pero no lo voy a hacer, no tengo tiempo, ya nos vamos al mar y no sé qué va a suceder ni cuándo o dónde voy a volver a tener oportunidad de sentarme a escribir. En lugar de las treinta o más páginas voy simplemente a decir: Ester negoció con Carapanzo, cambió mi libertad y la de Ramusio Codo, y los salvoconductos de nosotros y Ester para trasladarnos a la Ciudad de México, por decir de memoria, en húngaro, lo que recordaba del manuscrito de Max que había traducido en el Gran Hotel Aramís.

Ester tiene una memoria muy puntual. Es parte de su carácter, una mujer atenta a todo, clara, precisa. Y tuvo que emplearla a fondo porque cada vez que se desviaba o añadía algo al curioso escrito galante de Max, Carapanzo y Margarita decían "no puede ser, así no va" o "esa palabra no puede ir ahí".

—Pero ¿qué es?, ¿una clave? —preguntaba Ester.

—No, no —explicaba vagamente Panzo—, clave no es, se trata más bien de una manera de leer. Lo que hacemos es buscar en este escrito otro diferente, homólogo, digamos, al que vamos leyendo. Nuestras novelas se hacen muchas veces así: cuentas una historia aparente que te va dando los resortes y claves para construir otra historia a partir de la que estás leyendo. Entre nosotros leer es tan artístico como escribir.

Mientras tanto Ramusio Codo y yo esperábamos ansiosamente en la Chayotera. Codo seguía furioso, como siempre.

—Señor, ¿por qué no le da algo a este sujeto, algo, lo que sea, un infarto masivo, y que se calle de una buena vez? Señor, señor, tus caminos son incomprensibles —clamaba el senador volviendo al cielo su gran cabeza cana.

Entretanto las negociaciones de Ester continuaban. Todavía era posible negociar con Ellos, y Ester trataba con nuestro viejo amigo Carapanzo. Pero pronto sería imposible negociar. No sé dónde leí que Kant afirmaba que toda guerra en que las partes no se imponen ciertas reservas, en cuanto al uso de los medios posibles, tenía que convertirse por motivos psicológicos en una guerra de exterminio. Pues "el partido que no se abstiene, al menos, de rematar heridos, de incumplir la palabra dada y de la traición, destruye aquella confianza que hace posible concertar una paz". Ése fue el caso en la Conquista. Pero qué ingenuo se oyó eso de *rematar heridos* como monstruosidad en comparación con lo que vimos en la destrucción de la Ciudad de México.

Durante el sitio de la ciudad me topé, por ejemplo, con un anciano que arrastraba un carrito. Por el brillo de la mirada supe que el viejo ya se había vuelto loco. Había muchos locos deambulando al azar. Traía en el carro unos niños. Eso fue antes de las matanzas de niños. "Me causó desasosiego el exterminio de los niños, pero como vi el pesar y la amargura que causaba al enemigo, determiné que se hiciera", dice el parte militar de Márquez, que estaba al servicio de Ellos. Me di cuenta de que los niños que el anciano arrastraba ya habían muerto, de hambre tal vez, o de alguna de las otras enfermedades, antes de las matanzas, como digo. No hicimos nada, el hombre siguió arrastrando el carrito y no sé hacia dónde se alejó.

Al final de sus negociaciones con Carapanzo, en las que habían hablado de tantas cosas, Ester le formuló una pregunta que él respondió con su habitual calma, sencillez y veracidad.

— Bueno, ¿y nosotros, nosotros los mexicanos?

— ¿Ustedes? Ustedes en masa van a bajar al infierno.

Ramusio Codo y yo fuimos liberados de la Chayotera y trasladados a las inmediaciones de la Ciudad de México.

Ahí pude volver reunirme con Ester. Qué placer delirante abrazarla otra vez, qué sueño que cobra vida y qué urgencia: hicimos el amor como dicen que lo hacían los dioses paganos, y, después de la pasión grande, Ulises y Penélope descendieron a la dulce conversación en el tibio y blanco lecho. Codo, Ester y yo fuimos de los últimos que pudimos pasar. Poco después la ciudad se cerró, ya nadie pudo entrar o salir y dio principio el asalto final a la enorme ciudad, la antigua y heroica Tenochtitlán, llamada también La Gran Tenochtitlán.

Ester, Saúl y yo avanzamos a veces despacio, a veces rápidamente. Hace mucho que no escribo. Ya queremos llegar al mar. Evitamos los lugares donde podría haber gente. No hemos visto una sola persona desde que salimos. Todo está abandonado y hay una gran desolación. Nos hemos hecho audaces: nos atrevimos a usar una camioneta pickup que estaba en perfectas condiciones y con el tanque lleno de gasolina. Yo le digo a Ester que tanta confianza nos puede perder, pero seguimos avanzando. En la camioneta cruzamos las Cumbres de Acultzingo. Y qué paisaje.

Observa alguien, creo que Simmel, que los sentimientos de pertenencia hacia donde uno ha crecido se ligan más fuertemente a las *configuraciones diferenciadas,* a las montañas, que, digamos, al llano parejo o la selva monótona. A los montes tan diferenciados e individualistas, por ejemplo, que rodean al Valle de México. Somos, mejor dicho, éramos, de donde están el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. Pero ya no, y porque ya no somos de ahí, nuestra liga sentimental con las configuraciones diferenciadas del Valle, no sólo los dos gigantes, sino el Ajusco con su pico de águila y los más modestos, como el Telapón, se hace más intensa. Su presencia en la conciencia es suave, pero arcaica y profunda, y quien, como nosotros, no pudiera volver a verlos, sabría de lo que estoy hablando cuando hablo de esa liga sentimental.

El amor al paisaje. Me iba acordando al cruzar las Cumbres de Acultzingo de un hombre de aquí por donde vamos viajando, veracruzano, un peluquero chiquito que bailaba con arte (lo conocimos y tratamos Ester y yo al inicio del asedio) y tenía un tío muy solemne, don Ovidio, también jarocho.

—Sí, no hace mucho —contaba el peluquero— mi tío don Ovidio le aconsejó a su primo Tobías, que había ido a visitarlo con la mujer, la suegra, los hijos y hasta el perico, que fuera de paseo al Salto de Posadera, cerca de Pinchón... Don Ovidio hablaba con la boca así, redonda, como si estuviera chiflando, muy serio y muy derechito (lástima que no puedan ver cómo imitaba ese hombre a su tío), todo un guía de turistas, tan orgulloso del mérito del paisaje como si él mismo lo hubiera hecho. Don Ovidio le decía a su primo: "Yo aconsejaría un corto paseo de ida y vuelta a la cascada de Posadera que es muy pintoresca y las vistas, ah, las vistas, son un deleite. Hay muy buena carretera, llegan allá en hora y media de coche a velocidad moderada". El primo Tobías hizo caso y partió a ver las vistas con la mujer, la prole y la familia política representada por la suegra. Tuvieron mala suerte, eso sí, porque en la semana y media que tardaron en regresar no dejó de llover un solo instante, no nada más garuando, como en Orizaba, sino verdaderos chubascos de diluvio universal... Por poco se ahogan todos. Tuvieron que regresar en tren porque la crecida del Papaloapan se llevó dando vueltas el coche con todo el equipaje adentro. Además Tobías pescó la totofodia, que entonces acababa de llegar hasta allá, cuando vagaban hambrientos por la selva, y quedó cuatro meses inhabilitado, prácticamente ciego y con la lengua gorda. A su mujer y a uno de los niños les dio tifo porque los mordieron las ratas. En la convalecencia, el negocio de nieve de sorbete que el primo Tobías tenía en Coscolina, en la Huasteca Potosina, donde vivían, quebró, y la familia entera, en un caso de justicia

poética, tuvo que quedarse a vivir en la casa de don Ovidio. Pero vino a vivir también con ellos el hermano de la suegra, un tipo siniestro al que le decían el Zopilote, y que fue, más tarde, uno de los tres que mataron a palos en el callejón de Malamora al juez Peralta. Y don Ovidio decía después poniendo la boca redonda: "nu ubstanti (así nu ubstanti), el paisaje es un verdadero deleite, las vistas, ah las vistas, son una gloria y pocos países pueden enorgullecerse de un contacto tan íntimo y magnífico con la naturaleza". Y a eso es a lo que yo —terminaba comentando el peluquero— le llamo verdadero amor a la patria, a la patria chica y a la grande. Qué bárbaro, mi paisa.

Tanto que nos gustaba platicar, horas y horas contando cosas. El paisaje aquí es el barroco, a veces el churrigueresco, monótono de la selva, la ornamentación selvática de Lezama Lima, que tiene algo de incansable y desaforada. Ester dice que prefiere el paisaje austero, geométrico, el terregal con magueyes y nopaleras de Rulfo, el Indio y Gabriel Figueroa, el neoclásico mexicano, más amplio y diferenciado. Yo no sé, a mí me gusta todo. (¿Y por qué será que ese gusto omnívoro me hace pensar que soy débil y medio idiota? Porque me hace sentir indiferenciado, mudadizo, sin solidez, y de nada vale que me defienda acordándome de que Cervantes y Goethe eran también manganchas de gusto amplio y generoso, de todos modos me incomoda conmigo mismo.)

Donde estamos hace ya mucho calor. Ahora estoy escribiendo en el comedor de una casa, abandonada, desde luego. No hay nadie. Las epidemias deben haber pegado muy duro acá en el trópico, eso y las estampidas migratorias con el susto de la invasión y el hambre como resultado de la desarticulación del sistema agrícola deben haber hecho estragos. Qué manera de hablar; *una catástrofe demográfica sin precedente*, ya suena casi *y a mí qué* (alzando los hombros).

Muy, muy abstracto, un tonillo ecuánime... Bueno, hom-

bre, pero usted ¿qué quiere? Yo quiero que se vean las cosas y que se sienta, sobre todo que se pueda sentir lo que aquí sucedió.

Hace calor. Desde donde estoy sentado escribiendo veo a Saúl durmiendo muy quitado de la pena sobre una hamaca. Saúl que crece en gracia ante Dios y ante los hombres como crecía David en el Libro. Ester está por ahí guisando en estufa de leña. La casa pertenece, creo yo, a un ejido donde se cultivaba piña. Es un pueblo chiquito de casas de madera construidas alrededor de un campo de futbol (con porterías, pero sin líneas marcadoras). En el pueblo todo está en su lugar, pero deshabitado, como un buque fantasma que navegara en la selva. Nos gustó. Y después de ver que no había nadie, entré a la tienda, encontré DDT, elegimos una casa y la fumigué minuciosamente, a conciencia (Ester tiene horror a los alacranes y otras alimañas, donde hay calor, hay ponzoña reptante) y unas horas después entramos a habitarla. Hice ceremonia de dintel y crucé el umbral con mi novia en brazos; ella llevaba a su vez a Saúl, y la pequeña pirámide humana de la célula comunitaria entró a su primera casa habitación arquitectónicamente legítima. Ester y yo aprendimos pronto a hacer el amor balanceándonos en la hamaca matrimonial, venturosa acrobacia erótica que no figura en las estampas de Utamaro ni en las miniaturas persas. Encontré un reloj de pulsera que trabaja, al mío se le había acabado la pila hacía mucho. Se puede decir que me siento feliz.

Desde que nos pusimos en camino todo ha cambiado para nosotros. Qué error tan grande, y tan de párvulos, había sido nuestra vida sedentaria en las ruinas inexplicables de la camioneta colorada sobre la margen derecha del río Menso. Quién quiere edificar nada, ahora entiendo a los pueblos nómadas en sus tiendas y alfombras voladoras y entiendo las lentas peregrinaciones y a los monjes errantes y a Marco Polo: nosotros los nómadas tenemos

un fin, cualquiera, ir a alguna parte, cualquiera, en cualquier parte, siempre que quede lejos, allá lejos, hay que llegar, en cualquier parte están Jerusalén, El Dorado, La Meca, Santiago de Compostela, Ítaca, Chalma y los verdes pastos, en cualquier parte, pero detrás del horizonte. Todo se ordena, dentro y fuera de nosotros, si tenemos un fin, cualquiera, una dirección, cualquiera, un polo de atracción que dibuje en nosotros un campo de fuerza. Lo demás es echarse a caminar, delicia de delicias, dejando atrás y dejando atrás... Así, así, provisional, como debe ser, como las familias de cirqueros color de rosa de Picasso, así, así, haciendo piruetas en descampado, así, maravilla de caleidoscopio y de estrella fugaz, aquí, nomás de paso...

Regreso *in mente* al horrible encierro de la Ciudad de México durante el asedio. ¿Qué quiero explicar? El todo de la batalla es inabarcable, fue una para el artillero en Ciudad Universitaria, otra para el anciano escondido en la Colonia de los Doctores, distinta para el general que entendía, más o menos, lo que estaba sucediendo desde su puesto en la Ribera de San Cosme, y para el soldado raso en Mixcoac, que no entendía nada, pero defendía la posición encomendada. No pasarán. La batalla, como el todo social, es invisible, no puede percibirse en conjunto, pero puede pensarse, es una creación de la inteligencia, un esfuerzo por hacer inteligible el gran tumulto. Eso es lo malo, porque al ser creación queda abierta a todo género de controversias, de interpretaciones encontradas, expuesta a la duda como cualquier cosa que tiene algo de invención. El todo de la batalla, el que aprehendemos cuando la narramos, no existe de la misma manera que las distintas versiones de los participantes, cientos de miles de puntos de vista, tantos como el número de combatientes y civiles que la vieron. Es fácil pensar, unir, inventar, mirar desde arriba, decir pasó esto y esto, el enemigo avanzó por Ramón Guzmán o los combates en San Juan de Letrán fue-

ron muy apretados, ¿y qué ganamos con este tipo de narración? Lo difícil es acercarse a la realidad, no inventar, sino ver, dar los hilos de la trama refrenándonos de tejerla. Pero así vamos a ver la defensa de la ciudad. ¿Y cómo? Lo que sucede es que la batalla *qua* batalla es invisible, como el todo social o, para el caso, el mundo en su conjunto, pero cada una de sus partes, cada una de sus partículas, es un modo de esa realidad y reproduce y contiene en sí minuciosamente todos los principios y formas de operación de la estructura del todo al que no podemos acceder sin peligros de invención. Como en el universo panteísta del maestro Spinoza, el detalle que vibra un momento, único y particular, es un modo de la batalla y en él tiene que estar contenido el todo invisible: el combate, la guerra, sus causas, operaciones y consecuencias...

¿Qué quiero explicar? Doña Chole Cabrera, yo la conocí, ¿cómo te diré?, era gordita, sonriente, analfabeta. Qué vida la suya, de hagiografía, llena de hazañas secretas, modestas. Llegó a la Ciudad de México a la edad de treinta años. Venía huyendo de la pobreza y falta de futuro en Rabón, Tamaulipas, donde había crecido. Llegó con tres hijos chicos. El padre de los niños, Avelino, quién sabe a qué se había ido a quién sabe dónde. A su llegada a la gran ciudad, Doña Chole tuvo la fortuna de contratarse inmediatamente como lavandera. Después habría de ascender a cocinera en una familia de clase alta. Corto aquí la historia. Pasan veinte años. Los tres hijos han logrado hacer carrera universitaria. Los Otros invaden el país. Dos de los hijos se unen a la sublevación en el alzamiento de la Ciudad de México. ¿Quién es ese que avanza así en la defensa del Parque de la Bombilla, después Álvaro Obregón? (los cañonazos ya le volaron el copete al monumento eregido a su memoria). Es Arturo Cabrera, prestaba sus servicios en la Secretaría de Agricultura, pero hoy es mayor, avanza corriendo, agachando el tronco hacia adelante, y, en medio de indecible expectativa de un balazo que lo deje tirado de una vez, a media

carrera tararea una canción que quién sabe por qué trae pegada desde la mañana: *traigo hierba santa, pa la garganta...* A su hermano Pedro, que es ingeniero, le tocó en un cuerpo de transmisiones que opera por Iztapalapa. Está inquieto, nervioso, se acaba de casar, quisiera ver a Rosita, el estrépito es enorme, quién sabe qué pasa, no, no puede ir a ninguna parte, *aquí la víbora de la mar, aquí la víbora de la mar, cambio, cambio,* qué impotencia, si en algo nos lleva ventaja el enemigo es en comunicaciones, bueno, en lo que sea, en todo, *cambio, cambio,* y el teléfono de campaña, carajo, contesta *viva Sigüenza y Góngora, El Caballito sigue trotando,* carajo, cuando aquí nos están haciendo papilla esos hijos de la chingada, *cambio, cambio,* el estruendo es espantoso, *qué pasa, qué pasa,* y grandes nubes de polvo ocre, blanquecino, pardo, lentamente despegan configurándose, rizadas pelucas de salón, *cambio, cambio, la víbora de la mar...* Estos dos hijos sobrevivieron al hambre, las epidemias y los combates y fueron después represaliados.

El otro hijo de doña Chole, porque eran tres, el predilecto, el listo y mala cabeza y dolor perpetuo en el costado de su madre, llegó a ser el temible Picapica, delator, policía y verdugo al servicio de los Extraños, famoso por su celo y brutalidad. Filiberto García lo había localizado e identificado plenamente cuando se ocultaba bajo el apodo de El Tejocote, pero el muchacho era pródigo en recursos, cuidadoso y astuto, y aparecía y desaparecía como por prestidigitación. La cacería del tartamudo, que eso era, tartamudo y muy nervioso, duró meses y fue peligrosísima. Quién sabe a cuántos agentes leales les costó la vida. El propio García fue una vez capturado por El Tejocote; lo trajo dos días encerrado en la cajuela de su coche y el legendario comandante se salvó de milagro. Pero al fin, en el alzamiendo de la ciudad, cuando la ejecución de los Cabezones, Filiberto García cercó en Pantaco al Picapica-Tejocote-Tartamudo y lo ajustició personalmente arrojándolo al paso de una locomotora.

Doña Chole, su mamá, lo lloró mucho y no entendía el alivio general que producía su desaparición. Pregunta: ¿cómo podía entender esta mujer que su fuerza y espíritu de sacrificio, su invencible paciencia de tanto tiempo en las durísimas condiciones de vida de los pobres de la Ciudad de México tuviera como resultado la minuciosa crueldad del Picapica? ¿Quién entiende una cosa así?

Nuestro curioso viaje en el *Patria Linda* y el accidentado regreso a la Ciudad de México, vía Toluca y La Chayotera, no habían sido muy largos, pero a nosotros se nos hicieron eternos. De vuelta vivimos en la casa de los padres de Ester en la calle de Leibniz, en Polanco (hubiera preferido asentarme en la *res extensa* de Spinoza, filósofo de mi predilección, pero 1] esa calle no existía y 2] se sigue de 1] que mis suegros no podían vivir ahí).

Cómo teje el tiempo, de veras, no hay desgarradura que no restañe. Y la vida sigue. Qué fuerza tiene. Al inicio del asedio todavía nos reuníamos a comer y a comentar animadamente con nuestros amigos. Las cenas duraban toda la noche porque había toque de queda.

Pronto empezó el hambre, y de todas maneras nos seguíamos viendo con nuestros amigos, y hasta más que antes, porque lo que necesitábamos era vernos, intercambiar noticias, hacer chistes, vaticinios, teorías... Ester y yo nos alistábamos en el ejército, qué curiosos nos veíamos vestidos de reclutas, yo de soldado, ella de enfermera. No sé qué era más peligroso; puede ser que enfermera: las epidemias mataron más gente que las bombas. Entré al Estado Mayor de Jerónimo Salazar que para entonces ya era general, y participé en la defensa de la Ciudad Universitaria. No pasarán. Pero siempre que podíamos volvíamos a reunirnos con nuestros amigos, los de antes y los nuevos que íbamos haciendo. Era una gran necesidad. A Ramusio Codo lo vimos mucho en esos días (se hizo muy amigo de mi suegro, don Salomón). Farfán entró a tanques, en el combate de Turulato fue herido por una de esas medias

lunas verdes y perdió el uso de la mano izquierda. "Como Cervantes, Felipe Trigo, Valle-Inclán, Orozco, decía riéndose, la lista es incontable e ilustre." Después, sorpresivamente, tuvo un hijo con la Pineda, Inés Pineda, su mujer. No sé qué haya sido de ellos.

Miedo, muchas veces pensé en eso. ¿Cómo se siente? ¿Qué es? Puede parecer raro, pero creo que el principal ingrediente del miedo es una especie de soledad. Una soledad anómala. Quiero decir, en el miedo se siente uno aislado en la propia persona, el propio cuerpo, la propia alma. Es más, ese aislamiento *es* propiamente el miedo, porque en el aislamiento angustioso se experimenta la fragilidad del yo, que de otra manera no puede experimentarse (porque el yo está, por decirlo así, inmerso en las cosas, en el todo), y por el *conatus*, por el esfuerzo de autoconservación individual, toda cosa se esfuerza por perseverar en su ser, cuando está a su alcance (*Ética*, III, IV), surge el miedo. Pero el estado de aislamiento es anómalo: si no se presenta, no se experimenta la fragilidad del yo y el miedo no llega, y, por lo tanto, cualquier comunión con los demás, la que sea, disminuye el miedo y lo hace gobernable. En parte por eso iba la gente a pelear al Pedregal de San Ángel o a la Villa de Guadalupe o al Paseo de la Reforma, porque combatir nos relaciona con los demás, y de qué manera, la cólera, la furia desatada hacen íntimo el trato y sólido el sentido de comunidad (*los hombres no se han amado nunca por motivos tan fútiles como los que los llevan a odiarse*), y el miedo, otra vez, se queda en la puerta, o entra un poco, pero debilitado. Podemos sentir muchas cosas al mismo tiempo, sí, pero no todas con la misma intensidad. Cuando participé en mi primer combate no sabía esto. Mi miedo más grande era perder el control de mí mismo y hacer un desfiguro de pánico ingobernable (como aquel muchacho que, cuando avanzó el enemigo sobre Ciudad Universitaria, no discurrió otra cosa que ponerse a orinar en las cortinas de la Rectoría, po-

bre, qué vergüenza, no pasarán, de todas maneras, no pasarán). Pero el pánico, el desfiguro de pavor, es justamente ese aislamiento, ese cortar los lazos con los otros, con la situación. No es que el miedo te aísle ni que *porque* te aíslas te entra el miedo, no, el aislamiento *es* el miedo, en el aislamiento está el *conatus* angustioso y está todo. Comprendido el mecanismo, lo demás es relativamente fácil, *relativamente,* digo, algo podemos hacer, eludir la soledad anómala apretando el lazo con el *todo,* con la sustancia que es el mundo, con los demás, con la situación. Sólo la comprensión de un mecanismo puede satisfacernos como explicación. Pero la amenaza del miedo siempre está ahí. Porfirio Díaz confesó que cuando vio avanzar por primera vez a las tropas francesas, en la guerra de Intervención, le temblaron las piernas sobre el caballo, sí, es cierto, pero luego agarró confianza... Así nos pasó a nosotros y agarramos confianza... No pasarán.

—Si no han tomado la ciudad —decía enérgicamente mi general Salazar— es porque estos cabrones no pueden, no pueden, entiéndalo bien, no tienen tanta cosa y no pueden.

Y tenía, creo, toda la razón. Algún día se escribirá que pudimos haber ganado esta guerra, estoy seguro. Cuando menos las primeras tentativas de invasión. Luego tal vez podríamos haber negociado. No, no eso no lo creo... Seguro no. Negociar, imposible. A veces pienso que un talento militar de genialidad indiscutible como el del general Jerónimo Salazar se pudo haber quedado dormido en Puza, Nayarit, sin ejercerse en otra cosa que el billar y el ajedrez... ¿Qué habrían sido Villa, Obregón, Calles sin revolución mexicana? ¿Cuál es la naturaleza escondida de la gente con la que nos cruzamos? ¿Quién es quién, dado el caso, quién sería qué? La oportunidad de una guerra saca a luz muchas verdades que de otro modo quedarían escondidas.

El mar, el mar inquieto, innumerable, poderoso y minucio-

samente sutil, el gran todo siempre cambiante, siempre igual, ronco, transparente, e infantil ya sobre la arena blanca ondulando. Desde donde estoy sentado escribiendo veo el mar. Finalmente llegamos. Tuvimos que huir del Ejido de las Piñas, allá tierra adentro, no muy lejos. Los Otros llegaron, una patrulla, yo creo. Soldados, iban en jeep, muy confiados mirando aquí y allá por cumplir, platicando, riéndose a veces. De seguro pensaban que no había nadie, no parecía que anduvieran buscando. Nosotros nos quedamos tirados en el suelo, inmóviles, silenciosos y aterrados. Varias horas estuvimos ahí. Saúl se portó muy bien y no hizo ningún ruido. Ester le daba el pecho en el suelo, acostada, como cuando Saúl se despierta en la noche.

La patrulla se fue y, mucho rato después, nos atrevimos a salir.

Yo tenía la pistola en la mano. Para lo que sea. Ester y yo hemos discutido mucho si, dado el caso, nos suicidamos antes de que nos capturen. No discutimos por nosotros dos, que, bueno, como sea... Lo que nos detiene es nuestro hijo Saúl, y bueno, no nos detiene a nosotros... Lo que pasa es que no sabemos qué hacer: discutimos si dejamos con vida o no a Saúl. Es muy chiquito, no conoció la vida antes de que llegaran los Extraños y no va a sentir ninguna nostalgia, ni siquiera va a tener recuerdos de nosotros, sus padres. Va a crecer entre ellos y su estado normal será la opresión que Ellos trajeron. Pero ¿vamos a dejarle un esclavo más a los hombres de seis alas? El esclavo, aun esclavo, ¿puede ser feliz? Es un tesoro estar vivo, ¿qué derecho tenemos Ester y yo de quitarle la vida a Saúl? Parece algo monstruoso. Y, sin embargo... No sé si voy a tener la resolución suficiente para disparar sobre mi propio hijo. No, de seguro, si estoy indeciso. Y creo que no, que no puedo hacer una cosa así. Pero no, no sé qué hacer. ¿Cómo se los voy a dejar si sé el destino que le espera? ¿Por cuáles caminos puedo razonar? ¿Se puede razonar sobre esto?

En cuanto a nosotros... A lo que queda de nosotros, sin ciudad, sin idioma, despojados de calendario, de esa suave expectativa que va articulando la existencia, nos quitaron también el espacio, ¿qué queda de nosotros?, nos rompieron como puntilla de lapicero, plic, y no somos más que fantasmas, menos que fantasmas, un latido apenas, un poco de humo de la gran fogata que levantó la ciudad disolviéndose lentamente en aire, ya casi invisible. Y no tengo nada contra el suicidio. Desde hace años la lectura de Hume me convenció de que no es más impío desviar el curso de un río que disponer de la propia vida, ya que los hombres, como todos los animales, son confiados a su propia maña y prudencia para conducirse en el mundo, y gozan de plena autoridad para hacer cuanto puedan para alterar las operaciones de la naturaleza.

Es una especie de blasfemia imaginar que una criatura cualquiera pueda perturbar el orden del mundo o interferir en los planes de la Providencia.

Cuánto trabajo, pero cuánto, de verdad, me cuesta creer que en los designios de la Providencia haya figurado nuestra espantosa destrucción y completo aniquilamiento. Son cosas que no se pueden entender. Dan ganas de hacer como aquellos judíos religiosos que durante el Holocausto llamaron a juicio a Dios, deliberaron y lo encotraron culpable. Pero cómo no. Porque, como escribía, creo, Simone Weil, en el fondo del corazón de todo ser humano, desde la más remota infancia hasta la tumba, hay algo, una expectación indomable frente a todo crimen cometido, sufrido o presenciado, esa expectación espontánea es que los demás y las cosas nos van a hacer bien y no mal. Y esa expectación ingenua e inmediata del bien, de lo justo, dice la Weil, es la que, sobre todo, es sagrada en todo ser humano. Se espera el bien, está en el corazón y en la inteligencia, el mal y la injusticia son misteriosos e inexplicables, no se pueden entender, no los esperamos porque no están ni en la razón ni en el corazón. ¿Y yo

qué hice? Eso es lo que preguntábamos allá en la ciudad sitiada: ¿qué hicimos?, así, como niños, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿y nosotros qué hicimos?

—Nada.

¿Cómo nada?, ¿cómo nada? ¿Es así porque sí? Es así porque sí, tú lo has dicho. No, no puede ser. Puede ser y es. Y pac, como puntilla de lapicero.

Vuelven a mí, gratas o dolorosas, las imágenes de mi ciudad, grande, grande alma ciudad, lecho sin tender, cosa del corazón, laberinto de albur la gran Tenochtitlán, siempre joven, que fue tronchada lozana, adolescente apenas, ciudad de mercados, y pienso quién sabe por qué en el mercado Abelardo Rodríguez, confuso y tan enorme que tiene adentro hospital, teatro, escuelas y quién sabe qué otras cosas, además de mercado, desde luego, ¿quién inventaba tanta cosa? Diamante y muladar que los Cabezones cerraron, todo el inmenso edificio, una manzana entera, con la gente adentro, y llenaron, señor, señor, no hagan eso, por favor, con el gas amarillo que dejaba a la gente, primero, en estupor catatónico (qué cuadros plásticos vieron los que entraron con las máscaras antigás, de verdadero museo de cera) y, después, francamente idiota y sin la menor iniciativa. El gas amarillo era más horrible porque hacía ruido, quién sabe cómo, pero hacía ruido; la gente le decía el *chillador* y así explicaban: "Está así porque le echaron del *chillador*, pobre... nomás come y mira y duerme a sus horas..." Mercados, del *tianguis*, dulce palabra, callejero a la Merced interminable y la Central de Abastos, más grande todavía, con sus mecapaleros, macheteros, contlapaches, marchantes y marchantitas en la negociación del regateo (excecrada por los Extraños), ¿a cuánto me lo deja?, ¿no?, pero si es una ganga... No discutan, está prohibido. ¿Qué? Discutir. ¿Por qué? Son dos prohibiciones, una, discutir, la otra, hacer preguntas... Mercados, tantos mercados, y nada que comer. Nula com-

praventa. Trueque, a veces un conejo por un coche (al cabo que ni hay gasolina), sin moneda metálica, bueno, qué moneda ni qué nada, si no valía nada, con los bancos cerrados, digo, la moneda es sensible y con lo que estaba pasando... ¿Qué? Aunque, claro, sin duda, claro, no faltaba quien quisiera atesorar por si las moscas, esos instrumentos ingrávidos, pedazos de papel bruscamente absurdos, tan absurdos y obsoletos, como las viejas reglas de calcular de los ingenieros, blancas, muy bonitas, sus carros como de marfil deslizándose suavemente, cuando aparecieron las calculadoras, oscuras, horribles, pero eficaces y tan sencillas que hasta un niño de lento aprendizaje o una ama de casa iletrada e innumerada puede usarlas... Así como las viejas y pálidas reglas de calcular, quedaron nuestros pesos y centavos, con su águila con las alas explayadas, adiós el águila real que en mi sombrero lucía, adiós. Y un símbolo brutal de nuestro destino eran esos pesos muertos estorbando, disparatados, en el universo familiar del bolsillo del pantalón. Estorbando. Somos el *tercero incomodo* que obstaculiza a los amantes en un episodio stendhaliano de galantería de palcos, y estamos de más, de más en la historia, de más en el universo. Y no teníamos qué comer. En el mercado de San Juan, breve y elegante sonata de Scarlatti alimentaria, no había lo que se le llama nada. Hasta las ratas estaban desesperadas. Qué desolación de hormiga en frasco. Nada. Ni un pepino, vaya, no había ni agua: en toda la zona faltaba por los combates de La Ciudadela (la temeraria incursión del enemigo había fracasado, y se retiraba en confusión por Bucareli y avenida Cuauhtémoc, pero ya ardían, no sólo el Reloj Chino, sino la Biblioteca de México con todos los libros, el mural de Zárraga, y el director y los otros funcionarios que se negaron a abandonarla y se hundieron con ella como el capitán con su barco: en posición de firmes y cantando el Himno Nacional). En el hambre pavorosa de la ciudad sitiada, uno se imaginaba los mejores platillos. No

cualquier cosa de comer, porque la imaginación elabora: un mole poblano de guajolote, por ejemplo, platillo bizantino califica Alfonso Reyes, con ajonjolí espolvoreado de toque final. Pero no había nada que comer, nada, ni tortilla seca. Y por ser tan suntuosa y antojera la comida mexicana sufríamos más en la abstención. Yo me pasé un día entero imaginando, casi alucinando, una sopa yucateca de lima (lo más que pude comer fue agua caliente). Una familia descubrió dos costales de pinole en un almacén, bien escondidos, así habrán buscado, y comieron tanto y tan aprisa que varios murieron retacados. Decían. Tardaban en recoger los cuerpos, el servicio era ya muy irregular y el hedor insoportable, las pompas funebres de Gayosso (fundada en 1872), después de un éxito comercial sin precedentes, no alcanzaban a cubrir la demanda de una ciudad que era toda ella velorio y entierro. No, no, quién iba a poder... Hambre, hambre, no se puede pensar en nada, la cabeza llena de imaginerías de cocina. Salsas, más que atributo, sustancia misma de la cocina: algo simple, un arroz colorado con huevos estrellados cómo se ennoblece y resalta con una salsita verde de tomate, chile, cilantro y cebolla. O los adobos celestiales como aquel de chile pasilla, de un rojo profundo, un poco anaranjado, por el que las monjitas que lo guisaban fueron inmediatamente, con dispensa de trámites, *fast track*, beatificadas. Porque los Extraños eran superiores a nosotros en ciencias, tecnología, organización y lo que se quiera, pero no en cocina. La delicadeza de colores y texturas de unos chiles en nogada, coronados de granitos colorados de granada sobre la blancura de la nuez, para no decir nada de su sabor verdaderamente polifónico, de madrigal de Monteverdi, es algo que los Cabezones no podrán alcanzar ni en sueños. "Coma, hombre, nútrase, le digo." Pero si no se trata nada más de eso. Mire, le digo, pruebe la capirotada o pruebe el mole de olla de Oaxaca y el queso de Cotija, tan sereno y adusto, y el politeísmo de los tamales,

y los sopes y garnachas, las enchiladas de distintos tonos y timbres, la flor de calabaza, el huitlacoche, el chicharrón con guacamole picoso, las tortillas recién torteadas, calientitas, y, para no ir más lejos, el taco de sal limpio y esencial como canto gregoriano...

—El dueño de La Rosa de México, en la calle de Ayuntamiento, café y pastelería, como usted sabe —me decían—, era un señor muy piripití, don Augusto Plastrón, linajudo, pero eso sí, al borde de la quiebra por mala administración, y se sacó la lotería, un verdadero éxtasis. Al siguiente sorteo, jugó y se volvió a sacar el premio mayor. Pero esta vez fue llover sobre mojado: don Augusto se sintió injusto, cuando menos muy incómodo, y empezó a actuar raro... "¿Para qué juegas, Gustín?", le decía su mujer. "Déjame, déjame." Cuando poco después volvió a ganarse el gordo, se volvió de plano loco, y hablaba solo y en voz alta en las calles, no se bañaba, comía a fuerzas y tenía mucho terror de que le iba a caer una desgracia triple y fulminante. La familia por más que le hizo no pudo hacer nada, ya no se sacó más premios, pero de todos modos tuvo que encerrarlo, eso sí, en el manicomio más caro de Suiza, porque ya eran riquísimos, y ahí quedó el cabeza de familia aplastado por su buena suerte. Su hijo Rafaelito, en los viajes de recreo e instrucción que hacía por el mundo, se hizo coleccionista de arte y se aficionó mucho a la buena mesa. También dicen que se hizo *gay*, pero yo en eso no me meto. Cuando empezó la guerra regresó a México y dijo, no sin gallardía, que quería compartir el destino de la ciudad donde había nacido. Bueno, quiero decirle que fue él, Rafaelito Plastrón, quien inventó la llamada *salsa de cartón* que, como usted sabe, no alimenta nada y sabe horrible, pero distrae y, con un poco de fantasía, puede pasar, digo, cuando menos para que no se atrofien por falta de uso los músculos de la masticación, que no se cuáles son, pero, como sea, ahí están. También creó la *goma de tortuga*, que era verde y dormía la boca,

vaya usted a saber de qué estaba guisada, y muchos platillos que daba en sus cenas como la *corteza en estofado tres lunas*, el *caldo imperial de yerbas sorpresa*, la *milanesa de engrudo* y el *lomito de roedor casero a la vainilla* que a veces servía de postre... Quién lo hubiera dicho, Rafaelito, sin alardes ni cosas y tan rico, era un verdadero patriota... Murió, de la totofodia, creo...

Don Jerónimo Lago, maestro titiritero, ya muy anciano, de la vieja tradición de los Cueto y otros, editaba con grandes esfuerzos y caótica regularidad la heroica *Hoja del Titiritero Independiente*. Pese a que vivía solo y más bien olvidado, en las calles de San Antonio Abad, los Otros lo buscaron con inexplicable y furiosa obstinación. Y es que había caído en sus manos la hoja inofensiva y pensaron, vaya usted a saber por qué, que el periodiquillo tenía algo que ver con la fiesta de los toros, a la que aborrecían por sobre todas las cosas. Del toreo no entendían nada. Creían, por ejemplo, que el hecho que vendieran como carne de res a los animales después de la corrida era muy importante para la fiesta. "¿Qué clase de rastro es éste?", preguntaba lleno de cólera un Cabezón cuando veía los tendidos de la Plaza México (la más grande del mundo, como se sabe), "¿toda esta gente para ver a los matarifes?"

No, señor, no, déjeme explicar, es el arte del toreo... "Cállese, bestia, qué arte ni qué nada..." La repugnancia de los Extraños hacia las actividades pecuarias era enorme, adonde entraban lo primero que hacían era prohibir el sacrificio de animales de cuatro patas. Un Cabezón podía hasta vomitar viendo a alguien comer un filete (y peor todavía si no estaba bien cocido). Poco después prohibían comer alimentos fritos. Quién sabe por qué. Las dos prohibiciones asestaban un golpe de muerte a la cocina mexicana. Su agonía coincidió con el sitio de la ciudad: lo que no se comiera durante el asedio no iba a volverse a comer nunca más. Y nosotros, tan fritangueros, nosotros, a quienes nos decían como insulto *comedores de cerdos*, tan aficio-

nados, en efecto, a las carnitas y el espinazo con verdolagas que hacía cerrar los ojos con horror a los Extraños. "Devoran la columna vertebral de la bestia..." Los charros, ay, que desfilaron en sus caballos por el Zócalo al inicio de la defensa de la ciudad, marciales y varoniles. Y en qué animales, Dios, grandes, fuertes, sobrados, qué pelaje y qué colores. Y quién iba a pensar que tiempo después esos caballos acabarían destazados y repartidos como alimento. Un charro se suicidó después de dar muerte a su yegua, la Paloma (que tenía, en efecto, colores de paloma). Muy natural, el suicidio era la cosa más común en aquellos días. También volvimos a la costumbre prehispánica de comer perros. Al principio todo mundo defendía a sus animales, los escondía y los alimentaba en secreto, pero cuando el hambre apretó nos fuimos endureciendo. Cómo cambia la gente presionada por la necesidad, si no lo ves, no lo crees. El zoológico no pudimos usarlo como abasto alimenticio porque fue una de las primeras cosas a las que los Otros prendieron fuego. Ardió todo el Bosque de Chapultepec y también el Castillo con nuestras reliquias históricas. Sabido es el desprecio y aborrecimiento que sienten Ellos por los parques y jardines dentro de las ciudades, el espacio abierto lo juzgan bárbaro e insalubre, cosa de degenerados y salvajes. Qué hoguera hizo Chapultepec, ardió días enteros y no acababa de consumirse. Algunos dicen que ahí se dieron cuenta de que los Cabezones no querían sólo tomar la ciudad por asalto, sino querían destruirla. Pero yo creo que no, que fue después, cuando avanzaron por la avenida Insurgentes demoliendo todo a izquierda y derecha. Un trabajo especializado con los explosivos de precisión que traían. Eso sí, hecho a conciencia: se trataba de demoler la ciudad, de no dejar piedra sobre piedra, de hacer borrón y cuenta nueva de todos y cada uno de los edificios de la gran ciudad. Yo creo que ni en Cartago fueron tan minuciosos los romanos con su aniquilamiento y su salero. Todos los prisione-

ros, hombres, mujeres (muchas de ellas violadas por las tropas facciosas), los niños y ancianos eran ocupados en la limpieza y ordenamiento de la miserable ruina de su ciudad abolida. Y era una suerte porque el que no tenía trabajo era exterminado. "En qué quedamos, ¿sirves o no sirves?" "Sirvo, señor, míreme, estoy fuerte..." Así decían los infelices esqueletos parlantes que habían sobrevivido a la hambruna del sitio. Y en la tarea de la destrucción se extenuaban esos pobres fantasmas, qué obstinación en vivir... Pero ni esa flaca oportunidad tuvo don Jerónimo Lago, maestro titiritero, al que colgaron e hicieron bailar como una marioneta, para diversión de la turba, hasta que murió. Todo por un error incomprensible que asociaba misteriosamente, muy misteriosamente, yo hasta la fecha no entiendo nada, el arte audaz y atlético del torero con el sedentario y apacible del titiritero. Y ahí quedó Lago, en su taller, títere al fin entre los títeres, enérgicamente accionado por la mano salvaje del destino, haciendo muecas patéticas y sin entender absolutamente nada. Porque el crimen gigantesco estaba hecho de pequeños crímenes y la tragedia grande de mínimos alaridos chiquitos.

—Puro horror, señor, no le digo... es que lo que hicieron, de veras, algo espantoso, es gente muy mala, pero ¿cómo pueden ser así?, ¿dónde se criaron, señor? Ni parecen gente, yo no sé qué son, y se siente horrible nomás de verlo, a todos ésos, daban de gritos, ay, ay, y nadie podía hacer nada, no pos qué se podía hacer... Como le digo, señor, quién sabe qué se siente cuando se ve una cosa así...

Pero no me quiero quejar. No me gustan las quejas, siempre he sentido desconfianza y disgusto por las personas que eligen autoerigirse en la figura de la víctima. Es fácil creerse una víctima, basta con borrar nuestra participación negativa en los hechos, con no volver hacia nosotros ni intentar analizar nuestro propio comportamiento. La víctima se hace así pura, inmaculada, y mientras mayor

es la injusticia que cree que se ejerce sobre ella, más y más pura e inmaculada va resultando. Es un mecanismo de conducta muy común. Pero es una manera de cobrar superioridad hueca sobre los demás y de no entender nada, porque no hay nadie que sea puro ni inmaculado y todos trabajamos para construir nuestras propias catástrofes. No queremos ver nuestro lado chueco, nuestra fatuidad, nuestro abuso y tontería. Pero la moralidad tiene que empezar ahí, dentro de nosotros, en el examen imparcial de nuestro lado chueco, ahí, en nuestra fatuidad; tiene que empezar en la aceptación, sin disculpas ni atenuaciones, de nuestros impulsos y responsabilidades, si no ¿dónde? Un político viejo y experimentado, Manuel Flores Proeza, secretario de Comunicaciones y Transportes del gabinete del presidente interino González Puchurreta, escribía así en su diario durante la guerra: "Gobierno, autoridades, servicios públicos, fuerza armada, nada existe... Es asombroso que la Ciudad de México se despierte cada mañana para ir cada cual a sus ocupaciones. ¿Cuáles?, ¿cuáles? La inercia. Nadie está obligado a nada, nadie quiere ni puede exigirle a otro su obligación. Histeria de grupúsculos en pugna, armados, que pasan de las palabras a los hechos para asesinar y robar, ineptitud total de los gobernantes, inmoralidad, cobardía, caos, gritos y balazos de facciones aun en el frente a tiro del enemigo común, bandas de delincuentes comunes corriendo frenéticos en las calles, ríos de tequila y marihuana, mercado negro de todo, engreimiento de advenedizos en el poder, salidos de la nada, sin mérito alguno, insolencia de los ricos, rencor y avidez de los pobres, deslealtad, disimulo, resentimiento, explotación de la guerra para enriquecerse, palabrería de fracasados, irresponsabilidad y pillaje en las calles, golpes bajos y odios inexplicables en el gabinete, obstáculos absurdos y deseo de no ser menos, tonterías a granel y ceguera ante lo obvio, aumento desmesurado de la criminalidad en todos los órdenes, abuso, traiciones, burocracia

inflexible y confusa, asambleas constantes, interminables, mociones aclaratorias, una verdadera pesadilla de la razón, demagogia galopante, vejación de los moderados y lúcidos, como siempre, aclamación de los locos vociferantes, tiranía de la muchedumbre intolerante y violenta, venalidad generalizada, falta de firmeza en los mandos, incivilidad, negativa a la organización de un ejército disciplinado, parálisis de las operaciones... Podría seguir. Así enfrentamos la amenaza de destrucción total. El otro día, harto del espectáculo repulsivo, me descubrí pensando: 'Qué bueno que se lleve de una vez el carajo a todos estos cabrones'. Sí, pero *estos cabrones* somos *todos nosotros,* me lleva la chingada, todo lo que he conocido".

Página admirable esta de Flores Proeza, amarga, pero que retrata muy bien la situación en el campo de las fuerzas leales a la República. El deterioro venía de muy lejos. No sé en qué momento, pero hacía mucho, el país se hizo de ventajeros: salvo raras excepciones, todo mundo quería sacar ventaja, a la buena, a la mala, como sea y en lo que sea. Pero lo logrero a su vez provenía de un derrumbe de la ética del trabajo. No sé cuándo sucedió, pero el trabajo concienzudo dejó de ser el fundamento de nuestra sociedad. La gente dejó de sentir la ambición y el orgullo del trabajo hecho con habilidad y esmero, a conciencia. Apenas quedó nada ni de eso ni de lo que se teje alrededor de algo así, dentro de la conciencia, en la vida familiar, con los amigos. No. La gente se sintió, casi de pronto, prisionera, prisionera en sus formas de vida. Y sólo había una salida de la cárcel. ¿Cuál? Sí, el dinero. Y el dinero se convirtió en la única meta, en la obsesión colectiva. Tal vez la automatización, la tecnología, las máquinas devaluaron el trabajo y le quitaron su dignidad y encanto. No sé, pero la gente se hizo diferente, nos hicimos diferentes, las propias condiciones de vida se experimentaban como un encierro, una prisión y la sociedad era de presos escapando, fuga masiva hacia tener más, figurar más. En la gente

muy pobre, se entiende, pero ¿toda la sociedad?, ¿una sociedad de gente en tránsito, cada uno por su cuenta, cada uno enfrentado a los demás? Tenía que deformarse, no podía ser de otro modo. La injusticia básica de la sociedad no se percibía porque cada uno intentaba escapar por su cuenta y sacar partido de la situación reinante. Ya sé que estoy hablando como tonto, que estoy exagerando y que mi diagnóstico es superficial, pero basta con que sea verdad una parte de lo que estoy diciendo para vislumbrar hasta qué punto estaba enfermo y lastimado el fondo de nuestra sociedad. Todo culminó en la evaporación de las ideas políticas, a fines de los ochentas, y la supeditación de todo a consideraciones económicas. El sentimiento de tránsito social, perenne, insatisfecho y obseso por el dinero, se convalidaba desde arriba y se hacía, por decirlo así, estatal, oficial. Porque el mecanismo encierro-escape-por-el-dinero se reproducía idéntico en diferentes órdenes y escalas, en el todo y en las partes. ¿Qué habría dicho mi maestro Spinoza de una cosa así? Puede ser que la maniobra política, la *grilla*, la *grilla* a la que somos tan voluptuosamente inclinados los pueblos donde el imperio de la ley es débil y errático, haya alcanzado mayor preponderancia en la guerra que antes, en la paz y la costumbre. Pero la guerra trae sus propios modos: cuando menos tres atentados gravísimos se registraron contra la vida del presidente interino de la República, Manuel González Puchurreta. La *grilla* se hacía peligrosísima, los políticos conspiraban unos contra otros, complot tras complot, la gente andaba armada y pasaba de las palabras a los hechos con una facilidad asombrosa. El ambiente tenía un airecillo de familiaridad. Sí, se había regresado a los tiempos de la revolución mexicana en los que los señores de la guerra se disputaban a balazos el poder político. Como decía Ramusio Codo: "qué educación ni qué nada, ¿no ves?, estos cabrones no aprendieron nada, en cuanto pudieron, de vuelta a lo mismo, al diputado prepotente y empistola-

do... Y yo que creía que la fauna esa estaba extinguida, pero míralos, míralos, qué ingenuidad la mía, ¿no crees?" En uno de los atentados a González Puchurreta cayó gravemente herido Carlos Arrieta Velasco, que, oh injusticias de la fortuna política, seguía de subsecretario de Gobernación. Muchos le traían ganas, sobre todo los más alharaquientos, lo acusaban de traidor por haber sido el primero que trató con los Cabezones, pero no era traidor (¿de quién no decían eso?), era ingenuo y un poco simple, predecible, pero leal. Mi suegro, que era viejo amigo suyo, mi padre y yo lo visitamos en el hospital, donde se recuperaba (no me acuerdo bien por qué fue mi padre con nosotros, pero fue; en esa época mi papá y yo nos veíamos mucho). El hospital, nunca lo voy a olvidar, era verdaderamente espeluznante. Ahí, cuando se enteró de que pensaba escribir sobre la guerra, me prometió, y después, ya en su casa, me entregó los cuadernos con sus anotaciones sobre el primer encuentro con los Extraños. El hospital... Las enormes dificultades y peligros se iban democratizando y muy pronto nos alcanzarían a todos. Una tarde Josefita entró deshecha en llanto al despacho de su marido, Máximo Podiú, secretario de Turismo. Había salido, explicó, con su hermana Irma de su casa en Coyoacán (hay que salir a veces, no se puede vivir encerrado) e iban circulando por la calle de Francisco Sosa cuando una bomba estalló cerca, la hermana cayó herida, Ramón Azaña, el chofer, murió en el acto. La hermana estaba desangrándose en un hotel habilitado por Podiú como casa de socorro, donde no había medios para atender a tanta gente como iba llegando. La pobre Josefita, que era catalana, había ido como loca a pedir auxilio a su marido. No sabía por dónde ni quién la había llevado hasta la oficina. Quiso tomar un taxi y se encontró adentro con un enano sin cabeza (primero creyó que era un niño). El espanto la tenía medio trastornada. El espectáculo en la casa de socorro era horrible. Irma, su hermana, tenía

una herida junto a la cadera y yacía tendida en el suelo, entre muertos y heridos, en peligro de morir por falta de asistencia. Nadie hacía caso de nada. Máximo Podiú se comunicó por teléfono a la casa de socorro y dio órdenes ansiosas de que se atendiera in-me-dia-ta-mente a su cuñada. "Aquí espero, aquí espero, no cuelgue", indicó. Tardaron muchísimo en regresar al teléfono, de seguro no la encontraban entre tantos heridos, muertos y enfermos graves de las epidemias menos contagiosas (los más contagiosos eran destinados a hospitales especiales aislados), cuando volvió al teléfono la voz impersonal informó secamente que la mujer herida "ya había pasado", y colgó el teléfono. "Que ya pasó", le dijo Podiú a su mujer. "¿A dónde?" "No, hija, se murió", explicó Podiú abrazando a su mujer. Episodios como éste eran parte de nuestra vida cotidiana, de eso hablábamos los amigos cuando nos reuníamos e intercambiábamos rumores, historias y toda clase de informaciones. Porque el pueblo, no quiero hacer demagogia, la gente se organizaba a su manera. Espontáneamente se iba nucleando alrededor de los mandos más capaces y firmes. La figura de mayor prestigio fue, sin ninguna duda, Casimiro Real que, desechando toda politiquería y brincándose toda burocracia, logró concentrar el ejército disciplinado que resistió hasta el final con heroísmo asombroso. Real era una criatura sustanciosa, sin adornos; extremadamente sencillo, daba la idea de que sus pensamientos y emociones se hacían palabras sin pasar por ningún filtro de astucia o disimulo. Era serio, adusto y recto, áspero a veces, como corresponde a las personas que anteponen la rectitud a las ganas de andar quedando bien con los demás. Eso que había en el fondo no quitaba que fuera jovial, sonriente y, a veces, muy chistoso. Entre los dones de esta especie de Mozart de la invención estaban: 1] prodigiosa rapidez e inteligencia para ir al meollo de cualquier cosa y deshacerse, a veces con humor, de lo insustancial; 2] el aplomo con que asumía la responsabilidad de las decisiones más graves

y angustiosas, y 3] la inventiva, nadie podía saber nunca lo que Real iba a decir, era totalmente impredecible, fresco, enemigo de lo obvio y consabido: cuando se formulaba un problema o se explicaba lo que estaba pasando en alguna parte, en la ciudad o en el frente, los jefes y oficiales, todos los jefes y oficiales, hasta Jerónimo Salazar y Epigmenio Picudo, volvían la cabeza hacia Casimiro Real y esperaban en silencio su opinión. Y así, lenta y gradualmente, el muchacho fue asumiendo el mando de la guerra. La devoción que generó a su alrededor, sin proponérselo de ningún modo, fue tan grande que parecía religiosa, de cosa sagrada. Sólo en la extrema desesperación de una guerra desesperada podía suceder algo así. Yo creo que en tiempos de paz y costumbre los políticos convencionales lo habrían nulificado fácilmente. Real no tenía los atributos necesarios para el triunfo en la lucha por el poder. Quiero hacer notar aquí que Real no tuvo nunca cargo público ninguno durante la guerra, Manuel González Puchurreta siguió siendo hasta el final presidente interino de la República, y Real era nada, no tenía ningún cargo, salvo, naturalmente, el de dirigir a la pobre manada y ser, tan joven, como el padre, el que nos dijo qué había que hacer, a nosotros, a todos nosotros, hombres y mujeres, militares y civiles, que en esos momentos de espanto grande éramos como niños, sus niños, y no sabíamos ya, verdaderamente, ni cómo nos llamábamos. Lo vi algunas veces, estaba yo siempre de pie, unos pasos atrás de Jerónimo Salazar, de cuyo Estado Mayor formaba parte: nunca se exaltaba ni gritaba ni hacía aspavientos, tranquilo, fumando (como dicen que sucedía con García Lorca, cada cigarro que encendía parecía el primero que fumaba en su vida), sin melodramas, razonando, y cuando miraba, miraba de veras, no había gente invisible para él, te miraba con interés, con curiosidad, individualizándote. Aunque librábamos una guerra, él no parecía odiar a nadie, parecía, curiosamente, y fue lo que se me hizo más notable,

un muchacho muy compasivo. A la mejor sentía una piedad enorme por todos nosotros e hizo lo que hizo por compasión. No me extrañaría. Pero cuando se acerca uno a una persona con los dones y capacidades de Casimiro Real, muchas cosas tienen que quedar sumidas en el misterio, aun para él, no puede ser de otro modo y así es.

Escribo a la orilla del mar, viendo su ir y venir, con los pies desnudos sobre la arena tibia. Estamos bien, nuestro mayor temor operativo, que Saúl se fuera a enfermar, no ha sucedido (se ha enfermado, claro, pero de los males acostumbrados en los niños, y Ester no se separa de un pequeño saco con Tempra, jarabitos para tos y otras medicinas). Nos desplazamos por la costa. Una noche dormimos en un faro, apagado, desde luego, un lugar delicioso, en lo alto de un acantilado, como corresponde a un faro. Tanta placidez y ventura no creo que puedan durar. Parece que estoy escribiendo una carta, *estamos bien, saludos*, pero, ¿a quién? Sí, una carta de relación, codicilio, póstuma y abierta. ¿A quién? A los *pósteros*, como habría dicho Ramusio Codo, *piensa en los pósteros*. Una cosa verde botella, de náufrago romántico lanzada en la noche a los tumbos del proceloso mar del tiempo. El tiempo nace y muere y en el tiempo, y somos efímeros en esa espiral turbulenta, en ese mar siempre igual y siempre cambiante: no, no será eternamente como ahora, y por eso intento que nuestra tragedia tenga perduración. Alguien nos va a entender un día. Y a ese desconocido le estoy escribiendo, desconocido, pero no tanto, familiar de algún modo, semejante, prójimo. *La historia nunca se repite, los hombres siempre.* A ese hombre repetitivo anónimo, tan anónimo como el pequeño propietario al que hace referencia el *Código* de Hammurabi, le escribo. Pero tengo que darme prisa, mientras más libres y dichosos somos, mientras menos miedo tenemos, peligramos más, mucho más. La contradicción no puede resolverse. Tarde o temprano van a dar

con nosotros. Estamos en movimiento, es como jugar encantados o a la roña, pero sin tener la menor idea de dónde puedan andar los que te buscan. No puedo, como antes, sentarme a trabajar, empiezo a escribir donde sea como sea y a la hora que sea... como decíamos en México, al trancazo, en chinga, hecho la raya y la perica, ahí se va y como salga...

Muchas veces pienso en los salvajes, en la idea que teníamos nosotros de los salvajes, los pigmeos cazadores de gorilas en las montañas de África, los jíbaros con su peinado medieval, tatuados, y sus *extrañas costumbres*, nuestros lacandones, tarahumaras, huicholes comedores de peyote y sus *extraños dibujos*, ¿cómo los mirábamos? ¿Qué palabras usábamos para ellos? Ingenuidad, naturaleza, etnias, grupos, cultura... Un airecillo de superioridad, inevitable, reservado para los no civilizados, los que desconocían las complejidades de la gran industria, la gran ciudad, la gran tecnología y la gran lo que sea... Vida elemental, comunión con la naturaleza. Ester, Saúl y yo no somos como ellos, Robinson Crusoe no era un salvaje, nosotros somos náufragos o desterrados o nómadas, pero no primitivos, nuestras pertenencias son elementales, pero nuestra mente, no. Pienso en el medieval *homo sylvestris* con su garrote inevitable, su economía de subsistencia y sus pelos por todas partes. Ese Calibán melenudo, fascinante y temido, representante tardío de una Edad de Oro, sospechoso de poseer no sé qué secretos y virtudes, torpe, despreciado, lento, espontáneo, sujeto a los caprichos de su interioridad e incapaz de la censura y autovigilancia del hombre civilizado. Pienso mucho en ese salvaje porque así nos veían a nosotros los Cabezones, los Extraños, como si nosotros fuéramos salvajes, no *ese* salvaje hirsuto, no ese *homo sylvestris*, otro, pero igual de primitivo, elemental, con *extrañas costumbres*, extraños e impúdicos atavíos, gente, en fin, el corolario de siempre, que no sólo se podía, sino se

debía (y aquí dos palabras horribles) someter e instruir. Y Ellos se reían de nosotros o se indignaban; algunos, como Carapanzo, nos estudiaban. Viera usted lo que se siente. Los Cabezones alzando las cejas con asombro, o de plano riéndose, ante el papel moneda, la división del día en veinticuatro horas o los siete días de la semana (no más domingos, amigo mío, se acabaron), la pasta de dientes, las computadoras, las imágenes planas o de bulto de cristo crucificado (destruidas todas las que no pudieron esconderse, ocultamiento lleno de peligros, la imagen era para Ellos abominable y el castigo por guardarla, cruel), los radios y ceniceros, las correas de los zapatos, las corbatas, los focos, las medicinas y radiografías, las cucharas y los alfileres (que tomaban entre los dedos y alzaban a la altura de los ojos diciendo "qué maravilla, ¿para qué son?"), todos y cada unos de los instrumentos de la orquesta, las cartas de baraja y los anteojos, la tela de lana, los anillos, las rayas pintadas en las calles señalaban el paso de peatones, los micrófonos, la tela de las toallas y la regadera, las licuadoras y los tostadores de pan, la pintura (incomprensible para Ellos; todos los murales de Orozco, Rivera, Siqueiros y Tamayo fueron rápidamente destruidos) y también la de caballete y la música de órgano (Juan Sebastián incluido), las plumas fuente, los cinturones de cuero, el mezcal pechuga almendrado con gusano nadador, los columpios, la bicicleta, los guantes, las máquinas de coser, el paraguas, la pipa y los dados, los caramelos de colores, el agua embotellada, las llaves, todas las llaves, la convivencia con perros, gatos y pájaros, el descanso nocturno generalizado, las torres con relojes, comida enlatada, periódicos y revistas, estatuas de bronce, estufas de gas, carreras de caballos (abominación) y de coches (idem), los coches mismos, las máquinas copiadoras, todos los deportes que se juegan con pelota, los saleros y pimienteros, los abanicos, el vidrio en las ventanas (tan riesgoso, según ellos, "viven entre cuchillos, brr"), las pastillas

de jabón, asombro, asombro, todo era asombroso, propio de los salvajes, las fotos de identificación en dos dimensiones, planas, en las que la cabeza no va girando lentamente, en blanco y negro, para Ellos tesoro de anticuario, las calculadoras de bolsillo con números arábigos, las ligas de hule de distintos gruesos, las tijeras ("ingeniosas, ¿no?"), la educación de los hijos confiada a los padres ("absurdo, absurdo") y la convivencia con los niños en el inmueble de la casa familiar y la casa familiar misma, el matrimonio antes de los treinta años, los clips de mariposa y los tinteros, los circos y los cirqueros (juzgados perversos y perseguidos con brutalidad), los motores de cuatro tiempos ("va estallando, va estallando, pum, pum"), las máscaras de látex, el helicóptero, el uso social de dar las gracias o pedir *por favor* o decir *con permiso, con permiso,* la necedad de que las casas habitación tengan sala o se construyan templos, los bolsos de mano, las reglas de madera con milímetros y centímetros, el sistema decimal, el alfabeto y la escritura... en fin, no sé cuántas cosas... A veces de plano no entendíamos el asombro, como, por ejemplo, toda la importancia, el aparato de juicios, vergüenzas, temores en relación con los cabellos. Les parecía sumamente impúdico andar sin sombrero; lugar al que entraban los Cabezones, lugar en el que empezaba la distribución masiva de gorros y su uso compulsivo, aun entre los niños. Los soldados de los Otros veían con no sé qué de avidez y lujuria el cabello de las mujeres que andaban destocadas. Esta apreciación desbordaba al lenguaje (había en su habla no sé cuántas palabras para aludir al pelo sin nombrarlo) y a los objetos relativos: un día que Ester extrajo de su bolsa un peine, Carapanzo le pidió "Guarda eso, por favor", y se volvió a mí con cierta alarma "Se iba a peinar aquí, ¿verdad?", me preguntó (y su temor era vano, a Ester no le gustaba llamar la atención de ninguna manera). Aceptaban el cabello teñido, es más todos Ellos, hombres y mujeres, parecían traerlo así, y de colores estridentes,

algunos verdaderamente a matar, pero desaprobaban vivamente pelucas y bisoñés. Una vez vi a unos Extraños comentando y riéndose de un pincel de pelo; de seguro les parecía un objeto pornográfico porque se lo acercaban a la cara unos a otros y se retiraban haciendo ascos. La misma actitud tenían hacia los peines y se reían con gestos simiescos de sus diferentes tamaños y materiales. Nosotros no podemos entenderlo, pero si llegan a capturarnos, nuestro pequeño Saúl, llamado el Bola, crecerá en la emoción de que el cabello es impúdico y hay que teñirlo y recatarlo, y él sí lo va a entender (mejor dicho, tampoco lo va a entender, pero va a vivirlo así, en la trémula zona del deseo y la represión). Algunos intentaban entender a los Otros; yo siempre me negué. Era imposible. ¿Cómo entender, por ejemplo, el valor supremo que le concedían a la leche materna? Las mujeres con hijos lactantes eran apartadas y conducidas a edificios especiales. La leche materna era buscada con avidez, como si fuera oro puro. ¿Qué tenía? Quién sabe, no sabemos. Lo que sí sabemos es que su valor generaba la creación de establos monstruosos. Algo hay en la sustancia. Pero claro. Nuestra química, nuestra biología son tan atrasadas. Los Cabezones están tan adelantados. ¿Adelantados?, preguntaba yo, quién sabe, lo que es seguro es que tienen una vida diferente de la nuestra, si eso es *adelanto* y lo nuestro *atraso,* no lo sé. Y me miraban con extrañeza, ¿qué estaba yo diciendo? ¿Estaba poniendo en duda la bondad del sagrado camino de la ciencia? No. Un día la señora Anscombe le preguntó a Wittgenstein: "Si un amigo suyo decidiera consultar a un médico brujo, ¿le darían ganas de detenerlo?" El filósofo respondió: "Sí, pero no sabría por qué". No dijo algo como "un brujo no es un científico". Quiero decir, la superstición puede adquirir muchas formas. Y acerca de la ciencia, los legos tenemos muchas supersticiones. Una de ellas es que saber más, y poder hacer más cosas, va a hacernos automáticamente más aptos para vivir o

más dichosos. Yo creo que los Cabezones nos probaban todos los días, de todas las maneras posibles, que eso no es cierto. La tecnología de los Otros hacía pasar a la sociedad de un modo de lío o enredo o embrollo, a otro modo diferente de lío o enredo, también inmanejable. *That's all.* Y lo que no funciona es el supuesto, tan acariciado y entrañable, de que el avance del conocimiento, y el poder tecnológico que engendra, puede deshacer el lío y desenredar el enredo. De ningún modo. Pero entonces ¿qué queda? Ideologías, buenos propósitos, políticas hábiles, cosas lentas, controvertibles, débiles, inmanejables. ¿Qué razones se pueden hacer valer frente al uso del poder? Los Cabezones lograron desquiciar completamente, de la manera más sencilla, la Ciudad de México poco antes de iniciar el asedio. Lo que hicieron fue, simplemente y quién sabe cómo, alterar un poco la marcha regular de todos los relojes. La alteración fue súbita y dispareja; unos relojes los atrasaron, otros los adelantaron. La ciudad se volvió loca, la hora exacta desapareció y era imposible fijarla. Es curioso, pero todos sentíamos una especie de mareo, un mareo con un toquecito de demencia angustiosa, un poco de la sensación de que uno no sabe en dónde está, como si estuviéramos suave y masivamente extraviados, extraviados entre lo familiar como los locos. Ésa es la naturaleza del enredo social. La vida social y la económica, con todo y su aire espontáneo, tienen una precisión y una complejidad que no podemos abarcar. ¿Quién se fija en los relojes?, y, sin embargo, con cuánta firme delicadeza se filtra el tiempo medido en todos los entresijos y articulaciones de nuestra existencia, atando y precisando nuestras acciones. Y ese desquiciamiento era tan sólo un discreto adelanto, una probadita, de lo que iba a venir más y más aceleradamente, en montón desesperante. También es cierto que pudimos resistir. La verdad es que nos destruyeron, pero no nos desguanzaron. No humillamos la cerviz. Eso es cierto. No pasarán. Nos cortaron la

cabeza y luego la aplastaron una y otra vez con una gran piedra. Pero nunca nos rendimos. No pasarán.

De vuelta al Valle de Anáhuac, *¿qué habéis hecho de mi alto valle metafísico*? Y ahí, inabarcable y bullente la ciudad palimpsesto, perdurable asiento de todo poder sagrado o profano, y del dinerito, no hay que olvidarlo, sánscrito corazón de la mantra mexicana, desde el centro hacia la circunferencia y desde el faro hacia abajo, no dimos con otro modo de constituirnos, ciudad de emperadores con trajes suntuosos de pluma y pelo y fibra, todos los colores del arcoíris, ¿quién lo diría cuando mira en tus calles algo moderno y prosaico, un semáforo, por ejemplo, ciudad?, cómo has venido a menos en gala y ceremonial, carajo, rodaste, tus abogados, cuántos, Dios si pululan en el hecho histórico más que la mosca, mire usted, señor, perdimos con los años en decorados, iluminación y guardarropía, nuestros presidentes y generales vestían sin gracia, torpe el ademán y mal cortado el traje, pero fuimos ganando en integridad y orgullo, una pobreza digna, sí señor. Desde el punto de vista del *show business*, señor, nada iguala el sacrificio humano en lo alto de la pirámide, la multitud abajo, los tambores batiendo, los voladores de Papantla, los cuatro rumbos del espacio simbólico extendiéndose humanizado y cabalmente inteligible, los ojillos colorados y feroces del sacerdote atascado de peyote y vaya usted a saber de qué más, gran espectáculo solar, como la tragedia griega y la fiesta de toros, es cierto, pero creo yo que no debemos circunscribirnos a los aspectos de arte de masas, meras consideraciones de esteta o empresario, no, sería muy unilateral nuestro enfoque... Una pobreza digna, le explico a usted, estéticamente repulsiva, pero, digo pero, llena de belleza moral... Está bien, está bien, un irla pasando, como no quería prestarle dinero, le dio algunos consejos. El sitio de la ciudad vino a trastornarlo todo, un tajo en la rutina ingobernable de todos los días y esta vez, *rara avis in terris*, esta vez los millonarios con sus casas de bolsa, los

banqueros, los geniazos de la cosa financiera que hozan entre las empresas multiplicándolas como materia viva, los plutócratas y su vuelo acrobático entre política y especulación, gente así y sus familias y sus amigos fueron los más lastimados. Los pobres, los pobres, qué más, que podían repetir las palabras estoicas de Sancho y Séneca, *desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano,* ¿qué desarticulación podía sobrevivir en un mundo para ellos ya previamente desarticulado y extremadamente hostil? Y sin embargo, muchos de éstos, los más pobres, fueron leales a la República que los había reducido a la miseria sin horizontes (hay que recordar que la miseria figura en los primeros lugares de las cosas hechas por el hombre, *man made*, quien empieza por no entender esto, tan simple, acaba por no entender nada), sí, muchos de ellos lucharon con asumbrosa valentía. ¿Por qué? ¿Por qué defendieron así el estado de cosas que los oprimía? ¿Por qué no se pasaron en masa al enemigo? ¿Qué mueve a actuar a la gente? ¿A qué eran leales? La Bandera, el Himno, el Presidente, el águila comiéndose la serpiente, la garra en el nopal, ¿qué significaban para ellos? ¿O no se daban cuenta de su situación? Imposible. Antes, antes, existieron los llamados *agitadores* y la *agitación social*, reprobados, perseguidos, reprimidos, eso de *no se vaya a desatar la represión,* por la gente de la corbata, el chofer y el plan económico. Me acuerdo de que mi padre me dijo cuando era niño: "No, hijo, yo creo que un *agitador* es una persona muy respetable", se me quedó grabado. Ciudad de izquierda, antes, digo, en general, así nos educaron, y de trotsquistas y comunistas, atomizados a la Lucrecio, ciudad de discutidores de cantina, Renato Leduc al pie de la barra en la Mundial, la Ópera, la Puerta del Sol, allá en el centro: *Agitación, agitación./ La que tiene el Popochón,/ Que cuando bebe y orina/ padece una temblorina/ Como de revolución,* ríe el coro de cabrones el ditirambo, a Diónisos honrando bajo la advocación de los pálidos jaiboles y las mulatas cubas, el tequila perlado y los vasos de cebada, ríe el coro, se huelga,

se expande indolente e ingenioso, de vacación en el oasis frente al espejo, los dados fatales girando en el cubilete de la chingona, *cuando me hicieron senador,* dice en el estruendo Ramusio Codo, *dejé de venir a la cantina, por respeto, digo, por respeto a la cantina,* y el dominó culebrea sobre la mesa, ¿qué?, ¿vamos a comer?, ¿comemos aquí o qué hacemos? El sitio de la ciudad vino a trastornarlo todo, todas y cada una de las mansas o controvertidas actividades de sus habitantes. Ciudad gigantesca, Distrito Federal, DF, como la de Juvenal, la de Villon, la del Doctor Johnson, como las demás babilonias de la indignación austera. Pienso ahora en Ramírez, rábula picaresco, joven abogadete que vivía en la calle de Pino (donde se aposentó el actor Louis Jouvet en su estancia en México), sumido hasta el cogote en el inframundo infernal de la impartición mexicana de justicia, más astuto que Ulises en esas navegaciones llenas de monstruos, se las sabía todas, listísimo, comía cualquier cosa, una torta, un taco, donde sea, soltero, solitario, pobre, pero de veras pobre, ¿quién lo iba a ayudar?, flaco, incansable, servicial, a veces se daba sus placeres, interesadillo, ¿por qué no decirlo?, sin conexiones en México, le gustaba el cine, había acariciado la idea de hacerse actor, pero no, ¿cuándo?, ¿cómo? Su destino pintaba cuando menos oscuro en la perpetua *impasse* de la grotesquería de tribunal (piensa un poco en el polvo de los expedientes, el suelo de los juzgados, el gris de la cárcel). La invasión lo salvó de todo esto haciéndolo, quién sabe cómo, secretario de Jerónimo Salazar. Hicimos amistad. Lo saludaba a la mexicana, de abrazo, *manito, ¿cómo estás?,* decía cordial, perpetuamente sonriente. Hacía mil cosas, organizaba, sabía cómo andaba todo, entendía bien y aprisa. En los momentos de peligro era sereno y muy valiente, quiero decir, era fatalista, pudoroso y sin alharacas.

La guerra significó un alivio para muchos, para muchísimos. Esos gritos en la noche, los *tú siempre* del matrimonio sin avenencia, esos reproches justicieros e inútiles, casi

deportivos, el estruendo de la otra guerra los va a borrar. Las clases medias siempre, para usar un término técnico, fregadas, tan fregadas y tan sin chiste, afolklóricas, pedaleando en la perpetua cuesta del fin de quincena. De bajada en los pequeños placeres, la casita en Tepoz, dominguera, si bien te está yendo y ya eres de clase alta baja o media alta o media entre la media alta y la alta. ¿Vamos al cine? ¿Qué dan? Como sea, el sitio de la ciudad rompió la estructura familiar y generó nuevos acomodos y conductas. Si quieres saber cómo nos fue en el asedio piensa en que adentro de la ciudad nacieron un nuevo cielo y un nuevo infierno. El cielo no era sólo sobrevivir al bombardeo o a los cañonazos, o tener un pedazo de carne, una naranja que comer, el cielo estaba en algo característico de todas las guerras: la localización, la ansiosa localización de familiares y amigos. La simultaneidad indagatoria, la contemplación de lo simultáneo, el dónde estará y qué estará haciendo en este momento fulano (mi hermano, mi tío, mi hijo), un suave ejercicio imaginativo apenas perceptible en la paz, se vuelve en la guerra un trabajo omnipresente y ansioso: ¿dónde está?, ¿está vivo?, ¿herido?, creo que estaba en Puente de Alvarado cuando la ofensiva, ay Dios; estaba de enfermera en el hospital de la Raza, pero ahora ya no sé; era mecánico, señor, tenía su taller en Ciudad Netzahualcóyotl, ¿dónde estará?, ¿dónde? La busca de noticias, la desesperada necesidad de información y localización, y el caos bélico repristinan formas arcaicas de comunicación como el rumor, la carta, el mensajero, apacible lugar común de la tragedia griega, o el simple testigo. "¿Dices que estuviste en la Colonia Cuauhtémoc? ¿A qué altura? Pánuco, Ganges, Lerma, ¿por fin? ¿Comó que andabas corriendo y muy apurado? ¿No te fijabas por dónde andabas? Qué señora, por favor, ni qué nada, mi marido quedó allá y no sé nada de él, en la calle de Rhin, una agencia de viajes, yo le dije que no fuera, que para qué, que no fuera. Y ahora no puede regresar ni sé dónde está..." El

testigo, y lo poco que dice el testigo, quién se va fijar en tanta cosa, se trasmuta en la química del rumor. "Que veinte señoras quedaron atrapadas en el salón de belleza y ahí estuvieron, creo que había un mono y se lo comieron, pero luego el animal también se acabó y no podían salir..." De inmediato se percibe la adulteración rumoresca. Así era al principio, había un fuerte sentido de lo verosímil, de la coherencia de lo que sucede, pero se fue perdiendo o haciendo laxo y desarticulado, porque lo que iba sucediendo, lo real mismo, la verdad misma iba haciéndose cada vez más y más inverosímil. Tome usted el caso de los llamados *escarabajos* (unos azul rey y otros negros), de todos tan temidos. Nunca supimos a cuál reino de la naturaleza pertenecían, si eran artefactos o animales o qué cosa. A su poder destructor, muy grande, había que añadir el asco o aversión que producían (como el que causan una araña o un-cara-de-niño). Parecía que esas cosas miraban, puaj, qué asco, y le cosquillaban a uno las piernas. No es lo mismo que te den de una vez un balazo a que te vayan comiendo las arañas. Y luego el tamaño, no, algo espantoso, y esa baba pegajosa que no te dejaba mover, como de pesadilla, y los ojillos mirándote, y no puedes correr, y la repulsión esa acercándose lentamente. Te digo, la verdad misma iba haciéndose inverosímil.

Por poco nos agarran. Disparé mi pistola, le di a uno, eran tres, la bala lo empujó muy fuerte hacia atrás, cayó con los brazos abiertos, sorprendido, sin gritar. Los otros dos corrieron. Yo creo que no andaban armados. Quién sabe qué eran y qué andaban haciendo. A la mejor lo maté. No sé ni dónde le di, tiré al bulto y cayó. Pero no nos podíamos dejar agarrar. Nos escapamos, y ahora sí saben de nuestra existencia y muy pronto van a dar con nosotros. Eso es seguro. Nos van a buscar. Y, aunque nos vamos alejando a toda velocidad, nos van a encontrar. En fin, no quiero hablar de eso.

¿Qué? El número allá en la Ciudad de México. Estoy hablando de millones de personas dentro de la ciudad, en el cerco.

Tal vez los que nos encontraron eran desertores o prófugos y no pueden decirle a nadie que nos vieron. No me quiero engañar, no parecían ni desertores ni prófugos, no parecía que anduvieran huyendo de nada ni de nadie. Parecía, ¿qué parecía?, una cuadrilla de topógrafos, unos peones de vía. Pero no sabemos.

En la enorme ciudad sitiada, las multitudes en migración. Quién sabe a dónde van o de dónde salen, un gentío desplazándose. En la calle los muertos que ya nadie se ocupa en recoger y dar sepultura o cremar, un hedor insoportable, tirados en las aceras como borrachos, a veces todavía se agitaban, una almeja bajo el dolor del limón, moluscos... Y los demás todavía caminando, enfermos, hambrientos, cansadísimos, locos, oyendo y divulgando rumores, que si esto, que si lo otro, que si allá, quién sabe dónde, hay comida, que si no, un bombero demente, un *encerebrado*, como les decían, destroza con un hacha la puerta de una casa, inútilmente y dando gritos, ¿qué?

El Distrito Federal ocupaba unos mil quinientos kilómetros cuadrados de los ocho mil que constituyen la cuenca del Valle de México, limitada al norte por la Sierra de Tepozotlán y el Cerro de las Navajas, al sur por el Ajusco, al poniente la Sierra de las Cruces y al oriente por la Sierra Nevada. Valle lacustre. Los primeros pobladores necesitaron cinco mil años para dominar los lagos e iniciar la maravillosa agricultura de chinampas y canales. Después de la conquista española, bastaron cuatrocientos años para desecarlos. En los antiguos lagos, resecos y polvorientos, fueron alzadas ciudades de millones de habitantes. Y en

algunos verdaderamente a matar, pero desaprobaban vivamente pelucas y bisoñés. Una vez vi a unos Extraños comentando y riéndose de un pincel de pelo; de seguro les parecía un objeto pornográfico porque se lo acercaban a la cara unos a otros y se retiraban haciendo ascos. La misma actitud tenían hacia los peines y se reían con gestos simiescos de sus diferentes tamaños y materiales. Nosotros no podemos entenderlo, pero si llegan a capturarnos, nuestro pequeño Saúl, llamado el Bola, crecerá en la emoción de que el cabello es impúdico y hay que teñirlo y recatarlo, y él sí lo va a entender (mejor dicho, tampoco lo va a entender, pero va a vivirlo así, en la trémula zona del deseo y la represión). Algunos intentaban entender a los Otros; yo siempre me negué. Era imposible. ¿Cómo entender, por ejemplo, el valor supremo que le concedían a la leche materna? Las mujeres con hijos lactantes eran apartadas y conducidas a edificios especiales. La leche materna era buscada con avidez, como si fuera oro puro. ¿Qué tenía? Quién sabe, no sabemos. Lo que sí sabemos es que su valor generaba la creación de establos monstruosos. Algo hay en la sustancia. Pero claro. Nuestra química, nuestra biología son tan atrasadas. Los Cabezones están tan adelantados. ¿Adelantados?, preguntaba yo, quién sabe, lo que es seguro es que tienen una vida diferente de la nuestra, si eso es *adelanto* y lo nuestro *atraso*, no lo sé. Y me miraban con extrañeza, ¿qué estaba yo diciendo? ¿Estaba poniendo en duda la bondad del sagrado camino de la ciencia? No. Un día la señora Anscombe le preguntó a Wittgenstein: "Si un amigo suyo decidiera consultar a un médico brujo, ¿le darían ganas de detenerlo?" El filósofo respondió: "Sí, pero no sabría por qué". No dijo algo como "un brujo no es un científico". Quiero decir, la superstición puede adquirir muchas formas. Y acerca de la ciencia, los legos tenemos muchas supersticiones. Una de ellas es que saber más, y poder hacer más cosas, va a hacernos automáticamente más aptos para vivir o

tanta cosa, en cualquier momento nos agarran y tengo urgencia de hablar y hablar... ¿Por qué?, ¿por qué nos hicieron todo lo que nos hicieron?, carajo...

¿Qué más? Que los hombres de seis alas ya fueron vistos en el panteón de San Fernando (donde está enterrado Benito Juárez que sí supo combatir una invasión en este pobre país de invasiones) y por la calle de Santos Degollado, hombres de seis alas y escarabajos de los negros, Jesús, Jesús, los que echan el líquido pegajoso, vámonos de aquí, ¿a dónde?, purifica mi alma el señor, ¿a dónde?, vámonos, vámonos, a donde sea... Y la enorme multitud de la Alameda de Santa María se va poniendo de pie, confundida, caótica y angustiada, un rebaño sin pastor, ya no hay pastores y envenenaron el agua... Dicen que el que bebe agua ve visiones horrorosas, horrorosísimas, tan horrorosas que quiere morir... ¿Qué hicimos, Señor, qué hicimos?

Ha sucedido muchas veces, la destrucción de ciudades. Allá lejos, en lo hondo de los tiempos: Sapobanipal II, Hogolofernes, Pato *el Grande*, mataron hasta hartarse, la soldadesca perpetua, vendieron como esclavos las sobras de mujeres, hombres y niños, un gran negocio, quemaron y demolieron el recinto sagrado, ha sucedido muchas veces, una especie de costumbre histórica, Troya, Cartago, Jerusalén, nombres ilustres, compadre, ¿no cree usted? Sí, sí, es cierto, pero nuestro caso tiene una diferencia específica, yo diría que muy significativa. ¿Y cuál es, si se puede saber? Es ésta: en los otros casos conquistadores y conquistados vivían, por decirlo así, en el mismo mundo, se conocían bien, comerciaban, negociaban, a veces se peleaban, pero en nuestro caso los Otros eran totalmente desconocidos. Su presencia fue no sólo enteramente sorpresiva, sino inexplicable, no sabíamos siquiera que se pudiera viajar hacia el inimaginable *lugar* de donde venían. Unos seres brotaron de pronto de la oscuridad completa

y sin explicar nada empezaron a destruirnos. Ésa es otra canción, ¿no cree usted?, otra canción... No sé a usted, pero a mí me parece una diferencia apreciable... No, no es lo mismo...

La moral de los combatientes republicanos era alta. Varias veces oí decir a los militares de graduación, muchos por fortuna leales al gobierno, que los voluntarios, los milicianos que defendían la ciudad iban lentamente convirtiéndose en verdaderos soldados. Las desbandadas repentinas o los ataques frontales en terreno descubierto eran cosa del pasado. Lentamente iban penetrando en el ardor del voluntario la disciplina, las decisiones serenas en la confusión del combate, el honor del soldado. La tropa sabía ya permanecer en su puesto a toda costa o avanzar y retroceder ordenadamente, cubriéndose, mirando, sin precipitarse. Lentamente se hacía claro que, en la guerra, el heroísmo aparece en la disciplina, como en la defensa del Puente de Nonoalco por el capitán Romero durante los combates de Tlatelolco.

La lucha se enconaba y más y más sinuosa se hacía la línea del frente. Esa amiba guerrera, cambiante día a día, que tan rudimentariamente diagrama la cartografía militar. El mapa indica, representa, ni las cosas ni las acciones están en el mapa, lo que hay ahí es una representación, un símbolo. Una flecha dice *cayó Ecatepec,* otra *los facciosos avanzan hacia el aeropuerto Benito Juárez,* una más gruesa *nuestra ofensiva triunfó en toda la línea y recuperamos la Colonia Roma, la Hipódromo y buena parte de Tacubaya,* y el dibujo va haciéndose, una especie de *action painting* histórica, pero la diversidad, riqueza y drama no pueden figurar ahí. Y más que cualquier otra cosa, está ausente el elemento esencial, la realidad omnipresente de la guerra, me refiero a la expectativa. Nosotros no sabíamos qué iba a suceder. Ni en la guerra ni con nuestras personas. Y qué débil y deslavado es todo esto cuando se habla en

más dichosos. Yo creo que los Cabezones nos probaban todos los días, de todas las maneras posibles, que eso no es cierto. La tecnología de los Otros hacía pasar a la sociedad de un modo de lío o enredo o embrollo, a otro modo diferente de lío o enredo, también inmanejable. *That's all.* Y lo que no funciona es el supuesto, tan acariciado y entrañable, de que el avance del conocimiento, y el poder tecnológico que engendra, puede deshacer el lío y desenredar el enredo. De ningún modo. Pero entonces ¿qué queda? Ideologías, buenos propósitos, políticas hábiles, cosas lentas, controvertibles, débiles, inmanejables. ¿Qué razones se pueden hacer valer frente al uso del poder? Los Cabezones lograron desquiciar completamente, de la manera más sencilla, la Ciudad de México poco antes de iniciar el asedio. Lo que hicieron fue, simplemente y quién sabe cómo, alterar un poco la marcha regular de todos los relojes. La alteración fue súbita y dispareja; unos relojes los atrasaron, otros los adelantaron. La ciudad se volvió loca, la hora exacta desapareció y era imposible fijarla. Es curioso, pero todos sentíamos una especie de mareo, un mareo con un toquecito de demencia angustiosa, un poco de la sensación de que uno no sabe en dónde está, como si estuviéramos suave y masivamente extraviados, extraviados entre lo familiar como los locos. Ésa es la naturaleza del enredo social. La vida social y la económica, con todo y su aire espontáneo, tienen una precisión y una complejidad que no podemos abarcar. ¿Quién se fija en los relojes?, y, sin embargo, con cuánta firme delicadeza se filtra el tiempo medido en todos los entresijos y articulaciones de nuestra existencia, atando y precisando nuestras acciones. Y ese desquiciamiento era tan sólo un discreto adelanto, una probadita, de lo que iba a venir más y más aceleradamente, en montón desesperante. También es cierto que pudimos resistir. La verdad es que nos destruyeron, pero no nos desguanzaron. No humillamos la cerviz. Eso es cierto. No pasarán. Nos cortaron la

cabeza y luego la aplastaron una y otra vez con una gran piedra. Pero nunca nos rendimos. No pasarán.

De vuelta al Valle de Anáhuac, *¿qué habéis hecho de mi alto valle metafísico?* Y ahí, inabarcable y bullente la ciudad palimpsesto, perdurable asiento de todo poder sagrado o profano, y del dinerito, no hay que olvidarlo, sánscrito corazón de la mantra mexicana, desde el centro hacia la circunferencia y desde el faro hacia abajo, no dimos con otro modo de constituirnos, ciudad de emperadores con trajes suntuosos de pluma y pelo y fibra, todos los colores del arcoíris, ¿quién lo diría cuando mira en tus calles algo moderno y prosaico, un semáforo, por ejemplo, ciudad?, cómo has venido a menos en gala y ceremonial, carajo, rodaste, tus abogados, cuántos, Dios si pululan en el hecho histórico más que la mosca, mire usted, señor, perdimos con los años en decorados, iluminación y guardarropía, nuestros presidentes y generales vestían sin gracia, torpe el ademán y mal cortado el traje, pero fuimos ganando en integridad y orgullo, una pobreza digna, sí señor. Desde el punto de vista del *show business,* señor, nada iguala el sacrificio humano en lo alto de la pirámide, la multitud abajo, los tambores batiendo, los voladores de Papantla, los cuatro rumbos del espacio simbólico extendiéndose humanizado y cabalmente inteligible, los ojillos colorados y feroces del sacerdote atascado de peyote y vaya usted a saber de qué más, gran espectáculo solar, como la tragedia griega y la fiesta de toros, es cierto, pero creo yo que no debemos circunscribirnos a los aspectos de arte de masas, meras consideraciones de esteta o empresario, no, sería muy unilateral nuestro enfoque... Una pobreza digna, le explico a usted, estéticamente repulsiva, pero, digo pero, llena de belleza moral... Está bien, está bien, un irla pasando, como no quería prestarle dinero, le dio algunos consejos. El sitio de la ciudad vino a trastornarlo todo, un tajo en la rutina ingobernable de todos los días y esta vez, *rara avis in terris,* esta vez los millonarios con sus casas de bolsa, los

banqueros, los geniazos de la cosa financiera que hozan entre las empresas multiplicándolas como materia viva, los plutócratas y su vuelo acrobático entre política y especulación, gente así y sus familias y sus amigos fueron los más lastimados. Los pobres, los pobres, qué más, que podían repetir las palabras estoicas de Sancho y Séneca, *desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano,* ¿qué desarticulación podía sobrevivir en un mundo para ellos ya previamente desarticulado y extremadamente hostil? Y sin embargo, muchos de éstos, los más pobres, fueron leales a la República que los había reducido a la miseria sin horizontes (hay que recordar que la miseria figura en los primeros lugares de las cosas hechas por el hombre, *man made*, quien empieza por no entender esto, tan simple, acaba por no entender nada), sí, muchos de ellos lucharon con asumbrosa valentía. ¿Por qué? ¿Por qué defendieron así el estado de cosas que los oprimía? ¿Por qué no se pasaron en masa al enemigo? ¿Qué mueve a actuar a la gente? ¿A qué eran leales? La Bandera, el Himno, el Presidente, el águila comiéndose la serpiente, la garra en el nopal, ¿qué significaban para ellos? ¿O no se daban cuenta de su situación? Imposible. Antes, antes, existieron los llamados *agitadores* y la *agitación social*, reprobados, perseguidos, reprimidos, eso de *no se vaya a desatar la represión,* por la gente de la corbata, el chofer y el plan económico. Me acuerdo de que mi padre me dijo cuando era niño: "No, hijo, yo creo que un *agitador* es una persona muy respetable", se me quedó grabado. Ciudad de izquierda, antes, digo, en general, así nos educaron, y de trotsquistas y comunistas, atomizados a la Lucrecio, ciudad de discutidores de cantina, Renato Leduc al pie de la barra en la Mundial, la Ópera, la Puerta del Sol, allá en el centro: *Agitación, agitación./ La que tiene el Popochón,/ Que cuando bebe y orina/ padece una temblorina/ Como de revolución,* ríe el coro de cabrones el ditirambo, a Diónisos honrando bajo la advocación de los pálidos jaiboles y las mulatas cubas, el tequila perlado y los vasos de cebada, ríe el coro, se huelga,

se expande indolente e ingenioso, de vacación en el oasis frente al espejo, los dados fatales girando en el cubilete de la chingona, *cuando me hicieron senador,* dice en el estruendo Ramusio Codo, *dejé de venir a la cantina, por respeto, digo, por respeto a la cantina,* y el dominó culebrea sobre la mesa, ¿qué?, ¿vamos a comer?, ¿comemos aquí o qué hacemos? El sitio de la ciudad vino a trastornarlo todo, todas y cada una de las mansas o controvertidas actividades de sus habitantes. Ciudad gigantesca, Distrito Federal, DF, como la de Juvenal, la de Villon, la del Doctor Johnson, como las demás babilonias de la indignación austera. Pienso ahora en Ramírez, rábula picaresco, joven abogadete que vivía en la calle de Pino (donde se aposentó el actor Louis Jouvet en su estancia en México), sumido hasta el cogote en el inframundo infernal de la impartición mexicana de justicia, más astuto que Ulises en esas navegaciones llenas de monstruos, se las sabía todas, listísimo, comía cualquier cosa, una torta, un taco, donde sea, soltero, solitario, pobre, pero de veras pobre, ¿quién lo iba a ayudar?, flaco, incansable, servicial, a veces se daba sus placeres, interesadillo, ¿por qué no decirlo?, sin conexiones en México, le gustaba el cine, había acariciado la idea de hacerse actor, pero no, ¿cuándo?, ¿cómo? Su destino pintaba cuando menos oscuro en la perpetua *impasse* de la grotesquería de tribunal (piensa un poco en el polvo de los expedientes, el suelo de los juzgados, el gris de la cárcel). La invasión lo salvó de todo esto haciéndolo, quién sabe cómo, secretario de Jerónimo Salazar. Hicimos amistad. Lo saludaba a la mexicana, de abrazo, *manito, ¿cómo estás?,* decía cordial, perpetuamente sonriente. Hacía mil cosas, organizaba, sabía cómo andaba todo, entendía bien y aprisa. En los momentos de peligro era sereno y muy valiente, quiero decir, era fatalista, pudoroso y sin alharacas.

La guerra significó un alivio para muchos, para muchísimos. Esos gritos en la noche, los *tú siempre* del matrimonio sin avenencia, esos reproches justicieros e inútiles, casi

po ya y escribo estas insensateces. No sé cómo puedo seguir escribiendo. Pero sigo, sería peor no escribir.

Veo a Ester dormida sobre la cama. No puedo ya ir contando una historia, no creo que me dé tiempo, y si me diera, ya no tengo ánimo, esta espera me está matando, *I give up*. Pero tengo que seguir.

Ester duerme sin un ruido. La estoy mirando. Cuántas veces quise que con los labios de su boca su corazón me dijera *habib, habibi*, nunca ha sucedido y ya no sucederá. Si es cierto que en toda pareja hay uno que ama y otro que se deja amar, en la mía yo era el que amaba. (¿Por qué estoy hablando en pasado?)

Bueno, bueno, doble llave y a la chingada. De carrerita y al pie, como decían los actores de mi padre. *Qui triste tien su corazón, benga oír esta razón.*

Quiero denunciar enérgicamente las irregularidades de conducta de los Cabezones, su desvergüenza, su maldad tan grande.

—Pero estos cabrones ¿dónde los criaron?

Así decía una viejita de rebozo.

Digo una ferocidad y una codicia que de veras no se veía no sé desde cuándo, máxime que ni teníamos nada que ver, sin trato alguno, vaya que ni los conocíamos ni sabíamos de su existencia. Y venir así a acabar con nosotros, es que no, de veras no, me cai de madre que no.

Nos hicieron la guerra abusiva, rateros, de ésas de despoblación. Que se sepa que nos dejaron ciegos, locos y despanzurrados, estrujados y lelos, como limón exprimido, cuando gozábamos salud y buen color del semblante, y, como voy diciendo, ninguna ofensa habíamos hecho ni podíamos hacer, no por no sé qué, sino por nuestra entera falta de recursos y de cualquier poderío, especialmente del insolente y de atropello que Ellos tenían.

Tengo que sosegarme.

Y es que pasamos de la ingenuidad al terror como entimema, sin pasos intermedios, pum, pum, ya está, no que-

da nada, ya eres esclavo, y no te muevas porque te ahorcas tú solo.

Prudencio Fode, ¿qué nombre es ése?, Prudencio Fode López, los apellidos no se llevan, falso profeta, hacía limpias, pseudocarismático, más bien de plano loco, pero la gente desesperada creía cualquier cosa, logró juntar mucha gente en la plaza Río de Janeiro, todos murieron, hombres, mujeres y niños, ahí quedaron todos los que estaban escuchándolo.

En las calles era tanta la multitud, que no veíamos sino gente, y daban tantos gritos y alaridos que parecía que se hundía el mundo. Esto no me lo contó nadie, yo estaba ahí y lo vi con mis ojos.

La calle, la calle, el espacio indiferenciado y común, ¿por qué no pensé nunca en la calle generosa? La calle con sus letreros y carteles y escaparates, la calle del paseante solitario, con árboles, el perro atado a la correa, la calle atareada, la prisa y el paso largo, la calle con sus puestos de licuados y fritangas, la elegante con sirvientas de uniforme, la popular, los muchachos beben refrescos en la entrada de la miscelánea platicando, ay, muerte, muérete tú, el hombre que lava su coche el domingo, los niños jugando futbol entre las porterías de suéteres y mochilas, la calle urgida de la ambulancia y la patrulla ululantes, la calle nocturna con su fauna de prostitutas y borrachos y asaltantes, la calle de todos y de nadie, me lleva la chingada, la calle que aísla y comunica, nunca ves dos veces la misma calle, la calle del ruletero y la pesera y el camión repleto, del cine, el gas neón, hijos de su puta madre, el gas neón de colores, los restaurantes iluminados, la boda blanca, la corbata y el arroz, la calle del pordiosero, el limpiaparabrisas, el voceador, la calle del semáforo y la glorieta y el camellón con palmeras, la del aquí viví cuando era niño, señalando, como en un sueño, la calle de los enamorados y las bicicletas, la calle con sus números, bien individualizadas, con nombre propio,

Revillagigedo, Serapio Rendón, Arenal, Luz Saviñón, Miguel Ángel de Quevedo, Calzada de Tlalpan, Ramón Guzmán, Insurgentes Norte, Antonio Alzate, Tacuba, la cerrada, la de doble sentido con sus flechas pintadas, el río de coches, el embotellamiento, el claxon y el ya no se puede vivir aquí, la calle del encuentro ocasional y la calle del ¿dónde vives? y el a tres cuadras a la derecha y la reja verde y el edificio alto, ¿por qué no pensé nunca en la calle?, digo: de todo lo que han hecho los Extraños, carajo, lo que más me agobia es que ya no hay calles, ni una pinche calle, queda prohibido, terminantemente, esa circulación arbitraria, caótica, terminantemente prohibido. Ni una sola calle. Pero. Pero. Pero. ¿Y ahora qué? No puede ser. Para mí es insoportable. ¿Y cómo le van a hacer? Ya verán, ya verán, esto es diferente... ¿Diferente? No me consuelo, yo quiero la vieja calle, la calle, la necesito. De veras. Y por eso me asombro de que, cuando había, no pensaba nunca en las calles.

El sitio se apretaba, la ciudad seguía achicándose, remontando su curso histórico, como un fruto que volviera a la semilla, aniquilándose en el tiempo, para atrás, para atrás, deshaciéndose, y ya estábamos en la ciudad virreinal, pequeñita, cayó la Ciudad Universitaria y avanzó el enemigo prendiéndole fuego a los cuerpos que ahí habían quedado, qué chamusquina, demoliendo a un lado y al otro, y fue tomada la Villa de Guadalupe, que parecía inexpugnable, y las ejecuciones en masa se sucedían sin descanso.

Ya no importaba nada, éramos como un corredor de fondo en el *sprint* final, perdida la conciencia del cuerpo, corriendo, ya sin sentir nada, ni dolor ni cansancio ni hambre ni miedo, nada, sólo el delirio de correr y correr. Pícale, mano.

Entonces sucedió algo horrible: la ciudad, que había estado desde no sé cuándo sin agua ni energía eléctrica súbitamente se iluminó en la noche, todas sus luces se

encendieron quién sabe cómo, faroles, marquesinas, anuncios, todos los focos en todas las casas y edificios, y los radios y las televisiones y se trasmitían programas viejos, semiidiotas, en blanco y negro, con entrevistas o canciones, y en los teatros vacíos con proyecciones se representaban obras bien iluminadas o algún ballet moderno y contorsionista, y en los estadios se jugaba fut y beisbol, y se oía la música en las discotecas y salas de conciertos, y las sirenas y alarmas aullaban y los semáforos daban el paso, y en el Palacio Legislativo ante la representación nacional algún presidente rendía su informe de gobierno y volvían a oírse los aplausos. Los fantasmas regresaban a la ciudad deshecha. La gente enloquecía.

Empezó a llover, las multitudes discurrían silenciosas bajo los grandes aguaceros en la ciudad iluminada y algo hicieron los Otros en el sistema de desagüe porque entonces, brutalmente salieron botando y rebotando las aguas y avanzaban salvajemente arrastrándolo todo, las sillas, los cadáveres, las jaulas vacías: hasta aquí llegaste, ciudad. ¿Qué hicimos, qué hicimos, Señor? Nos quieren matar a todos, ay Diosito santo, me hizo pedazos y me devoró, me dejó como plato vacío, como un monstruo de las aguas me tragó, se llenó con lo que más le gustó de mí y el resto lo tiró. El diluvio, cabrones, ahí les va su diluvio. El Señor no tuvo compasión: como quien corta a un animal la cola y la cabeza, todo lo cubrirán la noche y el oprimido no podrá escapar.

Encontré a Este1, mejor dicho, ella me encontró a mí. Ya no nos separamos. En el infierno, pero en mis brazos. Y fueron apareciendo los bergantines, uno tras otro hasta trece, y disparaban por todas partes como erizos de fuego. Pero desde edificios, partes altas, azoteas seguíamos combatiendo. Y un artillero de los nuestros le dio a un bergantín que estalló en la noche como un juego pirotécnico con espirales de colores. No nos rendimos, pero al fin no quedó ya nadie en condiciones de combatir. Llovió

y relampagueó y tronó aquella tarde y medianoche mucho más agua que otras veces. Y después que se hubo preso a Casimiro Real, a sus capitanes, y al presidente interino y los demás funcionarios de gobierno, quedamos tan sordos todos como si antes estuviera un hombre sobre un campanario y tañese muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesase de tañerlas. Sí, entonces tan súbitamente como se habían encendido, se apagaron todas la luces y hubo un gran silencio en todo el lugar. Un silencio de nada, de muerte, de completa desolación. México en una laguna, otra vez, y sobre la laguna oscuridad, y en la oscuridad, nada, ni siquiera una lluvia fina, ni siquiera angustia, oscuridad y nada, nadie, nada. La destrucción de todas las cosas se había consumado.

Y en el Zócalo, en la gran plaza, corazón de la ciudad, del país, con su Catedral y su Palacio Nacional ya no

Noticias y agradecimientos

Terminé esta novela en abril de 1992. Los hechos narrados en ella tienen lugar en el hipotético futuro, más o menos por 2010, y, como me ha sido negado el don de la profecía, todo lo que digo es invención fantasiosa y no retrato de personas vivas o difuntas.

El libro se me ocurrió en 1985, cuando vivía en España gracias a una beca de la Fundación Guggenheim, a esa institución y a mi amigo español Juan Manuel Rodrigo debo la concepción de la novela. Pero tenía muchas cosas que hacer y no escribí una sola línea. Pasaron varios años y un día, en San José, Costa Rica, en el comedor de la casa de mi amigo costarricense Miguel Schyfter, muy de mañana, escribí de un tirón unas cuarenta páginas. Pero suspendí el trabajo. No añadí una sola línea. Después me fui a Washington y pude trabajar cuatro deliciosos meses seguidos en la novela en el Woodrow Wilson Center for Foreign Scholars, institución a la que estoy inmensamente agradecido, y también a mi amigo cubano-norteamericano Enrico Mario Santí. Tienen parte de razón los que dicen que el país en que uno vive se ve más claramente desde lejos. De regreso a México volví a abandonar el libro. Yo no sé, la novela me desagradaba, le había agarrado aversión. Pasó el tiempo. Varias veces me dijo Octavio Paz que dejara lo otro y terminara la novela. Volví a la novela, avancé y volví a dejarla. Entonces hice algo que no había hecho nunca: di a leer lo que llevaba a dos personas que juzgué que podían tener la honradez, y la valentía, suficientes para decir lo que pensaban de ella: mi mujer, Guita Schyfter, y mi amigo el músico Joaquín Gutiérrez Heras. Los dos, de una manera y otra, la reprobaron. Pi-

cado como novillo, embestí (pudo más el amor propio que la vanidad lastimada) y tuve la voluntad, me parece ahora casi increíble, de hacer el ímprobo trabajo de volver a escribir lo que llevaba. Y volví a abandonarla. Entonces aparecieron mis amigos Albita y Vicente Rojo. Les di a leer un pedazo y no les pareció tan mal. Estimulado por ellos me lancé al asalto final.

Ya no volví a frenarme: escribí y escribí, en mi casa, viajando, donde sea, y esa parte del trabajo, la verdad, la disfruté tanto que pude entender a Santa Teresa cuando dice que la recompensa del trabajo está en el trabajo mismo.

Escribo a mano. En el Wilson Center escribí un poco en la procesadora de palabras. No me gustó. Volví a escribir a mano. El texto empezó a mecanografiarlo, como otras veces, Margarita Álvarez, pero tuvo que suspenderlo. Entonces Lilia Arias Sánchez con sorprendente precisión y velocidad hizo la versión final. No digo, como otros, que agradezco que descifraran mi manuscrito porque estoy orgulloso de la claridad y nitidez de mi letra, pero sí reconozco la paciencia con que sobrellevaron mis manías y extraños pruritos.

A todos estos amigos que en un momento u otro me ayudaron generosamente dedico la melancólica historia de destrucciones que fui contando aquí.

H.H.

¿Qué sería de nosotros si en años próximos el pueblo fuera vencido en atroces combates y la clase política esperara inversiones del invasor y el presidente recorriera los campos áridos haciendo discursos incomprensibles en un avión que nunca pudiera despegar?

Hugo Hiriart ha creado una novela a ratos hilarante, a ratos aterradora. *La destrucción de todas las cosas* es el diario de un sobreviviente –¿por cuánto tiempo?– a una nueva y devastadora conquista de México.

Todo cuanto conocíamos y compartíamos –desde la comida maravillosa hasta la política rapaz, desde la familia hasta el lenguaje– es objeto de destrucción sistemática y persecución cruel a manos de los Otros... seres de los que nunca supimos nada y con quienes jamás tuvimos trato alguno.

A quinientos años del arribo de Colón al continente, esta novela constituye una metáfora poderosa, dramática, de *aquella* conquista, y también un extraordinario ejercicio de imaginación apocalíptica.

Hugo Hiriart (México, 1942) escritor y director de teatro, ha publicado novelas (*Galaor*, *Cuadernos de Gofa*), cuentos infantiles, ensayos y numerosas obras de teatro.

HUGO HIRIART
EN EDICIONES ERA